ALEXIS DE TOCQUEVILLE

RECUERDOS DE LA REVOLUCION DE 1848

Edición preparada por
LUIS RODRIGUEZ ZUÑIGA



Clásicos para una
Biblioteca Contemporánea

Traducción de Marcial Suárez

EDITORA NACIONAL. Madrid (España)
I.S.B.N.: 84-276-0633-8
Depósito legal: M-10608 - 1984
Impreso en: EPES - Industrias Gráficas, S.L.
Camino Valgrande, s/n - Alcobendas (Madrid)

CLASICOS PARA UNA BIBLIOTECA CONTEMPORANEA
Pensamiento
Serie dirigida por José Manuel Pérez Prendes

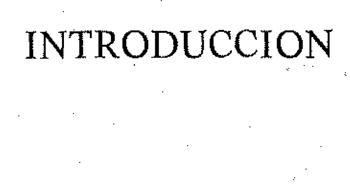
ALEXIS DE TOCQUEVILLE

RECUERDOS DE LA REVOLUCION DE 1848

Edición preparada
por Luis Rodríguez Zúñiga



EDITORA NACIONAL
Torregalindo, 10 - Madrid-16



INTRODUCCION

Semblanza de Alexis de Tocqueville

Lo vivido y lo escrito por Alexis de Tocqueville suele ser expuesto y analizado distinguiendo tres dimensiones básicas. Así, se evoca al joven viajero que, en compañía de su amigo Gustave de Beaumont, desembarca en mayo de 1831 en los Estados Unidos: bien dispuestos ambos a observar lo que allí ocurre, los meses de su estancia (prolongada hasta febrero del año siguiente) constituyen el tiempo en que se va fraguando el esqueleto de dos libros publicados casi al unísono y conocedores de muy distinta fortuna. En efecto, en 1835, aparecen Marie ou l'esclavage aux Etats Unis, *de Beaumont, y la primera parte de* La Démocratie en Amerique. *El primero, que trata de forma novelada el tema que su título indica, apenas sí encontró eco, en tanto que el otro, análisis de conjunto del* caso americano, *alcanzó un éxito fulminante: con apenas treinta años, Tocqueville se convierte en un escritor célebre al que no se la escatiman los honores pertinentes; ocupa una posición preponderante en los salones literarios más notables; mantiene correspondencia regular con personajes importantes; es elegido, en 1838, miembro de la Academie des Sciences Morales et Politiques y, en 1841, de la Academie Française. Si, como se ha dicho*[1], *los Estados Unidos eran, a los ojos de los parisinos ilustrados de 1830,*

[1] A. Jardin, «Introduction» a la *Correspondance d'Alexis de Tocqueville et Gustave de Beaumont. Oeuvres complètes,* t. VIII, vol. I, Paris, Gallimard, 1967, pág. 18.

una suerte de república-modelo, *muy mal conocida por otra parte, la exposición brillante y la penetración analítica de Tocqueville tenían de antemano una audiencia predispuesta a su favor. Sólo que además, y rápidamente, hubo quienes repararon en que la importancia del libro iba mucho más allá de un fino relato de lo que acontecía en la república-modelo: pues, en efecto, América era tratada como un ejemplo, como una variante, del fenómeno democrático, con lo que éste, es decir, la exploración de sus orígenes y su estatuto de futuro irremediable del género humano, su organización y sus tendencias más profundas, terminaba por ocupar el primer plano del escenario. Y es sobre todo esta línea de trabajo, acentuada en la segunda parte, aparecida en 1840, la que le vale a Tocqueville un puesto fundamental en el pensamiento social contemporáneo.*

El analista de la Revolución de 1789 es la segunda dimensión suya que se subraya. En este caso, el protagonista es el drama político de Francia: *¿por qué estalló precisamente allí una revolución que, sin embargo, se preparaba en toda Europa? Es decir, si la evolución democrática era algo común a todo el continente, ¿por qué revistió un carácter revolucionario en Francia? El historiador cede así el paso al sociólogo que, sin perder de vista la originalidad histórica de lo que analiza, adopta una estrategia de comparación constante. El temprano artículo sobre* «L'état social et politique de la France avant et depuis 1789», *traducido al inglés por J. Stuart Mill y aparecido en la* London and Westmister Review, *en 1836,* y L'Ancien Régime et la Révolution *(1856), son entonces tanto un estudio sociológico sobre las causas de una revolución especialmente estruendosa como prolongación de un tema básico del libro sobre América: el movimiento democrático es imparable, pero ni tiene por qué seguir en todos los lugares la misma línea de despliegue, ni tiene por qué desembocar en un mismo tipo de organización social y política. Como ha señalado uno de sus mejores intérpretes, Tocqueville no quería predeterminar o cancelar el movimiento histórico, sólo aspiraba a hacerlo inteligible*[2].

La tercera dimensión es la del hombre que participa activamente en la vida política. Su primera aproximación a ella se produce en el año 1837. Presenta candidatura en las elecciones legislativas, sin alcanzar escaño. Repite suerte

[2] R. Aron, *Les étapes de la pensée sociologique*, Paris, Gallimard, 1967, página 262.

dos años más tarde y resulta elegido diputado por Valognes, región en la que estaba situada la casa solariega de los Tocqueville. Desde entonces, y hasta que, como rechazo al golpe de Estado de Luis Bonaparte, abandona totalmente la vida política en 1851, será siempre reelegido por esa circunscripción. Su actividad como parlamentario fue intensa y, en varios momentos, crucial. Y, sin embargo, tanto su correspondencia como testimonios de contemporáneos suyos concuerdan en pintar la imagen de un orador pocas veces capaz de desprenderse de los hábitos del escritor, de un diputado escasamente propicio a los enredos de la política cotidiana, de un parlamentario que sólo a regañadientes se dejaba encajar en el mapa político de la época. De hecho, espíritu de independencia y distanciamiento con respecto a las tácticas partidistas eran ya propósitos que Tocqueville tenía cuando presenta por primera vez su candidatura a la Asamblea: en ruptura clara (y no fácil por sus vínculos familiares) con los legitimistas, distanciado de los orleanistas, optaba por un liberalismo moderado que, en todo caso, desconfiaba tanto de las intrigas de los partidos políticos y sus jefes como de las de Luis-Felipe. Este período —el que «consumió los mejores años de mi vida», *dijo más tarde al recapitular— es, sin embargo, mal conocido. Cartas, discursos, memorias de colegas y contemporáneos, conversaciones: todo un enorme material disperso, aún poco estudiado sintéticamente. Hay, no obstante, el texto precioso de estos* Recuerdos: *es el único lugar en que Tocqueville escribe sobre esta faceta suya de hombre político. Y escribe, además, sobre unos acontecimientos históricos tan apasionantes como los que se abren en febrero de 1848 y con la sinceridad absoluta de quien escribe sólo para sí mismo, de quien reflexiona sobre unos sucesos y sobre su participación en ellos desde el propósito de que los resultados de la reflexión nunca vean la luz pública. Por decirlo así, estos* Recuerdos *son la única vía que Tocqueville dejó abierta para poder introducirse directamente en esta dimensión suya.*

Sin embargo, hay que desengañarse rápidamente. Ni La Democracia en América *es separable de* El Antiguo Régimen, *ni los* Recuerdos *lo son del (para simplificar) sociólogo. Quiero decir que la distinción de tres dimensiones a que acabo de referirme sólo es útil si se emplea como primera aproximación, que es perfectamente oscurecedora si se la toma como síntesis final. El pensamiento de Tocqueville es lo suficientemente denso y su escala de va-*

lores lo suficientemente sólida como para no poder sufrir ese tipo de clasificaciones en compartimentos estancos: así como el sociólogo en ningún momento oculta sus convicciones ideológicas, y aun las trata como motores de su propio trabajo, así tampoco el político abandona el gusto por el análisis abstracto y los principios a defender. Tocqueville-sociólogo, ciertamente, no se corresponde con la imagen tópica del académico que se recubre prudentemente de pretensiones de neutralidad axiológica, hay incluso textos suyos de una franqueza desarmante para el lector de hoy[3]*, como tampoco el político, aun ocupando las posiciones más preeminentes, se deja absorber por completo por su papel: en estos* Recuerdos *hay páginas tan preciosas como las dedicadas a auto-describirse en los meses en que estuvo al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Es tan neta y tan clave esta interconexión que conviene dedicarla alguna atención.*

Comencemos por el sociólogo. En 1839, escribe a H. Reeve, traductor al inglés de La Democracia, *estas líneas expresivas del porqué de su libro:*

> «En definitiva, este libro ha sido escrito principadmente para Francia o, si prefiere la jerga moderna, desde el punto de vista francés. Escribo en un país y para un país en el que la causa de la igualdad ha sido ganada para siempre, sin posible vuelta a la aristocracia. En tal estado de cosas, he creído que mi deber era demorarme sobre las malas tendencias que la igualdad *puede* engendrar a fin de impedir que mis contemporáneos se entreguen a ellas. Es la única labor honorable para los que escriben en un país en que la lucha ha terminado. Así, pues, yo digo verdades, muy duras a menudo, a la sociedad francesa de nuestros días y, en general, a las Sociedades Democráticas. Pero las digo como amigo, no como censor. Es, incluso, porque soy amigo por lo que oso decirlas.»[4]

Es decir, en primer lugar y como punto de partida, la vía francesa *hacia la iguadad: su convulsa historia política, el rosario de revoluciones que contrastan con la relativa moderación americana:*

> «Hay un país en el mundo donde la gran revolución social de que hablo parece haber alcanzado casi sus límites naturales. Se realizó allí de una manera sencilla y fácil o,

[3] Véase, por ejemplo, el capítulo X del libro II de *La Democracia en América.*

[4] *Correspondance anglaise,* en *Oeuvres complètes d'Alexis de Tocqueville* (desde ahora *C.A.*), Paris, Gallimard, 1954, págs. 47-48.

mejor, se puede decir que ese país alcanza los resultados de la revolución democrática que se produce entre nosotros, sin haber conocido la revolución misma.»[5]

En segundo lugar, excluida toda posibilidad de retorno a un sistema aristocrático, qué tendencias, en qué estados pueden desembocar las Sociedades Democráticas: no en qué desembocarán, *sino en qué* pueden *desembocar: el tema, permanente en toda su obra, de la defensa de la libertad y de escrutar el futuro y la posibilidad de la libertad.*

«Se quiere por todos los medios hacer de mí —escribía al mismo Reeve el 22 de marzo de 1837— un hombre de partido, y no lo soy en absoluto. Se me atribuyen pasiones, y sólo tengo opiniones; o mejor, sólo tengo una pasión, el amor por la libertad y por la dignidad de la persona humana. Para mí, todas las formas de gobierno no son sino medios, más o menos perfectos, para satisfacer esa santa y legítima pasión del hombre.» (*C.A.*, pág. 37.)

Ahora bien, si es claro que esos dos propósitos están cargados de interés político en sentido estricto, su traslación al discurso nunca adquiere la concreción, que, generalmente, se espera de compromisos semejantes. Es curioso leer hoy que el mismo reproche que no sin coquetería hace Tocqueville a La Democracia en América, *se encuentra en buena parte de sus críticos a* El Antiguo Régimen. *Tocqueville, en efecto, termina la introducción a su primer libro diciendo:*

«Concluyo señalando yo mismo lo que un gran número de lectores considerará como el defecto capital de la obra. Este libro no se pone al servicio de nadie. Al escribirlo, no pretendí servir ni combatir a ningún partido. No quise ver desde un ángulo distinto de los partidos, sino más allá de lo que ellos ven; y mientras ellos se ocupan del mañana, yo he querido pensar en el porvenir.» (*C.A.*, pág. 41.)

Pues bien, J. P. Mayer, en un erudito ensayo que reconstruye juicios sobre El Antiguo Régimen, *subraya esta opinión como dominante entre sus primeros lectores:*

«El defecto del libro es no concluir; ser un poco desesperante, no subrayar lo suficiente el bien, no indicar el remedio al mal.»[6]

[5] *La Democracia en América*, trad. cast. por Luis R. Cuéllar, FCE, 1963, pág. 39 (desde ahora *D.A.*).

[6] «Materiaux pour une histoire de l'influence de l'Ancien Régime», en Tocqueville, *L'Ancien Régime et la Révolution*, Paris, Gallimard, 1967, página 23.

Y es que, a mi juicio, se mezclan aquí dos cuestiones. De un lado, el científico social radicalmente escéptico ante la posibilidad de la ciencia como guía para la acción, como conocimiento capaz de superar las antinomias de la práctica concreta: no es que exista el azar, viene a decir en un pasaje de estos Recuerdos, *es que es tal la complejidad y el entrecruzamiento de causas, que terminamos por llamar azar a nuestra propia y acaso irremediable ignorancia sobre el porqué del pasado y la dirección concreta del futuro. De otro, el aristócrata de vieja familia, demócrata por resignación y sin excesivo entusiasmo, más dominado por una exigencia de defensa de la libertad que dispuesto a asumir sin distanciamiento el oficio de político y la adhesión a un partido. Él mismo, por lo demás, se autoubicaba lúcidamente en el escenario ideológico de la época cuando escribía:*

> «Se me atribuyen, alternativamente, prejuicios democráticos o aristocráticos; quizá hubiese tenido unos u otros si hubiese nacido en otro siglo o en otro país. Pero la casualidad de mi nacimiento me hace sencillo defenderme de unos y otros. He venido al mundo al final de una larga Revolución que, tras haber destruido el antiguo Estado, no había creado nada duradero. La aristocracia ya había muerto cuando comencé a vivir y la democracia aún no existía; mi instinto no podía, pues, conducirme ciegamente hacia la una o hacia la otra. Vivía en un país que durante cuarenta años había intentado un poco de todo sin llegar definitivamente a nada, no era por ello un hombre fácil en materia de ilusiones políticas. Siendo miembro de la antigua aristocracia de mi patria, no tenía el menor odio ni envidia contra la aristocracia; pero, al estar destruida, carecía también de amor por ella, porque sólo se ama sólidamente a lo que vive. Estaba lo suficientemente cerca de ella como para conocerla, y lo suficientemente lejos como para juzgarla sin pasión. Y lo mismo tengo que decir del sistema democrático. Ningún recuerdo de familia, ningún interés personal me inclinaba natural y necesariamente a él. No había recibido de él injuria alguna; no tenía ningún motivo particular para amarle o para odiarle, sólo los que me suministrase mi razón. En una palabra, estaba tan en equilibrio entre el pasado y el futuro que no me sentía natural e instintivamente atraído por uno u otro, y no he tenido necesidad de grandes esfuerzos para mirar tranquilamente a ambos lados.» (*C.A.*, págs. 37-38.)

La actividad del hombre político gira, a su vez, en torno a esas ideas. Preservar o alcanzar un espacio para la li-

bertad, escrutar el desarrollo de la democracia, volverse permanentemente, casi obsesivamente, hacia la causa y el remedio a la convulsa historia política francesa. En ningún momento, hay por su parte una adhesión por entero a ningún grupo o partido político: por sus vinculaciones familiares, el legitimismo era su natural encuadre político y, sin embargo, convencido de la irrealidad política y del desfase histórico de esa postura, juró, en 1830, a Luis-Felipe de Orléans, aunque ello le resultase tan difícil[7] *que alguno de sus intérpretes ha visto ahí una de las razones del casi inmediato viaje a América; tampoco como parlamentario se adhirió abiertamente a ningún grupo: sus intervenciones exasperaban con frecuencia a casi todos, aunque a la postre temiesen la meticulosidad de sus informes; en fin, ministro o miembro de la comisión parlamentaria redactora del anteproyecto de la Constitución de la Segunda República, los* Recuerdos *testifican un distanciamiento permanente con respecto a los partidos e ideologías en presencia: sólo la revolución, esto es lo que consideraba el hundimiento completo de la posibilidad de libertad, le hace adherirse sin reservas a un espacio político que, ciertamente, era el del orden.*

En este sentido, hay una carta escrita al final de su vida, en 1857, en que Tocqueville resume con precisión su talante ideológico. Por ello, a pesar de su extensión, merece la pena reproducir los pasajes más significativos. El destinatario es Gobineau, el teórico que tanto ha influido en todo el pensamiento racista del XX. El despotismo a que se hace referencia es la dictadura imperial de Napoleón III. Dice así:

> «Le pido, querido amigo, permiso para no discutir sus teorías políticas. No pudiendo tener la libertad tal como existía hace quinientos años, prefiere no tener ninguna: bien. Por temor a sufrir el despotismo de los partidos, con los cuales al menos podía defenderse la libertad y la independencia mediante la palabra y la prensa, le parece bien estar oprimido de una sola manera y por un solo individuo, aunque nadie, ni usted ni ningún otro, puede decir nada. Otra vez, bien. Sobre gustos no puede discutirse: Mejor que asistir a las intrigas que dominan las asambleas, prefiere un régimen en el que el mayor acontecimiento puede fraguarse en la sombra con vistas a una jugada de bolsa o a un negocio industrial. Cada vez mejor. Hay que confesar que no he tenido suerte con usted. Desde que le co-

[7] *Vid.* R. Aron, *Les étapes de la pensée, op. cit.*, pág. 263.

nozco, he visto en usted un temperamento esencialmente de la fronda (ya ve usted hasta qué punto le tengo por incapaz de hipocresía). ¡Tenía que ser precisamente en el momento actual cuando le viese satisfecho de las cosas y de los hombres! Hablando en serio, ¿adónde conducirían las discusiones políticas entre usted y yo? Pertenecemos a dos escuelas diametralmente opuestas. No podemos, pues, tener la esperanza de convencernos. Y, en lo que concierne a cuestiones serias e ideas nuevas, no se debe discutir de ninguna manera con amigos cuando no hay esperanza alguna de persuadirlos. Somos ambos enteramente lógicos en nuestra manera de pensar. Usted considera a los hombres de nuestros días como niños grandes muy degenerados y muy mal educados. Y, en consecuencia, le parece bien que se los guíe mediante espectáculos, ruido, mucho oropel, bordados hermosos y magníficos uniformes, aunque a menudo sólo sean libreas. Como usted, creo que nuestros contemporáneos están bastante mal educados, lo que es la primera causa de su miseria y de sus debilidades; pero creo que una educación mejor podría rectificar el mal que una mala educación ha producido; y creo que no está permitido renunciar a tal empresa. Creo que todavía puede sacarse partido de ellos, como de todos los hombres, mediante una llamada hábil a su honestidad natural y a su buen sentido. Yo quiero, en efecto, tratarlos como a hombres. Acaso me equivoque. Pero sigo las consecuencias de mis principios, y encuentro un placer profundo y noble en seguirlas. Usted desprecia profundamente la especie humana, al menos la *nuestra*; la considera caída e incapaz de levantarse. Su constitución la condena a sufrir. Es muy natural entonces que, para mantener al menos un poco de orden en esta canalla, le parezca muy atractivo el gobierno del sable y del palo. No obstante, no creo que, en lo que a usted se refiere, esté tentado de doblar la espalda para rendir así homenaje a sus principios. En lo que se refiere a mí, no me siento ni con derecho ni con el gusto para mantener opiniones tales sobre mi raza y sobre mi país, pienso que no hay que desesperar de ellos. Para mí, tanto las sociedades humanas como los individuos son algo sólo mediante el uso de la libertad. Que la libertad sea más difícil de fundar y mantener en nuestras sociedades democráticas que en algunas aristocráticas que nos han precedido, es algo que siempre he dicho. Pero nunca seré lo suficientemente temerario como para pensar que sea imposible. Pido a Dios que nunca me inspire la idea de renunciar a ello. No, yo no creeré nunca que la especie humana, que está a la cabeza de la civilización visible, haya devenido ese rebaño bastardo que usted me dice y que lo único que puede hacerse con ella es encomendársela, sin futuro y sin recursos, a un pequeño número de pastores que, después

de todo, no son mejores animales que nosotros —y a menudo son peores—. Me permitirá tener menos confianza en usted que en la bondad y en la justicia de Dios.»[8]

Llegados aquí, se impone aclarar ciertos extremos. Democracia y libertad han sido subrayados como los temas centrales del sociólogo y del político. El ejemplo americano, el drama político francés, el futuro de las sociedades igualitarias, todos estos asuntos han ido remitiendo a ambos términos. Ahora bien, ¿qué entendía Tocqueville por uno y otro?[9]

¿Qué es la democracia?

Comencemos con el concepto de democracia. El cual reclama, antes de entrar a hablar de su contenido, un par de aclaraciones.

La primera se refiere a la dificultad que plantea la multiplicidad de contextos en que Tocqueville habla de democracia y la variedad de situaciones a que aplica el término. Se ha podido decir así, que si bien aparece el concepto constantemente en su obra, nunca es definido con rigor. Y es que, en efecto, democracia es vista en algunos pasajes como forma de organización del poder político, pensada en otros como tipo de sociedad, aquí se esboza una sociología de la producción intelectual y estética en un contexto democrático, allí se aborda un retrato psicológico de la mujer y el hombre demócratas. Las leyes; la opinión pública y los partidos políticos; la distribución del poder, de la riqueza y del prestigio; la vida cotidiana, bien abierta a la participación de todos en actividades colectivas o bien practicada replegándose cada cual sobre sí mismo; la envidia como sentimiento especialmente democrático, acompañada de la convicción de que todos los miembros de la comunidad deben ser iguales y de que todos los trabajos

---

[8] *Correspondance d'Alexis de Tocqueville et Arthur de Gobineau*, en *Oeuvres Complètes*, Paris, Gallimard, 1959, págs. 279-281.

[9] Tanto al hablar de democracia como al hablar de libertad, he utilizado ampliamente las páginas 280-291 de mi libro, escrito en colaboración con M. C. Iglesias y J. A. Aramberri, *Los orígenes de la teoría sociológica*, Madrid, Akal, 1980.

y ocupaciones (siempre que no violen la ley) son igualmente honorables y respetables; un alto nivel medio de instrucción pública junto a una notable pobreza de grandes obras culturales, e incluso un escasísimo interés por producirlas; apetito inextinguible por mejorar el bienestar económico individual mezclándose con la desaparición progresiva de ambiciones profundas; se desea la paz, se aprecia en bien poco al ejército y a la vida militar, se detesta la guerra, pero cuando se abandona ese estado, cuando la sociedad democrática decide guerrear, se acomoda en su totalidad a esa situación, concentra todas sus energías en la lucha y es dificilísima de vencer; tales son algunos de los temas desde los que Tocqueville intenta precisar qué es democracia, cuáles son los componentes y direcciones del movimiento democrático. Hay, también, algunas dimensiones del asunto que anticipan discusiones célebres del pensamiento social contemporáneo: así, el conocedor de Durkheim no dejará de observar la proximidad entre las hipótesis sobre el «suicidio anómico» *y las páginas en que Tocqueville relaciona positivamente el incremento del número de suicidios y la búsqueda de mayor consumo individual como valor social máximo o preponderante; o la discusión de la teoría de Adam Smith sobre la división del trabajo, si bien realizada con un guiño a la erudición del lector, ya que Tocqueville no menciona al escocés, sólo le aborda ironizando a propósito del célebre ejemplo sobre la fabricación de alfileres; o, en fin, dibujando un futuro de las relaciones internacionales y de las tensiones mundiales en el que habría dos potencias hegemónicas, los Estados Unidos y Rusia, que además habrían alcanzado esa hegemonía siguiendo caminos radicalmente diferentes.*

¿Qué pensar, pues, de semejante catálogo de temas y situaciones, catálogo que por lo demás no pretende exhaustividad? Para Tocqueville, a mi juicio, democracia no es algo reducible a modalidad de organización del poder político o de la sociedad, sino principio que informa así al Estado como a la sociedad y que, repartiéndose y penetrando en todas las dimensiones del cuerpo social, termina afectando también a las formas de hacer y de pensar de cada actor individual. El principio democrático, entonces, es el impulso dominante en la sociedad moderna y, como tal, activo en todos los niveles y direcciones de la organización y funcionamiento de tales sociedades: sus huellas pueden encontrarse así tanto en dimensiones macrosociológicas como en los más efímeros comportamientos individuales. El so-

ciólogo moderno celoso de cientifismo puede ciertamente sentirse defraudado ante tan notoria despreocupación por los rigores de la construcción conceptual rigurosa: podrá, acaso, sentirse compensado ante el constante ejercicio de lógica que Tocqueville despliega al interpretar desde un principio abstracto (la tendencia a la igualdad) los más variados asuntos, tanto de orden general como particular. Pues la idea básica es, para decirlo con sus propias palabras, ésta:

> «Entre las cosas nuevas que durante mi permanencia en los Estados Unidos han llamado mi atención, ninguna me sorprendió más que la igualdad de condiciones. Descubrí sin dificultad la influencia prodigiosa que ejerce este primer hecho sobre la marcha de la sociedad. Da al espíritu público cierta dirección, determinado giro a las leyes; a los gobernantes máximas nuevas y costumbres particulares a los gobernados.
>
> Pronto reconocí que ese mismo hecho lleva su influencia más allá de las costumbres y de las leyes, y que no predomina menos sobre la sociedad que sobre el gobierno: crea opiniones, hace nacer sentimientos, sugiere usos y modifica todo lo que no es productivo.
>
> Así, pues, a medida que estudiaba la sociedad norteamericana, veía cada vez más, en la igualdad de condiciones, el hecho generador del que cada hecho particular parecía derivarse, y lo volvía a hallar constantemente ante mí como un punto de atracción hacia donde todas mis observaciones convergían.» (*D.A.*, pág. 31.)

Una segunda serie de dificultades viene originada por el doble nivel en que se mueve Tocqueville. En efecto, Tocqueville tanto produce descripciones y análisis empíricos de sociedades concretas en un momento o en un proceso determinado de su historia como construye modelos de sociedad que no se corresponden con una realidad empírica específica. Leer La Democracia en América *o* El Antiguo Régimen *y la* Revolución *buscando sólo un análisis de la sociedad americana de la época o de la monarquía absoluta y el proceso revolucionario, es retener una parte de lo que ambos textos ofrecen. Hay, sin duda, momentos en que Tocqueville busca tal objetivo, pero hay otros, y además entremezclados con los anteriores, en los que la intención es otra. Aclarar esa otra intención, ha dado lugar a diversas reconstrucciones de la obra de Tocqueville e, incluso, a comparaciones explícitas entre su método y las*

proposiciones de Max Weber sobre el tipo ideal. *Sin entrar aquí en ese terreno, sí puede decirse lo siguiente:*

En ocasiones, Tocqueville va mucho más allá de lo que efectivamente existe, pretende prolongar tendencias y exponer posibles resultados, quiere aclarar el presente y el pasado con ayuda de construcciones teóricas que ni están reflejadas, punto por punto, en la realidad empírica ni agotan la riqueza de ésta: es decir, que produce un modelo de sociedad y con ese modelo intenta aclarar el pasado, analizar el presente y enfrentarse con el futuro. Decir, como se ha dicho con respecto a La Democraria, *que su análisis no reflejaba todo lo que ocurría en América, que allí había cosas que él no recoge y se refiere a cosas que no había allí, equivale a mutilar seriamente su texto. El* ejemplo americano *le permite observar una sociedad democrática en acción, pero también le proporciona materiales para construir un esquema teórico de la sociedad democrática con el que, a más de comprender lo que ocurría en América, esperaba poder comprender también lo que ocurría en Europa, y muy especialmente en Francia, sin ignorar por lo demás lo que es obvio, a saber: que América y Francia no son la misma cosa. Dicho de otra manera, no sólo produce descripciones empíricas a las que procura hacer inteligible (tal es, en lo fundamental, lo que pretende en los dos primeros libros de* La Democracia *con respecto al estado de cosas que encuentra en América), sino que también, y a partir de unos pocos principios abstractos, elabora un modelo teórico de sociedad y analiza las posibles direcciones que su movimiento puede seguir (tal es, en lo fundamental, lo que intenta con la sociedad democrática en los libros tercero y cuarto).*

De manera similar, en El Antiguo Régimen, *afirma que las sociedades medievales de Europa occidental difieren en múltiples cuestiones, tienen su propia historia y sus rasgos propios, pero todas ellas son comprensibles desde el fondo de una serie de principios comunes:*

> «He tenido ocasión de estudiar las instituciones políticas de la Edad Media en Francia, en Inglaterra y en Alemania; y, a medida que avanzaba en mi labor, me iba invadiendo el asombro al ver la prodigiosa similitud que hay entre todas esas leyes, y me admiraba de que pueblos tan distintos y tan poco mezclados entre sí hubieran podido darse leyes tan semejantes. Esto no quiere decir que no varíen sin cesar, y hasta el infinito en los pormenores, según los lugares; pero su fondo es en todas partes el mismo

Cuando encontraba en la vieja legislación germánica una institución política, una regla, un poder, ya sabía de antemano que, si buscaba bien, encontraría alguna cosa muy semejante, en sustancia, en Francia y en Inglaterra, y en efecto, así sucedía. Cada uno de estos tres pueblos me ayudaba a comprender mejor a los otros dos.»[10]

Y, desde ahí, tanto puede leerse el análisis de la revolución desde la perspectiva de la sociología histórica y comparada como desde la filosofía política: así como la mayor dificultad para componer el libro fue, y el mismo Tocqueville fue perfectamente consciente de ello, encontrar equilibrio entre esas dos lecturas posibles y no excluyentes, así también la enorme influencia posterior del relato es inseparable de su estatuto de obra abierta para la sociología, la historia y la filosofía.

Hechas estas aclaraciones, puede ya abordarse el alcance del concepto de democracia en el discurso de Tocqueville. Para ello, el modo más económico de proceder es buscar sus diferencias con el de aristocracia.

En lo que ahora importa, la aristocracia, para Tocqueville, implicaba los tres rasgos fundamentales siguientes:

a) *Desigualdad entre las distintas clases y estados: el lugar de nacimiento (en la doble dimensión de territorio geográfico y familia concreta) diferenciaba rigurosa y definitivamente a unos de otros: cada grupo social tenía funciones y normas específicas que delimitaban desde el nacimiento de cada cual el abanico de sus posibles opciones. Se es noble, como se es villano, por razón de nacimiento: no es, pues, necesario componer a cada instante un escenario que permita evidenciar que se posee una u otra calidad porque el escenario y la trama están construidos desde que cada cual viene al mundo.*

b) *El poder ideológico, el político y el económico se concentran en unas manos, el resto se ven confinados al trabajo. Es decir, el poderoso puede olvidar lo cotidiano y concentrar un esfuerzo en lo extraordinario: la tensión y la energía social serán enderezadas por los grupos preeminentes más en esa dirección que hacia la moderación doméstica.*

c) *Cada grupo social se articula con los restantes grupos sociales a partir de un juego recíproco de derechos y obligaciones: el noble se ve descargado de trabajar, pero*

[10] *El Antiguo Régimen y la Revolución*, trad. cast. por Dolores Sánchez de Aleu, Madrid, Alianza Editorial, 1982, vol. I, pág. 63 (desde ahora *A.R.*).

viene obligado a la protección del vasallo. Esa articulación, además, sigue una línea jerárquica que abarca a toda la sociedad: si el vasallo y el señor del lugar mantienen entre sí derechos y obligaciones, el segundo las posee también con respecto al siguiente estrato —y sucesivamente. La idea básica es que esa cadena carece de vacíos, que la existencia de diferencias sociales no es de ninguna manera equivalente a aislamiento de los grupos sociales, que la sociedad se organiza y funciona a partir de un esquema que asigna rigurosamente a cada status *papeles específicos y que no hay desconexión entre los diferentes* status.

En fin, las siguientes líneas proporcionan una visión extraordinariamente sintética de lo que Tocqueville entendía por aristocracia en tanto que tipo de sociedad y de gobierno:

> «Cuando el poder regio, apoyado sobre la aristocracia, gobernaba apaciblemente a los pueblos de Europa, la sociedad, en medio de sus miserias, gozaba de varias formas de dicha, que difícilmente se pueden concebir y apreciar en nuestros días.
>
> El poder de algunos súbditos oponía barreras insuperables a la tiranía del príncipe y los reyes, sintiéndose revestidos a los ojos de la multitud de un carácter casi divino, tomaban, del respeto mismo que inspiraban, la resolución de no abusar de su poder.
>
> Colocados a gran distancia del pueblo, los nobles tomaban parte en la suerte del pueblo con el mismo interés benévolo y tranquilo que el pastor tiene por su rebaño; y, sin acertar a ver en el pobre a un igual, velaban por su suerte, como si la Providencia lo hubiera confiado en sus manos.
>
> No habiendo concebido más idea del estado social que el suyo, no imaginando que pudiera jamás igualarse a sus jefes, el pueblo recibía sus beneficios, y no discutía sus derechos. Los quería cuando eran clementes y justos, y se sometía sin trabajo y sin bajeza a sus rigores, como males inevitables enviados por el brazo de Dios. El uso y las costumbres establecieron los límites de la tiranía, fundando un derecho en el interior mismo de la fuerza.
>
> Si el noble no tenía la sospecha de que quisieran arrebatarle privilegios que estimaba legítimos, y el siervo miraba su inferioridad como un efecto del orden inmutable de la naturaleza, se concibe el establecimiento de una benevolencia recíproca entre las dos clases tan diferentemente dotadas por la suerte. Se veían en la sociedad miserias y desigualdades, pero las almas no estaban degradadas.
>
> No es el uso del poder o el hábito de la obediencia lo que deprava a los hombres, sino el desempeño de un poder

que se considera ilegítimo, y la obediencia al mismo si se estima usurpador u opresor.

A un lado estaban los bienes, la fuerza, el ocio y con ellos las pretensiones del lujo, los refinamientos del gusto, los placeres del espíritu y el culto de las artes. Al otro, el trabajo, la grosería y la ignorancia.

Pero en el seno de esa muchedumbre ignorante y grosera, se encontraban también pasiones enérgicas, sentimientos generosos, creencias arraigadas y salvajes virtudes.

El cuerpo social así organizado podía tener estabilidad, poderío y, sobre todo, gloria.» (*D.A.*, pág. 35.)

Pues bien, en contraposición a ese tipo de sociedad, la democrática se organiza en torno a dos principios básicos:

a) *Desaparición de desigualdades.*

«Las clases se confunden; las barreras levantadas entre los hombres se abaten; se divide el dominio; el poder es compartido; las luces se esparcen y las inteligencias se igualan. El estado social vuélvese democrático, y el imperio de la democracia se afirma, en fin, pacíficamente tanto en las instituciones como en las conciencias.» (*D.A.*, págs. 35-36.)

Se trata, pues, de pensar en un tipo social caracterizado precisamente por la abolición radical de las diferencias constitutivas del tipo aristocrático: todos los miembros de la sociedad democrática son iguales, o más en concreto: todos tienen las mismas posibilidades para desarrollar la fuerza social que cada cual lleva en sí. Porque más que en una sociedad en la que no exista diferencia alguna, en lo que Tocqueville piensa es en una sociedad en la que las diferencias serían el resultado del esfuerzo personal. Este punto, que es clave para entender el fondo de su discurso, sólo aparece completamente claro si se piensa la igualdad como negación de la aristocracia, esto es, aquí, de la desigualdad institucionalizada. Tocqueville no cree que puedan desaparecer ricos y pobres casi con la misma naturalidad con que tampoco cree que las inteligencias puedan ser iguales. Ser rico, en una sociedad democrática, nunca es para él algo semejante a ser noble en una aristocrática: por la rapidez en la mudanza de las cosas, en el sentido de que el rico, en democracia, puede perfectamente terminar de pobre; porque el espíritu ha tenido que concentrar sus energías en ser rico; porque el rico está amenazado por la competencia de otros ricos; porque el rico no concibe su riqueza como resultado de un orden natural. Hay un capítulo de La Democracia *en el*

que se pregunta si de la industria podría alguna vez surgir una aristocracia:

> «El amo y el obrero —dice— no tienen nada de semejante y cada día difieren más: son como dos anillos finales de una cadena. Cada uno ocupa el puesto que le está destinado, del cual no sale jamás. El uno se halla en relación de dependencia continua, estrecha y necesaria con el otro, y parece nacido para obedecer, como éste para mandar. ¿Y qué es esto sino aristocracia?» (*D.A.*, pág. 515.)

Mas, a pesar de ello, las diferencias son para él claras. Las subraya así:

> «En verdad, aunque haya ricos, no existe esta clase, porque no tienen inclinaciones ni objetos comunes, tradiciones ni esperanzas iguales, de manera que hay miembros, pero no cuerpo.
>
> No sólo no están unidos los ricos con solidez entre sí, sino que puede decirse que no hay lazo verdadero entre el pobre y el rico.
>
> Nunca están perpetuamente situados uno cerca del otro, pues a cada instante el interés los une y los separa. El obrero depende en general de los dueños, pero no de un dueño determinado. Estos dos hombres se ven en la fábrica, pero no se conocen fuera, y mientras que por un lado están unidos, por los demás permanecen muy separados. El dueño de la fábrica no pide al obrero más que su trabajo, y éste no espera de aquél más que su salario. El uno no se compromete a proteger ni el otro a defender, y no se hallan ligados de un modo permanente por el hábito ni por el deber. La aristocracia que funda el negocio, jamás se consolida en medio de la población industrial que dirige, pues su objeto no es gobernarla, sino servirse de ella.
>
> Una aristocracia así constituida no puede tener un fuerte imperio sobre los que emplea, y si lo consigue por un momento, bien pronto se le escapan. No sabe querer y no puede obrar.
>
> La aristocracia territorial de los siglos pasados estaba obligada por la ley, o se creía obligada por las costumbres, a ir en auxilio de sus servidores y aliviar sus miserias; pero la aristocracia manufacturera de nuestros días, después de haber empobrecido y embrutecido a los hombres de que se sirve, los abandona en los tiempos de crisis a la caridad pública para que los mantenga. Esto resulta naturalmente de lo que precede. Entre el obrero y el patrono, las relaciones son frecuentes, pero no existe nunca una asociación verdadera.

Sea lo que fuere, pienso que la aristocracia industrial que vemos surgir ante nuestros ojos es una de las más duras que haya podido aparecer sobre la Tierra; pero, al mismo tiempo, una de las más limitadas y de las menos peligrosas.

Con todo, éste es el lado hacia donde los amigos de la democracia deben dirigir con más inquietud su atención, porque si la desigualdad permanente de las condiciones y la aristocracia penetran de nuevo en el mundo, se puede decir que lo han de hacer por esa puerta.» (*D.A.*, páginas 515-516.)

Directamente enlazadas con la desaparición de desigualdades hay dos ideas. La primera se refiere a la necesidad de trabajar como necesidad común a todos los ciudadanos. En efecto, si la igualdad se concibe sobre todo como no perpetuación hereditaria de desigualdades, lo propio de esas sociedades es difundir en todas las direcciones la exigencia del trabajo, al tiempo que todas las profesiones honestas *aparecen como igualmente respetables: todos han de trabajar, todos pueden aspirar a cualquier puesto, todos los puestos son dignos.*

«En los pueblos democráticos, en los que no hay riquezas hereditarias, cada uno trabaja para vivir, o ha trabajado, o nacido entre gentes que trabajaron. La idea del trabajo como condición necesaria, natural y honesta de la humanidad se ofrece, pues, por todas partes al espíritu humano.» (*D.A.*, pág. 509.)

La segunda se concreta en la tendencia a tomar la elevación progresiva del nivel económico de vida como objetivo básico de la comunidad. En un universo donde todos son no-ricos, pero donde está abierta a todos la posibilidad de llegar a ser rico, cada cual propende a concentrar sus esfuerzos en llegar a serlo efectivamente. Pero llegar a serlo desde el propio esfuerzo y sin privar a nadie de las mismas oportunidades: es decir, de un lado, se acepta como valor social máximo la actividad personal que conduce al éxito económico y, de otro, hay un consenso generalizado en corregir incesantemente las desigualdades que pueda obstaculizar esa carrera colectiva. Hay un texto, célebre, en que Tocqueville plantea un resumen de todo ello con una forma literaria sumamente clásica:

«¿Qué exigís de la sociedad y de su gobierno? Es necesario entenderse.

¿Queréis dar al espíritu humano cierta altivez, una manera generosa de concebir las cosas de este mundo? ¿Queréis inspirar a los hombres una especie de desprecio de los bienes materiales? ¿Deseáis hacer nacer o mantener convicciones profundas y preparar grandes sacrificios?

¿Se trata para vosotros de pulir las costumbres, de elevar las maneras y de hacer brillar las artes? ¿Queréis poesía, ruido y gloria?

¿Pretendéis organizar un pueblo en forma de obrar fuertemente sobre todos los demás? ¿Lo destináis a intentar grandes empresas y, cualquiera que sea el resultado de sus esfuerzos, a dejar una huella inmensa en la historia?

Si tal es, según vosotros, el objeto principal que deben proponerse los hombres en sociedad, no toméis el gobierno de la democracia; no os conduciría seguramente a la meta.

Pero si os parece útil desviar la actividad intelectual y moral del hombre hacia las necesidades de la vida material, y emplearla en producir el bienestar; si la razón os parece más provechosa a los hombres que el genio; si vuestro objeto no es crear virtudes heroicas, sino hábitos pacíficos; si preferís mejor ver vicios que crímenes, y preferís menos grandes acciones, a condición de encontrar menos delitos; si, en lugar de actuar en el seno de una sociedad brillante, os basta vivir en medio de una sociedad próspera; si, en fin, el objeto principal de un gobierno no es, según vosotros, dar al cuerpo entero de la nación la mayor fuerza o la mayor gloria posible, sino procurar a cada uno de los individuos que lo componen el mayor bienestar y evitarle lo más posible la miseria; entonces, igualad las condiciones y constituid el gobierno de la democracia.

Si ya no es tiempo de elegir, y una fuerza superior al hombre os arrastra ya, sin consultar vuestros deseos hacia uno de los dos gobiernos, tratad al menos de obtener todo el bien que puede hacer y, conociendo sus buenos instintos, así como sus malas inclinaciones, esforzaos en restringir el efecto de los segundos y desarrollar los primeros.» (*D.A.*, pág. 253.)

b) *El segundo principio tiene otras características. Escribe Tocqueville:*

«Es esencia misma de los gobiernos democráticos que el imperio de la mayoría sea en ellos absoluto, puesto que fuera de la mayoría en las democracias no hay nada que resista.» (*D.A.*, pág. 254.)

Si todos los ciudadanos son esencialmente iguales, todos tienen también derecho a participar en la gestión política: la soberanía pertenece a la nación. De ahí que, frente

a la idea de vasallo de un señor y vasallo del rey, propia del gobierno aristocrático, surja la nación, esto es: entidad constituida por toda la colectividad y con respecto a la cual todos tienen idénticos derechos y obligaciones. Hay que señalar, por último, que es esa igualdad de todos los miembros de la comunidad lo que permite a Tocqueville diferenciar radicalmente la democracia moderna de las democracias clásicas, en las que no observa más que una variante del tipo aristocrático:

> «Lo que se llamaba pueblo en las repúblicas más democráticas de la Antigüedad no se parece en nada al que nosotros consideramos actualmente como tal. En Atenas, todos los ciudadanos tomaban parte en los negocios públicos; pero de más de trescientos cincuenta mil habitantes que componían la república, sólo veinte mil eran ciudadanos y todos los demás esclavos; la mayor parte de ellos desempeñaban las funciones que pertenecen en nuestros días al pueblo y aun a las clases medias.
>
> Atenas, a pesar de su sufragio universal, no era sino una república aristocrática, en donde todos los nobles tenían igual derecho al gobierno. Si se considera la lucha entre los patricios y los plebeyos de Roma, desde el mismo punto de vista, no se encontrará sino una cuestión interna entre los diversos miembros de la misma familia. Todos, en efecto, propendían a la aristocracia y participaban de su influencia.» (*D.A.*, pág. 436.)

Tendencia a la igualdad social y tendencia a la igualdad política son, pues, los dos principios básicos de la sociedad democrática. De ellos, según se ha indicado, Tocqueville deducía consecuencias que van desde las cuestiones más generales de la organización y funcionamiento de la vida social y política hasta dimensiones de la vida cotidiana. Lo fundamental a retener ahora es que su previsión, lejos de representarse la sociedad igualitaria como sociedad universal y homogénea, se endereza hacia la afirmación que puede dar lugar a variantes concretas completamente distintas. Pero, antes de hablar sobre ello, es preciso referirse al otro concepto, al de libertad.

El concepto de libertad

También aquí el fondo de su pensamiento se capta mejor oponiendo libertad en un sentido aristocrático a libertad en sentido democrático.

«Querer ser libre en las propias acciones o en algunas de ellas no porque todos los hombres tienen un derecho general a la independencia, sino porque se posee un derecho particular a ser independiente, era la manera como se entendía la libertad en la Edad Media y como se ha comprendido casi siempre en las sociedades aristocráticas, donde las condiciones de vida son muy desiguales y el espíritu humano, habituado a los privilegios, acaba por considerar como tales el uso de todos los bienes de este mundo.» [11]

Es claro que tal idea de libertad es inseparable de una organización social basada en la desigualdad. Orgullo de casta, sentimiento exaltado de la excelencia de sí mismo, consideración del privilegio como algo natural cuya discusión misma es inconcebible: todo ello remite necesariamente a un orden construido desde la no-igualdad.

Los efectos de esta noción de libertad los deduce Tocqueville precisamente a partir de la excepcionalidad de los actores que disfrutan de ella: gusto apasionado por la independencia que proporciona al egoísmo una energía y una fuerza singulares. Y, así, las personas y los grupos libres en este sentido han sido a menudo capaces de actos también extraordinarios.

Tal género de libertad, y aquí el aristócrata se muestra inseparable del sociólogo, no tiene por qué generar necesariamente, dice Tocqueville, servilismo. La idea es relativamente sencilla. El cuadro general se corresponde con una sociedad casi inmóvil, con grupos sociales e individuos bien diferenciados jerárquicamente: a un lado el orgullo y los privilegios, al otro el trabajo; pero, en la medida en que ese orden se consideraba como el orden natural de las cosas, los vasallos no percibían la situación como injusta, y los privilegiados, por su independencia y orgullo, no toleraban la emergencia de un poder absoluto y se sentían obligados con respecto a sus inferiores. Más arriba me he referido al juicio de Tocqueville, según el cual, la eventual aristocracia industrial sería una de las más duras que ha conocido la humanidad: es, al igual que este juicio sobre la libertad, una conclusión del mismo principio: la sociedad no-democrática dispensa a unos y otros, señores y vasallos, de recomponer permanentemente el escenario de la dominación y posibilita así un tipo de relaciones otras que las propias de la

---

[11] Tocqueville, «Estado social y político de Francia antes y después de 1789», en *Igualdad social y libertad política*, trad. cast. por Joaquín Esteban Perruca, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1978, pág. 140 (desde ahora *I.S.*).

sociedad igualitaria, que precisa justamente la recomposición cotidiana de la dominación. Esta apertura de la noción de libertad hacia, según ha indicado Aron[12]*, la consideración de la naturaleza de las relaciones entre el que manda y el que obedece, a más de plasmarse en múltiples momentos del discurso de Tocqueville, da lugar al capítulo XI del libro II de* El Antiguo Régimen, *donde tras analizar esa dimensión de benevolencia, por así decir, en las relaciones dominante-dominado en la sociedad aristocrática, concluye con estas palabras:*

> «Por otra parte, no debe juzgarse la bajeza de los hombres por el grado de su sumisión al poder soberano: sería emplear una medida falsa. Por grande que fuese la sumisión de los hombres del antiguo régimen a la voluntad del rey, había una clase de obediencia que les era desconocida: no sabían lo que era doblegarse a un poder ilegítimo o discutido, que casi no es respetado, al que a veces se desprecia, pero al que se tolera de buen grado porque es útil o porque puede hacer daño. Siempre les fue desconocida esta forma de degradante servidumbre» (*A.R.*, pág. 140.)

La otra noción de libertad es la que genera la sociedad igualitaria.

> «Según la noción moderna, la democracia —y yo me atrevería a decir que es la noción justa de libertad—, todo hombre, dando por supuesto que ha recibido de la naturaleza las luces necesarias para conducirse por sí mismo, tiene por nacimiento un derecho natural e imprescriptible a vivir con independencia de sus semejantes en todo lo que se relaciona con su persona, y a ordenar como crea conveniente su propio destino.» (*I.S.*, pág. 141.)

Se trata, pues, ahora, de una libertad entre iguales que, por el sólo hecho de nacer, tienen un derecho de doble dimensión. «Vivir con independencia de sus semejantes en todo lo que se relaciona con su persona»: *esto es, en primer lugar, derecho frente a la arbitrariedad y la intromisión bien de los otros, bien del poder público.* «Ordenar como crea conveniente su propio destino»: *esto es, libertad para decidir. La primera dimensión conecta, entonces, con la noción de seguridad jurídica, en tanto que la segunda se refiere al libre desarrollo de cada cual.*

Esta idea de libertad precisa inexcusablemente de una organización y funcionamiento social igualitario. Sólo tras

[12] *Ensayo sobre las libertades*, Madrid, Alianza Editorial, 1966, páginas 25-27.

la negación de la sociedad aristocrática puede, en efecto, hablarse de seguridad frente a lo arbitrario y de posibilidad de libre despliegue individual. Mas la inversa no es cierta, y éste es precisamente uno de los temas centrales de la obra de Tocqueville. Dicho de otra manera, si bien es cierto que libertad democrática reclama sociedad democrática, ésta, en tanto que tal, no tiene por qué generar aquélla necesariamente: tal es la enseñanza que puede extraerse del caso americano y del drama político francés.

Democracia y libertad: el «caso» americano y el «caso» francés

El planteamiento del asunto es el siguiente: Francia y Estados Unidos están inmersos en la corriente histórica que lleva irremediablemente a la sociedad igualitaria. ¿Por qué, sin embargo, América ha conseguido mantener un régimen de libertad en el interior de la sociedad democrática y Francia encuentra tantas dificultades para simultanear lo uno y lo otro? ¿Por qué América evoluciona sin mayores convulsiones políticas y Francia se mueve a través de desgarros?

Una parte de la respuesta se encuentra en los dos primeros libros de *La Democracia*. Allí, en efecto, Tocqueville intenta explicar cómo los Estados Unidos constituyen una democracia liberal. Para ello, distingue entre tres tipos de causas: accidentales, las que provienen de las leyes y las que emanan de los hábitos y las costumbres.

Las que denomina accidentales son fácilmente resumibles. Los padres fundadores poseían condiciones fundamentales para el funcionamiento de la sociedad igualitaria (alto nivel de instrucción, moderación, hábito de reflexión, creencia en la igualdad de los seres humanos) y se establecieron sobre un territorio que ofrecía posibilidades óptimas para la práctica de tales condiciones (enorme extensión con inmensas zonas vírgenes, gran riqueza, ausencia de enemigos exteriores).

Las leyes, en segundo lugar, favorecen extraordinariamente la participación cotidiana de los ciudadanos, así en la marcha de la sociedad como en la gestión política. La constitución federal combina las ventajas de la nación grande y de la pequeña: permite la concentración de poder nece-

saria para impedir que la totalidad social se disgregue en parcelas aisladas, pero contrapesa eficazmente la tendencia de cualquier poder central a absorber toda la vida social. Además, la organización de la gestión comunal obliga a todos los vecinos a participar diariamente en la vida vecinal: los cargos locales son muchos y todos electivos; la comunidad aprende a contar sólo con sus fuerzas para resolver sus problemas; cada ciudadano está inmerso desde niño en un permanente proceso de educación cívica del que extrae, al tiempo, el hábito de participar en la vida pública y el conocimiento concreto de las dificultades de toda gestión, lo que tiende a hacerlo moderado y responsable. Por último, el sistema de contrapesos (y muy especialmente la constitución del poder judicial) dificulta a la vez que el predominio de la mayoría pueda llegar hasta la opresión de las minorías y que la mayoría se deje arrastrar por sus impulsos y actúe tumultuosamente, mediante explosiones súbitas.

También las costumbres favorecen igualdad y libertad. En primer lugar, la influencia de la religión:

> «Los sacerdotes norteamericanos se pronuncian de una manera general por la libertad civil, sin exceptuar a aquellos mismos que no admiten la libertad religiosa. Sin embargo, no se les ve prestar su apoyo a ningún sistema político en particular. Tienen cuidado de mantenerse alejados de los negocios, y no se mezclan en las combinaciones de los partidos. No se puede, pues, decir que en los Estados Unidos la religión ejerza una influencia sobre las leyes ni sobre el detalle de las opiniones políticas; pero dirige las costumbres, y al regir a la familia trabaja por regir el Estado.» (*D.A.*, pág. 290.)

En concreto, Tocqueville ve así la influencia de la religión:

> «Entre los angloamericanos, los unos profesan los dogmas cristianos porque creen en ellos, los otros porque temen no tener la apariencia de creer. El cristianismo reina, pues, sin obstáculos según la confesión de todos. Resulta de ello, como ya lo dije antes, que todo es fijo y cierto en el mundo moral, aunque el mundo político parece abandonado a la discusión y a los ensayos entre los hombres. Así, el espíritu humano no percibe nunca delante de sí un campo sin límite: cualquiera que sea su audacia, siente de tiempo en tiempo que debe detenerse ante barreras infranqueables. Antes de innovar, se ve forzado a aceptar ciertas bases primero, y a someter sus concepciones más atrevidas a determinadas formas que lo retardan y detienen.

La imaginación de los norteamericanos, en sus mayores atrevimientos, no tiene, pues, sino una marcha circunspecta e incierta. Su andar se ve estorbado y sus obras son incompletas. Esos hábitos de reticencias se advierten también en la sociedad política y favorecen singularmente la tranquilidad del pueblo, así como la duración de las instituciones que él se diera. La naturaleza y las circunstancias habían hecho del habitante de los Estados Unidos un hombre audaz; es fácil inferirlo, cuando se ve de qué manera persigue la fortuna. Si el espíritu de los norteamericanos fuera libre de toda traba, no se tardaría en encontrar entre ellos a los más audaces innovadores y a los más implacables lógicos del mundo. Pero los revolucionarios de Norteamérica están obligados a profesar ostensiblemente cierto respeto por la moral y la equidad cristiana, que no les permite violar fácilmente sus leyes cuando se oponen a la ejecución de sus designios; y si pudieran elevarse por sí mismos por encima de sus escrúpulos, se sentirían todavía detenidos por los de sus partidarios. Hasta el presente, no se ha encontrado a nadie, en los Estados Unidos, que se haya atrevido a expresar esta teoría: que todo está permitido en interés de la sociedad. Máxima impía, que parece haber sido inventada en un siglo de libertad para legitimar a todos los tiranos por venir.» (*D.A.*, pág. 291.)

A más de la religión, Tocqueville se refiere a «las luces, los hábitos y la experiencia práctica».

«El que quiere juzgar cuál es el estado de las luces entre los angloamericanos está, pues, expuesto a ver el mismo objeto bajo dos ángulos diferentes. Si no presta atención más que a los sabios, se sorprenderá de su número pequeño; y si cuenta a los ignorantes, el pueblo norteamericano le parecerá el más ilustrado de la tierra.» (*D.A.*, pág. 299.)

También aquí la experiencia y los conocimientos generales trabajan, pues, en la dirección de impedir tanto el repliegue del ciudadano sobre sí como el éxito social de propuestas sobre renovación total de la sociedad: la ausencia de desigualdades sociales propia de la democracia debe corresponderse también con un nivel medio de instrucción y con una participación continua, pero sin sobresaltos, en las cosas cotidianas.

Este análisis pretende hacer inteligible la unión en América de libertad y democracia. Al mismo tiempo, en su propio desarrollo, el discurso va indicando tendencias de la sociedad igualitaria que, actuando por sí mismas, pueden llevar a la sociedad hasta la anarquía o el despotismo, hasta el desorden intermitente o la parálisis de toda actividad

social. Pues la democracia, en efecto, lleva en sí la posibilidad de desembocar en las siguientes situaciones. Al igualar a todos los ciudadanos y despertar en ellos el deseo de incrementar su riqueza y su bienestar, les tienta permanentemente con la idea de replegarse sobre sí mismos, abandonar toda intervención en la vida pública en manos del Estado y entregarse por completo a éste. Si tal ocurre, el Estado aparece ante el ciudadano, al tiempo, como algo lo suficientemente lejano como para no interesarse por él y lo suficientemente poderoso como para oscilar entre temerlo y dirigirse contra él:

«Hay naciones en Europa —escribe— donde el habitante se considera como una especie de colono indiferente al destino del país que habita. Los más grandes cambios pueden acaecer en su país sin su concurso; no sabe con precisión lo que ha pasado, sólo lo sospecha, ha oído contar el acontecimiento por casualidad. Más aún, la fortuna de su aldea, la limpieza de su calle y la suerte de su iglesia no le conmueven; piensa que todas esas cosas no le incumben de ninguna manera, y que pertenecen a un poderoso extranjero que se llama gobierno. En cuanto a él, disfruta de esos bienes como un usufructuario, sin espíritu de propiedad y sin ideas de mejoramiento. Este desinterés de sí mismo va tan lejos que, si su propia seguridad o la de sus hijos se ve al fin comprometida, en lugar de ocuparse de alejar el peligro se cruza de brazos para esperar que la nación entera vaya en su ayuda. A este hombre, por lo demás, aunque haya hecho un sacrificio completo de su libre albedrío, no le gusta la obediencia más que a los demás. Se somete, en verdad, al capricho de un empleado; pero se complace en desafiar a la ley como un enemigo vencido en cuanto la fuerza se retira. Por eso se le ve oscilar entre la servidumbre y el desenfreno.» (*D.A.*, pág. 102.)

La pasión por la igualdad, por su parte, puede llevar tanto hasta querer imponerla por encima de todo, anulando toda diferencia, es decir, tiranizando a todas las minorías, como hasta no admitir ningún tipo de freno o contrapeso, a entregar la suerte de la colectividad a los eventuales impulsos irreflexivos y pasionales de ella misma.

«Veo en nuestros contemporáneos dos ideas contrarias e igualmente funestas. Los unos no hallan en la igualdad sino las tendencias anárquicas que ésta hace nacer; temen su libertad y se temen ellos mismos. Los otros, en menor número, pero más ilustrados, tienen otra visión. Al lado de la ruta que, partiendo de la igualdad conduce a la anarquía, han descubierto el camino que parece dirigir for-

zosamente a los hombres hacia la esclavitud; someten ante todo su alma a esa esclavitud necesaria y, desesperando de ser libres, adoran ya en el fondo de su corazón al que ha de ser bien pronto su señor. Los primeros abandonan la libertad, porque la creen peligrosa; los otros, porque la juzgan imposible.» (*D.A.*, pág. 641.)

Pues bien, buena parte de eso es lo que Tocqueville encuentra en la historia francesa, en sus agitaciones revolucionarias, en la dificultad para conseguir espacio para la libertad en medio de la igualdad.

Tanto en el artículo de 1836 sobre la situación de Francia en torno a 1789 como en El Antiguo Régimen, *Tocqueville subraya dos fenómenos claves para entender el estallido revolucionario y sus consecuencias. En primer lugar, la centralización administrativa. En segundo lugar, la ausencia de libertad.*

Antes de la Revolución, la sociedad francesa era la que más había progresado en Europa en la vía hacia la igualdad.

«Quien sin dejarse llevar por las apariencias observase el estado de impotencia moral en que había caído el clero, el empobrecimiento y decadencia de la nobleza, las riquezas y conocimiento del tercer estado, la singular división ya existente de la propiedad de la tierra, el gran número de fortunas modestas y el pequeño de las grandes; quien conociese las teorías profesadas en esa época, quien supiese conjuntar de un golpe de vista fenómenos tan diversos, concluiría sin dificultad que la Francia de entonces, con su nobleza, su religión de Estado, sus leyes y sus usos aristocráticos, era ya, en todos los aspectos, la nación más democrática de Europa, y que los franceses de finales del XVIII, por su situación social, su constitución civil, sus ideas y sus costumbres, iban por delante, con mucho, respecto a los pueblos que en nuestros días tienden visiblemente hacia la democracia.» (*I.S.*, pág. 127.)

Pero, a su vez, todo ello había sido correlativo a la extensión del poder real a todos los aspectos de la administración: los privilegios aristocráticos y eclesiásticos habían ido siendo socavados por el mismo movimiento que iba acabando con la vida local. La igualación de condiciones se realizaba mediante la concentración en manos del rey de poderes hasta entonces dispersos en estamentos y ciudades: se trataba, cada vez más, de un Estado que igualaba a todos con respecto a él y cuyos agentes eran progresivamente funcionarios. Así, París se había ido convirtiendo en el centro

del pensamiento, de la riqueza y del poder: el rey atraía los asuntos a París, y París atraía los asuntos del rey. Los efectos de ello los describe Tocqueville de esta manera:

> «A finales del XVIII, Francia seguía estando dividida en treinta y dos provincias. Trece parlamentos interpretaban en ella las leyes de una manera diferente y soberana. La constitución política de estas provincias variaba considerablemente. Unas habían conservado una especie de representación nacional, otras siempre habían sido privadas. En éstas regía el derecho feudal; en aquéllas se obedecía a la legislación romana. Pero todas estas diferencias eran superficiales y, por decirlo así, externas. Francia, a decir verdad, no tenía ya más que una sola alma; las mismas ideas circulaban de un extremo al otro del reino; los mismos usos estaban en vigor, se profesaban las mismas opiniones; el espíritu humano, moldeado en todas partes de la misma manera, marchaba en la misma dirección. En una palabra, los franceses, con sus provincias, sus parlamentos, la diversidad de sus leyes civiles, la curiosa variedad de sus costumbres, formaban, sin embargo, el pueblo de Europa más trabado en todas sus partes y también el más apto para actuar, en caso necesario, como un solo hombre.» (*I.S.*, págs. 135-136.)

Mas, desde otro punto de vista, tal situación social era la menos propicia para posibilitar la existencia de libertad. Subsistían, de un lado, instituciones propias del mundo aristocrático, pero vacías de contenido, externas, como Tocqueville dice. Es decir, las bases necesarias a la libertad en sentido aristocrático se habían esfumado o se estaban esfumando. Pero tampoco existía margen para la libertad en sentido democrático. La centralización del poder, la omnipotencia del Estado, la situación final de una masa de súbditos y, frente a ellos, el rey: los políticos no eran tales, sólo eran funcionarios; los mismos reglamentos se aplicaban con el mismo automatismo en todos los rincones de Francia. Así, los elementos básicos de la libertad democrática americana faltaban aquí por completo: no había participación política del ciudadano en los asuntos cotidianos, no había cauces para la formación de un cuerpo político. La situación era, pues, de supervivencia de grupos y privilegios que habían perdido toda función histórica, y cuya presencia sólo podía entonces producir cólera, y, por otra parte, de ausencia de prácticas y mecanismos sociales susceptibles de crear el espacio necesario para la libertad: grupos sociales e individuos desperdigados por toda la geografía francesa, separados en-

tre sí, igualados todos respecto al Estado. Tocqueville cita, por su exactitud, este fragmento de un informe presentado por Turgot al rey:

> «La nación es una sociedad compuesta por distintos órdenes mal unidos y por un pueblo cuyos miembros tienen entre sí pocos lazos, y en la cual, por consiguiente, nadie se preocupa más que de su interés particular. Por ninguna parte se ve un interés común. Los pueblos y las ciudades no tienen más relaciones mutuas que los distritos a que pertenecen. Ni siquiera pueden ponerse de acuerdo entre ellos para construir las obras públicas que necesitan. En esta perpetua guerra de pretensiones y proyectos, Vuestra Majestad no tiene más remedio que decidirlo todo por sí mismo o por sus mandatarios. Se esperan vuestras órdenes especiales para contribuir al bien público y para respetar los derechos del prójimo, y a veces para ejercer los propios.»

Y, ciertamente, no se le escpaban a Tocqueville las consecuencias:

> «No resulta empresa fácil acercar entre sí a unos ciudadanos que durante siglos han vivido como extraños o como enemigos y enseñarles a ocuparse en común de sus propios asuntos. Fue mucho más fácil dividirlos que unirlos de nuevo. De ello hemos dado al mundo un memorable ejemplo. Hace sesenta años, cuando las distintas clases que dividían a la antigua sociedad francesa entraron en contacto, después de haber estado separadas durante tanto tiempo por tantas barreras, este primer contacto se realizó desde el principio por sus puntos más dolorosos, no sirviendo sino para que se destrozaran mutuamente. Aún hoy subsisten sus recelos y les sobreviven con odios.» (*A.R.*, págs. 131-132.)

Tal es el centro del análisis de Tocqueville sobre las dificultades políticas de Francia. Desde esa perspectiva, la Revolución, y la serie posterior de agitaciones políticas, girarán en torno al doble problema no resuelto de un poder central que iguala al precio de centralizar cada vez más y de una igualación que se basa, precisamente, en suprimir la posibilidad de la actividad política individual y local. El resultado era hacer siempre problemático el espacio para la libertad, aun cuando la pasión por la igualdad fuese siempre en aumento. El contraste con lo que ocurría en Estados Unidos le parecía clarísimo. En un sitio, se centraliza y se amplían las funciones del Estado; en el otro, se parte de la vida comunal, de ahí al condado y de éste al Estado para

llegar finalmente al gobierno federal. Aquí el ciudadano se encuentra perpetuamente entre la alternativa de, o bien replegarse a su vida privada refugiándose estrictamente en el ansia por el aumento de sus riquezas, o bien irrumpir esporádicamente en la vida política con carencia total de experiencia en la cosa pública; allí se anima, si no se obliga, a intervenir cotidianamente en el gobierno de la vida local. En fin, si en un lugar no hay nada entre el Estado y cada ciudadano, es decir, la relación entre uno y otros es de apatía o de movimientos que carecen de cauce, allí se multiplican las asociaciones que organizan la acción de los miembros de la comunidad.

Quisiera abrir ahora un breve paréntesis. Pues de las múltiples consecuencias de todo ello, hay una que merece algún detenimiento. Se trata de la siguiente: el análisis de Tocqueville sobre cómo la inexperiencia en los asuntos públicos que genera la falta de libertad termina produciendo el predominio del, por así llamarlo, intelectualismo literario en la vida política. El intelectual francés del XVIII, dice Tocqueville, se distinguía claramente del alemán y del inglés. Del alemán, porque se ocupaba constantemente de materias relacionadas con el gobierno, en tanto que aquél se retiraba al terreno de la filosofía pura. Del inglés, porque jamás intervenía en los asuntos públicos. Así, ignorante de la complejidad de los asuntos públicos, permanente espectador en una sociedad repleta de funcionarios, su gusto natural de escritor por las grandes construcciones teóricas se multiplicaba: ello le dio

> «una mayor osadía en sus innovaciones, más amor por las ideas generales y más confianza en su razón individual de la que se encuentra por lo común en los autores de libros especulativos sobre la política» (*A.R.*, pág. 157.)

Como, además, su falta de libertad era la que también sufrían sus contemporáneos, a éstos les fue fácil seguirles. Las generosas especulaciones abstractas iban fácilmente de unos a otros porque el espectáculo de privilegios ridículos era común. El resultado lo resume Tocqueville así:

> «Los escritores no sólo comunicaron sus ideas al pueblo; le dieron también su temperamento y su carácter. Bajo su prolongada disciplina, sin más guía que ellos, en medio de la profunda ignorancia de la práctica en que vivía, toda la nación al leerlos acabó por contraer los instintos, las tendencias, los gustos e incluso las extravagancias propias de los escritores; de tal modo que, cuando llegó el mo-

mento de actuar, trasladó a la política todos los hábitos de la literatura.» (*A.R.*, pág. 162.)

Que ellos sea o no característico de situaciones semejantes a la francesa es algo que escapa por completo a estas páginas. Lo que sí es seguro es que, para Tocqueville, era un elemento bien presente en la historia moderna de Francia —y, por lo demás, en los Recuerdos, *al hablar de la influencia de las ideas socialistas en 1848, da buena muestra de ello.*

Por último, y cerrado ya el paréntesis, esa situación general no le parecía a Tocqueville específica de Francia sino, en el fondo, común a todo el continente europeo: a pueblos que habían aprendido la igualdad antes que la libertad. La Revolución estalló en Francia, pero la obra que remataba venía de antiguo y, en lo sustancial, era semejante a lo aue se estaba desarrollando en los demás pueblos continentales. Y la paradoja de la conclusión es que, analizada con detalle, la Revolución fue mucho menos innovadora de lo que la primera impresión sugiere:

> «La Revolución no se hizo, como se ha dado en creer, para destruir el imperio de las creencias religiosas; pese a las apariencias, la Revolución fue esencialmente social y política, y en el círculo de las instituciones de esta especie no se ha tendido en absoluto a perpetuar el desorden, a hacerlo, en cierto modo, estable a *metodizar* la anarquía, como decía uno de sus principales adversarios, sino más bien a aumentar el poder y los derechos de la autoridad pública. La Revolución no iba a cambiar el carácter que nuestra civilización había tenido hasta entonces, como otros han creído, ni a detener sus progresos, ni siquiera a alterar en su esencia ninguna de las leyes fundamentales sobre las que se asientan las sociedades humanas en nuestro occidente. Si se la separa de todos los accidentes que momentáneamente cambiaron su fisonomía en diferentes épocas y países, para no considerarla más que en sí misma, se ve claramente que dicha revolución no tuvo más efecto que abolir aquellas instituciones políticas que, a lo largo de muchos siglos, habían dominado de manera absoluta en la mayoría de los pueblos europeos, y que generalmente se designan con el nombre de instituciones feudales, para sustituirlas por un orden social y político más uniforme y sencillo que tenía por base la igualdad de condiciones.
>
> Esto bastaba para hacer una revolución inmensa, ya que, independientemente de que las instituciones antiguas estuviesen aún mezcladas y como entrelazadas con casi todas las leyes religiosas y políticas de Europa, habían sugerido, ade-

más, una multitud de ideas, de sentimientos, de hábitos y de costumbres íntimamente unidos a ellas. Fue necesaria una violenta convulsión para destruir y arrancar de golpe del cuerpo social una parte que tanto afectaba a todos sus órganos. Esto hizo que la Revolución pareciese todavía más grande de lo que era; daba la impresión de destruirlo todo, pues lo que destruía estaba ligado y, en cierto modo, formaba cuerpo con todo.

Por radical que haya sido la Revolución fue menos innovadora de lo que en general se cree, como demostraré mas adelante. Lo que sí puede decirse de ella con justicia es que destruyó completamente, o está en vías de destruir —puesto que todavía dura— todo lo que derivaba en la antigua sociedad de las instituciones aristocráticas y feudales, todo lo que de algún modo estaba relacionado con ellas, todo lo que, en mayor o menor grado, conservaba su mínima huella. Sólo conservó del viejo mundo lo que siempre había sido extraño a esas instituciones o podía existir sin ellas. Menos que ninguna otra cosa, fue la Revolución un acontecimiento fortuito. Ciertamente cogió al mundo de improviso, pero no fue más que el complemento de una larga labor, la terminación rápida y violenta de una obra en la que diez generaciones habían tomado parte. Si no hubiese tenido lugar, no por eso habría dejado de derrumbarse por todas partes el viejo edificio social, en unos sitios antes que en otros; la única diferencia es que se habría ido desmoronando pedazo a pedazo en lugar de venirse abajo de repente. La Revolución llevó a cabo de golpe, mediante un esfuerzo convulsivo y doloroso, sin transición, sin precaución, sin miramientos, lo que habría sucedido de por sí a la larga. Ésta fue su obra.» (*A.R.*, págs. 66-67.)

El parlamentario: la abolición de la esclavitud y el problema de Argelia

Democracia, libertad, la trayectoria política de Francia, el futuro de las sociedades democráticas: todos estos temas son, como se ha visto, claves en el discurso del teórico. Pero también informan decisivamente los valores y la actividad del político.

La vida política de Tocqueville se inicia en 1839, fecha en que obtiene acta de diputado. Termina con el golpe de Estado de Luis Napoleón, el 2 de diciembre de 1851: rechaza radicalmente la dictadura de Napoleón III, abandona por completo toda relación directa con la política e inicia

un exilio voluntario que durará un cierto tiempo. De ella, de su vida política, hay unos cuantos pasos de inexcusable mención.

Me he referido más arriba al talante con que, en 1839, accede el joven parlamentario a la Asamblea. Netamente distanciado de los legitimistas, cuya opción consideraba por completo desfasada por la historia; sin el menor entusiasmo por el orleanismo; partidario de un liberalismo moderado que le separaba del inmovilismo del centro a la sazón en el poder; desconfiando, sin embargo, de la oposición y, en general, de los partidos políticos en presencia, de sus jefes y de sus maniobras políticas. De hecho, tanto él como Beaumont, al presentar su candidatura, albergaban la esperanza de poder aglutinar en torno a sí a los diputados que, hastiados de la buena parte de ramplonería de la vida política del momento, aspirasen a una línea de acción más o menos independiente y, en todo caso, orientada hacia el valor de la libertad más que a la obsesión permanente por entrar a tomar parte en el reparto del botín de los cargos públicos. Así pues, espíritu de independencia, reacción orgullosa contra el oficio de parlamentario y de político, partidario sin reserva alguna de una libertad apacible, esto es: moderada por las leyes y las costumbres.

No parece que tuviese éxito excesivo en nada de todo ello. Escritor célebre, era respetado pero, por lo que se sabe, nunca ejerció un peso decisivo en la vida parlamentaria, bien que su carrera como diputado sí conociese ascensos: así, en 1842, fue elegido consejero general de La Mancha. Quiero decir que la élite parlamentaria no le acogió en su seno y que, por su parte, lo menos que puede decirse es que tampoco hizo grandes esfuerzos para ello: en los debates sólo se interesaba por las ideas en disputa, no llegó a aprenderse ni los nombres siquiera de buena parte de los parlamentarios, ignoraba, en una palabra, a muchos de sus compañeros de escaño: Beaumont, incluso, tuvo que indicarle en alguna ocasión que su actitud podía rayar en la grosería. En fin, la elocuencia no era su fuerte: el escritor predominaba sobre el orador; sentía horror por la improvisación; las grandes frases, las muletillas y las grandes audiencias le producían desasosiego, aunque, o precisamente, porque tenía fama de ser un excelente conversador en una época en que, por lo demás, los salones literarios y científicos habían elevado la conversación al rango de arte.

Nada de todo ello le impidió ser, por otra parte, un diputado sumamente activo y minucioso. Estudiaba a fondo sus

informes y nunca se contentó con datos de segunda mano. Sacrificó, incluso, bastantes años de su carrera literaria, pues, aparecida en 1840 la segunda parte de La Democracia, *sólo con los* Recuerdos *volvió a coger la pluma para un asunto distinto de los propios de un parlamentario. Ello, y la firmeza con que sostuvo siempre su ideario, son posiblemente las razones de que, con el paso del tiempo, consiguiese el afecto y la amistad política plena de unos cuantos diputados.*

Sus intervenciones parlamentarias fueron numerosas. De ellas, hay una que, por la significación que tiene desde la lectura de La Democracia, *merece ser aludida. Su objeto, la libertad religiosa y las relaciones entre la Universidad y la Iglesia.*

En 1844, en sendas cartas, Tocqueville había escrito:

> «Tengo por cierto que la educación laica es la garantía de la libertad de pensar. Creo firmemente que la Universidad debe ser el hogar principal de los estudios y que el Estado debe conservar derechos muy amplio de vigilancia incluso sobre las escuelas que no dirige.»

Y unos meses más tarde:

> «¡Qué triste disputa la de la Universidad y la Iglesia! Cada cual se ha equivocado: el clero, tomando la ofensiva y atacando con violencia, y a veces con calumnias, la instrucción laica; la Universidad o sus amigos, poniendo otra vez en movimiento las pasiones anticatólicas y hasta antirreligiosas y buscando con todas sus fuerzas reavivar la funesta filosofía del siglo XVIII. No puedo decirte hasta qué punto todo lo que pasa llena mi alma de amargura y de abatimiento.» (*I.S.*, pág. 213.)

Pues bien, el 28 de abril del año siguiente, pronuncia estas palabras en la Cámara:

> «No es una cuestión de religión, es una cuestión de derecho. La cuestión es saber si, en este país de libertad, la primera de todas las libertades humanas, la más santa, la más sagrada, la libertad religiosa, Francia la ha comprendido antes de que yo haya tenido necesidad de nombrarla; si en este país de libertad estará o no permitido adorar a Dios sin autorización del comisario de policía.
>
> He pensado siempre que, aunque la alianza entre el espíritu religioso y el liberal no existiese en Francia, por causas cuyo examen no voy a hacer aquí (...) esa alianza se llevaría a cabo más pronto o más tarde (...); cuando he

visto por una parte cómo los hombres religiosos tendían la mano a los hombres de la libertad y por otra parte los hombres de la libertad tendían la mano a los religiosos, he creído que esa unión se iba a realizar, y he sentido una patriótica e inmensa alegría; pero cuando yo he visto luego cómo ocurría todo lo contrario, he experimentado un profundo dolor por mi país.» (*I.S.*, pág. 214.)

Hay que mencionar también dos temas en que, como miembro de la correspondiente comisión, tuvo Tocqueville un papel central. Ambos eran de gran importancia en la época. El primero, la discusión sobre la abolición de la esclavitud. El segundo, la cuestión de Argelia.

El asunto de la esclavitud, en Francia, se planteaba con especial fuerza a propósito de las colonias de las Antillas[13]*. El nudo de la cuestión puede resumirse así: los esclavos negros proporcionaban mano de obra barata a las plantaciones de azúcar; en caso de abolición, ¿cuál sería el futuro económico de esas islas?; el argumento filosófico y filantrópico, pues, se mezclaba con el económico y, en todo caso, había serios intereses y grupos de presión en contra de la abolición. La introducción definitiva de la cuestión en el escenario francés se produjo a partir de un* bill *de 1833 que decidía la emancipación de los esclavos en las colonias inglesas —emancipación que, además, fue efectiva a partir del 1.º de enero de 1838—. Como una suerte de eco de esto, en 1834 se fundó en París una Sociedad para la abolición de la esclavitud. Su presidente era el duque de Broglie; sus miembros, políticos y escritores bien conocidos: Lamartine, Montalembert, H. Passy, Rémusat y el propio Tocqueville entre otros; y sus actividades: publicación de una revista, algún folleto, reuniones de tiempo en tiempo en banquetes de cien cubiertos: todo bien lejos del tono popular, de llamada religiosa a las masas, que practicaron sus homólogos británicos. Dicho en otros términos, la eventual eficacia de la Sociedad se circunscribía a núcleos gubernamentales y parlamentarios.*

Conviene señalar que el interés de Tocqueville por el problema racial y la esclavitud no era de ninguna manera de ayer. Él y Beaumont lo habían estudiado con detenimiento en su viaje a América. Y, según he indicado más arriba, Beaumont lo trató de forma novelada y Tocqueville

[13] Sigo aquí a J. J. Chevalier y a A. Jardin, «Introduction» a Tocqueville, *Ecrits et Discours Politiques*, en *Oeuvres Complètes*, t. III, páginas 9-10 (desde ahora *E.D.P.*).

le dedicó, además de observaciones esparcidas aquí y allí, un capítulo (el X del Libro II) de La Democracia.

En fin, la Cámara conocía las esperables corrientes dada la naturaleza de la cosa y las no menos previsibles reacciones del ejecutivo. De un lado, los argumento de los portavoces de los intereses coloniales: la abolición, en las colonias inglesas, ha producido la ruina completa de lugares hasta entonces prósperos; los esclavos no están preparados para la libertad y no harán por tanto, recto uso de ella; los partidarios de la abolición no conocen bien todos los datos del asunto del que hablan; o, como última razón, el Parlamento y el gobierno carecen de legitimidad y de competencia legal para decidir sobre la suerte de colonos y colonias francesas. Los abolicionistas, por su parte, aducían, ante todo, el argumento moral, no sin intentar probar también que, lejos de la quiebra económica, las colonias inglesas habían conocido un notable incremento en la producción precisamente a partir de la abolición. Y, con respecto a la actitud del gobierno, se solapaban, según los avatares, bien el aplazar la discusión de un asunto que irremediablemente generaba enfrentamientos parlamentarios, bien proceder con la máxima cautela.

El 23 de julio de 1839, Tocqueville presentaba a la Cámara el informe que ésta le había encomendado sobre la modalidad de abolición propuesta por un parlamentario, Destutt de Tracy. En lo sustancial, ésta se concretaba en: libertad para todos aquellos que naciesen a partir de la promulgación de la ley y posibilidad de que comprasen su libertad los ahora esclavos: era, pues, optar por una abolición progresiva. Pues bien, el texto de Tocqueville va mucho más allá de un análisis técnico sobre la manera de proceder más oportuna: es un análisis global de la institución de la esclavitud que sugiere directamente un modo de acción. Tres ideas, perfectamente tocquevillianas, merecen subrayarse de él.

La primera, la dependencia de las instituciones con respecto al estado de la conciencia pública y cómo ésta, en los tiempos modernos, no sufre la desigualdad institucionalizada. La esclavitud puede tener más de mil años de antigüedad, puede haber habido discusiones teóricas en favor o en defensa de ella, puede haber intereses en mantenerla o en suprimirla, pero, hoy, ya ha dejado de ser todo eso para convertirse en una cuestión política: ¿cómo suprimirla?

«Si se considera lo que sucede en Francia, parece evidente que, en este punto, la Administración no podrá resistir mucho tiempo a la presión de la opinión pública, y que, en un plazo desde ahora muy breve, se verá obligada a destruir, sea directamente, sea indirectamente, la esclavitud.» (*E.D.P.*, página 46.)

La segunda se refiere a la libertad democrática como proceso de aprendizaje que consiste precisamente en el ejercicio cotidiano de la libertad. El despliegue consciente de sí mismo y la seguridad de que ese despliegue es posible reclaman, según Tocqueville, tanto un actor moderado por los usos y las costumbres como una colectividad que sepa imponer esos usos y esas costumbres. Para decirlo en lenguaje moderno, una muchedumbre solitaria difícilmente puede ser un agente de socialización susceptible de producir actores que se sientan miembros de una comunidad. Y, de ahí, la falacia de los argumentos que niegan la libertad ahora porque no se está preparado para ejercerla: pues no se está preparado para ejercerla justamente porque es imposible aprender a ejercerla en un régimen de opresión.

«Parece, pues, que sería poco razonable creer que se puedan destruir en la servidumbre los vicios que natural y necesariamente engendra la servidumbre. No hay ejemplo de ello en el mundo. Sólo la experiencia de la libertad, la libertad contenida y dirigida durante tiempo por un poder enérgico y moderado, puede sugerir y dar al hombre las opiniones, hábitos y virtudes que convienen al ciudadano de un país libre. La época que sigue a la abolición de la servidumbre es siempre una época de malestar y de esfuerzo social. Es un mal inevitable: hay que decidirse a soportarlo, so pena de eternizar la esclavitud.» (*E.D.P.*, pág. 45.)

Por último, la necesidad de articular una abolición total e inmediata con un tiempo en que unos y otros, propietarios y esclavos, adquiriesen los hábitos propios de la nueva situación contando con la ayuda y vigilancia de una autoridad exterior a ambos. En otras palabras: en tanto exista algún vestigio de esclavitud, el propietario no tolera de ninguna manera la interposición de otro elemento que su voluntad en su relación con el esclavo: la abolición gradual no puede, pues, sino aumentar todos los inconvenientes; mas, el tránsito de esclavitud a libertad no debe tener como únicos a los antiguos protagonistas: blancos y negros difícilmente pueden convertirse de la noche a la mañana en colaboradores recíprocamente respetuosos. La salida entonces es buscar un

poder moderador que, durante cierto tiempo, garantice el marco en cuyo interior ex propietarios y ex esclavos aprendan a convivir libremente. Tal poder moderador se lo encomienda Tocqueville al Estado, procediendo para ello a una curiosa mezcla del sistema de emancipación seguido por Inglaterra con las antiguas reglamentaciones españolas relativas al trabajo de los negros en las colonias americanas. Dice Tocqueville:

«La comisión ha pensado que estaría mucho más de acuerdo con el interés de los negros, y con el de los blancos también, destruir de una sola vez todas las antiguas relaciones existentes entre el dueño y su esclavo, y trasladar al Estado la tutela de toda la población emancipada. Esta manera de actuar tiene varias ventajas considerables.

Trastornos inevitables acompañan el paso de la esclavitud a la libertad. En lo posible, hay que evitar que parezcan impuestos al recién liberado por su antiguo dueño. En tal materia, es prudente dejar al gobierno toda la responsabilidad y todo el poder.

Deviniendo así el tutor de los antiguos esclavos, el Estado se encuentra en libertad plena para emplear todos los medios que mejor y más rápidamente puedan preparar a sus pupilos para uso entero de la libertad. Puede imponerles las condiciones que juzgue indispensables y hacerles las pruebas necesarias antes de librarlos a sí mismos. Es libre para tomar, según los casos, todas las medidas tendentes a instruirlos, regular las costumbres y favorecer eficazmente el matrimonio. Tales medidas, emanando del Estado y no del antiguo dueño, no harían nacer entre las dos razas esos sentimientos y desconfianzas y odio cuyas funestas consecuencias hemos visto en las colonias británicas. Impuestas al blanco como condición del trabajo y al negro como precio de la independencia, serían admitidas fácilmente y exactamente ejecutadas.» (*E.D.P.*, págs. 75-76.)

Sin embargo, los avatares parlamentario-gubernamentales, a que más arriba me he referido, hicieron que, todavía en 1845, se siguiese discutiendo en la Cámara sobre la cuestión. El 30 de mayo, Tocqueville intervino de nuevo. Su tono ha cambiado: apenas si se demora en examinar el asunto desde el punto de vista del colono.

«En estas circunstancias, los colonos sólo obedecen a sentimientos que son muy naturales: siguen el ejemplo que, un siglo tras otro, han dado todas las aristocracias que han existido en la historia. El efecto más funesto que produce la desigualdad de condiciones cuando dura mucho tiempo es, señores, persuadir realmente al dueño de que

la desigualdad es un derecho, de manera tal que está convencido de poder seguir siendo a la vez tirano y hombre honesto. Tal es el fenómeno intelectual y moral que todas las aristocracias han mostrado.» (*E.D.P.*, pág. 117.)

Sus palabras son, al tiempo, de impaciencia y de advertencia: la oposición a la abolición está condenada de antemano al fracaso y las dudas en decretarla sólo pueden abrir la vía a procesos difícilmente controlables: los dueños, por sí mismos, no van a ceder y los esclavos, por sí mismos, es más que previsible que opten por la violencia; sólo la interposición del Estado como poder moderador puede impedir la colisión directa entre las dos razas.

«¿Creen ustedes que si, por ejemplo, en esta Francia que es hoy, se dice, el país más democrático del mundo, se hubiese abandonado a las clases privilegiadas el cuidado por aumentar el nivel de las clases medias hasta su nivel, creen ustedes que lo habrían hecho? Seguramente, no. A los hombres hay que tomarlos como son: una revolución semejante nunca se hace por los que se benefician y se hace entonces cruel y violentamente; o bien se hace por un poder dominador que, situado por encima tanto de los que disfrutan privilegios como de los que quieren disfrutar, puede reducir el nivel de unos y elevar a otros hasta ese mismo nivel sin que haya, ni para unos ni para otros, ruina y desgarros.» (*E.D.P.*, pág. 118.)

A más de esas razones, hay también la fundamental de que la abolición está inscrita en el corazón mismo de la moral colectiva francesa.

«Así, en 1789, en el mismo momento en que la libertad se fundamenta en Francia, se pide la libertad para los esclavos de las colonias.» (*E.D.P.*, pág. 125.)

Y, por último, bien consciente de que la esclavitud es una «institución total», *sabe que cualquier modificación del* statu quo, *por leve que sea, tiene un efecto multiplicador que cuartea rápidamente el edificio completo: así, si su intervención se produjo en apoyo de un proyecto de ley que, como él mismo reconocía, era de tan poco alcance que de ninguna manera podía hablarse de abolición, es porque, a sus ojos, abría, no obstante, una pequeña hendidura, permitía, por muy limitada que fuese la intervención del Estado, comenzaba a posibilitar la mediación entre blancos y negros e inauguraba con sus medidas la serie de reformas que*

inevitablemente generaría. Tal fue, por lo demás, lo que en efecto ocurrió[14].

El segundo asunto a mencionar es el de Argelia.

Los datos generales de la cuestión eran los siguientes: La ocupación de Argelia por parte de Francia comenzó en 1830. Hasta ese momento, el territorio argelino y sus habitantes, divididos además en dos grupos étnicos distintos, árabes y kabilas, estaban bajo la dominación turca. La ocupación francesa, sin embargo, distó mucho de tener objetivos claros. De un lado, los beneficios económicos de la operación fueron ampliamente discutidos en la época, no habiendo en absoluto acuerdo unánime sobre su realidad. De otro, fueron años aquellos en que la discusión filosófica sobre la cuestión colonial alcanzó una tensión notable: economistas librecambistas se oponían a la expansión colonial por considerarla vulneradora del libre juego del mercado; ideólogos más o menos románticos la apoyaban mediante el argumento de que las naciones civilizadas tenían el sagrado deber de civilizar; el pragmatismo político, en fin, discutía modalidades concretas de colonización[15]*. El caso es que, hasta 1834, la presencia francesa se reducía en Argelia al asentamiento en unas cuantas ciudades costeras (Argel, Orán, Bugia y Bona). Por su parte, los argelinos tampoco aceptaron fácilmente al invasor: Add-el-Kader encabezó una rebelión que duró prácticamente hasta 1849, fecha en que la colonia fue declarada territorio francés. Hay que añadir también que, en Francia, el debate sobre el asunto en general y, en concreto, con relación a Argelia, tenía como referencia el ejemplo de la dominación británica en la India, ejemplo por lo demás no bien conocido y susceptible por tanto de ser esgrimido, como lo fue, en apoyo de las proposiciones más dispares.*

El interés de Tocqueville por el colonialismo, y en concreto por Argelia, es muy anterior al ligado a sus obligaciones específicas como parlamentario. Y no sólo por las referencias, a que he aludido antes a propósito de la esclavitud, contenidas en La Democracia. *Su correspondencia atestigua una constante curiosidad: solicita información bibliográfica a amigos suyos, pide datos, informes oficiales, devora libros de viajeros. Tuvo incluso, hacia 1833, el proyecto, no aclarado en sus causas, de instalarse como colono en Argelia. Sus voluminosas notas sobre el Islam, entre ellas*

---

[14] J. J. Chevalier y A. Jardin, *op. cit.*, págs. 15 y 18-20.

[15] M. Merle y R. Mesa, *El anticolonialismo europeo*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, págs. 32-42, y la selección de textos del cap. IV.

puede contarse hasta un análisis minucioso de El Corán, *prueban una atención permanente. En fin, estudió muy a fondo la India y la colonización inglesa de la India. Tanto que, aparte de numerosas reflexiones escritas, contamos con el plan de un libro suyo, no escrito finalmente porque, según parece, juzgaba imprescindible viajar hasta allí y nunca pudo realizar la visita. Por ello, en lo relativo a estas páginas, las notas que siguen sólo pretenden referirse a un par de extremos, en absoluto estudiar su pensamiento sobre el colonialismo: ello reclamaría un espacio del que aquí no se dispone*[16].

Como diputado y miembro de la comisión pertinente, viajó en dos ocasiones (1841 y 1846) a Argelia y tuvo numerosas intervenciones sobre ese punto en la Cámara. Hay un punto casi constante en todas ellas: la búsqueda de una definición de la política exterior francesa. Tocqueville, aquí, pensaba como estadista y pretendía sobre todo cooperar en la fijación de unas directrices claras: no se hacía, en efecto, ilusiones con respecto a que Francia pudiese ser hegemónica en el escenario internacional, pero sí pretendía unas líneas de acción netas: las páginas de los Recuerdos *dedicadas a narrar su etapa como ministro de Asuntos Exteriores son bien claras a este respecto, así como de su profundo conocimiento de los mecanismos de las relaciones exteriores. Su modo de análisis, por lo demás, es decididamente sociológico. Nunca establece rupturas entre el estado interno de una sociedad y su proyección hacia el exterior, entre lo que ocurre en una comunidad nacional y lo que esa comunidad puede hacer como actor con respecto a otras comunidades: en* La Democracia *hay muchas precisiones sobre este punto, pero, el 28 de enero de 1843, advertía:*

> «En los tiempos que corremos, señorías, en estos tiempos en que la opinión pública es poderosa en todas partes y, en muchos sitios, soberana, sólo hay una base sólida para la alianza entre los pueblos. No es el capricho de los gobernantes el que los une, es la simpatía libre y fuerte de las propias naciones.» (*I.S.*, pág. 211.)

Incluso, con respecto a las posibilidades coloniales de Francia, las hace depender no sólo de que no se tomen decisiones políticas insensatas, sino también de los hábitos

---

16 Uno de los pocos estudios sobre esta dimensión del pensamiento de Tocqueville es el de H. Baudet incluido en *Alexis de Tocqueville, Livre du Centenaire,* Paris, CNRS, 1960.

y módos de gobernar en la sociedad francesa. Hay un texto en que se refiere a este extremo con las siguientes palabras:

> «Hemos subrayado que, entre nosotros, era difícil encontrar hombres de talento para dirigir empresas coloniales, mientras que en otros países son multitud. Ya sea por falta de confianza en los que empleaba, ya más bien por celos del poder y por imperio de la costumbre, el gobierno francés ha hecho siempre esfuerzos sorprendentes para conservar a la cabeza de la colonia el mismo puesto que ocupa en el centro del reino. Le hemos visto querer juzgar lo que no podía conocer, reglamentar una sociedad distinta de la que estaba ante sus ojos, proveer a necesidades que ignoraba y, para hacer mejor justicia, mantener en suspenso todos los derechos. Ha querido preverlo todo por anticipado, ha temido referirse al celo o más bien al interés personal de los colonos, ha necesitado examinarlo todo. Ha abarcado una obra inmensa y se ha agotado en vanos esfuerzos.
>
> Por otro lado, la educación política que el colono francés recibe en su patria le ha hecho, hasta ahora, poco propicio a prescindir fácilmente de una tutela. Transportado a un lugar en el que, para prosperar, necesita dirigirse a sí mismo, se muestra incómodo en el ejercicio de sus nuevos derechos. Si el gobierno tiene la pretensión de hacerlo todo por él, él, por su parte, está demasiado inclinado a invocar al gobierno en todas sus necesidades: no se fía en absoluto de sus propios esfuerzos, siente poco amor por la independencia y casi hay que forzarlo a ser libre.
>
> El ejemplo del mundo ha probado, no obstante, que si la energía individual y el arte de gobernarse así mismo eran útiles en todas las sociedades, mucho más lo eran para las que nacen y se desarrollan como las colonias en un aislamiento forzoso.» [17]

De sus intervenciones sobre Argelia, las más importantes sin duda son los informes que, en 1847, presentó en la Cámara.

Su característica fundamental es bien clara. Tocqueville es partidario absolutamente convencido de la necesidad y la utilidad de la presencia francesa en Argelia. Es más, considera el asunto como lo más importante que puede hacer Francia en su política exterior y, por tanto, una de las claves de la vida política francesa. Para él, no es un tema que pueda depender sólo de las relaciones entre el gobierno y la oposición, o de discusiones parlamentarias, o de la acción militar: es un asunto de Estado cuya conducción re-

---

[17] *E.D.P.*, 38-39. He utilizado la traducción de M. Merle y R. Mesa incluida en *op. cit.*, págs. 267-268.

clama la intervención de todos los sectores de la nación, que no puede estar pendiente de oscilaciones y decisiones particulares de cualquiera de esos sectores. En otros términos, Tocqueville habla aquí siempre como hombre de Estado que trata de una problemática que compromete a Francia por entero, así en lo relativo a sus intereses materiales como en la proyección externa de sus creencias y valores: no es tanto oposición a que sectores de la vida francesa deliberen y discutan sobre la cuestión como negativa a que cualquier particularidad, económica o ideológica, predomine sobre las demás y determine al conjunto.

Desde esta perspectiva, diseña un cuadro completo de la cuestión. Analiza la situación de la dominación militar y los problemas para mantenerla, las dificultades políticas y administrativas de la gestión de la dominación, las líneas de penetración, en fin, para colonizar el territorio. No se trata, pues, de concebir la relación entre Francia y Argelia en términos de sola dominación por la fuerza de las armas: dado este momento inicial obviamente imprescindible, Tocqueville pretende indicar cómo deben administrarse aquellos territorios para, finalmente, preparar el terreno más favorable a la presencia civil, al colono. Los informes, además, tienen una buena carga de erudición histórica y de análisis comparado. Tocqueville conocía bien Argelia, pero da abundantes pruebas de haber estudiado a fondo otras muchas experiencias históricas: desde imperios militares en sentido estricto hasta las complejidades del Imperio británico. Y, por último, quien habla en todo momento es un político. Quiero decir que ni la descripción general de Argelia ni la erudición histórica tienen otro objetivo en el discurso que el llegar a la proposición de medidas sumamente precisas y concretas: desde discusión sobre el eventual presupuesto de gastos de esta o aquella acción hasta señalar zonas geográficas como más aptas que otras para la agricultura y para un tipo determinado de agricultura. A mi juicio, y a más del interés que los informes tienen para conocer esta dimensión poco estudiada de Tocqueville, su lectura es instructiva por otros aspectos. Y no el menor podría ser el que constituyen un perfecto manual de una colonización inteligente; esto es, una colonización en la que la metrópoli maximice los ingresos y minimice en lo posible los gastos.

Pues bien, sin olvidar la pretensión introductoria de estas páginas, los puntos de los informes que me parece de mención necesaria son éstos:

El más inmediato es que, ciertamente, Tocqueville no se rodea de precauciones:

> «Admitimos, pues, como verdad demostrada que la dominación sobre África debe ser mantenida firmemente. Nos limitaremos a buscar lo que esta dominación es hoy día, cuáles son sus verdaderos límites y cómo actuar para hacerla más firme» (*D.E.P.*, pág. 311).

A partir de ahí, su discurso se abre hacia tres temas:

El primero se refiere a la dimensión militar de la cuestión. Lo cual le parece una dificultad superada. Gracias a la dirección del mariscal Begaud, comandante en jefe del ejército francés, viene a decir, se sabe ya perfectamente cómo hacer la guerra en Argelia. Unidades pequeñas y de gran movilidad en lugar de cuerpos de ejército; ocupar las aldeas y lugares estratégicos; preferencia del camello sobre el cañón; control, en definitiva, lo más directo posible: esto es, control de las personas, de las cosechas y de los rebaños.

> «La experiencia nos ha mostrado no sólo cuál es el teatro natural de la guerra; nos ha enseñado también a hacerla. Nos ha descubierto la fortaleza y la debilidad de nuestros adversarios. Nos ha hecho conocer los medios para vencerlos y los medios para, una vez vencidos, poder seguir siendo los dueños. Hoy día puede decirse que la guerra de África es una ciencia cuyas leyes conoce todo el mundo y de las que cualquiera puede hacer uso con garantías de éxito casi seguro.» (*E.D.P.*, pág. 316.)

Con ello, sin embargo, y éste es el segundo punto, no se ha solucionado todo.

> «A mi juicio, sería una ilusión creer que, mediante una nueva organización de la fuerza material, o dotando a la fuerza material de mejores medios de locomoción, podrían disminuirse en gran número los efectivos de nuestro ejército. El arte de conquistar sería demasiado sencillo y demasiado fácil si sólo consistiese en descubrir secretos de ese género y en superar dificultades de ese género. El obstáculo real y permanente que se opone a la disminución de los efectivos militares es, sepamos reconocerlo, la disposición de los indígenas para con nosotros.» (*D.E.P.*, pág. 319.)

Es decir, una de las enseñanzas de la guerra es, justamente, que el enemigo no es un ejército regular en sentido estricto, que el enemigo es la población tal cual: ningún

arte militar, pues, en tales circunstancias, puede sustituir a la función de gobernar, bien entendido que, en este caso, ésta consiste básicamente en conseguir que el pueblo dominado acepte, más o menos gustosamente, la dominación.

¿Y cómo, entonces, actuar? Tocqueville, en el tercer punto, desarrolla varias estrategias.

Así, y esto es algo que considera irrenunciable, el poder político decisorio tiene que estar absolutamente en manos francesas. Los poderes secundarios y locales pueden entregarse a los notables indígenas, al tiempo que deben fomentarse todas las tendencias sociales existentes, susceptibles de potenciar el dominio francés.

La línea política general ha de tener una consistencia propia. Consistencia propia quiere decir para Tocqueville varias cosas. Que haya un marco general claro, pero que sea la iniciativa local quien lo complete: le parece funesta la centralización y arbitrismo ejercido desde París y, en su caso, desde Argel. Que el colono francés sepa a qué atenerse con respecto al Estado francés y con respecto a los indígenas. Que éstos, a su vez, conozcan las reglas de actuación y sus límites. Pero, sobre todo, quiere decir que el paso de dominación militar a la colonización se produzca sin zigzags entre exceso de benevolencia con respecto a los dominados y exceso de dureza.

> «No hay utilidad, ni obligación, en permitir a los musulmanes ideas exageradas sobre su propia importancia, tampoco en persuadirles de que estamos obligados a tratarlos en cualquier circunstancia precisamente como si fuesen conciudadanos e iguales nuestros. Saben que, en Africa, tenemos una situación de preponderancia y esperan que la conservemos. Abandonarla hoy sería producir en su espíritu extrañeza y confusión y llenarlo de nociones erróneas o peligrosas.» (*D.E.P.*, pág. 324.)

El exceso de energía, por su lado, tampoco produce buenos resultados. En todo caso hay varias cuestiones que considera Tocqueville de la máxima importancia.

Sería inútil —dice— querer imponer las costumbres y creencias francesas.

> «La sociedad musulmana, en Africa, no era una sociedad incivilizada, sino, sólo, una civilización imperfecta y atrasada.» (*D.E.P.*, pág. 323.)

Es decir, desarticular sus marcos sociales para poder introducir los del Occidente cristiano sólo produciría desajus-

tes peligrosos. Y aquí Tocqueville piensa muy especialmente en el tema religioso. El lector de La Democracia en América sabe ya la importancia fundamental que Tocqueville concede a la religión como mecanismo de control social. Pues bien, aunque en el islamismo, y había estudiado muy detenidamente El Corán, veía, sobre todo, una incitación permanente a la ligión como mecanismo de control social. Pues bien, aunque en el islamismo, y había estudiado muy detenidamente El Corán, veía, sobre todo, una incitación permanente a la intolerancia y al espíritu guerrero, atribuía incluso buena parte de la decadencia árabe a su influencia, peor le parecía la pretensión de introducir el cristianismo: el proyecto estaba condenado de antemano al fracaso porque los musulmanes jamás lo aceptarían y como, irremediablemente, su puesta en marcha implicaría también la destrucción de la organización y burocracia religiosa existente, los árabes terminarían por seguir a los nuevos predicadores y jefes religiosos que necesariamente brotarían, los cuales, con toda probabilidad, serían más fanáticos e ignorantes que los desplazados.

Además, un buen gobierno para con los argelinos sería un gobierno «que gobierne, que no se limite a explotarlos» (*D.E.P.*, pág. 325). Presupuesta la superioridad política francesa, presupuesto el respeto a las instituciones sociales básicas de los dominados, hay una serie de campos en los que la civilización francesa puede actuar. Suprimir lo arbitrario, satisfacer necesidades, mejorar en lo posible.

> «El islamismo no es enteramente impenetrable a la ilustración. A menudo, ha admitido en su seno algunas ciencias o algunas artes. ¿Por qué no intentar que florezcan bajo nuestro imperio? No obliguemos a los indígenas a venir a nuestras escuelas, pero ayudémosles a rehacer las suyas, a multiplicar los enseñantes, a formar los hombres de ley y los hombres de religión que, tanto como la nuestra, precisa la civilización musulmana.» (*D.E.P.*, pág. 325.)

Y, también, pueden establecerse vínculos entre franceses y musulmanes a partir de los beneficios que recíprocamente pueden obtener. Se trataría, pues, de una relación basada en la mutua utilidad.

> «Vemos ya formarse en algunos lugares este género de vinculación. Si nuestras armas han diezmado algunas tribus, hay otras a las que nuestro comercio ha enriquecido y fortalecido singularmente, y ellas lo sienten y lo com-

prenden. El precio que los indígenas pueden esperar de sus productos y de su trabajo se ha incrementado por todas partes a causa de nuestra presencia. Por otra parte, nuestros cultivadores emplean de buena gana brazos indígenas. El europeo precisa del árabe para hacer valer sus tierras; y el árabe precisa del europeo para alcanzar salarios elevados. Es así cómo el interés aproxima naturalmente al mismo campo y une forzosamente en las mismas ideas a dos hombres tan separados por sus respectivas educación y origen.» (*D.E.P.*, pág. 329.)

Tales son los rasgos más instructivos del tratamiento que Tocqueville reservó a la esclavitud y al colonialismo. Sería poco útil, pienso, proyectar sobre ello juicios éticos y valoraciones del siglo XX. Su defensa firme de la necesidad de la abolición de la esclavitud puede ciertamente parecer escasamente congruente con la buena conciencia con que aborda el tema de Argelia. Sólo que hasta el propio Marx tampoco vacilaba demasiado para aprobar la dominación colonial de Inglaterra sobre la India, si bien en este caso el objetivo final era acelerar la liberación de la esclavitud capitalista mediante la llegada de la sociedad mundial sin clases. Lo uno y lo otro, una Argelia apaciblemente dominada-colonizada con mutuo beneficio y una penetración en todos los rincones del planeta de las contradicciones capitalistas auguradora de la aurora de la Humanidad, se ven hoy de manera distinta a como se veían a mediados del XIX.

No obstante, sí hay que subrayar lo que puede enseñar esta dimensión relativamente poco estudiada de Tocqueville. El gusto por las ideas generales y el análisis minucioso del caso concreto se unen aquí al utilitarismo indispensable al hombre de Estado. Esa mezcla no ha dejado de producir perplejidad en algún intérprete. Pero, acaso, leyendo con cuidado algunos pasajes de La Democracia en América, *puede resultar menos sorprendente: que Tocqueville fue poco propicio a transacciones con sus valores y creencias es sin duda cierto, pero también lo es que, como una de las explicaciones del* caso americano, *habla de la suposición allí extendida de que ningún hombre es tonto, pero que cualquiera busca la riqueza y puede ser malvado. Y, por lo demás, en estos* Recuerdos *a los que ahora llegamos, el lector también encontrará muestras abundantes de esa mezcla: pues, al cabo, Tocqueville declara en ellos sin mayor reserva que las tres palancas fundamentales para gobernar son: las convicciones, la vanidad y el interés.*

El 23 de febrero de 1848 se produce en París una manifestación antigubernamental contra la que disparan las tropas; no obstante, aquel mismo día, el rey, Luis Felipe, destituye a Guizot, jefe del gobierno. El 24, se subleva París: Luis Felipe abdica en favor de su nieto, el conde de París, y huye a Inglaterra. El 25 se proclama la II República. Se cierra así el período de la monarquía burguesa *abierto en 1830 y comienza una de las etapas más apasionantes de la historia europea contemporánea.*

En 1830, las agitaciones populares, fundamentalmente antimonárquicas, tuvieron como resultado más visible sustituir a Carlos X por Luis Felipe de Orleans y la anacrónica Carta de 1814 por la de 1830. Si ésta hace alguna concesión teórica a la doctrina de la soberanía nacional y del sufragio universal, lo cierto es que, en la práctica, el sistema electoral que instaura se concreta en conceder derecho al voto a unas doscientas mil personas sobre una población de treinta millones[18]*. En el interior de tales límites, no es de extrañar que la vida política tuviese mucho de apacible controversia entre notables más o menos preocupados por la obtención de cargos públicos, de alguna que otra trapacería entre caballeros, de vigorosas contiendas parlamentarias entre partidos y grupos que acaso llegaban a sumar unas docenas de adherentes. El resto de la sociedad francesa, entretanto, podía entregarse con toda tranquilidad a sus asuntos particulares o a sus proyectos de rebelión. Estamos como dormidos sobre un volcán, advertía Tocqueville en la Cámara las vísperas casi de las Jornadas de Febrero —si bien no deja de reconocer en los* Recuerdos *que la frase debía más a la retórica parlamentaria que a un análisis concienzudo de la situación. Lo cierto es, según parece, que bastó la levísima agitación promovida desde 1847 por la oposición a través de banquetes convocados en diversos lugares de Francia con el objetivo casi único de criticar al gobierno, para que, efectivamente, el volcán entrase en erupción: ante la sorpresa general, cayó el gobierno, pero también la monarquía.*

A su vez, la Segunda República no tuvo larga vida. El 2 de diciembre de 1851, Luis Napoleón encabezó con éxito

[18] M. Duverger, *Les constitutions de la France*, París, PUF, 1964, páginas 85-89.

un golpe de Estado: se autoproclama Emperador con el título de Napoleón III y dicta, el 15 de enero de 1852, la Constitución de la dictadura imperial. Breve vigencia y, además, atormentada. Entre 1848 y 1851, en efecto, el escenario francés ofrece tensiones entre monárquicos y republicanos, entre republicanos moderados y radicales, entre todos ellos y los socialistas, intervenciones militares, agitaciones revolucionarias y represiones sangrientas. Para decirlo con otras palabras:

> «Francia conoció un combate político que se parece más a los combates políticos del siglo XX que a cualquier otro episodio de la historia del XIX. En el período 1848-51 puede observarse la lucha triangular entre los que, en el XX, se llaman fascistas, demócratas más o menos liberales y socialistas.» [19]

Y como ese es, precisamente, el período y los materiales de que tratan los Recuerdos, *sólo por ello puede ser instructiva su lectura. Pero añado inmediatamente que hay alguna razón más.*

Tocqueville vivió todo ese período desde posiciones institucionales importantes. Miembro de la Cámara, miembro de la comisión redactora del anteproyecto de la Constitución de la República, ministro de Asuntos Exteriores desde el 2 de junio hasta el 31 de octubre de 1849. Además, no vaciló en salir a la calle para ser observador directo. Al conocimiento de primera mano de lo que acontecía en las, por así decir, altas esferas y de sus protagonistas, se suma entonces la visión de las barricadas. Los Recuerdos *no pretenden hacer una historia de la época, sino sólo comentar las impresiones que el autor recibió. Pero el papel que él mismo desempeñó los convierten irremediablemente en documento histórico de primer orden. Y curioso documento, además: pues como el texto está escrito desde la perspectiva de quien se refiere a acontecimientos que ha vivido y no piensa en publicación alguna, la sinceridad roza con frecuencia la brutalidad. Por todo ello, es de lamentar que no abarcasen todo el período inicialmente previsto por Tocqueville: si él pensaba que fuesen desde febrero de 1848 hasta su salida del ministerio, sólo quedan fragmentos del período que va desde junio del 48 hasta el comienzo de su responsabilidad como director de la política exterior francesa; y, en fin, el último capítulo, el relativo a su etapa mi-*

[19] R. Aron, *Les étapes de la pensée, op. cit.*, pág. 275.

nisterial, tampoco está completo, ya que apenas hay alusiones a la política con respecto a Roma y el Vaticano, clave en la época.

A Tocqueville en ningún momento se le escapa la radical novedad histórica de 1848. Según él, Francia, desde 1789, había vivido una única y sola revolución, pero, en el fondo, ni se trataba de un proceso revolucionario tan innovador como a primera vista parecía (en buena parte, sólo prolongaba tendencias preexistentes) ni la gran masa del pueblo francés había tenido, una vez pasados los períodos de agitación, gran protagonismo político (los sucesivos gobiernos y asambleas parlamentarias estaban compuesto fundamentalmente por burgueses e intelectuales). Pues bien, ante 1848, reconoce inmediatamente que no se trata sólo de cambiar el régimen político o de renovar la clase política: se trata, dice, de una revolución dirigida contra la organización actual de la sociedad y, además, provista de una visión del mundo radicalmente otra. Dicho en otras palabras, Tocqueville percibe sin vacilación que se trata de la primera revolución socialista y es bien consciente de que, a partir de entonces, el socialismo será un componente fundamental de los movimientos revolucionarios.

Por otra parte, sería inútil buscar en él la menor simpatía por lo que sucedía ante sus ojos: ni su visión de la historia de Francia le animaba precisamente a celebrar el nuevo estallido revolucionario, ni hay elemento alguno para esperar de él otra actitud, con respecto al socialismo, que la de hostilidad. El interés histórico de su relato es de otro orden. Se trata, a la postre, de uno de los dos textos sobre 1848 que más han influido en la historiografía posterior: los Recuerdos y El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte de Carlos Marx siguen siendo aún, en efecto, punto de referencia obligada, aun para los historiadores que disienten del análisis ofrecido por ambos [20].

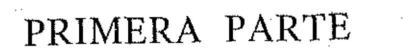
También, el tipo de análisis puesto en práctica en los Recuerdos ilustra muy claramente conceptos tocquevillanos claves. La importancia de la ideología, de los intelectuales y de la agitación ideológica; el sentido de la propiedad privada en la sociedad democrática; los efectos de la centralización y de la burocratización; la opción metodológica por

[20] Para una historia de las historias sobre 1848, véase G. Rudé, *Europa desde las guerras napoleónicas a la Revolución de 1848*, Madrid, Cátedra, 1982, págs. 211-235. Un análisis concreto muy reciente e innovador es el de Ph. Vigier, *La vie quotidienne en province et à Paris pendan les journées de 1848*, Paris, Hachette, 1982.

hacer inteligible el proceso histórico, pero subrayando que hay accidentes a la postre tan decisivos sobre el curso de la historia como las llamadas causas profundas; lo problemático de la subsistencia de libertad en períodos revolucionarios; el peso de la maquinaria estatal y la imposibilidad de que un Estado funcione si es el patrimonio de una sola clase social; el contraste entre París y las provincias. Incluso esa veta de su pensamiento decididamente pragmática a que antes me he referido atraviesa todo el relato.

Todo el texto, en fin, puede leerse también desde la perspectiva de fidelidad a una concepción del mundo. Pues si son ciertas la incomprensión y la hostilidad de Tocqueville con respecto a los revolucionarios, no lo es menos su rechazo radical de la dictadura imperial. En cualquier caso, desde su perspectiva, todo aquello era inaugurar, en la historia de Francia y de la democracia, una serie nueva y distinta de despropósitos.

LUIS RODRÍGUEZ ZÚÑIGA



PRIMERA PARTE

Escrito en julio de 1850, en Tocqueville.

I

Origen y carácter de estos *Recuerdos*.—Fisonomía general de la época que precedió a la revolución de 1848.—Signos precursores de esta revolución.

Momentáneamente alejado del teatro de las actividades públicas, y no pudiendo tampoco entregarme a ningún estudio continuado, a causa del precario estado de mi salud, me veo reducido, en medio de mi soledad, a reflexionar, por un instante, acerca de mí mismo, o, más bien, a mirar a mi alrededor los acontecimientos contemporáneos en los que he sido actor o de los que he sido testigo. Me parece que el mejor empleo que puedo hacer de mi ocio es el de reconstruir los hechos, describir a los hombres que en ellos tomaron parte ante mis ojos, y captar y grabar así en mi memoria, si me es posible, los rasgos confusos que forman la fisonomía indecisa de mi tiempo.

Al tomar esta resolución, he adoptado también otra a la que no habré de ser menos fiel: estos recuerdos serán una liberación de mi espíritu, y no una obra literaria. Se escriben sólo para mí mismo. Este trabajo será un espejo en el que me divertiré mirando a mis contemporáneos y a mí mismo, y no un cuadro que yo destine al público. Ni siquiera mis mejores amigos lo conocerán, pues quiero conservar la libertad de pintar sin halagos, tanto a mí como a ellos mismos. Quiero indagar, sinceramente, cuáles son

los motivos secretos que nos han impulsado a actuar, a ellos y a mí tanto como a los otros hombres, y, una vez comprendidos, exponerlos. En una palabra, quiero que la expresión de mis recuerdos sea sincera, y, para eso, es necesario que permanezca en el más riguroso secreto.

No es mi propósito el de remontarme, en mis recuerdos, más allá de la revolución de 1848, ni traerlos más acá de mi salida del ministerio, el 30 de octubre de 1849. Sólo dentro de esos límites tienen cierta grandeza los acontecimientos que yo quiero describir, y, por otra parte, es en ese tiempo, asimismo, cuando mi situación me permitió observarlos bien.

He vivido, aunque bastante al margen, dentro del mundo parlamentario de los últimos años de la monarquía de julio, y, de todos modos, me resultaría difícil describir, de una manera clara, los acontecimientos de esa época tan próxima, y, sin embargo, tan confusa en mi memoria. Pierdo el hilo de mis recuerdos en medio de ese laberinto de pequeños incidentes, de pequeñas ideas, de pequeñas pasiones, de enfoques personales y de proyectos contradictorios, en el que se agotaba la vida de los hombres públicos de entonces. No tengo muy presente en mi espíritu más que la fisonomía general de la época. En cuanto a aquélla, la consideraba, muchas veces, con una curiosidad mezclada de temor, y distinguía claramente los rasgos peculiares que la caracterizaban.

Nuestra historia, desde 1789 hasta 1830, vista de lejos y en su conjunto, se me aparecía como el marco de una lucha encarnizada, sostenida durante cuarenta y un años, entre el antiguo régimen, sus tradiciones, sus recuerdos, sus esperanzas y sus hombres representados por la aristocracia, de una parte, y la Francia nueva, capitaneada por la clase media, de otra. Me parecía que el año 1830 había cerrado este primer período de nuestras revoluciones, o, mejor, de nuestra revolución, porque no hay más que una sola, una revolución que es siempre la misma a través de fortunas y pasiones diversas, que nuestros padres vieron comenzar, y que, según todas las probabilidades, nosotros no veremos concluir. Todo lo que restaba del antiguo régimen fue destruido para siempre. En 1830, el triunfo de la clase media había sido definitivo, y tan completo, que todos los poderes políticos, todos los privilegios, todas las prerrogativas, el gobierno entero se encontraron encerrados y como amontonados en los estrechos límites de aquella burguesía, con la exclusión, de derecho, de todo lo que estaba por debajo

de ella, y, de hecho, de todo lo que había estado por encima. Así, la burguesía no sólo fue la única dirigente de la sociedad, sino que puede decirse que se convirtió en su arrendataria. Se colocó en todos los cargos, aumentó prodigiosamente el número de éstos, y se acostumbró a vivir casi tanto del Tesoro público como de su propia industria.

Apenas se había consumado este hecho, cuando se produjo un gran apaciguamiento en todas las pasiones políticas, una especie de encogimiento universal en todos los acontecimientos, y un rápido desarrollo de la riqueza pública. El espíritu propio de la clase media se convirtió en el espíritu general de la administración, y dominó la política exterior, tanto como los asuntos internos: era un espíritu activo, industrioso, muchas veces deshonesto, generalmente ordenado, temerario, a veces, por vanidad y por egoísmo, tímido por temperamento, moderado en todo, excepto en el gusto por el bienestar, y mediocre; un espíritu que, mezclado con el del pueblo o con el de la aristocracia, puede obrar maravillas, pero que, por sí solo, nunca producirá más que una gobernación sin valores y sin grandeza. Dueña de todo, como no lo había sido ni lo será acaso jamás ninguna aristocracia, la clase media, a la que es preciso llamar la clase gubernamental, tras haberse acantonado en su poder, e, inmediatamente después, en su egoísmo, adquirió un aire de industria privada, en la que cada uno de sus miembros no pensaba ya en los asuntos públicos, si no era para canalizarlos en beneficio de sus asuntos privados, olvidando fácilmente en su pequeño bienestar a las gentes del pueblo.

La posteridad, que no ve más que los crímenes deslumbrantes, y a la que, por lo general, se le escapan los vicios, tal vez no sepa nunca hasta qué punto la administración de entonces había adoptado, al final, los procedimientos de una compañía industrial, en la que todas las operaciones se realizan con vistas al beneficio que los socios pueden obtener de ellas. Aquellos vicios se debían a los instintos naturales de la clase dominante, a su poder absoluto, al relajamiento y a la propia corrupción de la época. El rey Luis-Felipe había contribuido mucho a acrecentarlos. Y él fue el accidente que hizo mortal la enfermedad.

Aunque este príncipe pertenecía a la casta más noble de Europa, y aunque en el fondo de su alma ocultase todo el orgullo hereditario de ella y no se considerase, indudablemente, como el semejante de ningún otro hombre, poseía, sin embargo, la mayor parte de las cualidades y de los defectos que más especialmente corresponden a las capas sub-

alternas de la sociedad. Tenía unas costumbres normales, y quería que a su alrededor se observasen esas mismas costumbres. Era discreto en su conducta, sencillo en sus hábitos, comedido en sus gustos; naturalmente amigo de la ley y enemigo de todos los excesos, moderado en todas sus actitudes, ya que no en sus deseos, humano sin ser blando, codicioso y dulce; sin pasiones ardientes, sin perniciosas debilidades, sin grandes vicios, sólo tenía una virtud propia de un rey: el valor. Era de una extremada cortesía, pero sin calidad ni grandeza; una cortesía de comerciante, más que de príncipe. No gustaba de las letras ni de las bellas artes, pero era un apasionado de la industria. Tenía una memoria prodigiosa, capaz de retener largamente los menores detalles. Su conversación prolija, difusa, original, trivial, anecdótica, llena de cosas menudas, de agudeza y de buen sentido, proporcionaba todo el gusto que se puede encontrar en los placeres de la inteligencia, cuando se hallan ausentes la delicadeza y la elevación. Su talento era notable, pero se hallaba restringido y dañado por la poca altura y amplitud de su espíritu. Inteligente, fino, flexible y tenaz; sólo atento a lo útil, y lleno de un desprecio tan profundo por la verdad y de una incredulidad tan grande respecto a la virtud, que sus luces se empañaban a causa de ello, y no solamente era incapaz de ver la belleza que lo verdadero y lo honesto muestran siempre, sino que ni siquiera comprendía la utilidad que muchas veces tienen; conocía profundamente a los hombres, pero sólo por sus vicios; incrédulo en materia de religión como el siglo XVIII, y escéptico en política como el XIX; ni él era creyente, ni tenía fe alguna en las creencias de los demás; su amor al poder y a los cortesanos poco honestos era tan natural como si realmente hubiera nacido en el trono, y su ambición, que no tenía más límite que la prudencia, jamás se saciaba ni se elevaba, manteniéndose siempre a ras de tierra.

Hay muchos príncipes que se han parecido a este retrato, pero lo que constituyó una clara peculiaridad de Luis-Felipe fue la analogía, o, mejor, esa especie de parentesco y de consanguinidad que se encontró entre sus defectos y los de su tiempo, lo que hizo de él, para sus contemporáneos, y, en especial, para la clase que ocupaba el poder, un príncipe atractivo y singularmente peligroso y corruptor. Colocado a la cabeza de una aristocracia, acaso habría ejercido una afortunada influencia sobre ella. Jefe de la burguesía, empujó a ésta por la pendiente natural que ella misma estaba inclinadísima a seguir. Casaron sus vicios en familia, y

aquella unión, que constituyó, al principio, la fuerza de uno, acabó siendo la desmoralización del otro y terminó por perder a los dos.

Aunque jamás he figurado en los consejos de este príncipe, he tenido bastantes ocasiones de aproximarme a él. La última vez que le vi de cerca fue poco tiempo antes de la catástrofe de febrero. Yo era entonces director de la Academia Francesa, y tenía que hablar al rey de no sé qué asunto relacionado con aquella institución. Después de haber tratado la cuestión que me había llevado allí, iba a retirarme ya, cuando el rey me retuvo, se sentó en una silla, me hizo sentar a mí en otra, y me dijo, familiarmente: «Ya que está usted aquí, señor de Tocqueville, vamos a charlar. Quiero que me hable usted un poco de América». Yo le conocía lo suficiente para saber que aquello quería decir: «Yo voy a hablar de América». Y habló, en efecto, muy curiosamente y muy largamente, sin que yo tuviese la posibilidad ni el deseo de intercalar ni una palabra, porque él me interesaba verdaderamente. Describía los lugares como si los estuviese viendo; se acordaba de los hombres notables a los que había conocido hacía cuarenta años, como si se hubiera separado de ellos el día anterior; citaba sus nombres, sus apellidos, decía la edad que tenían entonces, contaba su historia, su genealogía, su descendencia con una exactitud maravillosa y con unos detalles infinitos, sin ser enojosos. De América, y sin tomarse un respiro, volvió a Europa, me habló de todos nuestros asuntos extranjeros o interiores con una intemperancia increíble, porque yo no tenía ningún derecho a su confianza, me habló muy mal del emperador de Rusia, a quien llamó señor Nicolás, trató de advenedizo a lord Palmerston, como de pasada, y acabó hablándome largamente de los matrimonios españoles, que acababan de celebrarse, y de los problemas que le planteaban con Inglaterra: «La reina me odia —dijo—, y se muestra muy irritada, pero, después de todo —añadió—, esos griteríos no me impedirán *seguir en mi carro*». Aunque esta locución —*mener mon fiacre*— procedía del antiguo régimen, yo pensé que era dudoso que Luis XIV se hubiera servido de ella jamás, después de haber aceptado la sucesión de España. Creo, además, que Luis-Felipe se engañaba, y, para decirlo en su propio lenguaje, considero que los matrimonios españoles contribuyeron mucho a hacer volcar su carro.

Al cabo de tres cuartos de hora, el rey se levantó, me dio las gracias por el placer que nuestra conversación le

había procurado (yo no había dicho cuatro palabras), y me despidió, encantado de mí, evidentemente, como solemos estarlo del carácter de toda persona ante la cual creemos haber hablado bien. Y aquella fue la última vez que hablé con él.

Este príncipe improvisaba, realmente, las respuestas que daba, incluso en los momentos más críticos, a las grandes instituciones del Estado. En tales circunstancias, tenía la misma facundia que en su conversación, pero con menos fortuna y agudeza. Por lo general, era un diluvio de lugares comunes enhebrados con gestos falsos y exagerados, en un gran esfuerzo por parecer emocionado, y con grandes golpes de pecho. Entonces, se volvía oscuro, muchas veces, porque se lanzaba, osadamente, y, por así decirlo, a ojos cerrados, a la construcción de largas frases, de las que, de antemano, no había podido medir la amplitud ni percibir su fin, y de las que acababa saliendo forzadamente, de un modo violento, rompiendo el sentido y sin cerrar la idea. En las ocasiones solemnes, su estilo solía recordar la jerga sentimental de finales del siglo XVIII, reproducida con una abundancia fácil y singularmente incorrecta: Juan Jacobo retocado por una cocinera del siglo XIX (un pedante). Esto me recuerda que, un día, encontrándome en primera fila y en un lugar muy visible, con motivo de una visita que la Cámara de los diputados hacía a las Tullerías, estuve a punto de romper a reír y dar un escándalo, porque Rémusat, cofrade mío en la Academia y colega en la legislatura, tuvo la ocurrencia, mientras el rey hablaba, de decirme maliciosamente al oído en un tono grave y melancólico, esta hermosa sentencia: «En este momento, el buen ciudadano debe estar gratamente conmovido, pero el académico sufre».

En aquel mundo político así compuesto y así dirigido, lo que más faltaba, sobre todo al final, era la vida política propiamente dicha. No podía nacer ni mantenerse en el círculo legal que la constitución había trazado: la antigua aristocracia estaba vencida, y el pueblo estaba excluido. Como todos los asuntos se trataban entre los miembros de una sola clase, según sus intereses y su punto de vista, no podía encontrarse un campo de batalla donde pudieran hacerse la guerra los grandes partidos. Aquella singular homogeneidad de posición, de interés y, por consiguiente, de enfoques, que reinaba en lo que M. Guizot había llamado el país legal, quitaba a los debates parlamentarios toda originalidad y toda realidad, y, por tanto, toda pasión verdadera. Yo pasé diez años de mi vida en compañía de muy grandes

talentos, que se agitaban incesantemente, sin poder apasionarse, y que empleaban toda su perspicacia en descubrir motivos de graves disentimientos, sin encontrarlos.

Por otra parte, la preponderancia que el rey Luis-Felipe había adquirido en los asuntos públicos, aprovechándose de los defectos y, sobre todo, de los vicios de sus adversarios, preponderancia que obligaba a no dejarse llevar nunca demasiado lejos de las ideas de aquel príncipe, para no alejarse, al mismo tiempo, del éxito, reducía los diferentes colores de los partidos a pequeños matices, y la lucha, a querellas de palabras. Yo no sé si jamás parlamento alguno (sin exceptuar a la Asamblea constituyente, y me refiero a la verdadera, a la de 1789) ha contado con un mayor número de talentos variados y brillantes que el nuestro durante los últimos años de la monarquía de julio. Pero puedo afirmar que aquellos grandes oradores se aburrían mucho escuchándose unos a otros, y, lo que era peor, la nación entera se aburría también al oírles. El país se habituaba, insensiblemente, a ver en las luchas de las Cámaras unos ejercicios de ingenio, más que unas discusiones serias, y, en todo lo que se refería a los diferentes partidos parlamentarios —mayoría, centro, izquierda u oposición dinástica—, querellas interiores entre los hijos de una misma familia que tratan de engañarse los unos a los otros en el reparto de la herencia común. Algunos hechos resonantes de corrupción, descubiertos por azar, le hacían sospechar que por todas partes había otros ocultos, le habían persuadido de que toda la clase que gobernaba estaba corrompida, de modo que el país había concebido por ella un desprecio tranquilo, que se interpretaba como una sumisión confiada y satisfecha.

El país estaba entonces dividido en dos partes, o, mejor dicho, en dos zonas desiguales: en la de arriba, que era la única que debía contener toda la vida política de la nación, no reinaba más que la languidez, la impotencia, la inmovilidad, el tedio; en la de abajo, la vida política, por el contrario, comenzaba a manifestarse en síntomas febriles e irregulares que el observador atento podía captar fácilmente.

Yo era uno de aquellos observadores, y, aunque estaba lejos de imaginar que la catástrofe se hallaba tan próxima e iba a ser tan terrible, sentía que la inquietud nacía y crecía, poco a poco, en mi espíritu, y que en él arraigaba, cada vez más, la idea de que caminábamos hacia una nueva revolución. Esto suponía un gran cambio en mi pensamiento, porque el apaciguamiento y la placidez universal que habían seguido a la revolución de julio me habían hecho creer, du-

rante mucho tiempo, que yo estaba destinado a pasar mi vida en una sociedad relajada y tranquila. Y, en efecto, quien no hubiese mirado más que al interior de la fábrica del gobierno se habría convencido de ello. Allí, todo parecía ordenado para producir, con los resortes de la libertad, un poder regio inmenso, casi absoluto hasta el despotismo, y esto se producía sin esfuerzo, en virtud del movimiento regular y apacible de la máquina. Orgullosísimo de las ventajas que había obtenido de aquella ingeniosa máquina, el rey Luis-Felipe estaba convencido de que, mientras él no pusiese su mano en aquel hermoso instrumento, como había hecho Luis XVIII, y lo dejase funcionar según sus reglas, estaría al abrigo de todos los peligros. El rey no se ocupaba más que de mantenerlo en orden y de utilizarlo de acuerdo con sus conveniencias, olvidando la sociedad en que se hallaba implantado aquel ingenioso mecanismo. Se parecía al hombre que se niega a creer que el fuego haya prendido en su casa, mientras él tenga la llave en su bolsillo. Yo no podía tener los mismos intereses ni las mismas preocupaciones, y eso me permitía ahondar en el mecanismo de las instituciones y del volumen de los menudos hechos cotidianos, para considerar el estado de las costumbres y de las opiniones en el país. Y allí veía yo aparecer, claramente, muchos de los signos que anuncian, por lo general, la proximidad de las revoluciones, y empezaba a creer que, en 1830, yo había tomado el final de un acto por el final de la pieza.

Un pequeño trabajo que entonces escribí, y que permanece inédito, y un discurso que pronuncié a principios de 1848 son testimonio de estas preocupaciones de mi espíritu.

Algunos de mis amigos parlamentarios se habían reunido, en el mes de octubre de 1847, con el fin de ponerse de acuerdo acerca de la conducta a seguir en la próxima legislatura. Se convino que publicaríamos un programa en forma de manifiesto, y se me encargó ese trabajo. Después, la idea de aquella publicación fue abandonada, pero yo había redactado el manifiesto que se me había pedido. Lo encuentro entre mis papeles, y recojo de él las frases que aquí transcribo. Tras haber descrito la languidez de la vida parlamentaria, añado (*sic*):

«...Llegará un tiempo en que el país se encontrará dividido, de nuevo, en dos grandes partidos. La Revolución Francesa, que abolió todos los privilegios y destruyó todos los derechos exclusivos, ha dejado subsistir, sin embargo, uno:

el de la propiedad. Es necesario que los propietarios no se hagan ilusiones acerca de la solidez de su situación, y que no se imaginen que el derecho de propiedad es un bastión inexpugnable por el hecho de que, hasta ahora, en ninguna parte ha sido abatido, pues nuestro tiempo no se parece a ningún otro. Cuando el derecho de propiedad no era más que el origen y el fundamento de muchos otros derechos, se defendía sin esfuerzo, o, mejor dicho, ni era atacado siquiera. Entonces, constituía como la muralla de defensa de la sociedad, cuyas defensas avanzadas eran todos los demás derechos. Los golpes no llegaban hasta ella. Ni siquiera se trataba, seriamente, de alcanzarla. Pero hoy, cuando el derecho de propiedad ya no se nos presenta más que como el último resto de un mundo aristocrático destruido, cuando sólo él permanece en pie, como un privilegio aislado en medio de una sociedad nivelada, cuando ya no está a cubierto, detrás de muchos otros derechos más discutibles y más odiados, su peligro es mayor. Ahora, tiene que resistir, cada día, por sí solo, el choque directo e incesante de las opiniones democráticas...

...Muy pronto, la lucha política se entablará entre los que poseen y los que no poseen. El gran campo de batalla será la propiedad, y las principales cuestiones de la política girarán en torno a las modificaciones más o menos profundas que habrán de introducirse en el derecho de los propietarios. Entonces, volveremos a ver las grandes agitaciones públicas y los grandes partidos.

¿Cómo no se entran por todos los ojos los signos precursores de ese porvenir? ¿Se cree que es por azar, por el efecto de un capricho pasajero del espíritu humano, por lo que hoy se ven aparecer, en todas partes, esas doctrinas singulares que presentan nombres diversos, pero que tienen por principal característica, común a todas, la negación del derecho de propiedad, que todas tienden, por lo menos, a limitar, a reducir, a debilitar su ejercicio? ¿Quién no reconoce en ello el último síntoma de esta vieja enfermedad democrática de la época, cuya crisis tal vez se aproxima?»

Y era más explícito aún, y más apremiante, en el discurso que dirigí a la Cámara de los diputados, el 29 de enero de 1848, y que puede leerse en el *Moniteur* del 30.

He aquí los principales pasajes:

... ...

«...Se dice que no hay peligro, porque no hay agitación.

Se dice que, como no hay desorden material en la superficie de la sociedad, las revoluciones están lejos de nosotros.

Señores, permítanme que les diga que yo creo que están ustedes equivocados. Es verdad que el desorden no está en los hechos, pero ha penetrado muy profundamente en los espíritus. Miren lo que pasa en el seno de esas clases obreras, que hoy —lo reconozco— están tranquilas. Es verdad que no están atormentadas por las pasiones políticas propiamente dichas, en el mismo grado en que lo estuvieron en otro tiempo, pero, ¿no ven ustedes que sus pasiones se han convertido, de políticas, en sociales? ¿No ven ustedes que, poco a poco, en su seno se extienden unas opiniones, unas ideas que no aspiran sólo a derribar tales leyes, tal ministerio, incluso tal gobierno, sino la sociedad misma, quebrantándola en las propias bases sobre las cuales descansa hoy? ¿No escuchan ustedes lo que todos los días se dice en su seno? ¿No oyen ustedes que allí se repite sin cesar que todo lo que se encuentra por encima de ellas es incapaz e indigno de gobernarlas, que la división de los bienes hecha hasta ahora en el mundo es injusta, que la propiedad descansa sobre unas bases que no son las bases de la equidad? ¿Y no creen ustedes que, cuando tales opiniones echan raíces, cuando se extienden de una manera casi general, cuando penetran profundamente en las masas, tienen que traer, antes o después —yo no sé cuándo, yo no sé cómo—, pero tienen que traer, antes o después, las revoluciones más terribles?

Esa es, señores, mi convicción profunda: creo que estamos durmiéndonos sobre un volcán, estoy profundamente convencido de ello...

... ...

...Yo les decía, hace un momento, que ese mal traería, antes o después —yo no sé cómo, yo no sé de dónde vendrán—, pero que traería, antes o después, las revoluciones más graves a este país: no lo dudéis.

Cuando trato de ver, en los diferentes tiempos, en las diferentes épocas, en los diferentes pueblos, cuál ha sido la causa eficiente que ha provocado la ruina de las clases que gobernaban, veo perfectamente tal acontecimiento, tal hombre, tal causa accidental o superficial, pero podéis creer que la causa real, la causa eficiente que hace que los hombres pierdan el poder es que se han hecho indignos de ejercerlo.

Pensad, señores, en la antigua monarquía. Era más fuerte que vosotros, más fuerte por su origen. Se apoyaba, más

que vosotros, en antiguos usos, en viejas costumbres, en creencias ancestrales. Era más fuerte que vosotros, y, sin embargo, yace en el polvo. ¿Y por qué ha caído? ¿Creéis que a causa de tal accidente particular? ¿Pensáis que se debe a la acción de tal hombre, al déficit, al juramento del Juego de Pelota, a La Fayette, a Mirabeau? No, señores. Hay otra causa. Es que la clase que entonces gobernaba se había convertido, por su indiferencia, por su egoísmo, por sus vicios, en incapaz e indigna de gobernar.

Esa es la verdadera causa.

¡Ah, señores! Si es justo tener esta preocupación patriótica en todos los tiempos, ¿hasta qué punto no es más justo tenerla en el nuestro? ¿Es que no sentís, por una especie de intuición instintiva que no puede analizarse, pero que es certera, que el suelo tiembla, de nuevo, en Europa? ¿Es que no sentís —¿cómo diría yo?— un viento de revolución que está en el aire? Ese viento, no se sabe dónde nace, de dónde viene, ni —creedlo— qué es lo que arrastra, y es en tiempos tales cuando vosotros permanecéis tranquilos, en presencia de la degradación de las costumbres públicas, porque la palabra no es demasiado fuerte.

Yo hablo aquí sin amargura, os hablo —creo— incluso sin espíritu de partido. Ataco a unos hombres contra los que no siento cólera, pero, en fin, estoy obligado a decir a mi país lo que es mi convicción profunda y meditada. Pues bien: mi convicción profunda y meditada es que las costumbres públicas se degradan, que la degradación de las costumbres públicas os llevará, en un tiempo breve, próximo tal vez, a nuevas revoluciones. ¿Es que la vida de los reyes depende, acaso, de unos hilos más firmes y más difíciles de romper que la de los otros hombres? ¿Es que vosotros tenéis, a la hora de ahora, la certidumbre de un mañana? ¿Es que vosotros sabéis lo que puede ocurrir en Francia de aquí a un año, a un mes, a un día quizá? Vosotros lo ignoráis, pero lo que sabéis es que la tempestad está en el horizonte, es que avanza sobre vosotros. ¿Y vais a dejaros alcanzar por ella?

Señores, yo os suplico que no lo hagáis. No os lo pido: os lo suplico. Me pondría de rodillas, gustosamente, ante vosotros: hasta ese punto creo que el peligro es real y grave, hasta ese punto creo que el hecho de señalarlo no es recurrir a una vana forma de retórica. ¡Sí, el peligro es grande! Conjuradlo, cuando aún es tiempo. Corregid el mal con medios eficaces, no atacándolo en sus síntomas, sino en sí mismo.

Se ha hablado de cambios en la legislación. Yo me siento muy inclinado a creer que esos cambios no sólo son muy útiles, sino necesarios: así, creo en la utilidad de la reforma electoral, en la urgencia de la reforma parlamentaria. Pero no soy suficientemente insensato, señores, para no saber que no son las leyes las que hacen, por sí solas, el destino de los pueblos. No, no es el mecanismo de las leyes el que produce los grandes acontecimientos, señores, sino que es el espíritu mismo del gobierno. Mantened las mismas leyes, si queréis; aunque yo crea que cometeréis un grave error al hacerlo, mantenedlas. Mantened a los mismos hombres, si eso os agrada; por mi parte, yo no pongo ningún obstáculo. Pero, por Dios, cambiad el espíritu del gobierno, porque —os lo repito— ese espíritu os conduce al abismo.»

Estas sombrías predicciones fueron acogidas con risas insultantes del lado de la mayoría. La oposición aplaudió vivamente, pero por espíritu de partido, más que por convicción. La verdad es que nadie creía aún seriamente en el peligro que yo anunciaba, a pesar de encontrarnos tan cerca de la caída. La costumbre inveterada, que todos los políticos habían adquirido durante aquella larga comedia parlamentaria, de colorear demasiado la expresión de sus sentimientos y de exagerar desmedidamente lo que pensaban casi les había incapacitado para medir lo real y lo verdadero. Desde hacía varios años, la mayoría decía, un día tras otro, que la oposición ponía en peligro a la sociedad, y la oposición repetía incesantemente que los ministros hundían la monarquía. Y unos y otros lo habían afirmado tantas veces, sin creerlo mucho, que habían acabado por no creerlo, en absoluto, en el momento en que la realidad iba a dar la razón a los unos y a los otros. Incluso mis amigos personales pensaban que había un poco de retórica en mi exposición.

Recuerdo que, al bajar de la tribuna, Dufaure me llevó aparte y me dijo, con esa especie de adivinación parlamentaria que constituye su único talento: «Habéis estado bien, pero habríais estado mucho mejor aún, si no hubierais sobrepasado tanto el sentimiento de la asamblea y no hubierais querido infundirnos tanto miedo». Y ahora, cuando me encuentro ante mí mismo y busco curiosamente en mis recuerdos si, en efecto, yo estaba tan asustado como parecía, descubro que no, me doy cuenta, sin esfuerzo, de que los hechos han venido a justificarme, más rápida y más completamente de lo que yo preveía. No, yo no esperaba una revolución como la que íbamos a ver. ¿Y quién habría po-

dido esperarla? Creo que yo percibía más claramente que cualquier otro las causas generales que empujaban a la monarquía de julio, por la pendiente, hacia su ruina. Lo que no veía eran los accidentes que iban a precipitarla en ella. Pero los días que nos separaban aún de la catástrofe se sucedían rápidamente.

II

Los banquetes.—Seguridad del gobierno.—Preocupación de los jefes de la oposición.—Acusación a los ministros.

Yo no había querido mezclarme en la agitación de los banquetes. Había tenido pequeñas y grandes razones para abstenerme. Lo que yo llamo mis pequeñas razones —y debería decir, acaso, mis malas razones, aunque fuesen honorables y hubieran sido excelentes en un asunto privado— eran la irritación y el disgusto que me producían el carácter y las maniobras de los que dirigían aquellas actividades, si bien reconozco que es mala guía en política el sentimiento particular que nos inspiran los hombres.

Entonces, se había llegado a formar una íntima unión entre M. Thiers y M. Barrot, y a efectuar una verdadera fusión entre los dos fragmentos de la oposición, a los que nosotros llamábamos, en nuestra jerga parlamentaria, el centro izquierda y la izquierda. Casi todos los espíritus rígidos e indóciles, que en número tan elevado se encontraban en este último partido, habían sido sucesivamente ablandados, distendidos y plegados, domados con las promesas de cargos que M. Thiers había prodigado. Creo incluso que, por primera vez, M. Barrot se había dejado, no precisamente captar, pero sí sorprender por argumentos de esa especie. Cualquiera que fuese la causa, lo cierto era que, entre los dos grandes jefes de la oposición, existía la más completa

intimidad, y M. Barrot, que gusta de mezclar un poco de ingenuidad, tanto con sus defectos como con sus virtudes, se desvivía por hacer triunfar a su aliado, aunque fuera a su propia costa. M. Thiers le había dejado comprometerse en aquel asunto de los banquetes, y yo creo que incluso le había empujado, sin comprometerse él, pues quería el resultado, pero no la responsabilidad de aquella peligrosa agitación. En cuanto a él, rodeado de sus amigos personales, permanecía quieto y mudo en París, mientras Barrot recorría el país, él solo, en todos los sentidos (desde hacía) tres meses, pronunciando, en cada una de las ciudades en que se detenía, largos discursos, y pareciéndose bastante, en mi opinión, a esos batidores que hacen mucho ruido para que el cazador al acecho encuentre la pieza a tiro. Y a mí no me gustaba mezclarme en aquella caza. Pero la principal y más seria razón que me mantuvo apartado era ésta (y se la expuse muchas veces entonces a los que trataban de llevarme a aquellas reuniones políticas):

«Por primera vez desde hace dieciocho años —les decía—, os decidís a hablar al pueblo y buscáis vuestro punto de apoyo fuera de la clase media. Si no conseguís agitar al pueblo (lo que me parecía el resultado más probable), os volveréis aún más odiosos de lo que ya sois a los ojos de los que gobiernan y de la clase media, que, en su mayoría, los apoya, y afirmaréis así la administración que pretendéis derribar; si, por el contrario, conseguís agitar al pueblo, no podéis prever en mayor medida que yo, adónde habrá de conduciros una agitación de esa especie».

Según iba prolongándose la campaña de los banquetes, esta última hipótesis iba resultando, en contra de lo que yo esperaba, la más probable. Una cierta inquietud empezaba a dominar a los propios agitadores, aunque se trataba de una inquietud vaga, que atravesaba sus espíritus, sin asentarse en éstos. Por Beaumont, que entonces era uno de los principales de ellos, supe que la agitación creada en el país por los banquetes sobrepasaba, no solamente las esperanzas, sino también los deseos de quienes la habían hecho nacer, y que éstos trabajaban ahora más en reducirla que en incrementarla. Tenían el propósito de que no hubiera banquete en París, y que tampoco lo hubiera en ninguna otra parte, después de la convocatoria de las Cámaras. La verdad es que sólo buscaban una manera de salir del mal camino por el que se habían adentrado. Aquel banquete final se decidió, seguramente, a pesar de ellos, y ellos colaboraron por obligación, por inercia y, sobre todo, por vani-

dad comprometida. El gobierno, por su parte, empujaba a la oposición, con sus desafíos, en aquella marcha peligrosa, creyendo conducirla a su perdición. Y la oposición seguía aquel camino por bravuconería y para que no pareciese que reculaba, excitándose y aguijoneándose los unos a los otros, empujándose así hacia el común abismo al que estaban llegando ya, mientras seguían marchando aun sin verlo.

Recuerdo que, dos días antes de la revolución de Febrero, encontrándome en un gran baile en la residencia del embajador de Turquía, vi a Duvergier de Hauranne, un amigo mío a quien estimaba, aunque tenía casi todos los defectos que el espíritu de partido puede dar, pero que, por lo menos, unía a ellos una especie de desinterés y la sinceridad que se encuentra en las pasiones verdaderas, dos cualidades raras en nuestros tiempos, en los que no se tiene más pasión verdadera que la de sí mismo. Y, con la familiaridad que nuestra relación permitía, le dije: «Ánimo, mi querido amigo, jugáis una partida peligrosa». A lo que él respondió gravemente, pero sin mostrar signo alguno de temor: «Estad seguro de que todo esto acabará bien. Además, siempre hay que arriesgar algo. No hay gobiernos libres que no hayan sufrido pruebas semejantes». Esta contestación retrata perfectamente a aquel hombre resuelto y limitado, limitado aunque con mucho talento, pero de ese talento que, viendo claramente y con detalle todo lo que se encuentra en su horizonte, no imagina que el horizonte pueda cambiar; erudito, desinteresado, ardiente, atrabiliario, vengativo, perteneciente a esa especie sabia y sectaria que hace política por imitación extranjera y por reminiscencia histórica, que encierra su pensamiento en una sola idea, hasta quemarse y cegarse en ella.

El gobierno, por lo demás, estaba aún menos inquieto que los jefes de la oposición. Pocos días antes de esta conversación, yo había tenido otra con el ministro del Interior, Duchâtel. Yo estaba en buenas relaciones con este ministro, a pesar de que, desde hacía ocho años, yo sostenía una guerra muy viva (demasiado viva incluso, lo reconozco, respecto a la política exterior) contra el gobierno del que él era uno de los jefes. Ni siquiera sé si aquel defecto no me había beneficiado, a sus ojos, pues creo que, en el fondo de su corazón, tenía una cierta debilidad por los que atacaban a su colega de Negocios Extranjeros, M. Guizot. Una lucha que M. Duchâtel y yo juntos habíamos mantenido, unos años antes, en favor del sistema penitenciario, nos había acercado, y, en cierto modo, unido. Éste no se parecía al hombre

de que he hablado más arriba: era tan elegante en su persona y en sus maneras, como el otro era enteco, esquinado, y, a veces, agrio y cortante. Tenía tanto escepticismo como éste convicciones fervientes, blanda indiferencia como el otro actividad febril; espíritu muy dúctil, muy libre, muy sutil, encerrado en un cuerpo voluminoso, comprendía admirablemente los asuntos y hablaba de ellos con altura; conocía bien la gran fuerza de las malas pasiones humanas, y, sobre todo, de las malas pasiones de su partido, y sabía utilizarla siempre oportunamente; sin prejuicios, sin rencores, de una espontaneidad cálida, fácil y siempre dispuesto a hacer favores, cuando su interés no se oponía a ello; lleno de desprecio y de benevolencia por sus semejantes, un hombre, en fin, al que no se podía estimar ni odiar.

Así, pues, unos días antes de la catástrofe, yo hice un aparte con M. Duchâtel en un rincón de la sala de conferencias, y le dije que el gobierno y la oposición parecían trabajar de acuerdo para llevar las cosas a un extremo que bien podría acabar siendo perjudicial para todos; le pregunté si no veía alguna forma honorable de salir de una situación tan enojosa, alguna transacción digna que permitiese retroceder a todos. Añadí que mis amigos y yo nos sentiríamos felices si se nos indicase, y que haríamos todo lo posible para conseguir que nuestros colegas de la oposición la aceptasen. M. Duchâtel escuchó atentamente mi exposición, asegurándome que él comprendía mi pensamiento, pero me di perfecta cuenta de que no lo compartía. «Las cosas habían llegado a tal punto —dijo—, que ya no se podía encontrar la salida que yo buscaba; el gobierno estaba en su derecho, y no podía ceder; si la oposición persistía en su actitud, el resultado tal vez sería un combate en la calle, pero ese combate estaba previsto desde hacía mucho tiempo, y, si el gobierno estaba animado de las malas pasiones que se le atribuían, deseaba esa lucha en lugar de temerla, pues estaba segurísimo de una victoria.» Y después, muy complaciente, pasó a facilitarme detalles de todas las medidas militares que estaban tomadas, de la magnitud de los recursos, del número de las tropas, de la acumulación de las municiones... Yo me alejé de él, convencido de que el gobierno, si bien no hacía nada para que estallase el motín, estaba muy lejos de temerlo, y de que el ministerio, seguro de resultar vencedor, veía en la acción que se preparaba el único medio que tal vez le quedase de reagrupar a sus amigos dispersos y de reducir, por fin, a sus adversarios

a la impotencia. Confieso que yo lo creía como él. Su actitud de seguridad no fingida me había impresionado.

En aquel momento, en París, no estaban preocupados, verdaderamente, más que los jefes de los radicales o los hombres que se acercaban suficientemente al pueblo y al partido revolucionario para saber lo que pasaba por ese lado. Tengo razones para creer que la mayoría de ellos veía con temor los acontecimientos que estaban a punto de precipitarse, ya fuese porque conservaban la tradición de sus antiguas pasiones más que las pasiones mismas, ya fuese porque comenzaban a habituarse a un estado de cosas en el que se habían insertado después de maldecirlo tantas veces, ya fuese porque dudaban del éxito, ya fuese, más bien, porque, situados de modo que podían ver de cerca y conocer perfectamente a sus auxiliares, les asustaba, en aquel momento supremo, la victoria que iban a deberles. La víspera misma de los acontecimientos, Mme. de Lamartine vino a visitar a Mme. de Tocqueville, manifestándole una ansiedad tan extraordinaria y mostrándole un espíritu tan inflamado y casi perturbado por unas ideas tan siniestras, que ésta quedó impresionada y me informó aquella misma noche.

No es, desde luego, uno de los rasgos menos pintorescos de aquella revolución singular que el acontecimiento que la produjo haya sido inducido y casi deseado por aquellos a quienes la revolución arrojaría del poder, y que no haya sido previsto y temido más que por los hombres que iban a vencer.

Aquí necesito reanudar un poco la cadena de la historia, para poder enlazar con ella más cómodamente el hilo de mis propios recuerdos.

Es de recordar que, en la apertura de la legislatura de 1848, el rey Luis-Felipe, en su discurso de la Corona, había calificado a los autores de los banquetes de hombres animados por pasiones *ciegas* o *enemigas*. Aquello era enfrentar, directamente, a la realeza con más de cien miembros de la Cámara. Aquel insulto, que venía a sumar la cólera a todas las pasiones ambiciosas que turbaban ya el corazón de la mayoría de aquellos hombres, acabó de hacerles perder la razón. Se esperaba un violento debate, que, en principio, no se produjo. Las primeras discusiones de la alocución real fueron tranquilas: la mayoría y la oposición, como dos hombres que se sienten enfurecidos y que temen hacer o decir tonterías en tal estado, se contuvieron, al comienzo.

Pero la pasión estalló, al fin, y lo hizo con una violencia insólita. El fuego extraordinario de aquellos debates olía

ya a guerra civil, para quien supiese olfatear de lejos las revoluciones.

Los oradores de la oposición moderada se vieron obligados, en el calor de la lucha, a afirmar que el derecho de reunirse en los banquetes era uno de nuestros derechos más indiscutibles y más necesarios; que el hecho de negarlo era pisotear la libertad misma y violar la Carta, sin darse cuenta de que así hacían, sin sospecharlo, una llamada, no a la discusión, sino a las armas. Por su parte, M. Duchâtel, que, por lo general, era muy hábil, se mostró, en aquella ocasión, de una torpeza consumada. Negó, de una manera absoluta, el derecho a reunirse en cualquier banquete, y, sin embargo, no dijo claramente que el gobierno estuviese decidido a impedir, en lo sucesivo, toda manifestación semejante; por el contrario, parecía invitar a la oposición a intentar nuevamente la aventura, a fin de que los tribunales pudieran entender en la cuestión. Su colega, el ministro de Justicia, M. Hébert, fue más torpe aún, pero era su costumbre. Yo he observado siempre que los magistrados nunca se convertían en políticos, pero jamás he encontrado a ninguno que lo fuese menos que M. Hébert; al pasar a ser ministro, había seguido siendo procurador general hasta la médula de los huesos; tenía el carácter y la figura de aquel cargo. Imaginad una carita estrecha, flaca, ladina, comprimida hacia los parietales, una frente, una nariz y un mentón puntiagudos, unos ojos secos y vivos, unos labios sumidos y delgados; añadid a eso una larga pluma, generalmente colocada al través de la boca y que, de lejos, parecía la barba erizada de un gato, y tendréis el retrato de uno de los hombres que yo haya visto nunca más parecidos a un animal carnicero. Pero no era tonto, ni siquiera malo, sino que tenía un espíritu rígido y sin fisuras, que jamás sabía plegarse oportunamente ni rectificar a tiempo, y que caía en la violencia sin quererlo, por la ignorancia de los matices. Muy poco tenía que importar la conciliación a M. Guizot, para enviar a la tribuna a tal orador, en aquellas circunstancias. Su lenguaje fue tan exagerado y provocativo, que Barrot, fuera de sí, dijo, a voz en grito, casi involuntariamente y medio sofocado por la cólera, que los ministros de Carlos X, Polignac y Peyronnet, jamás se habían atrevido a hablar de aquella forma. Recuerdo que yo me estremecí, a pesar mío, en mi asiento, al oír a aquel hombre naturalmente moderado, tan adicto a la monarquía, pero entonces exasperado hasta el límite, evocar por primera vez los terribles recuerdos de la revolución

de 1830, ponerla, en cierto modo, como ejemplo, y sugerir, sin proponérselo, la idea de imitarla.

Como se sabe, el resultado de aquella encendida discusión fue una especie de desafío cambiado entre el gobierno y la oposición. De una parte y otra, se emplazaron ante los tribunales de justicia. Se acordó, tácitamente, que los de la oposición se reunirían en un último banquete, y que el poder, sin impedir aquella reunión, perseguiría a sus autores, y que los tribunales se pronunciarían.

Los debates sobre el discurso de la Corona se cerraron, si no recuerdo mal, el 12 de febrero. Fue, en realidad, a partir de ese momento, cuando se precipitó el movimiento revolucionario. La oposición constitucional, que, desde hacía varios meses, no había dejado de ser empujada por el partido radical, fue, desde aquel día, dirigida y conducida por él. Y no por los hombres de aquel partido que ocupaban sus bancos en la Cámara de los diputados (en su mayor parte, se habían entibiado y como enervado en la atmósfera parlamentaria), sino por los hombres más jóvenes, más atrevidos y menos prudentes, que escribían en la prensa demagógica. Aquella sujeción de la oposición moderada al partido revolucionario era un hecho inevitable, desde el momento en que la acción común se prolongaba. Yo he observado que, en una asamblea política, los que quieren a la vez el medio y el fin acaban siempre, a la larga, imponiéndose a los que quieren el uno sin el otro. Aquella sujeción se manifestó, sobre todo, en dos grandes hechos que tuvieron una influencia decisiva en los acontecimientos: el programa del banquete y *la acusación a los ministros.*

El 20 de febrero, apareció en casi todos los periódicos de la oposición, bajo el nombre de programa del próximo banquete, una verdadera proclama, que convocaba a toda la población a una inmensa manifestación política, que invitaba a las escuelas y a la propia guardia nacional a unirse corporativamente a la ceremonia. Se diría que era ya un decreto del gobierno provisional que había de formarse tres días después. El ministerio, que ya era censurado por una parte de los suyos por haber permitido, tácitamente, el banquete, se creyó autorizado, desde aquel momento, a retractarse. Anunció oficialmente que lo prohibía y que lo impediría por la fuerza.

Fue aquella declaración del poder la que proporcionó el campo para la lucha. Puedo afirmar, aunque la cosa parezca increíble, que el programa que hizo cambiar, sobre la marcha, el banquete en insurrección, fue compuesto, discu-

tido y publicado sin la participación y sin conocimiento de los parlamentarios que aún creían dirigir el movimiento que ellos habían iniciado. Aquel programa fue la obra nocturna y precipitada de una reunión de periodistas y de radicales, y los jefes de la oposición dinástica lo conocieron, como el público, cuando lo leyeron al despertar.

¡Y mirad qué reacciones son las que mueven las cosas humanas! M. Barrot, que censuraba aquel programa tanto como el que más, no se atrevió a desautorizarlo, por miedo a herir a los hombres que, hasta entonces, habían parecido marchar a su lado. Después, cuando el gobierno, asustado ante la publicación de aquella proclama, prohibió el banquete, M. Barrot, al encontrarse ante la guerra civil, retrocedió. Renunció incluso a aquella manifestación peligrosa, pero, al mismo tiempo que hacía aquella concesión a las opiniones moderadas, concedía a los extremistas el enjuiciamiento de los ministros. Acusaba a éstos de haber violado la constitución al prohibir el banquete, proporcionando así una excusa a los que se disponían a tomar las armas en nombre de la constitución violada.

Así, los principales jefes del partido radical, que creían que una revolución era prematura y que no la deseaban todavía, se habían creído obligados, en los banquetes, para diferenciarse de sus aliados de la oposición dinástica, a pronunciar discursos muy revolucionarios y a soplar el fuego de las pasiones insurreccionales. La oposición dinástica, por su parte, que no quería más banquetes, se había visto obligada a seguir por aquel mal camino, para que no pareciese que retrocedía ante los desafíos del poder. Y, por último, la masa de los conservadores, que creía necesarias grandes concesiones y deseaba hacerlas, se vio forzada por las violencias de sus adversarios y por las pasiones de algunos de sus jefes a negar hasta el derecho de reunión en banquetes privados y a rehusar al país hasta la esperanza de reforma alguna.

Hay que haber vivido mucho tiempo en medio de los partidos y dentro del torbellino mismo en que ellos se mueven, para comprender hasta qué punto los hombres se empujan mutuamente más allá de sus propios designios y cómo el destino de este mundo marcha por efecto —pero, muchas veces, a redropelo— de los deseos de todos los que lo forjan, como la cometa que se eleva por la acción contraria del viento y de la cuerda.

III

Disturbios del 22 de febrero.—Sesión del 23.—Nuevo ministerio.—Sentimientos de M. Dufaure y de M. de Beaumont.

No me pareció que la jornada del 22 pudiera producir inquietudes graves. La muchedumbre llenaba ya las calles, pero me parecía compuesta de curiosos y de charlatanes, más que de sediciosos: el soldado y el burgués, al encontrarse, se decían cosas graciosas, y, entre la multitud, yo oía menos gritos que bromas. Ya sé que no hay que fiarse de estas apariencias. Son los mozuelos de París los que, por lo general, emprenden las insurrecciones, y suelen hacerlo alegremente, como escolares que se van de vacaciones.

Ya en la Cámara, encontré una impasibilidad aparente, tras la cual se percibía el interno bullir de mil pasiones contenidas. Era, desde la mañana, el único sitio de París donde yo no había oído hablar en alta voz de lo que en aquel momento preocupaba a toda Francia. Se discutía indolentemente la creación de un banco en Burdeos, pero la verdad era que del asunto no se ocupaban más que el hombre que hablaba desde la tribuna y el que tenía que contestarle. M. Duchâtel me dijo que todo iba bien. Y me lo dijo con un aire seguro y agitado a la vez, lo que me pareció sospechoso. Observé que movía el cuello y los hombros —era su tic habitual—, mucho más vivamente y con más frecuencia

que de costumbre, y recuerdo que esta pequeña observación me dio que pensar más que todo el resto.

Supe que, en efecto, en varios puntos que yo no había visitado, se habían producido disturbios graves. Algunos hombres habían caído muertos o heridos. Ya no estábamos acostumbrados a aquel tipo de aventuras, como lo habíamos estado unos años antes, y, sobre todo, como habíamos de estarlo unos meses después. La impresión era muy viva. Yo estaba invitado a comer aquel día, precisamente, en casa de uno de mis colegas de Cámara y de oposición, M. Paulmier, diputado por Calvados. Me costó algún trabajo llegar hasta su casa a través de las tropas que seguían ocupando las calles. Encontré la casa de mi huésped en gran conmoción: Mme. Paulmier, entonces en estado y asustada por una escaramuza que se había producido bajo sus ventanas, se había acostado. La comida era magnífica, pero la mesa estaba desierta. De veinte invitados, no se presentaron más que cinco. Los otros se vieron retenidos por obstáculos materiales o por las preocupaciones del día. Con un aire muy meditativo, nos sentamos en medio de aquella abundancia inútil. Por mi parte, yo pensaba que vivíamos en un tiempo extraño, en el que nunca se estaba seguro de que no sobreviniese una revolución entre el momento de pedir la cena y el momento de llevarla a la boca. Entre los invitados, se encontraba M. Sallandrouze, el heredero de la gran casa comercial de ese nombre, que se había enriquecido tanto con la fabricación de alfombras. M. Sallandrouze era uno de esos jóvenes conservadores que, con menos honores que dinero, mostraban, de vez en cuando, veleidades de oposición, o, mejor, de crítica, sobre todo —creo yo— para darse alguna importancia. Durante la última discusión del discurso de la Corona, había presentado una enmienda que, si se hubiese adoptado, habría comprometido al gabinete. En el momento en que aquel incidente preocupaba más a los espíritus, M. Sallandrouze acudió una tarde a la recepción de las Tullerías, esperando que, esta vez, no pasaría inadvertido entre la multitud. En efecto, en cuanto el rey Luis-Felipe le vio, se dirigió a él con una actitud solícita y le llevó aparte, gravemente, y se puso a hablarle en seguida, con mucho interés y calor, de la industria a la que el joven diputado debía su fortuna. Éste no se dejó impresionar, al principio, pensando que el rey, hábil en el manejo de las gentes, tomaba aquel pequeño camino particular, para llegar inmediatamente, por una desviación, a los grandes asuntos. Pero se equivocaba, porque, al cabo de un cuarto de hora, el rey

cambió, de repente, no de tema, sino de interlocutor, dejando a mi hombre muy confuso en medio de sus lanas y de sus alfombras. Sallandrouze aún no había digerido aquella burla, pero empezaba a tener mucho miedo de verse excesivamente vengado. Nos contó que, la víspera, M. Emile Girardin le había dicho: «Dentro de dos días, la monarquía de Julio ya no existirá». A todos nos pareció una hipérbole de periodista, y tal vez lo fuese, en efecto, pero la realidad la convirtió en una profecía.

Al día siguiente, 23 de febrero, me enteré, al despertar, de que la agitación de París, en lugar de calmarse, se incrementaba. Me fui temprano a la Cámara. En torno a la Asamblea, reinaba el silencio. Unos batallones de infantería ocupaban y cerraban sus accesos, mientras unos escuadrones de coraceros se alineaban a lo largo de los muros de su palacio. En el interior, se agitaban las pasiones, sin que supiésemos todavía, con exactitud, a qué atenernos.

La sesión se abrió, a la hora de costumbre, pero la Asamblea no tuvo valor para representar la misma comedia parlamentaria de la víspera, y suspendió sus trabajos. Recogía los incidentes de la ciudad, esperaba los acontecimientos y contaba las horas en una inactividad febril. En un momento dado, se oyó fuera un gran ruido de clarines. En seguida se supo que los coraceros que guardaban el palacio se divertían, para pasar el tiempo, tocando fanfarrias. Los sonidos triunfales y alegres de aquellos instrumentos contrastaban de un modo más que doloroso con el pensamiento secreto de la Asamblea, que se apresuró a hacer callar aquella música incómoda e indiscreta, que tan penosamente ponía a cada uno cara a cara consigo mismo.

Por último, se decidió hablar en voz alta de lo que todo el mundo hablaba en voz baja, desde hacía muchas horas. Un diputado de París, M. Vavin, empezó a interpelar al gobierno acerca de la situación de la ciudad, y eran las tres cuando M. Guizot apareció en la puerta de la sala. Entra con su paso más firme y con su aire más altivo. Atraviesa, silenciosamente, el pasillo, y sube a la tribuna, echando casi la cabeza para atrás, por temor a que pareciese que la bajaba. En dos palabras, anuncia que el rey acaba de llamar a M. Molé para formar un nuevo gobierno. Jamás he visto un efecto teatral semejante.

La oposición permanece en sus bancos, el enjambre de sus miembros lanza gritos de victoria y de venganza satisfecha. Sólo sus jefes siguen silenciosos, dedicados a con-

templar interiormente el empleo que van a hacer del triunfo, y cuidando ya de no ofender a una mayoría de la que tal vez muy pronto iban a tener que servirse. Ésta, tras recibir un golpe tan inesperado, se agita, por un instante, sobre sí misma, como una masa que oscila, sin que se sepa de qué lado va a caer. Después, sus miembros descienden tumultuosamente al hemiciclo, y unos rodean a los ministros para pedirles explicaciones o para rendirles los últimos homenajes, mientras la mayor parte se levanta contra ellos entre gritos ruidosos e insultantes. «Dejar el gobierno, abandonar a sus amigos políticos en estas circunstancias —dicen— es una gran cobardía.» Otros gritan que hay que trasladarse a las Tullerías y obligar al rey a revocar una resolución tan funesta. Aquella desesperación no podrá extrañar si se tiene en cuenta que casi todos aquellos hombres se sentían atacados, no sólo en sus opiniones políticas, sino también en lo más sensible de sus intereses privados. El acontecimiento que derribaba el gobierno comprometía toda la fortuna de éste, la dote de su hija para aquél, la carrera de su hijo para aquel otro. Así era como estaban cogidos casi todos. En su mayor parte, no sólo se habían elevado con la ayuda de sus condescendencias, sino que puede decirse que habían vivido de ellas, y que aún vivían, y que esperaban seguir viviendo, porque, como el gobierno había durado ocho años, se habían acostumbrado a la idea de que duraría siempre, y estaban ligados a él por la inclinación leal y tranquila que se siente hacia la propia finca. Desde mi banco, yo veía aquella masa ondulante, percibía cómo la sorpresa, la cólera, el miedo, la codicia perturbada antes de haberse saciado, mezclaban sus diferentes rasgos en aquellas fisonomías asustadas. Yo comparaba a todos aquellos legisladores con una jauría a la que, a medio comer, se aparta del encarne.

Por lo demás, hay que reconocer que muchos miembros de la oposición habrían dado el mismo espectáculo, si se les hubiera sometido a la misma prueba. Si muchos conservadores no defendían al gobierno más que para mantener sus emolumentos y sus cargos, tengo que decir que, a mi parecer, muchos miembros de la oposición no lo atacaban más que para conquistarlos. La verdad —lamentable verdad— es que el gusto por las funciones públicas y el deseo de vivir a costa de los impuestos no es, entre nosotros, una enfermedad exclusiva de un partido: es el grande y permanente achaque democrático de nuestra sociedad civil y de la centralización excesiva de nuestra administración, es el

mal secreto que ha corroído todos los antiguos poderes y que corroerá también todos los nuevos.

El tumulto acabó por calmarse. Se conoció mejor la naturaleza de los acontecimientos. Se supo que habían sido provocados por las inclinaciones insurreccionales de un batallón de la quinta legión y por una gestión directa hecha cerca del rey por varios oficiales superiores de aquella misma unidad.

En cuanto supo lo que pasaba, el rey Luis-Felipe —que, de todos los hombres que he visto en mi vida, era el que menos cambiaba de idea, pero el que más fácilmente cambiaba de conducta— adoptó su decisión inmediatamente, y el gobierno, después de ocho años de sumisión, se vio despedido por el rey, sin ceremonia, sin frases y en dos minutos.

La Asamblea no tardó en dispersarse, pensando todos en el cambio de gobierno, y olvidando la revolución.

Yo salí de la Cámara con M. Dufaure. No tardé en darme cuenta de que él estaba no sólo preocupado, sino contrariado, y al punto comprendí que se encontraba en la situación crítica y complicada de un jefe de oposición dispuesto a transformarse en ministro y que, tras haber comprendido que sus amigos le eran muy útiles, empieza a pensar en las dificultades que podrían causarle con sus pretensiones.

M. Dufaure tenía un espíritu un poco socarrón, que acogía fácilmente aquellos pensamientos, y una especie de rusticidad natural que, entremezclada de honestidad, no le permitía ocultarlos. Sin embargo, era el más sincero y el más honrado, con gran diferencia, de todos los que, en aquel momento, tenían la posibilidad de llegar a ser ministros. Sólo que él creía alcanzar el poder y lo esperaba con una pasión tanto más arrebatadora, cuanto que era contenida y discreta. En su lugar, M. Molé habría sentido a su alrededor más egoísmo e ingratitud todavía, *pero* habría sido más abierto y más amable.

Le dejé en seguida, y me dirigí a casa de M. de Beaumont, donde encontré todos los corazones alegres. Yo estaba lejos de compartir aquella alegría, y, como me hallaba entre gentes a las que podía hablar con entera libertad, les expuse mis razones. «La guardia nacional de París —les dije— acaba de destruir un gobierno, de modo que los nuevos ministros tendrán que gobernar de acuerdo con ella. Celebráis que haya sido derribado el gobierno, pero ¿no os dais cuenta de que es el poder mismo el que está por los suelos?» A Beaumont no le gustaba aquella política enfadosa. «Usted todo lo ve siempre negro —me decía—. Gocemos ahora de nues-

tra victoria. Ya nos inquietaremos después por sus consecuencias.»

Me pareció que Mme. de Beaumont, presente en aquella reunión, compartía los entusiasmos de su marido, y nada me mostró nunca más claramente la irresistible fuerza del espíritu de partido, pues el interés y el odio eran muy ajenos, por naturaleza, al corazón de aquella mujer distinguida y atrayente, una de las más verdaderas y constantemente virtuosas que he conocido en mi vida, y que siempre supo hacer de la virtud algo conmovedor y agradable.

No por eso dejé de mantener mi tesis frente a él, afirmando que, en todo caso, se trataba de un desafortunado incidente, o, más bien, que era preciso ver en ello, no sólo un incidente, sino un gran acontecimiento que iba a cambiarlo todo. Ciertamente, me resultaba muy fácil filosofar así, porque yo no compartía las ilusiones de mi amigo Dufaure. El movimiento que se imprimía a la máquina política me parecía demasiado violento para que el poder hubiera de detenerse en los partidos intermedios a los que yo pertenecía, y, en mi opinión, acabaría cayendo muy pronto en unas manos que entonces me resultaban casi tan hostiles como las propias manos a las que ahora les era arrebatado.

Comí en casa de otro de mis amigos, M. Lanjuinais, de quien hablaré frecuentemente a continuación. La reunión era bastante numerosa y muy heterogénea en cuanto a la política. Unos invitados se congratulaban por el resultado de la jornada, y otros se mostraban alarmados, pero todos creían que el movimiento insurreccional se detendría por sí solo, para estallar de nuevo, más adelante, en otra ocasión y bajo otra forma. Todos los ruidos que nos llegaban de la ciudad parecían confirmar aquella creencia: los gritos de guerra eran sustituidos por gritos de alegría. Entre nosotros, estaba Portalis, que, unos días después, fue procurador general de París, no el hijo, sino el sobrino del primer presidente del Tribunal de Casación. Este Portalis no tenía ni la rara inteligencia, ni las ejemplares costumbres, ni la piadosa simpleza de su tío. Su espíritu, grosero, violento e insincero, había entrado por sí solo en todas las ideas falsas y en todas las opiniones extremadas de nuestro tiempo. Aunque ligado a la mayor parte de los que luego fueron calificados de autores e instigadores de la Revolución de 1848, puedo afirmar que, aquella tarde, no esperaba de aquella revolución más que nosotros. Y estoy convencido de que, incluso en aquel momento decisivo, habría podido decirse lo mismo de la mayor parte de sus amigos. Se pierde el tiempo tra-

tando de investigar qué conspiraciones secretas han producido acontecimientos de esa especie, pues las revoluciones, que se llevan a cabo por emoción popular, son, por lo general, más deseadas que premeditadas. Algunos que se jactan de haber conspirado para hacer las revoluciones, lo único que han hecho ha sido sacar partido de ellas. Las revoluciones nacen espontáneamente de una enfermedad general de los espíritus, llevada, de pronto, al estado de crisis por una circunstancia fortuita que nadie ha previsto. Y, en cuanto a los pretendidos inventores o conductores de esas revoluciones, no inventan ni conducen nada. Su único mérito es el de los aventureros que han descubierto la mayor parte de las tierras desconocidas: atreverse a ir siempre en línea recta, hacia adelante, mientras el viento empuje.

Me retiré temprano, y me acosté inmediatamente. Aunque vivía muy cerca del palacio de Negocios Extranjeros, no oí el tiroteo que tanta influencia ejerció sobre el futuro, y me dormí sin saber que había visto el último día de la monarquía de Julio.

IV

El 24 de febrero.—Plan de resistencia de los ministros. — La guardia nacional. — El general Bedeau.

Al día siguiente, 24 de febrero, al salir de mi dormitorio, encontré a la cocinera, que volvía de la ciudad. Aquella buena mujer estaba totalmente fuera de sí y me soltó no sé qué galimatías lagrimeante del que no comprendí nada, a no ser que el gobierno estaba asesinando al pobre pueblo. Bajé inmediatamente, y apenas había puesto los pies en la calle, cuando tuve la impresión, por primera vez, de que estaba respirando la verdadera atmósfera de las revoluciones: el centro de la calle estaba vacío, las tiendas estaban cerradas, no se veían coches ni transeúntes, no se escuchaban los gritos habituales de los vendedores ambulantes, y, delante de las puertas, los vecinos hablaban entre sí, a media voz, en pequeños grupos, con aire asustado. Todas las caras estaban agitadas por la inquietud o por la cólera. Me crucé con un guardia nacional, que, con el fusil en la mano, caminaba rápidamente y con un aire trágico. Le alcancé, pero no conseguí que me dijese nada, salvo que el gobierno estaba matando al pueblo (a lo que añadía que la guardia nacional iba a poner orden en el asunto). Era otra vez el mismo estribillo. Está claro que aquella explicación no me explicaba

nada. Yo conocía bien los vicios del gobierno de Julio para saber que la crueldad no se encontraba entre ellos. Consideraba que era un gobierno de los más corruptores, pero también uno de los menos sanguinarios que jamás hubieran existido, y no cuento este chisme más que para demostrar qué rumores contribuyen a que las revoluciones avancen.

Corrí a casa de M. de Beaumont, que vivía en la calle de al lado. Allí supe que el rey le había llamado, durante la noche. En casa de M. de Rémusat, adonde fui a continuación, me contestaron lo mismo. M. de Corcelles, a quien encontré, al fin, me informó de lo que pasaba, pero de una manera muy confusa también, porque, en una ciudad en revolución, al igual que en un campo de batalla, cada uno tiende a considerar como el acontecimiento de la jornada el incidente del que es testigo. Por él, supe del tiroteo del bulevar de los Capuchinos, del rápido desarrollo de la insurrección, cuya causa o cuyo pretexto había sido aquel acto de violencia inútil, de la negativa de M. Molé a hacerse cargo del gobierno en aquellas circunstancias, y, por último, de la llamada a palacio de los señores Thiers, Barrot y de sus amigos, encargados definitivamente de formar un gabinete, y que son hechos demasiado conocidos para que necesite detenerme en ellos. Pregunté a M. de Corcelles cómo pensaban los ministros apaciguar los espíritus. «Sé por M. de Rémusat —me dijo— que el plan adoptado consiste en replegar todas las tropas e *inundar París de guardias nacionales*.» Estas fueron sus propias expresiones. Y siempre he obesrvado que, en política, muchas veces resulta perjudicial tener demasiada memoria.

Los hombres que ahora se encargaban de frenar la revolución de 1848 eran precisamente los mismos que habían hecho la revolución de 1830. Se acordaban de que, en aquel tiempo, la resistencia del ejército no les había frenado, y de que, por el contrario, la presencia de la guardia nacional, tan imprudentemente disuelta por Carlos X, habría podido obstaculizarles mucho e impedirles triunfar. Hicieron lo contrario de lo que había hecho el gobierno de la rama más vieja, y llegaron al mismo resultado: hasta tal punto es cierto que, si bien la humanidad es siempre la misma, las disposiciones de los pueblos, así como los incidentes de la historia, difieren sin cesar. Un tiempo nunca se ajusta bien a otro tiempo, y esos cuadros antiguos que tratamos de encajar por la fuerza en marcos nuevos producen siempre un mal efecto.

Tras haber conversado, durante unos momentos, acerca

de la peligrosa situación, M. de Corcelles y yo salimos en busca de M. Lanjuinais, y los tres nos dirigimos luego a casa de M. Dufaure, que vivía entonces en la calle Le Peletier. El bulevar que seguimos para llegar allí ofrecía un extraño espectáculo. No se veía a casi nadie, a pesar de que era cerca de las nueve de la mañana, y no se oía ni el menor ruido de voz humana, pero todas las garitas que se levantaban a lo largo de aquella amplia avenida parecían agitarse, tambalearse sobre sus bases, y, de cuando en cuando, alguna de ellas caía ruidosamente, mientras los grandes árboles de las orillas se abatían sobre la calzada, como si se derrumbasen por sí mismos. Aquellos actos de destrucción eran obra de hombres aislados, que los realizaban silenciosamente, diligentemente y de prisa, preparando así los materiales de las barricadas que otros habían de levantar. Nada me ha parecido nunca que se asemejase tanto al ejercicio de una industria, y, para la mayoría de aquellos hombres, era una industria, en efecto, cuyo gusto les había sido facilitado por el instinto del desorden, y cuya teoría debían a la experiencia de tantas insurrecciones precedentes. Yo no sé si alguno de los espectáculos de que fui testigo en el curso de la jornada me causó tanta impresión como aquella soledad en la que, por así decirlo, veíamos agitarse las peores pasiones humanas, sin que se manifestasen las buenas. Habría preferido encontrar en los mismos lugares a una muchedumbre enfurecida. Y recuerdo que, mostrando a Lanjuinais aquellas columnas que se derrumbaban y aquellos árboles que se abatían, y dejando escapar por primera vez la palabra que desde hacía tiempo tenía en los labios, le dije: «Créame que, esta vez, ya no es un motín: es una revolución».

M. Dufaure nos contó lo que a él se refería en los incidentes de la tarde y de la noche anteriores. M. Molé se había dirigido, primero, a él, para ayudarle a formar el nuevo gabinete, pero la gravedad creciente de la situación les había hecho comprender en seguida, al uno y al otro, que el momento de su intervención había pasado. M. Molé se lo había manifestado así al rey, hacia la media noche, y el rey había llamado a M. Thiers, el cual, a su vez, no había querido hacerse cargo del poder, si no tenía a su lado a M. Barrot. A partir de ahí, M. Dufaure ya no sabía más que nosotros. Nos separamos, sin haber podido decidir nada sobre la conducta que deberíamos seguir, y sin haber tomado más resoluciones que la de acudir a la Cámara en cuanto se abriese.

M. Dufaure no vino, y jamás he sabido realmente por qué. No fue por debilidad, seguramente, porque después le vi muy sereno y con una grande y sencilla firmeza, en circunstancias mucho más peligrosas. Creo que, alarmado por su familia, quiso, primero, ponerla a salvo, fuera de París. Sus virtudes privadas y sus virtudes públicas —porque tenía de las unas y de las otras, y muy grandes— no iban al mismo paso, de modo que las primeras precedían siempre a las segundas: más de una vez le veremos adoptar la misma actitud. Por lo demás, yo no se lo echaría en cara como un gran crimen. Las virtudes de todo género son bastante raras para que podamos regatear con quienes las poseen, acerca de su especie y de su categoría.

El tiempo que habíamos pasado en casa de M. Dufaure había bastado a los amotinados para levantar un gran número de barricadas, a lo largo del camino que nosotros acabábamos de recorrer. Estaban dándoles la última mano, cuando volvimos a pasar. Las barricadas eran construidas con arte por un pequeño número de hombres, que trabajaban muy diligentemente, no como culpables apremiados por el temor de ser sorprendidos en flagrante delito, sino como buenos obreros que quieren realizar su tarea, pronto y bien. El público les miraba tranquilamente, sin desaprobar y sin prestar ayuda. Yo no encontraba por ninguna parte aquella especie de agitación universal que había visto en 1830, y que, en aquel momento, me había hecho comparar la ciudad entera con una gran caldera en ebullición. Esta vez, no se derribaba al gobierno: se le dejaba caer.

En el bulevar encontramos a una columna de infantería que se replegaba hacia la Madeleine. Nadie le decía nada, pero su retirada parecía una derrota. Las filas estaban rotas, los soldados marchaban en desorden, con la cabeza baja, y con un aire a la vez avergonzado y temeroso. En cuanto uno de ellos se apartaba, por un momento, del conjunto, se veía inmediatamente rodeado, cogido, estrechado, desarmado y dejado en libertad, y todo eso, en un abrir y cerrar de ojos.

Al volver a mi casa, encontré a mi hermano Edouard, a su mujer y a sus hijos. Vivían en el Faubourg Montmartre. Durante la noche, se habían producido disparos de fusil alrededor de su casa. Asustados por aquel tumulto, habían decidido, al amanecer, abandonar su domicilio. Habían llegado a nuestra casa, a pie, a través de las barricadas. Mi cuñada había perdido la cabeza, como siempre. Ya veía a su marido muerto y a sus hijas violadas. Mi hermano, que era, sin

embargo, uno de los hombres más serenos que pueda haber, no sabía qué hacer, ya no era él mismo, y yo jamás he comprendido mejor que si una compañera valerosa es un gran apoyo en tiempos de revolución, una pusilánime, aunque tenga el corazón de una paloma, es un engorro cruel. Lo que me impacientaba, sobre todo, era el ver que mi cuñada no mezclaba para nada el país en las lamentaciones que la suerte de los suyos le arrancaba a cada instante. Era una mujer de una sensibilidad demostrativa, más que profunda y extensa. Por lo demás, era muy buena e incluso muy ingeniosa, pero tenía su ingenio un poco encogido y su corazón se le había enfriado, pues los había encerrado estrechamente en una especie de egoísmo piadoso en el que vivía ocupada, únicamente, de Dios, de su marido, de sus hijos, y, sobre todo, de su salud, sin interesarse, en absoluto, por los demás: la mujer más honesta y la peor ciudadana que pudieran imaginarse.

Yo tenía prisa por sacarla del apuro, liberándome, al propio tiempo, del engorro que me causaba. Le propuse llevarla al ferrocarril de Versalles, que no estaba muy lejos. Le daba mucho miedo quedarse en París, pero también le daba mucho miedo marcharse, de modo que seguía aturdiéndome con la manifestación de sus temores, sin decidir nada. Acabé cogiéndola, casi a la fuerza, y la conduje, juntamente con su familia, bajo mi protección, hasta el andén, donde los dejé a todos y me volví a la ciudad.

A mi regreso, al atravesar la plaza del Havre, encontré por primera vez a un batallón de la guardia nacional con la que se iba a inundar todo París. Aquellos hombres marchaban en una actitud asombrada y con un paso inseguro, rodeados de muchachos que gritaban: «¡Viva la Reforma!», y a los que ellos respondían con el mismo grito, pero con una voz ronca y un poco forzada. Aquel batallón pertenecía a mi barrio, y la mayor parte de sus componentes me conocían de vista, aunque yo no conocía a casi ninguno. Me rodearon y me pidieron noticias, ansiosamente. Les dije que habíamos conseguido todo lo que podíamos desear, que el gobierno había cambiado, que todos los abusos de que nos quejábamos iban a ser corregidos, y que el único peligro que ahora se corría era el de dejarse llevar demasiado lejos, y que ellos eran quienes tenían que impedirlo. Inmediatamente vi que no habían entendido nada. «¡Ah, señor, muy bien! —me dijeron—. Si el gobierno se ha metido en líos por su culpa, que salga como pueda...» «¡Ah, desdichados! —les contesté—. ¿No veis que ahora se trata de vosotros, más que del

gobierno? Si París se entrega a la anarquía, y todo el reino a la confusión, ¿pensáis que el único que va a pasarlo mal es el rey?» No conseguí nada, ni pude sacar jamás otra cosa que no fuese aquella gran tontería: si la culpa es del gobierno, que él cargue con el peligro; nosotros no queremos dejarnos matar por unos individuos que han llevado las cosas tan mal. Y aquella era, sin embargo, la clase media, cuyas apetencias todas se acariciaban desde hacía dieciocho años: la corriente de la opinión pública había acabado arrastrándola, y la lanzaba contra los que la habían halagado hasta corromperla.

En aquella ocasión, hice una reflexión que después he tenido presente muchas veces, y es que, en Francia, un gobierno se equivoca siempre al tomar como punto de apoyo únicamente los intereses exclusivos y las pasiones egoístas de una sola clase. Esto sólo no puede tener éxito en naciones más interesadas y menos vanidosas que la nuestra. Entre nosotros, cuando el gobierno así fundado se hace impopular, los miembros de la clase media por la cual se impopulariza prefieren el placer de hablar mal de él, igual que todo el mundo, a los privilegios que él les garantiza. La antigua aristocracia francesa, que era más perspicaz que nuestra clase media y estaba provista de un espíritu de cuerpo mucho más poderoso, había dado ya el mismo ejemplo: había acabado encontrando de buen gusto censurar sus propias prerrogativas y protestando contra los abusos de que ella misma vivía. Creo, pues, que, en cualquier caso, el método más seguro que un gobierno puede seguir entre nosotros para mantenerse es el de gobernar bien, y, sobre todo, el de gobernar en beneficio de todo el mundo. Y aun debo reconocer que, incluso tomando ese camino, no está muy claro que dure mucho tiempo.

Me marché en seguida, para dirigirme a la Cámara, aunque todavía no era la hora señalada para la apertura de la sesión. Creo que eran las once, aproximadamente. Encontré la plaza Luis XV aún vacía de gente del pueblo, pero ocupada por varios regimientos de caballería. Al ver aquellas tropas tan numerosas y tan bien ordenadas, creí que sólo habían abandonado las calles para reunirse en gran cantidad alrededor de las Tullerías y de la Cámara, y para defenderse allí. Al pie del obelisco, se encontraba el estado mayor a caballo, y, a su cabeza, un teniente general en quien reconocí, al acercarme, a Bedeau, cuya mala suerte le había hecho volver, recientemente, de África para enterrar la monarquía. Yo había pasado unos días con él en Constantina,

el año anterior, y allí había surgido entre nosotros una especie de intimidad que ha continuado después. Apenas me vio, Bedeau saltó de su caballo, vino hacia mí y me estrechó la mano, de un modo que me reveló inmediatamente la agitación de su espíritu. Y su conversación me lo demostró mejor aún. No me extrañó, porque siempre he observado que los hombres que más fácilmente pierden la cabeza y se muestran, por lo general, más débiles en los tiempos de revoluciones son los hombres de guerra: habituados a encontrar ante ellos una fuerza organizada y en sus manos una fuerza obediente, se desconciertan con facilidad ante los gritos desordenados de la multitud compuesta por ciudadanos inofensivos e inermes, y ante la vacilación y, a veces, la connivencia de sus propios soldados. Es indiscutible que Bedeau estaba turbado. Nadie ignora cuáles fueron las consecuencias de aquella turbación, cómo la Cámara fue invadida por un puñado de hombres, a un tiro de pistola de los escuadrones que la custodiaban, y cómo, por consiguiente, se proclamó el derrocamiento y se eligió el gobierno provisional. El papel que Bedeau desempeñó en aquella jornada fatal fue, desgraciadamente para él, tan preponderante, que yo quiero detenerme aquí por un momento para reflexionar sobre aquel hombre y sobre las causas de su conducta. Hemos estado bastante unidos, antes y después de aquel acontecimiento, para que yo pueda hablar aquí de él con conocimiento de causa. Es cierto que se le había transmitido la orden de no combatir, pero ¿por qué obedeció a una orden tan extraña, y tan poco aconsejable, dadas las circunstancias?

Bedeau no era tímido, en modo alguno, y, para hablar con exactitud, ni siquiera indeciso, porque, una vez adoptada su decisión, se le veía marchar hacia su objetivo con mucha firmeza, con serenidad y con audacia. Pero tenía el carácter más metódico, más desconfiado de sí mismo, menos aventurero y más blando que se pueda imaginar. Estaba acostumbrado a considerar la acción que iba a emprender, en todos sus aspectos, antes de ponerse a la obra, y comenzaba, ante todo, esta revista por los peores aspectos, y perdía un tiempo precioso disolviendo su pensamiento en muchas palabras. Por lo demás, era un hombre justo, moderado, liberal, humano, como si no hubiera hecho, durante dieciocho años, la guerra en Africa, modesto, moral, honesto, delicado incluso y religioso: de esa especie de hombre de bien que raramente se encuentra bajo el arnés o en cualquier otro sitio. No fue, ciertamente, una falta de valor lo que le

llevó a realizar actos que podían parecer mostrarlo así, porque era de un coraje a toda prueba. Y menos aún fue la traición lo que le sirvió de móvil. Aunque no era adicto a los Orléans, era tan incapaz de traicionar a estos príncipes como podían serlo sus mejores amigos y mucho más de lo que lo fueron sus protegidos. La única desgracia de Bedeau fue la de verse mezclado en unos acontecimientos más grandes que él, la de tener sólo una cierta valía donde se necesitaba tener genio, y, sobre todo, ese genio particular de las revoluciones, que consiste principalmente en no ordenar las propias acciones más que según los hechos, y en saber desobedecer oportunamente. Los recuerdos de Febrero han envenenado la vida del general Bedeau y dejado en el fondo de su alma una herida cruel, cuyo dolor se manifestaba sin cesar en los relatos y en las eternas explicaciones de los acontecimientos de aquella época.

Cuando iba a exponerme sus perplejidades y a demostrarme que el deber de la oposición consistía en salir personalmente a la calle para calmar la exaltación popular con sus discursos, una multitud que se deslizaba entre los árboles de los Campos Elíseos avanzaba hacia nosotros, por la gran avenida. Bedeau vio a aquellos hombres, y me llevó a su encuentro a pie, a más de cien metros de sus escuadrones, y se puso a arengarles, porque tenía una debilidad por las arengas como yo no he visto jamás en ningún hombre con un sable al cinto.

Mientras él discurría así, yo me percaté de que el círculo de sus oyentes, alargándose, poco a poco, a nuestro alrededor, iba a encerrarnos muy pronto, y, a través de una primera línea de gentes boquiabiertas, vi muy claramente que se introducían unos hombres de aspecto inquietante, mientras me llegaba el sordo murmullo, en las profundidades de la multitud, de estas palabras peligrosas: «Es Bugeaud». Entonces, me incliné hacia el general, y le dije en voz muy baja: «Tengo más experiencia de los movimientos populares que usted. Créame, vuelva y monte inmediatamente su caballo, porque, si se queda usted aquí, le matarán o le cogerán prisionero, antes de cinco minutos». Me creyó, e hizo bien. Aquellos mismos hombres a los que él se había propuesto convencer dieron muerte, pocos momentos después, al cuerpo de guardia de la calle de los Campos Elíseos, y a mí mismo me costó algún trabajo abrirme paso entre ellos. Uno de aquellos hombres, pequeño, gordo, que parecía pertenecer a las categorías secundarias de la industria, me preguntó adónde iba; le contesté: a la Cámara, y añadí, para

demostrarle que era de la oposición: «¡Viva la Reforma! ¿Sabe usted que el gobierno Guizot ha sido derribado? —Sí, señor, lo sé —me respondió aquel hombre, en un tono burlón, mostrándome las Tullerías—, pero nosotros queremos algo más que eso».

V

Sesión de la Cámara.—La señora duquesa de Orléans.—Gobierno provisional.

Entré en la Cámara. La sesión no estaba abierta. Los diputados iban y venían por los pasillos como gentes desorientadas, viviendo de rumores y sin noticias. Era más una multitud que una asamblea, porque nadie dirigía.

Los principales jefes de los dos bandos estaban ausentes. Los antiguos ministros habían huido. Los nuevos no se habían presentado. Se pedía a gritos que comenzase la sesión, más por una vaga necesidad de acción que por un deseo decidido, pero el presidente se negaba: estaba acostumbrado a no hacer nada sin que se lo ordenasen, y como, desde la mañana, ya nadie daba órdenes, él no sabía qué resolución adoptar. Me pidieron que fuese a verle para decidirle a que subiese a su puesto, y así lo hice. Se inquietaba fácilmente en los asuntos menores, de modo que ya puede imaginarse si iba a estar tranquilo en aquél. Encontré a aquel hombre excelente —porque lo era, a pesar de que muchas veces se permitiese los fraudes inocentes, las mentiras piadosas, las pequeñas bajezas, y, en general, todos los demás pecados menudos que un corazón tímido y un espíritu inseguro pueden sugerir a una alma honesta—; le encontré —digo— paseando, a solas, en su despacho, presa de la más viva conmoción. Es sabido que M. Sauzet tenía unos bellos rasgos sin distinción, una dignidad de per-

tiguero de catedral, un cuerpo grande y grueso, al que estaban pegados unos brazos muy cortos. En los momentos en que estaba inquieto y preocupado —y lo estaba casi siempre—, agitaba sus bracitos de una manera convulsiva y los movía a su alrededor como un hombre que se ahoga. Mientras hablábamos, se movía de una manera extraña, caminaba, se detenía, se sentaba, con un pie metido bajo su gran trasero, como solía hacerlo en los momentos de gran agitación, volvía a levantarse, se sentaba otra vez y no resolvía nada. Fue una gran desgracia para la casa de Orléans tener a un hombre honrado de aquella especie a la cabeza de la Cámara, en un día como aquél: un bellaco audaz habría sido mejor.

M. Sauzet me dio muchas razones para no abrir la sesión, pero me convenció una que él no me dio. Al verle sin orientación y tan incapaz de encontrar una por sí mismo, consideré que aumentaría la confusión de los espíritus al pretender dirigirlos. Le dejé, pues, y, convencido de que era más necesario encontrar defensores en la Cámara que reunirla, salí, para trasladarme al ministerio del Interior y reclamar ayuda.

Cuando atravesaba la plaza del Palais-Bourbon con ese propósito, vi una muchedumbre muy heterogénea que acompañaba entre grandes aclamaciones a dos hombres a quienes reconocí inmediatamente: eran Barrot y Beaumont, con sus sombreros hundidos hasta los ojos, los trajes llenos de polvo, un aspecto demacrado y la mirada cansada. Nunca unos triunfadores se parecieron más a unos hombres a quienes fuesen a colgar. Corrí hacia Beaumont, y le pregunté qué pasaba. Me dijo al oído que el rey había abdicado en su presencia, y que se había dado a la fuga, que Lamoricière acababa de ser muerto, al parecer, cuando iba a anunciar la abdicación a los insurgentes (un ayudante de campo había acudido a decir, efectivamente, que él, desde lejos, le había visto caer del caballo), que todo marchaba a la deriva, y que, en fin, él, Beaumont, así como Barrot, se dirigían al ministerio del Interior para tomar posesión del mismo y tratar de establecer un centro de autoridad y de resistencia en alguna parte. «¿Y la Cámara? —le dije—. ¿Habéis tomado algunas precauciones para su defensa?» Beaumont recibió mis preguntas con cierto humor, como si yo le hubiese hablado de mi propia casa. «¿Y quién piensa en la Cámara? —me respondió bruscamente—. ¿Para qué puede servir y a quién puede perjudicar en esta situación?» Me pareció que se equivocaba al pensar así, y, en efecto, se

equivocaba. Es cierto que la Cámara estaba, en aquel momento, reducida a una singular impotencia, con su mayoría despreciada y su minoría sobrepasada por la opinión de la calle. Pero M. de Beaumont olvidaba que es, precisamente, en tiempos de revolución cuando los menores órganos de derecho, y, más aún, incluso los simples objetos exteriores, que recuerdan al espíritu del pueblo la idea de la ley, adquieren su máxima importancia. Porque es, principalmente, en medio de esa anarquía y de esa perturbación universales, cuando se siente la necesidad de asirse, por un momento, incluso al menor simulacro de tradición o a los restos de la autoridad, para salvar lo que aún quede de una constitución medio destruida, o para acabar de hacerla desaparecer. Si los diputados hubieran podido proclamar la regencia, tal vez ésta habría terminado por prevalecer, a pesar de su impopularidad. Y, por otra parte, no podía negarse que el gobierno provisional debía mucho al azar que lo hizo nacer entre las cuatro paredes que la representación nacional había ocupado durante tanto tiempo.

Seguí a mis amigos hasta el ministerio del Interior, adonde ellos se dirigían. La muchedumbre, que nos acompañó, entró también, o, mejor dicho, corrió tumultuosamente y penetró con nosotros hasta el estrecho recinto del despacho que M. Duchâtel acababa de abandonar. Barrot trató, inmediatamente, de desembarazarse de aquella turbamulta, pero no pudo conseguirlo.

Aquellos hombres, que pertenecían a dos opiniones muy opuestas, según pude percatarme entonces, pues unos eran republicanos y otros constitucionales, se pusieron a discutir apasionadamente con nosotros y entre sí acerca de las decisiones que había que adoptar, y, como estábamos estrujados los unos contra los otros en un espacio muy pequeño, el calor, el polvo, la confusión y el alboroto no tardaron en hacerse aterradores. Barrot, que encontraba siempre largas frases pomposas en los momentos más críticos y conservaba un aire digno y casi misterioso incluso en las situaciones más ridículas, peroraba cuanto podía, *in angustiis*. Su voz dominaba, a veces, el tumulto, pero sin conseguir que cesase. Desesperado y molesto ante una escena tan violenta y tan ridícula, abandoné aquel lugar en el que se intercambiaban casi tantos puñetazos como razonamientos, y volví a la Cámara.

Y llegaba ya a la puerta de aquella asamblea, sin sospechar aún lo que pasaba en el interior, cuando vi a gentes que corrían y que gritaban que acababan de llegar la señora

duquesa de Orléans, el conde de París y el duque de Nemours; ante aquella noticia, subí de cuatro en cuatro los escalones del palacio, y me precipité en la sala.

Al pie de la tribuna y adosados a ella, vi, en efecto, a los tres príncipes cuyos nombres me habían dado. La duquesa de Orléans estaba sentada, vestida de luto, pálida y tranquila. Vi claramente que estaba muy emocionada, pero su emoción me pareció de las que sienten las almas valerosas, más inclinadas a convertirse en heroísmo que en terror.

El conde de París tenía la indiferencia de su edad y la precoz impasibilidad de los príncipes. De pie, al lado de ellos, permanecía el duque de Nemours, apretado en su uniforme, derecho, rígido, frío y mudo: un poste pintado de teniente general. Este fue, en mi opinión, el único hombre que, en aquella jornada, corrió un verdadero peligro. Durante todo el tiempo que allí lo vi expuesto, advertí en él siempre el mismo valor, firme, taciturno, estéril y apagado: un valor que más podría desalentar y debilitar a sus amigos, que imponer a sus adversarios, y que no podía servirle más que para morir decorosamente, llegada la ocasión.

Alrededor de aquellos infortunados príncipes, se agrupaban guardias nacionales llegados con ellos, diputados y algunas gentes del pueblo, éstas en escaso número. Las tribunas estaban vacías y cerradas, a excepción de la de los periodistas, en la que había penetrado una multitud desarmada, pero ya ruidosa. Los gritos que de allí se escapaban, de vez en cuando, me impresionaron más que todo el resto de la sesión.

Hacía cincuenta años que no se había visto un espectáculo de aquel tipo. Desde la Convención, las tribunas estaban mudas, y su silencio había entrado en nuestras costumbres parlamentarias. Pero, en el momento de que hablo, la Cámara, aunque se sentía ya entorpecida en sus movimientos, no estaba aplastada todavía. Los diputados eran bastante numerosos; los principales jefes de partido seguían ausentes. De todas partes, oí preguntar dónde estaban M. Thiers y M. Barrot. Yo ignoraba qué había sido de M. Thiers, pero sabía muy bien lo que estaba haciendo M. Barrot. Envié rápidamente a uno de nuestros amigos para que le informase de lo que pasaba, y él acudió a toda prisa, porque puedo responder de que su alma no ha conocido jamás el miedo.

Tras haber contemplado por un instante aquella sesión extraordinaria, yo me había dado prisa en ocupar mi lugar acostumbrado en los bancos altos del centro izquierda. Siempre he tenido por norma que, en los momentos de crisis, no

sólo hay que estar presente en la asamblea de la que se forma parte, sino que es preciso mantenerse en el sitio donde habitualmente se os ve.

Se había iniciado una especie de deliberación confusa y tumultuosa. Yo oí a M. Lacrosse, que después fue colega mío en el gobierno, gritar, en medio del barullo: «M. Dupin pide la palabra. —¡No! ¡No! —replicaba éste—. ¡Yo no la he pedido! —¡No importa! —le respondían de todas partes—. ¡Hable! ¡Hable!» Así empujado, M. Dupin subió a la tribuna y propuso, en dos palabras, volver a la ley de 1842 y proclamar regente a la duquesa de Orléans. Hubo aplausos en la Asamblea, gritos en la tribuna y murmullos en los pasillos, que, al principio bastante libres, comenzaban a llenarse inquietantemente. El pueblo aún no entraba en la Cámara por oleadas, sino que se introducía, poco a poco, un hombre tras otro. A cada instante, aparecía una cara nueva. Era una inundación por infiltración. En su mayoría, los recién llegados pertenecían a las últimas clases. Algunos estaban armados.

Yo veía, desde lejos, aquella invasión creciente, y veía que con ella crecía el peligro, de un momento a otro. Busqué, con la mirada, por toda la Cámara quién era el hombre que mejor podía enfrentarse al torrente, y no vi más que a Lamartine que tuviese la posición deseada y la capacidad requerida para intentarlo. Recordé que, en 1842, él había sido el único que había propuesto la regencia de la duquesa de Orléans. Por otra parte, sus últimos discursos y, sobre todo, sus últimos escritos le habían granjeado el favor popular. Su talento, por lo demás, era de un género adecuado al gusto del pueblo. Le vi de pie en su banco, me abrí paso entre la multitud, y, al llegar junto a él, le dije, en voz baja y de prisa: «Nos hundimos. En este momento supremo, sólo usted puede hacerse escuchar. Suba a la tribuna y hable». En el momento en que escribo estas líneas, aún me parece estarle viendo: tanto me impresionó su rostro. Veo su alta estatura, derecha y esbelta, sus ojos vueltos hacia el hemiciclo, su mirada fija y vacía, y absorto en una contemplación interior más que en la visión de lo que ocurría a su alrededor. Al ruido de mis palabras, no se volvió hacia mí, sino que se limitó a extender el brazo hacia el lugar en que se encontraban los príncipes, y, respondiendo a su pensamiento más que al mío, me replicó: «Yo no hablaré, mientras estén ahí esa mujer y ese niño». No le pregunté nada más, ya sabía bastante. Volví a mi sitio, y, al pasar por el centro derecha, cerca del lugar en que se hallaban sentados

Lanjuinais y Billault, les dije: «¿No ven ustedes algo que podamos hacer?» Tristemente, me dijeron que no, con un gesto, y yo seguí mi camino.

Durante aquel tiempo, la multitud se había amontonado en el hemiciclo, hasta el punto de que los príncipes corrían peligro, en todo momento, de ser aplastados o asfixiados.

En vano trató el presidente de despejar la sala. Al no poder conseguirlo, rogó a la duquesa de Orléans que se retirase. Aquella valerosa princesa se negó. Sus amigos la arrancaron, entonces, con gran trabajo, de entre la multitud, y la llevaron hasta lo alto del centro izquierda, donde se sentó con su hijo y con el duque de Nemours.

Marie y Crémieux acababan de proponer, en medio del silencio condenatorio de los diputados y de las aclamaciones del pueblo, el establecimiento de un gobierno provisional, cuando, al fin, apareció Barrot. Estaba jadeante, pero no asustado. Subió los escalones de la tribuna: «Nuestro deber ya está trazado —dijo—. La corona de Julio reposa sobre la cabeza de un niño y de una mujer». La Cámara, recobrando su valor, se levanta, entonces, y estalla en aclamaciones, mientras el pueblo, a su vez, se calla. La duquesa se sube a su banco, parece querer hablar, vacila, escucha unos tímidos consejos, y vuelve a sentarse: el último destello de su fortuna acababa de apagarse. Barrot termina su discurso, sin volver a causar el efecto de sus primeras palabras, pero la Cámara se ha asegurado un poco, y el pueblo vacila.

En ese momento, la muchedumbre, que llenaba el hemiciclo, se ve empujada por una oleada que viene del exterior hacia los bancos del centro, ya mal guarnecidos, y allí se desborda y se extiende. De los diputados que aún ocupaban aquellos asientos, unos se escabullen y abandonan la sala, mientras los otros retroceden de banco en banco, como esos desgraciados que sorprendidos por la marea ascendente se retiran de roca en roca, perseguidos siempre por la mar que sube. Todo aquel movimiento estaba producido por dos grupos de hombres, en su mayoría armados, que avanzaban por los dos corredores, trayendo cada uno de ellos en cabeza a unos oficiales de la guardia nacional y banderas. Los dos oficiales, que llevaban las banderas, uno de los cuales, según me dijeron después, era el coronel retirado Dumoulin, hombre de mala cara, suben a la tribuna con un paso teatral, agitan allí sus estandartes y vociferan con muchos aspavientos y con grandes gestos de melodrama no sé qué galimatías revolucionario. El presidente declara que se suspende la sesión, y quiere cubrirse, de acuerdo con la costumbre,

pero, como tenía la facultad de ponerse en ridículo en medio de las situaciones más trágicas, coge, en su precipitación, el sombrero de un secretario creyendo que era el suyo, y se lo hunde hasta debajo de los ojos.

Sesiones de ese tipo no se suspenden, como se puede suponer, y la tentativa del presidente no hizo más que añadir un desorden mayor.

A partir de aquel instante, ya no fue más que un tumulto continuado, atravesado por algunos momentos de silencio. Desde entonces, los oradores sólo aparecen en la tribuna por grupos. Crémieux, Ledru-Rollin y Lamartine, al fin, se lanzan a ella al mismo tiempo. Ledru-Rollin expulsa a Crémieux, y se agarra a la tribuna con sus dos grandes manos, mientras Lamartine, sin abandonarla y sin luchar, espera a que hable su colega. Ledru-Rollin empieza y divaga, interrumpido a cada instante por la impaciencia de sus propios amigos: «¡Acabe! ¡Acabe!», le grita Berryer, más experimentado que él y más cauto en su rencor dinástico que el otro en sus pasiones republicanas. Ledru-Rollin pide, en fin, el nombramiento inmediato de un gobierno provisional, y se baja de la tribuna.

Entonces, se adelanta Lamartine, obtiene el silencio, y comienza con un magnífico elogio del valor de la duquesa de Orléans, y el propio pueblo, que nunca es insensible a los sentimientos generosos envueltos en grandes palabras, aplaude. Los diputados respiran. «Esperen —dije a mis vecinos—, eso no es más que el exordio.» Y, en efecto, Lamartine gira inmediatamente y se lanza, directo, hacia el mismo objetivo que acababa de indicar Ledru-Rollin.

Hasta entonces, como he dicho, todas las tribunas habían permanecido vacías y cerradas, excepto la de los periodistas. Pero, en el momento en que hablaba Lamartine, resonaron grandes golpes en la puerta de una de ellas, hasta que le puerta, cediendo ante el ataque, salta en astillas. Aquella tribuna es invadida, al punto, por una turbamulta armada, que la ocupa tumultuariamente, como ocupará en seguida todas las demás. Un hombre del pueblo, poniendo el pie en la cornisa exterior, dirige su fusil hacia el presidente y el orador, y otros parecen bajar los suyos y apuntar hacia la Asamblea. Unos amigos fieles llevan a la duquesa de Orléans y a su hijo fuera de la sala, al corredor del fondo, y el presidente balbucea unas palabras que querían decir que se levantaba la sesión. Baja, o, más bien, echa a correr hacia abajo, por el estrado donde estaba colocado su sillón. Yo le vi pasar ante mis ojos, como un objeto sin forma: jamás

habría creído que el miedo pudiera imprimir tal velocidad, o, mejor, reducir, de repente, a una especie de fluidez un cuerpo tan grande. Todo lo que quedaba de diputados conservadores se dispersa, y el populacho, que hasta entonces se había mantenido en pie, se revuelca sobre los bancos del centro, gritando: «¡Ocupemos el lugar de los vendidos!»

Durante todas las escenas tumultuosas que acabo de describir, yo había permanecido inmóvil en mi escaño: muy atento, pero medianamente emocionado. Y ahora, cuando me pregunto por qué no experimenté una emoción más viva en presencia de un acontecimiento que tanta influencia había de ejercer sobre el destino de Francia y sobre el mío propio, descubro que la forma en que se produjo aquella gran aventura rebajó mucho la impresión que habría debido causarme.

En el curso de la revolución de Febrero, asistí a dos o tres espectáculos que tenían grandeza (y en su momento los describiré), pero éste careció de ella, en absoluto, porque en él no se encontró la verdad jamás. Nuestros franceses, sobre todo en París, gustan de mezclar los recuerdos de la literatura y del teatro con sus manifestaciones más serias. Esto induce a pensar, muchas veces, que los sentimientos que muestran son falsos, cuando la verdad es que sólo están torpemente aderezados. Aquí, la imitación fue tan visible, que la terrible originalidad de los hechos quedó ocultada por ella. Era el tiempo en que todas las imaginaciones estaban embadurnadas por los colores gruesos que Lamartine acababa de extender sobre sus *Girondinos*. Los hombres de la primera revolución estaban vivos en todos los espíritus, y sus actos y sus palabras, presentes en todas las memorias. Todo lo que yo vi aquel día mostró la visible impronta de aquellos recuerdos. Siempre me parecía que de lo que se trataba era de representar la Revolución Francesa, más que de continuarla.

A pesar de la presencia de los sables desnudos, de las bayonetas y de los mosquetes, yo no pude convencerme, ni por un solo momento, no ya de que yo estuviese en peligro de muerte, sino de que lo estuviese nadie, y creo sinceramente que, en efecto, nadie lo estaba. Los odios sanguinarios no sobrevinieron hasta después: no habían tenido tiempo de nacer. El espíritu peculiar que había de caracterizar la revolución de Febrero no se manifestaba aún. Intentábamos, mientras tanto, acalorarnos con las pasiones de nuestros padres, sin llegar a conseguirlo. Imitábamos sus gestos

y sus poses, tal como los habíamos visto en el teatro, porque no podíamos imitar su entusiasmo ni sentir su indignación. Era la tradición de los actos violentos, seguida, sin ser bien comprendida, por unos espíritus fríos. Aunque bien veía que el desenlace de la pieza sería terrible, yo jamás pude tomar muy en serio a los actores, y todo me pareció una tragedia indecente, representada por unos histriones de provincias.

Confieso que lo único que me emocionó verdaderamente en toda la jornada fue la contemplación de aquella mujer y de aquel niño sobre los que caía todo el peso de unas faltas que ellos no habían cometido. Yo miraba, muchas veces, compasivamente, a aquella princesa extranjera, arrojada en medio de nuestras discordias civiles, y, cuando huyó, el recuerdo de las miradas tristes, dulces y firmes que le había visto pasear durante aquella larga sesión por la Asamblea volvió tan vivo a mi memoria, y me sentí tan lleno de lástima al pensar en el peligro que iba a acompañar su huida, que, levantándome, de pronto, me lancé hacia el lugar en que mi conocimiento de los sitios me hacía creer que ella y su hijo irían a buscar refugio. En un momento, me abrí paso entre la multitud, atravesé la sala de conferencias, crucé el guardarropa y llegué así hasta la escalera excusada que conduce desde la puerta de la calle de Bourgogne hasta los altos del palacio. Un ujier al que pregunté, al pasar, me informó que aquél era el camino que habían seguido los príncipes, y, en efecto, oí a varias personas que subían precipitadamente en la parte superior de la escalera. Sigo, pues, mi carrera, y llego a un descansillo. Hacía un momento que los ruidos de los pasos que me precedían habían dejado de hacerse oír. Me encuentro ante una puerta cerrada, llamo, no me abren. Entonces, me detengo, no avergonzado, sino asombrado de encontrarme allí, porque, en realidad, yo no tenía ninguna razón para unirme de tal modo a la suerte de aquella familia. Yo jamás había recibido de ella ningún favor, ni siquiera prueba alguna de confianza. Yo había visto con disgusto su llegada al trono, y, si había colaborado fielmente a mantenerla en él, lo había hecho por el interés público, y no por afecto hacia ella. Aquella familia no tenía, a mis ojos, más que un solo atractivo: el que ejercen los grandes infortunios. Si los príncipes fuesen como Dios, que lee en los corazones y acepta la intención como el acto, me estarían agradecidos, seguramente, por lo que aquel día quise hacer. Pero no lo

sabrán jamás, porque nadie me vio y yo no se lo he dicho a nadie.

Regresé a la sala, y fui a ocupar, de nuevo, mi sitio. Casi todos los diputados se habían retirado. Los bancos estaban ocupados por hombres del pueblo. Lamartine continuaba en la tribuna, entre las dos banderas, arengando a la multitud, o, más bien, conversando con ella, porque me pareció que había casi tantos oradores como asistentes. La confusión había llegado al máximo. En un momento de semisilencio, Lamartine se puso a leer una lista que contenía los nombres de las diferentes personas propuestas por no sé quién para formar parte del gobierno provisional, que acababa de ser acordado no se sabe cómo. Aquellos nombres, en su mayoría, fueron aclamados; algunos, rechazados con murmullos, y otros, acogidos con bromas, porque, en las escenas populares, como en los dramas de Shakespeare, lo burlesco gusta de codearse con lo terrible, y allí se mezclaban, a veces, las rechiflas con los ardores revolucionarios. Cuando se llegó a proponer el nombre de Garnier-Pagès, yo oí una voz que gritaba: «Se equivoca usted, Lamartine, el bueno era el muerto». Como se sabe, Garnier-Pagès había tenido un hermano célebre, a quien él no se parecía más que en el apellido. Creo que M. de Lamartine empezaba a sentirse incómodo en su posición, porque, en un motín, como en una novela, lo más difícil de idear es el final. Cuando a alguien se le ocurrió decir: «¡Al Hôtel de Ville! —Sí, al Hôtel de Ville», respondió Lamartine, y salió casi inmediatamente, llevando consigo a la mitad de la muchedumbre. Los demás se quedaron con Ledru-Rollin, el cual, para conservar —creo yo— un primer papel, pensó que debía recomenzar, a su vez, el mismo simulacro de elección. Después, se fue también al Hôtel de Ville. Allí, se reprodujo la misma farsa electoral, y, a este propósito, no puedo menos de registrar una anécdota que me contó, unos meses después, M. Marrast. Esta anécdota corta un poco el hilo de mi relato, pero describe de maravilla a dos hombres que en aquel momento desempeñaban un gran papel, y muestra la diferencia, ya que no de sus sentimientos, al menos de su educación y de sus costumbres. Se había confeccionado, a toda prisa —me dijo Marrast—, una lista de candidatos para el gobierno provisional; se trataba de darla a conocer al pueblo; yo se la entregué a Lamartine, rogándole que la leyese en voz alta desde el rellano de la escalinata. «No puedo, me respondió Lamartine después de mirar la lista: en ella figura mi nom-

bre.» Se la pasé, entonces, a Crémieux, para que la leyese, y, después de verla, me dijo: «¡Usted se burla de mí! ¡Me propone que lea al pueblo una lista, en la que mi nombre no figura!»

Cuando vi que M. Ledru-Rollin abandonaba la sala, en la que ya no quedó más que la pura canalla de la insurrección, comprendí que allí no había ya nada que hacer. Salí, pues, pero, como no quería encontrarme en medio de la turbamulta que marchaba hacia el Hôtel de Ville, tomé el sentido contrario del camino que ella seguía, y empecé a bajar la escalera recta y muy pendiente, como una escalera de bodega, que conduce al patio interior del palacio. Entonces, vi venir hacia mí una columna de guardias nacionales armados, que subían la misma escalera corriendo, con la bayoneta calada. Delante de ellos, venían dos hombres vestidos de paisano, que parecían dirigirlos y que gritaban a toda voz: «¡Viva la duquesa de Orléans y la regencia!» En uno de ellos, reconocí al general Oudinot, y, en el otro, a Andryane, el que ha estado encerrado en Spielberg y que escribió unas memorias a imitación de las de Silvio Pellico. Yo no vi a nadie más, y ésta es la mejor demostración de lo difícil que resulta que el pueblo llegue a saber nunca la verdad acerca de los acontecimientos que se producen en medio del tumulto de una revolución. Sé que hay una carta del mariscal Bugeaud, en la que éste cuenta que llegó a reunir algunas compañías de la décima legión, que las animó en favor de la duquesa de Orléans y que las condujo, a paso de carrera, por el patio del Palais-Bourbon, hasta las puertas de la Cámara, que encontró vacía. El relato es cierto, salvo en lo que se refiere a la presencia del mariscal, en quien yo habría reparado, sin duda, si él hubiera estado allí, pero repito que allí no estaban más que el general Oudinot y M. Andryane. Éste, al ver que yo permanecía quieto y no decía nada, me agarró de un brazo, con cierta violencia, gritando: «Señor, tiene que unirse a nosotros para liberar a la señora duquesa de Orléans y salvar la monarquía. —Señor —le respondí— la intención es buena, pero llegan ustedes tarde: la duquesa ha desaparecido, y la Cámara se ha dispersado». Ahora bien: ¿dónde estaba, aquella misma noche, tan fogoso defensor de la monarquía? El rasgo merece ser recogido y señalado entre todos los rasgos de codiciosa versatilidad, tan abundantes en la historia de las revoluciones. Estaba en el despacho de M. Ledru-Rollin, actuando en nombre

de la República, como secretario general del ministerio del Interior.

Volviendo a la columna que él mandaba, yo me uní a ella, aunque nada esperase ya de sus esfuerzos. Obedeciendo maquinalmente al movimiento que le habían infundido, la columna avanzó hasta las puertas de la Cámara. Allí, los hombres que la componían supieron lo que acababa de ocurrir, giraron, por un momento, sobre sí mismos, y luego se desbandaron por todas partes. Media hora antes, aquel puñado de guardias nacionales habría podido, como el 15 de mayo siguiente, cambiar los destinos de Francia. Yo dejé pasar a aquella nueva multitud y reanudé inmediatamente, solo y muy pensativo, el camino de mi casa, no sin haber echado una última mirada a aquella sala, ahora desierta y muda, en la que yo había oído resonar, durante nueve años, tantas palabras elocuentes y vanas.

M. Billault, que había abandonado la Cámara, unos momentos antes que yo, por la puerta de la calle de Bourgogne, me contó que en esa calle había encontrado a M. Barrot. «Caminaba —me dijo— precipitadamente, sin darse cuenta de que iba sin sombrero, y de que sus cabellos grises, que solía llevar cuidadosamente peinados junto a las sienes, le caían de los dos lados y se le revolvían en desorden sobre los hombros; parecía fuera de sí.» Durante toda la jornada, aquel hombre había hecho esfuerzos heroicos para sostener a la monarquía, ya en la pendiente a la que él mismo la había arrojado, y había quedado como aplastado bajo su caída. Beaumont, que no se apartó de él en todo el día, me contó que, por la mañana, M. Barrot había afrontado y superado veinte barricadas, avanzando hacia cada una de ellas, inerme, soportando a veces insultos, con frecuencia disparos, logrando siempre, al fin, conquistar con su palabra a quienes las defendían.

Su palabra, en efecto, tenía un poder sobre la multitud. Barrot contaba con todo lo necesario para actuar sobre ella, en un momento dado: una voz fuerte, una elocuencia ampulosa y un corazón intrépido.

En el mismo momento en que M. Barrot abandonaba así en desorden la Cámara, M. Thiers, más perdido todavía, vagaba alrededor de París, sin atreverse a volver a su casa. Se le había visto, por un instante, en la Asamblea, antes de la llegada de la duquesa de Orléans, y había desaparecido inmediatamente, dando la señal de retirada a muchos otros. Conocí, al día siguiente, los detalles de su huida por M. Talabot, el mismo que le había ayudado a reali-

zarla. Yo estaba ligado a M. Talabot por unas relaciones de partido bastante íntimas, y M. Thiers, según creo, por antiguas relaciones de negocios. M. Talabot era un hombre vigoroso, inteligente y decidido, muy indicado para una ocasión como aquélla. He aquí lo que me contó (y creo que no omito ni añado nada): «Parece —me dijo— que M. Thiers, al atravesar la plaza Luis XV, había sido insultado y amenazado por algunos hombres del pueblo; estaba muy inquieto y muy impresionado, cuando yo le vi llegar a la sala de conferencias; vino hacia mí, me cogió de las manos y me dijo que el populacho le iba a matar, si yo no le ayudaba a huir; yo le cogí del brazo, inmediatamente, y le rogué que me acompañase, y que no temiese nada. M. Thiers quiso evitar el puente Luis XVI, por miedo a encontrarse con la multitud; fuimos al puente de los Inválidos, pero, al llegar allí, creyó ver un tropel de gente al otro lado del río, y también se negó a pasar. Nos dirigimos al puente de Jena, que estaba libre, y lo atravesamos sin dificultad; al llegar al otro lado, M. Thiers, que vio por las gradas del anfiteatro donde había de construirse el palacio del rey de Roma, a unos muchachos que gritaban, se metió inmediatamente por la calle de Auteuil, y entró en el Bois de Boulogne; allí, tuvimos la suerte de encontrar un cabriolé que accedió a llevarnos por los bulevares exteriores, hasta los alrededores de la barrera de Clichy, por donde volvimos a su casa, a través de unas calles apartadas. Durante todo aquel trayecto, añadía M. Talabot, pero, sobre todo, al principio, parecía que M. Thiers casi había perdido el juicio; gesticulaba, sollozaba, pronunciaba palabras incoherentes; la catástrofe de que acababa de ser testigo, el futuro del país, sus propios peligros, formaban un caos en el que su pensamiento se agitaba y se extraviaba a cada instante».

Así, de los cuatro hombres que más habían contribuido a provocar los acontecimiento del 24 de febrero —Luis-Felipe, M. Guizot, M. Thiers y M. Barrot—, los dos primeros estaban proscritos al final de aquel mismo día, y los otros dos, medio locos.

SEGUNDA PARTE

Todo lo que este cuaderno contiene (a saber, desde el número I al número XI *inclusive*) fue escrito en Sorrento, a salto de mata, en noviembre, diciembre 1850, enero, febrero y marzo 1851.

I

Mi juicio sobre las causas del 24 de febrero, y mis ideas acerca de sus consecuencias.

He aquí, pues, la monarquía de Julio caída, caída sin lucha, en presencia más que bajo los golpes de los vencedores, tan asombrados de su victoria como los vencidos de sus reveses. Después de la revolución de Febrero, he oído muchas veces a M. Guizot e incluso a M. Molé y a M. Thiers que no había que atribuir aquel acontecimiento más que a una sorpresa, y que no debía considerarse más que como un simple accidente, como un golpe de mano afortunado, y nada más. Y yo siempre sentía la tentación de responderles como el Misántropo de Molière a Oronte: *Para considerarlo así, usted tiene sus razones*, porque esos tres hombres habían dirigido los asuntos de Francia bajo la mano de Luis-Felipe durante dieciocho años, y les resultaba difícil admitir que el mal gobierno de aquel príncipe había preparado la catástrofe que lo arrojó del trono.

Es lógico que yo, que no tengo los mismos motivos de opinión, no sea, en absoluto, del mismo parecer. No es que yo crea que los accidentes no han desempeñado ningún papel en la revolución de Febrero. Por el contrario, han desempeñado uno, y muy importante, pero no lo han hecho todo.

Yo he vivido con gentes de letras, que han escrito la historia sin mezclarse en los asuntos, y con políticos que

nunca se han preocupado más que de producir los hechos, sin pensar en describirlos. Siempre he observado que los primeros veían por todas partes causas generales, mientras los otros, al vivir en medio del entramado de los hechos cotidianos, tendían a imaginar que todo debía atribuirse a incidentes particulares, y que los pequeños resortes que ellos hacían jugar constantemente en sus manos eran los mismos que mueven el mundo. Es de creer que se equivocan los unos y los otros.

Por mi parte, detesto esos sistemas absolutos, que hacen depender todos los acontecimientos de la historia de grandes causas primeras que se ligan las unas a las otras mediante una cadena fatal, y que eliminan a los hombres, por así decirlo, de la historia del género humano. Los encuentro estrechos en su pretendida grandeza, y falsos bajo su apariencia de verdad matemática. Creo —y que no se ofendan los escritores que han inventado esas sublimes teorías para alimentar su vanidad y facilitar su trabajo— que muchos hechos históricos importantes no podrían explicarse más que por circunstancias accidentales, y que muchos otros son inexplicables; que, en fin, el azar —o, más bien, ese entrelazamiento de causas segundas, al que damos ese nombre porque no sabemos desenredarlo— tiene una gran intervención en todo lo que nosotros vemos en el teatro del mundo, pero creo firmemente que el azar no hace nada que no esté preparado de antemano. Los hechos anteriores, la naturaleza de las instituciones, el giro de los espíritus, el estado de las costumbres son los materiales con los que el azar compone esas improvisaciones que nos asombran y que nos aterran.

La revolución de Febrero, como todos los otros grandes acontecimientos de ese género, nació de unas causas generales, fecundadas, si podemos decirlo así, por unos accidentes; y tan superficial sería hacerla derivar necesariamente de las primeras, como atribuirla únicamente a los segundos.

La revolución industrial, que, desde hacía treinta años, había convertido a París en la primera ciudad manufacturera de Francia, y atraído a sus murallas toda una nueva población de obreros, a la que los trabajos de las fortificaciones habían añadido otra población de agricultores ahora sin empleo; el ardor de los goces materiales que, bajo el aguijón del gobierno, excitaba cada vez más a aquella misma multitud; el resquemor democrático de la envidia que la minaba sordamente; las teorías económicas y políticas,

que comenzaban a manifestarse y que tendían a hacer creer que las miserias humanas eran obra de las leyes y no de la Providencia, y que se podía suprimir la pobreza cambiando de base a la sociedad; el desprecio en que había caído la clase que gobernaba y, sobre todo, los hombres que marchaban a su cabeza, desprecio tan general y tan profundo, que paralizó la resistencia de los mismos a quienes más interesaba el mantenimiento del poder que se derribaba; la centralización, que redujo toda la acción revolucionaria a apoderarse de París y a intervenir la máquina de la administración, perfectamente montada; la movilidad, en fin, de todas las cosas, de las instituciones, de las ideas, de las costumbres y de los hombres, en una sociedad que se mueve, que ha sido removida por siete grandes revoluciones en menos de sesenta años, sin contar con un gran número de pequeñas conmociones secundarias: ésas fueron las causas generales, sin las que la revolución de Febrero habría sido imposible. Los principales accidentes que la provocaron fueron las torpes pasiones de la oposición dinástica, que preparó una sedición al querer hacer una reforma; la represión de esta sedición, al principio excesiva, y luego abandonada; la súbita desaparición de los antiguos ministros, que vino a romper, de golpe, los hilos del poder, que los nuevos ministros, en su turbación, no supieron recoger a tiempo, ni reanudar; los errores y el desorden mental de aquellos ministros, tan incapaces de consolidar lo que habían sido bastante fuertes para debilitar; las vacilaciones de los generales, la ausencia de los únicos príncipes que tenían popularidad y energía; pero, sobre todo, la especie de imbecilidad senil del rey Luis-Felipe, dolencia que nadie habría podido prever, y que sigue siendo casi increíble, aun después de que los hechos la pusieron de manifiesto.

Me he preguntado algunas veces qué era lo que había podido producir en el espíritu del rey aquella súbita y extraña postración. Luis-Felipe había pasado su vida en medio de revoluciones, y no eran, desde luego, ni la experiencia, ni el valor, ni la inteligencia los que le faltaban, a pesar de que aquel día le faltaron tan absolutamente. Yo creo que su debilidad surgió del exceso de su sorpresa: se vio derribado, antes de haber comprendido. La revolución de Febrero fue *imprevista* para todos, pero para él más que para nadie. Ninguna advertencia ajena le había preparado, porque, desde hacía varios años, su espíritu se había retirado a esa especie de soledad orgullosa, donde acaba

casi siempre viviendo la inteligencia de los príncipes largo tiempo felices, que, confundiendo la suerte con el genio, no quieren escuchar nada, porque creen que ya no tienen nada que aprender de nadie. Por otra parte, Luis-Felipe había sido burlado, como ya he dicho que lo fueron sus ministros, por aquella luz engañosa que la historia de los hechos anteriores arroja sobre el tiempo presente. Podría hacerse un cuadro singular de todos los errores que así se han engendrado los unos de los otros, sin asemejarse. Es Carlos I, impulsado a la arbitrariedad y a la violencia, vistos los progresos que el espíritu de oposición había hecho en Inglaterra, bajo el benigno reinado de su padre; es Luis XVI, decidido a soportarlo todo, porque Carlos I había perecido por no querer soportar nada; es Carlos X, provocando la revolución, porque había tenido ante sus ojos la debilidad de Luis XVI; es, en fin, Luis-Felipe, el más perspicaz de todos, creyendo que, para permanecer en el trono, le bastaba infringir la legalidad sin violarla, y que, siempre que él se moviese dentro del círculo de la Carta, la nación tampoco se saldría de él. Corromper al pueblo sin desafiarle, falsear el espíritu de la constitución sin cambiar su letra; oponer los vicios del país, los unos a los otros; ahogar dulcemente la pasión revolucionaria en el amor por los goces materiales: ésa había sido la idea de toda su vida, que se había convertido, poco a poco, no sólo en la primera, sino en la única. Luis-Felipe se había encerrado en ella, había vivido en ella, y cuando se dio cuenta, de pronto, de que era falsa, fue como un hombre que es despertado, de noche, por un terremoto, y que, en medio de las tinieblas, al sentir que su casa se derrumba y que el propio suelo parece hundirse bajo sus pies, queda desorientado y perdido en aquella ruina universal e imprevista.

Yo razono hoy muy cómodamente sobre las causas que originaron la jornada del 24 de febrero, pero, en la tarde de aquel día, tenía una cosa muy distinta en la cabeza. Pensaba en el acontecimiento mismo, y me preocupaban menos sus orígenes que sus consecuencias.

Era la segunda revolución que yo veía realizarse con mis propios ojos, desde hacía diecisiete años.

Las dos me habían afligido, ¡pero cuánto más amargas eran las impresiones causadas por la última! Por Carlos X, yo había sentido, hasta el final, un resto de afecto hereditario, pero aquel rey caía por haber violado unos derechos que me eran queridos, y yo aún esperaba que su caída

vendría a reavivar la libertad de mi país, más que a extinguirla. Hoy, aquella libertad me parecía muerta; los príncipes que huían no significaban nada para mí, pero yo me daba cuenta de que mi propia causa estaba perdida.

Yo había pasado los más bellos años de mi juventud en medio de una sociedad que parecía hacerse próspera y grande, al hacerse libre. Yo había concebido la idea de una libertad moderada, regular, contenida por las creencias, las costumbres y las leyes; los atractivos de esa libertad me habían conmovido; aquella libertad se había convertido en la pasión de toda mi vida, yo sentía que jamás me consolaría de su pérdida, y ahora veía claramente que tenía que renunciar a ella.

Había adquirido demasiada experiencia de los hombres para conformarme esta vez con vanas palabras. Sabía que, si una gran revolución puede instaurar la libertad en un país, la sucesión de varias revoluciones hace imposible en él, para mucho tiempo, toda libertad regular.

Ignoraba aún lo que saldría de aquélla, pero estaba seguro ya de que no nacería nada que pudiera satisfacerme, y preveía que, cualquiera que fuese la suerte reservada a nuestros sobrinos, la nuestra consistiría, de ahora en adelante, en consumir nuestra vida, miserablemente, en medio de alternativas reacciones de licencia y de opresión.

Me pongo a repasar en mi espíritu la historia de nuestros últimos sesenta años, y sonrío amargamente al observar las ilusiones que se habían hecho al final de cada uno de los períodos de aquella larga revolución; las teorías de que esas ilusiones se alimentaban; las sabias fantasías de nuestros historiadores y tantos sistemas ingeniosos y falsos, con cuya ayuda se había intentado explicar un presente que aún se veía mal, y prever un futuro que no se veía, en absoluto.

La monarquía constitucional había sucedido al antiguo régimen; la república, a la monarquía; a la república, el imperio; al imperio, la restauración; después, había venido la monarquía de Julio. Tras cada una de esas mutaciones sucesivas, se había dicho que la Revolución Francesa, al haber acabado lo que presuntuosamente se llamaba su obra, había terminado: se había dicho y se había creído. ¡Ay! También yo lo había esperado bajo la restauración, y aun después que el gobierno de la restauración hubo caído. Y he aquí que la Revolución Francesa vuelve a empezar, porque siempre es la misma. A medida que avanzamos, su final se aleja y se oscurece. ¿Llegaremos, como nos ase-

guran otros profetas, tal vez tan vanos como sus predecesores, a una transformación social más completa y más profunda de la que habían previsto y querido nuestros padres, y que ni siquiera nosotros mismos podemos concebir aún, o no habremos de acabar, simplemente, más que en esta intermitente anarquía, enfermedad crónica e incurable bien conocida de los viejos pueblos? En cuanto a mí, no puedo decirlo, ignoro cuándo acabará este largo viaje. Estoy cansado de confundir con la orilla, una y otra vez, unas nieblas engañosas, y frecuentemente me pregunto si esa tierra firme que buscamos desde hace tanto tiempo existe en realidad, o si nuestro destino no será, más bien, el de azotar la mar eternamente.

Pasé el resto de la jornada con Ampère, colega mío en el Instituto, y uno de mis mejores amigos. Venía a saber qué había sido de mí en el tumulto, y a pedirme de comer. Yo quise, primero, desahogarme, informándole de mi disgusto, pero me di cuenta, casi inmediatamente, de que su impresión no se parecía a la mía, y de que él veía de otro modo la revolución que se estaba produciendo. Ampère era un hombre de talento, y —lo que es mejor— un hombre de gran corazón, de un trato dulce y seguro. Su amabilidad hacía que se le estimase; agradaba por su conversación variada, ingeniosa, divertida, satírica, y a través de la cual lanzaba un gran número de pequeños dardos; ninguno de ellos llegaba muy alto, verdaderamente, pero resultaba grato verlos pasar. Desgraciadamente, era muy dado a trasladar a la literatura el espíritu de los salones, y a la política el espíritu literario. Lo que yo llamo el espíritu literario en política consiste en ver lo que es ingenioso y nuevo más que lo que es verdadero, en amar lo que hace interesante un cuadro más que lo que sirve, en mostrarse muy sensible a la buena interpretación y a la buena dicción de los actores, independientemente de las consecuencias de la pieza, y a decidirse, en fin, por impresiones más que por razones. No necesito decir que este defecto no sólo se encuentra en las academias. En realidad, de él adolece, en cierta medida, toda la nación, y el pueblo francés, en su conjunto, juzga muchas veces en política como un hombre de letras. Ampère, que era la indulgencia personificada, y que no había cogido de la vida de tertulia que había llevado más que una debilidad por sus camaradas, despreciaba profundamente al gobierno que caía, y los últimos actos de aquel gobierno en favor de los suizos ultramontanos le habían causado gran indignación. El odio

que profesaba a los suizos y, sobre todo, a sus amigos franceses, es el único que yo le he conocido. Temía mortalmente a los aburridos, pero no detestaba desde el fondo del corazón más que a los beatos. Es verdad que éstos le habían herido muy cruelmente y muy torpemente, porque él no era, por naturaleza, su adversario, y nada demuestra mejor la ciega intolerancia de aquellos hombres que el hecho de haber indignado contra ellos, hasta aquel punto, a un hombre tan cristiano como Ampère, no diría yo por sus creencias, pero sí por sus intenciones, por su sensibilidad, y podría decirse que por su temperamento. Ampère se consolaba, pues, fácilmente, de ver caer un poder que tanto les había servido. Por otra parte, venía de ser testigo de rasgos de desinterés, de generosidad incluso y de valor entre los insurgentes: la emoción popular le había ganado.

Vi que él no sólo no compartía mis sentimientos, sino que se inclinaba a todo lo contrario. Aquello me indujo, de pronto, a dirigir contra Ampère todos los sentimientos de indignación, de dolor y de cólera que desde la mañana se acumulaban en mi corazón, y le hablé con una violencia de lenguaje, que después he recordado muchas veces con un poco de vergüenza, y que sólo una amistad tan sincera como la suya podía disculpar. Recuerdo que, entre otras cosas, le dije: «Usted no comprende nada de lo que está pasando; lo juzga usted como un papanatas de París o como un poeta. Usted llama a eso el triunfo de la libertad, y es su última derrota. Yo le digo que ese pueblo, al que usted admira tan ingenuamente, acaba de demostrar que es incapaz e indigno de vivir libre. Muéstreme lo que la experiencia ha enseñado a esos hombres. ¿Cuáles son las virtudes nuevas que les ha dado, y los vicios antiguos que les ha quitado? No, yo le digo que ese pueblo es siempre el mismo: tan impaciente, tan irreflexivo, tan despectivo respecto a la ley, tan débil ante el ejemplo y temerario ante el peligro como lo han sido sus padres. El tiempo no ha cambiado nada en él, y lo ha dejado tan ligero en las cosas serias, como en otro tiempo lo era en las fútiles». Después de haber gritado mucho, los dos acabamos remitiéndonos al futuro, juez esclarecido e íntegro, pero que siempre llega —¡ay!— demasiado tarde.

II

(Reanudado en Sorrento, en octubre 1850.)

París, al día siguiente del 24 de febrero y en días sucesivos.—Carácter socialista de la nueva revolución.

La noche pasó sin contratiempos, aunque las calles no dejaron de resonar, hasta el amanecer, de gritos y de tiros, pero eran ruidos de triunfo y no de combate. En cuanto se hizo de día, salí para ir a ver el aspecto de la ciudad y para saber qué había sido de mis dos jóvenes sobrinos. Se les educaba entonces en el pequeño seminario, casa de enseñanza donde ya no se prepara para la vida en un tiempo de revolución como el nuestro y donde no se está seguro en un día de revolución. El pequeño seminario se hallaba situado en la calle de Madame, detrás del Luxemburgo, de modo que tuve que atravesar una gran parte de París para llegar allí.

Encontré las calles tranquilas e incluso medio desiertas, como se encuentran generalmente en París los domingos por la mañana, cuando los ricos duermen aún y los pobres descansan. Se tropezaba, de cuando en cuando, a lo largo de los muros, con vencedores de la víspera, pero, en su mayoría, regresaban a sus casas, sin preocuparse de los transeúntes. En las pocas tiendas que estaban abiertas, se veía a burgueses asustados, pero, sobre todo, emocionados,

como espectadores que, llegados al desenlace, buscan todavía el verdadero sentido de la pieza. Lo que más se veía, por aquellas calles abandonadas de gente, eran soldados. Unos aislados, otros en pequeños grupos, todos sin armas, atravesaban la ciudad para regresar a sus hógares. La derrota que aquellos hombres acababan de sufrir había dejado en su alma una impresión muy viva y muy duradera, de vergüenza y de cólera. Bien se vio después, pero entonces no se traslucía nada. El placer de encontrarse libres parecía absorber todos los demás sentimientos en aquellos jóvenes. Caminaban con un aire despreocupado, y con un paso desenvuelto y ligero, como escolares que van de vacaciones.

El pequeño seminario no había sido atacado, ni siquiera ultrajado. Mis sobrinos, además, ya no estaban allí: la víspera por la tarde, los habían mandado a casa de su abuela materna. Volví, pues, a mi casa, pasando por la calle del Bac, para saber si Lamoricière, que vivía entonces en aquella calle, había sido muerto, efectivamente, la víspera, tal como me había anunciado su ayudante de campo, después de haberlo visto caer. Sólo después de haberme reconocido, sus criados me confesaron que su señor estaba en casa y accedieron a introducirme junto a él.

Encontré a aquel hombre singular, de quien tendré que hablar más de una vez en lo sucesivo, tendido en su cama y reducido a una inmovilidad bien contraria a su carácter y a su gusto. Su cabeza estaba medio rota; sus brazos, con heridas de bayoneta; todos sus miembros, magullados y baldados; por lo demás, era el de siempre, con su espíritu lúcido y su corazón indomable. Me contó lo que le había ocurrido la víspera, y los mil peligros a los que había escapado de milagro. Le aconsejé insistentemente que estuviese tranquilo hasta que se curase, y mucho más tiempo aún, para no comprometer inútilmente su persona y su reputación en medio del caos que iba a continuar: consejos fáciles de dar, sin duda, a un hombre tan inclinado a la acción y tan acostumbrado a actuar, que, después de haber hecho las cosas necesarias y las cosas útiles, siempre está dispuesto a emprender las nocivas y las peligrosas ante de permanecer sin hacer nada, pero consejos muy poco eficaces, como la mayor parte de los que van contra la naturaleza.

Pasé toda la tarde vagando por París. Dos cosas me impresionaron, sobre todo, aquel día. La primera fue el carácter, no diré principalmente, sino única y exclusivamen-

te popular de la revolución que acababa de producirse: la omnipotencia que había dado al pueblo propiamente dicho, o sea, a las clases que trabajan con sus manos, sobre todas las demás. La segunda fue la poca pasión rencorosa, e incluso, a decir verdad, las pocas pasiones vivas, de cualquier tipo, manifestadas, en aquel primer momento, por el bajo pueblo, convertido, de pronto, en único dueño del poder.

Aunque las clases trabajadoras hubieran desempeñado, a menudo, el papel principal en los acontecimientos de la primera República, jamás habían sido las conductoras y las únicas dueñas del Estado, ni de hecho ni de derecho. En la Convención, tal vez no había ni un solo hombre del pueblo: estaba llena de burgueses y de intelectuales. La guerra entre la Montaña y la Gironda fue sostenida, de una y otra parte, por miembros de la burguesía, y el triunfo de la primera jamás hizo bajar el poder a las manos del pueblo solamente. La revolución de Julio había sido hecha por el pueblo, pero la clase media, que la había suscitado y dirigido, había recogido los frutos principales de ella. La revolución de Febrero, por el contrario, parecía hecha totalmente al margen de la burguesía y contra ella.

En aquel gran choque, los dos partidos que en Francia componían principalmente el cuerpo social habían acabado de disociarse, en cierto modo, y el pueblo, mantenido aparte, se quedaba solo, en posesión del poder. No había nada más nuevo en nuestros anales. Revoluciones análogas habían tenido lugar, ciertamente, en otros países y en otros tiempos, porque la historia particular de una época, incluso la de nuestros días, por nueva e imprevista que parezca a los contemporáneos, pertenece siempre, en el fondo, a la vieja historia de la humanidad. Florencia, especialmente, hacia el fin de la Edad Media, había ofrecido, en pequeño, un espectáculo muy semejante al nuestro: a la clase noble había sucedido, en principio, la clase burguesa, y luego, un día, ésta había sido expulsada, a su vez, del gobierno, y se había visto a un confaloniero marchar, descalzo, a la cabeza del pueblo y dirigir así la república. Pero, en Florencia, aquella revolución popular se había producido por causas pasajeras y particulares, mientras que aquí estaba provocada por causas muy permanentes y tan generales, que, después de agitar a Francia, era de creer que removería a todo el resto de Europa. Esta vez, no se trataba sólo del triunfo de un partido: se aspiraba a fundar una ciencia social, una filosofía, yo casi me atrevería a decir una re-

ligión común, que podría enseñarse y hacer que la siguieran todos los hombres. Ésa era la parte realmente nueva del antiguo cuadro.

Durante aquella jornada, yo no vi en París ni a uno solo de los antiguos agentes de la fuerza pública, ni a un soldado, ni a un gendarme, ni a un agente de la policía; incluso la guardia nacional había desaparecido. Sólo el pueblo llevaba armas, guardaba los lugares públicos, vigilaba, mandaba, castigaba. Era una cosa extraordinaria y terrible el ver, sólo en manos de los que nada poseían, toda aquella inmensa ciudad, llena de tantas riquezas, o, mejor dicho, toda aquella gran nación, porque, gracias a la centralización, quien reina en París manda en Francia. Así, el terror de todas las demás clases fue inmenso. Yo no creo que en ninguna época de la revolución haya sido tan grande, y pienso que no podría compararse más que con el que debieron de sentir las ciudades civilizadas del mundo romano, cuando se veían, de pronto, en poder de los vándalos y de los godos.

Como nada semejante se había visto hasta entonces, muchas gentes esperaban actos de violencia inusitados. En lo que a mí se refiere, jamás compartí aquellos temores. Lo que veía me hacía presagiar, para un próximo futuro, perturbaciones extrañas, crisis singulares, pero nunca creí en el saqueo de los ricos. Conocía demasiado a los hombres del pueblo de París, para no saber que sus primeras actitudes, en tiempos de revolución, suelen ser generosas, que gustan de pasar los días inmediatamente siguientes al triunfo jactándose de su victoria, haciendo alarde de su autoridad y jugando a los grandes hombres. Durante ese tiempo, suele ocurrir que se instituye un poder cualquiera, la policía vuelve a su sitio, y el juez a su sillón, y cuando nuestros grandes hombres quieren, al fin, volver a bajar al terreno más conocido y más vulgar de las pequeñas y malas pasiones humanas, ya no son libres de hacerlo y tienen que limitarse a vivir, simplemente, como gentes normales. Por otra parte, hemos pasado tantos años en insurrecciones, que entre nosotros se ha formado una especie de moralidad particular en el desorden, y un código especial para los días de motín. Según esas leyes excepcionales, está tolerado el homicidio y permitida la devastación, pero el robo está rigurosamente prohibido, lo cual no impide, dígase lo que se quiera, que en esos días se robe mucho, porque una sociedad de amotinados no podría ser una excepción entre todas las demás, en cuyo seno se encuentran

siempre pícaros que se burlan, para su capote, de la moral colectiva, y que desprecian profundamente su propio honor cuando nadie les ve. Lo que me tranquilizaba, además, era pensar que los vencedores habían sido cogidos de improviso por el éxito, tanto como sus adversarios por la desgracia; que sus pasiones no habían tenido tiempo de encenderse y de enconarse en la lucha; el gobierno había caído sin ser defendido y sin defenderse él mismo siquiera. Había sido combatido, o, por lo menos, vivamente censurado desde hacía mucho tiempo por los mismos que, en el fondo de su corazón, más lamentaban su caída.

Desde hacía un año, la oposición dinástica y la oposición republicana habían vivido en una intimidad engañosa, haciendo las mismas cosas con ideas contrarias. El malentendido que había facilitado la revolución la hacía ahora más suave. Desaparecida la monarquía, el campo de batalla parecía vacío. El pueblo ya no veía claramente cuáles eran los enemigos que le quedaban por perseguir y por vencer. Le faltaban incluso los viejos objetos de su cólera. El clero jamás se había reconciliado totalmente con la nueva dinastía, y asistía sin pena a su hundimiento. La antigua nobleza aplaudía, cualesquiera que hubieran de ser las consecuencias. El primero había sufrido a causa del sistema intolerante de la burguesía, y la otra, a causa de su orgullo: los dos despreciaban o temían su gobierno.

Era la primera vez, desde hacía sesenta años, que los sacerdotes, la antigua aristocracia y el pueblo coincidían en un sentimiento común, sentimiento de rencor, ciertamente, y no de común afecto. Pero eso ya es mucho en política, donde la comunidad de los odios constituye casi siempre el fondo de las amistades. Los verdaderos y únicos vencidos del día eran los burgueses, pero incluso ellos tenían poco que temer. Su gobierno había sido más exclusivo que opresor, corruptor, pero no violento, y era más despreciado que odiado. La clase media, por otra parte, no forma jamás, en el seno de la nación, un cuerpo compacto y una parte muy distinta dentro del todo; participa siempre un poco de todas las demás, y, en algunos terrenos, se confunde con ellas. Esta falta de homogeneidad y de límites precisos hace que el gobierno de la burguesía resulte débil e inseguro, pero hace a la propia burguesía inaprensible y como invisible para los que quieren golpearla cuando ella no gobierna ya.

De todas estas causas reunidas, procedía, en mi opinión, aquella languidez del pueblo que me había impresionado,

a la vez que su omnipotencia, languidez tanto más visible, cuanto que contrastaba singularmente con la ampulosa energía del lenguaje y con los terribles recuerdos que éste suscitaba. La *Historia de la Revolución* de M. Thiers, *Los Girondinos* de M. de Lamartine, otras obras menos célebres, pero muy conocidas y, sobre todo, las piezas de teatro, habían rehabilitado el Terror y, en cierta forma, lo habían puesto de moda. Se hacía hablar, pues, a las pasiones tibias de nuestro tiempo con el lenguaje inflamado del 93, y se citaba, a cada instante, el ejemplo y el nombre de ilustres malvados, a los que no había ni la energía ni siquiera el sincero deseo de parecerse.

Fueron las teorías socialistas —lo que anteriormente he llamado ya la filosofía de la revolución de Febrero— las que después encendieron verdaderas pasiones, exacerbaron las envidias y suscitaron, en fin, la guerra entre las clases. Si las pasiones, al principio, fueron menos desordenadas de lo que habría podido temerse, una agitación extraordinaria y un desorden inaudito se manifestaron, en realidad, al día siguiente mismo de la revolución, en las ideas del pueblo.

A partir del 25 de febrero, mil extraños sistemas brotaron impetuosamente del espíritu de los innovadores y se difundieron en el desconcertado espíritu de la multitud. Todo estaba aún en pie, excepto la realeza y el parlamento, y parecía que, a consecuencia del choque de la revolución, la propia sociedad hubiera quedado reducida a cenizas, y que se hubiera sacado a concurso la nueva forma que había de darse al edificio que iba a levantarse en su lugar. Cada uno proponía su plan: éste lo presentaba en los periódicos, aquél en pasquines que muy pronto cubrieron las paredes, este otro lo lanzaba, simplemente, al aire, mediante la palabra. Uno pretendía destruir la desigualdad de las fortunas; el otro, la desigualdad de facultades, y el tercero aspiraba a nivelar la más antigua de las desigualdades, la del hombre y de la mujer. Se indicaban específicos contra la pobreza, y remedios para ese mal del trabajo que atormenta a la humanidad desde que ésta existe.

Estas teorías eran muy diversas entre sí, a menudo contrarias, a veces enemigas, pero todas, al apuntar más bajo que el gobierno y al esforzarse por alcanzar a la sociedad misma que le sirve de base, tomaron el nombre común de socialismo.

El socialismo quedará como el carácter esencial y el recuerdo más temible de la revolución de Febrero. La re-

pública no aparecerá más que como un medio, no como un fin.

No entra en el propósito de estos *Recuerdos* investigar qué fue lo que dio el carácter socialista a la revolución de Febrero, y me limito a decir que no era de una naturaleza que sorprendiese al mundo tanto como lo hizo. ¿No se advertía, desde hacía mucho tiempo, que el pueblo crecía y elevaba sin cesar su condición, y que su importancia, sus facultades, sus deseos y su poder aumentaban sin cesar también? Asimismo, habían crecido sus comodidades, pero menos rápidamente, y se acercaban al término que no sobrepasan en las viejas sociedades, donde se encuentran muchos hombres y pocos puestos. ¿Cómo unas clases pobres, inferiores y, sin embargo, poderosas no iban a soñar con salir de su pobreza y de su inferioridad, sirviéndose de su poder? Y en eso trabajaban desde hacía sesenta años. Al principio, el pueblo había querido redimirse cambiando todas las instituciones políticas, pero, después de cada cambio, había visto que su suerte no había mejorado, o no mejoraba más que con una lentitud que resultaba intolerable para la precipitación de sus deseos. Era inevitable que, un día u otro, acabase por descubrir que lo que le mantenía sujeto a su situación no era la constitución del gobierno, sino las leyes inmutables que constituyen la propia sociedad. Y era natural que se viese impulsado a preguntarse si no tenía el poder y el derecho a cambiar también aquellas leyes, como había cambiado las otras. Y, hablando en especial de la propiedad, que es como el fundamento de nuestro orden social, al ser destruidos todos los privilegios que cubrían y que, por así decirlo, ocultaban el privilegio de la propiedad, y al quedar este privilegio como el principal obstáculo para la igualdad entre los hombres, hasta el punto de parecer su único signo, ¿no era inevitable, no digo que llegase a abolirse también, pero, por lo menos, que la idea de abolirlo se ofreciese al espíritu de los que no disfrutaban de él?

Esta inquietud natural del espíritu del pueblo, esta agitación inevitable de sus deseos y de sus pensamientos, estas necesidades, estos instintos de la multitud formaron, en cierto modo, el tejido sobre el que los innovadores dibujaron tantas figuras monstruosas o grotescas. Pueden encontrarse ridículas sus obras, pero el fondo sobre el que ellos han trabajado es el objeto más serio sobre el que los filósofos y los hombres de Estado pueden reflexionar.

¿Quedará el socialismo enterrado en el desprecio que

tan justamente cubre a los socialistas de 1848? Hago esta pregunta, sin responder a ella. No dudo que las leyes constitutivas de nuestra sociedad moderna no hayan de ser muy modificadas, a la larga: en muchas de sus partes principales, lo han sido ya. Pero, ¿se llegará jamás a destruirlas y a poner otras en su lugar? Eso me parece impracticable. Y no digo más, porque, a medida que avanzo en el estudio del antiguo estado del mundo, y veo con más detalle el mundo mismo de nuestros días; cuando considero la prodigiosa diversidad que en él se encuentra, no sólo entre las leyes, sino entre los principios de las leyes, y las diferentes formas que ha adoptado y que conserva, aun hoy, dígase lo que se quiera, el derecho de propiedad sobre la tierra, me siento tentado a creer que lo que se llama las instituciones necesarias no son, frecuentemente, más que las instituciones a las que se está acostumbrado, y que, en materia de constitución social, el campo de lo posible es mucho más vasto de lo que se imaginan los hombres que viven en cada sociedad.

III

Incertidumbres de los antiguos parlamentarios sobre la actitud que debería adoptarse.—Mis reflexiones sobre lo que he de hacer y mis resoluciones.

Durante los primeros días que siguieron al 24 de febrero, no busqué ni vi a ninguno de los políticos de los que los acontecimientos de aquel día me habían separado. No sentí la necesidad de hacerlo, y, a decir verdad, tampoco tuve el deseo. Experimentaba una especie de repugnancia instintiva a recordar aquel miserable mundo parlamentario que yo había habitado durante diez años, y en cuyo seno había visto germinar la revolución.

Por otra parte, en aquel momento, descubría una gran vanidad en toda clase de conversaciones o de combinaciones políticas. Por débiles que hubieran sido las razones que inicialmente habían puesto en movimiento a la multitud, aquel movimiento se había hecho irresistible. Yo tenía la impresión de que todos estábamos en medio de una de esas grandes inundaciones democráticas, en las que los diques que quieren oponerse a los individuos, e incluso a los partidos, no sirven más que para ahogar a quienes los levantan, y en las que no se puede hacer, durante algún tiempo, más que estudiar los caracteres generales del fenómeno. Pasaba, pues, todo mi tiempo en la calle con los vencedores, como si fuese un adorador de la fortuna. Es verdad que no rendí

homenaje al nuevo soberano, ni le pedí nada. Ni siquiera le hablé. Me limité a escucharle y a mirarle.

Al cabo de algunos días, sin embargo, volví a relacionarme con los vencidos. Volví a ver a antiguos diputados, a antiguos pares, a gentes de letras, a hombres de negocios y comerciantes, a propietarios, a los que empezaba a llamarse ociosos en el lenguaje del momento. Descubrí que el aspecto de la revolución no era menos extraordinario visto por arriba, de lo que me había parecido al considerarlo, antes, por abajo. Encontré mucho miedo, pero tan pocas pasiones verdaderas como había visto en la otra parte: una resignación singular, sobre todo ninguna esperanza, y casi diría que ninguna idea de retorno al gobierno que, sin embargo, sólo se acababa de abandonar. Aunque la revolución de Febrero haya sido la más corta y la menos sangrienta de todas nuestras revoluciones, había llenado los espíritus de los vencidos y sus corazones con la idea y el sentimiento de que era omnipotente, mucho más que ninguna otra. Yo creo que esto se debió, sobre todo, a que aquellos espíritus y aquellos corazones estaban vacíos de creencias y de fervores políticos, y a que en ellos no quedaba, después de tantos desengaños y vanas agitaciones, más que el deseo del bienestar, sentimiento muy tenaz y muy exclusivo, pero muy apacible, que se acomoda fácilmente a todos los regímenes de gobierno, siempre que se le permita satisfacerse.

Percibía, pues, un esfuerzo universal por acomodarse al acontecimiento que la fortuna acababa de improvisar, y por halagar al nuevo amo. Los grandes propietarios gustaban de recordar que ellos siempre habían sido enemigos de la clase burguesa, y favorables siempre a la clase popular. Los sacerdotes habían encontrado el dogma de la igualdad en el Evangelio, y aseguraban que allí lo habían visto siempre. Los burgueses, por su parte, recordaban con cierto orgullo que sus padres habían sido obreros, y, cuando no podían remontarse, a causa de la inevitable oscuridad de las genealogías, hasta un obrero propiamente dicho, que hubiera trabajado con sus manos, trataban, por lo menos, de descender de un palurdo que hubiera hecho su fortuna por sí mismo. Se ponía tanto interés en señalar a aquel antepasado, como se hubiera puesto, poco tiempo antes, en esconderlo: hasta tal punto es cierto que la vanidad de los hombres, sin cambiar de naturaleza, puede ofrecer los espectáculos más diversos. Esa vanidad tiene una cara y una cruz, pero es siempre la misma moneda.

Como entonces ya no había más pasiones verdaderas que la del miedo, lejos de romper con aquellos de sus antepasados que se habían lanzado a la revolución, trataban de acercarse a ellos. Era el momento en que se quería sacar partido de todos los malos sujetos con que se contaba en la familia. Si por fortuna se tenía un primo, un hermano o un hijo que se hubiese arruinado por su conducta desordenada, éste se hallaba en las mejores condiciones para medrar, y si se caracterizaba, además, por alguna teoría extravagante, podría llegar a todo. Los comisarios y subcomisarios del gobierno fueron, en su mayoría, gente de esa especie. Los parientes de los que se evitaba hablar, y que, en otro tiempo, se habrían mandado a la Bastilla, y que, en nuestros días, se habrían enviado como funcionarios públicos a Argelia, se convertían así, de pronto, en la gloria de la familia y en su apoyo.

En cuanto al rey Luis-Felipe, se hablaba menos de él que si hubiera pertenecido a la dinastía de los merovingios. Nada me impresionó más que el profundo silencio que se había hecho, de repente, en torno a su nombre. Yo no lo oí pronunciar, por así decirlo, ni una sola vez, ya fuese entre el pueblo, ya en esferas más altas. Los antiguos cortesanos suyos que yo vi no hablaban de él, y creo que, en realidad, tampoco pensaban. La revolución les había brindado una distracción tan grande, que habían perdido el recuerdo de aquel príncipe. Se me dirá que es el destino ordinario de los reyes que caen, pero lo que me parece más digno de ser observado es que hasta sus enemigos le habían olvidado, pues ya no le temían bastante para calumniarle, y tal vez ni siquiera para odiarle —agravio de la fortuna que, si no mayor, es, al menos, más raro.

No quiero hacer la historia de la revolución de 1848. Sólo trato de redescubrir la huella de mis actos, de mis ideas y de mis impresiones a lo largo de aquella revolución. Salto, pues, sobre los hechos que se produjeron durante las primeras semanas que siguieron al 24 de febrero, y llego a la época que precedió inmediatamente a las elecciones generales.

Había llegado el momento en que se trataba de saber si lo que se quería era no hacer más que observar aquella singular revolución como simples particulares o intervenir en los acontecimientos. Sobre este punto, encontré que los antiguos jefes de los partidos estaban en desacuerdo. Podría pensarse que cada uno de ellos lo estaba, además, consigo mismo, a juzgar por la incoherencia del lenguaje y por la

variabilidad de las opiniones. Aquellos políticos, casi todos los cuales se habían formado, en cuanto a los asuntos públicos, en medio del movimiento regular y contenido de la libertad constitucional, y a los que una gran revolución acababa de sorprender, de pronto, en medio de sus maniobras habituales, se me parecieron a unos barqueros que, sin haber navegado nunca más que en ríos, se viesen, de repente, arrojados a alta mar. Más que beneficiarles, la ciencia que habían adquirido en sus pequeños viajes les entorpecía en aquella gran aventura, y con frecuencia se mostraban más sobrecogidos y más inseguros que los propios pasajeros.

M. Thiers opinó, unas veces, que había que presentarse a las elecciones y hacerse elegir, y, otras veces, que convenía mantenerse al margen. Yo no sé si su vacilación nacía del temor de los peligros que podrían seguir a la elección, o del miedo a no ser elegido.

Rémusat, que ve siempre tan claramente lo que se podría y tan oscuramente lo que se debería hacer, exponía las buenas razones que había para quedarse en casa, y las razones no menos buenas que aconsejaban salir de ella. Duvergier estaba desorientado. La revolución había roto el sistema del equilibrio de poderes en el que su espíritu se había mantenido inmóvil durante tantos años, y se creía suspendido en el vacío. En cuanto al duque de Broglie, no había sacado la cabeza de bajo el ala desde el 24 de febrero, y esperaba así el fin de la sociedad, que, a su parecer, debía de estar muy próximo. M. Molé fue el único que, a pesar de ser, con gran diferencia, el más viejo de todos los antiguos jefes parlamentarios y tal vez precisamente por eso, se mantuvo siempre, muy decidido, en la idea de que había que intervenir en los asuntos y tratar de dirigir la revolución: ya fuese porque su más larga experiencia le hubiera enseñado mejor que, en tiempo de disturbios, hasta el papel de espectador es peligroso; ya fuese porque la esperanza de tener, de nuevo, algo que dirigir le rejuvenecía y le ocultaba el riesgo de la empresa; ya fuese, en fin, porque, después de haberse plegado tantas veces en sentido contrario, bajo tantos regímenes distintos, su espíritu se hubiese hecho más firme, al mismo tiempo que más flexible y más indiferente a la especie del amo. Por mi parte, yo examinaba muy atentamente, como puede suponerse, el partido que debía tomar.

Bien quisiera investigar aquí las razones que entonces me decidieron, y, una vez encontradas, exponerlas sin rodeos. ¡Pero qué difícil es hablar acertadamente de sí mismo! Yo he observado que, en su mayoría, los que nos han de-

jado unas Memorias no nos han mostrado sus malas acciones o sus inclinaciones, más que cuando, por azar, las han considerado como proezas o como buenos instintos, lo que ha ocurrido algunas veces. Así es como el cardenal de Retz, para alcanzar lo que él considera como la gloria de haber sido un buen conspirador, nos confiesa su proyecto de asesinato de Richelieu, y nos cuenta sus devociones y sus caridades hipócritas, por miedo a que no le creamos un hombre hábil. No es entonces el amor a la verdad el que hace hablar, sino que son los extravíos del espíritu los que involuntariamente revelan los vicios del corazón.

Pero aun cuando se quiera ser sincero, es muy raro que se consiga tal propósito. La culpa es, en primer lugar, del público, que gusta de que uno se acuse, pero que no tolera que uno se elogie; los propios amigos tienen la costumbre de llamar candor amable al mal que uno dice de sí mismo, y molesta vanidad al bien que de sí mismo se cuenta, de tal suerte que la sinceridad se convierte, así, en una profesión muy ingrata, en la que sólo pueden tenerse pérdidas, y ninguna ganancia. Pero la dificultad está, sobre todo, en el propio sujeto. Se está demasiado cerca de sí mismo para verse bien, y fácilmente nos perdemos en medio de los puntos de vista, de los intereses, de las ideas, de los gustos y de los instintos que nos han impulsado a obrar. Este entrecruzamiento de pequeños senderos, mal conocidos de los mismos que los frecuentan, impide distinguir bien los grandes caminos que la voluntad ha seguido para llegar a las resoluciones más importantes.

Quiero, sin embargo, tratar de reencontrarme en este laberinto. Es justo, en fin, tomar respecto a mí mismo las libertades que me he permitido ya y que tan frecuentemente me permitiré aún respecto a muchos otros.

Diré, pues, que, cuando me detuve a mirar atentamente al fondo de mi corazón, descubrí, con alguna sorpresa, un cierto alivio, una especie de alegría mezclada a todas las tristezas y a todos los temores que la revolución suscitaba. Sufría por mi país, a causa de aquel terrible acontecimiento, pero estaba claro que no sufría por mí mismo; por el contrario, me parecía que respiraba más libremente que antes de la catástrofe. Siempre me había sentido reprimido y oprimido en el seno de aquel mundo parlamentario que acababa de ser destruido. En él había encontrado toda clase de desengaños, tanto respecto a los otros como respecto a mí mismo. Y, para comenzar por estos últimos, no había tardado en descubrir que yo no poseía lo que se necesitaba para desem-

peñar allí el papel brillante que yo había soñado: mis cualidades y mis defectos eran un obstáculo. Yo no era bastante virtuoso para imponer respeto, y era demasiado honesto para plegarme a todas las pequeñas prácticas que entonces se necesitaban para un pronto éxito. Y obsérvese que aquella honestidad no tenía remedio, porque de tal modo se debe tanto a mi temperamento como a mis principios, que, sin ella, jamás puedo sacar ni el menor partido de mí mismo. Cuando por azar me he visto obligado a defender una mala causa, o a recorrer un mal camino, inmediatamente me he encontrado desprovisto de todo talento y de todo fervor, y confieso que nada me ha consolado tanto del poco éxito que frecuentemente tenía mi honestidad, como la certidumbre que siempre he tenido de que jamás habría podido ser más que un pícaro muy torpe y muy mediocre. Yo había creído, equivocadamente, que obtendría en la tribuna el éxito obtenido con mi libro. El oficio de escritor y el de orador se estorban, más que se ayudan. No hay nada que se parezca menos a un buen discurso que un buen capítulo. Me di cuenta en seguida y vi claramente que yo estaba entre los oradores correctos, ingeniosos, a veces profundos, pero siempre fríos, y, por consiguiente, sin eficacia. Jamás he podido reformarme enteramente en este punto. Seguramente, no es que me falten las pasiones, pero, en la tribuna, la pasión de hablar bien ha extinguido siempre en mí, momentáneamente, todas las demás. Había acabado también por descubrir que carecía, en absoluto, del arte necesario para agrupar y para dirigir, unidos, a muchos hombres. Nunca he podido tener agilidad más que en el *tête-à-tête*, y siempre me he encontrado incómodo y mudo entre la gente. Esto no significa que, en un día determinado, no sea yo capaz de decir y de hacer lo que pueda agradarle, pero eso está lejos de ser suficiente: esas grandes operaciones son muy raras en la guerra política. El fondo del oficio, para un jefe de partido, consiste en mezclarse continuamente entre los suyos e incluso entre sus adversarios, en hacerse oír, en prodigarse todos los días, en descender y volver a elevarse, a cada instante, para ponerse al nivel de todas las inteligencias; en discutir, en argumentar sin descanso, en repetir mil veces las mismas cosas bajo formas diferentes, y en enardecerse eternamente ante los mismos objetos. Y yo soy profundamente incapaz de todo eso. Me resulta incómoda la discusión sobre los puntos que me interesan poco, y dolorosa, sobre los que me interesan vivamente. La verdad es para mí una cosa tan preciosa y tan rara, que no me gusta po-

nerla al azar de un debate, una vez que la he encontrado: es una luz que temo que se apague, al agitarla. Y, en cuanto a frecuentar a los hombres, yo no podría hacerlo de una manera habitual y general, porque nunca conozco más que a un número muy pequeño de ellos. Cuando una persona no me impresiona por algo raro en el espíritu o en los sentimientos, es como si no la viese. Siempre he pensado que los hombres mediocres, al igual que las gentes de valía, tenían una nariz, una boca y unos ojos, pero jamás he podido fijar en mi memoria la forma particular que esos rasgos tenían en cada uno de ellos. Pregunto sin cesar el nombre de esos desconocidos a los que veo todos los días, y siempre lo olvido. Y no es que los desprecie, pero los frecuento poco, y los trato como a los lugares comunes: los respeto, porque rigen el mundo, pero me aburren profundamente.

Lo que había acabado de disgustarme había sido la mediocridad y la monotonía de los acontecimientos parlamentarios de mi tiempo, así como la pequeñez de las pasiones y la vulgar perversidad de los hombres que creían forjarlos o dirigirlos.

Alguna vez he pensado que, si las costumbres de las diversas sociedades difieren, la moralidad de los políticos que rigen los asuntos públicos es en todas partes la misma. Y lo que es seguro es que, en Francia, todos los jefes de partido que he conocido en mi tiempo me han parecido casi igualmente indignos de gobernar, unos por su falta de carácter o de verdaderas facultades, y la mayoría, por su falta de virtudes de todo tipo. Casi nunca he podido descubrir en ninguno de ellos ese gusto desinteresado por el bien de los hombres que me parece descubrir en mí mismo, a pesar de mis defectos y de mis debilidades. Había encontrado, pues, tantas dificultades en asociarme como en bastarme a mí mismo, en obedecer como en dirigir, y había acabado por vivir casi siempre en un taciturno aislamiento, en el que no se me veía más que de lejos y en el que se me juzgaba mal. Yo veía constantemente que se me atribuían cualidades y defectos imaginarios. Se me adjudicaba una capacidad de dirección, una especial profundidad en mis puntos de vista, unas astucias de ambición que yo no tenía, en absoluto, y, por otra parte, se tomaba mi descontento de mí mismo, mi hastío y mi reserva como altanería, defecto que hace más enemigos que los mayores vicios. Se me creía astuto y taimado, porque era silencioso. Se me atribuía un natural austero, un humor rencoroso y amargo que yo no tengo, porque paso, muchas veces, entre el bien y el mal con una

blanda indulgencia que se acerca a la debilidad, y abandono tan pronto el recuerdo de los agravios que me hacen, que tal olvido del mal sufrido más bien parece pusilanimidad, incapacidad de retener el recuerdo de las ofensas, que un virtuoso esfuerzo por borrarlo.

Aquel cruel malentendido no sólo me hacía sufrir, sino que me rebajaba a un nivel muy inferior a mi nivel natural. No hay hombre para quien la aprobación sea más saludable, ni que tenga más necesidad *que yo* de contar con la estimación y con la confianza públicas para elevarse hasta las acciones de que es capaz. Esta extremada desconfianza en mis fuerzas, esta necesidad que yo siento constantemente de encontrar, de algún modo, las pruebas de mí mismo en el pensamiento de los otros, ¿nacen de una verdadera modestia? Yo creo más bien que proceden de un gran orgullo que se agita y se inquieta como el espíritu mismo.

Pero lo que más me había desesperado y enervado, durante los nueve años que acababa de pasar dedicado a los asuntos públicos, y lo que aún hoy constituye para mí el recuerdo más enojoso de aquel tiempo, es la incertidumbre constante en que había tenido que vivir, acerca de lo mejor que podía hacer cada día. Me parece que, en mí, el carácter inseguro tiene su origen en las dudas de mi inteligencia, más que en la debilidad de mi corazón, y que yo jamás tengo vacilaciones ni dificultad para emprender el camino más escabroso, cuando veo claramente adónde debe conducirme. Pero, en medio de aquellos pequeños partidos dinásticos, tan poco diferentes por el fin que se proponían y tan semejantes por los malos medios que empleaban, ¿qué sendero conducía claramente a lo honesto, incluso a lo útil? ¿Dónde estaba lo verdadero? ¿Dónde estaba lo falso? ¿De qué lado los malos? ¿De cuál las gentes de bien? En aquel tiempo, jamás pude discernirlo plenamente, y declaro que todavía hoy mismo tampoco sabría hacerlo bien. Los hombres de partido, en su mayoría, no se dejan desesperar ni enervar por tales dudas; muchos incluso no las han conocido nunca, o no las conocen ya. Se les acusa, frecuentemente, de actuar sin convicción; mi experiencia me ha demostrado que eso era mucho menos frecuente de lo que se cree. Lo que ocurre es que poseen la facultad preciosa, e incluso, a veces, necesaria en política, de crearse unas convicciones pasajeras según sus pasiones y sus intereses del momento, y llegan así a hacer bastante honestamente cosas bastante poco honestas. Desgraciadamente, yo jamás he podido llegar a iluminar mi inteligencia con esas luces par-

ticulares y artificiales, ni a creer tan fácilmente que mi conveniencia estuviese de acuerdo con el bien general.

Es ese mundo parlamentario, en el que yo había sufrido todas las calamidades que acabo de describir, lo que la revolución había destruido; había mezclado y confundido los antiguos partidos en una ruina común, depuesto a sus jefes, aniquilado sus tradiciones y su disciplina. De ello había salido, ciertamente, una sociedad desordenada y confusa, pero en la que la habilidad resultaba menos necesaria y menos valorada que el desinterés y el esfuerzo; donde el carácter era más importante que el arte de hablar bien o de manejar a los hombres, pero, sobre todo, en la que ya no quedaba ningún campo libre a la incertidumbre del espíritu: aquí, la salvación del país, y allí, su ruina. Ya no podía haber engaño acerca del camino que había de seguirse: iba a emprenderse la marcha, a la luz del día, con el apoyo y el aliento de la multitud. La ruta parecía peligrosa, sí, pero mi espíritu está hecho de tal modo, que teme mucho menos el peligro que la duda. Yo sentía, por otra parte, que aún estaba en la plenitud de la edad, no tenía hijos, eran pocas mis necesidades, y, sobre todo, encontraba en mi casa el apoyo, tan raro y tan valioso en tiempo de revolución, de una mujer adicta, a la que un espíritu penetrante y firme, y una alma naturalmente elevada debían tener sin esfuerzo al corriente de todas las situaciones, y por encima de todas las adversidades.

Me decidí, pues, a arrojarme de lleno a la arena, y a dedicar a la defensa, no de tal gobierno, sino de las leyes que constituyen la sociedad misma, mi fortuna, mi tranquilidad y mi persona. La primera cuestión era la de hacerse elegir, y yo partí inmediatamente para mi país de Normandía, a fin de presentarme a los electores.

IV

Mi candidatura por el departamento de la Mancha.—Aspecto de la provincia.—La elección general.

El departamento de la Mancha está poblado casi únicamente por agricultores, como todos saben. No se encuentran allí grandes ciudades, hay pocas manufacturas, y no existen lugares donde los obreros se reúnan en gran número, a excepción de Cherburgo. La revolución, al principio, allí pasó como inadvertida. Las clases superiores se plegaron inmediatamente bajo el golpe, y las clases inferiores apenas lo sintieron. Es normal que las poblaciones agrícolas reciban más lentamente y conserven más persistentemente que todas las demás las impresiones políticas: son las últimas que se levantan y las últimas que vuelven a sentarse. El guarda de mis propiedades, medio campesino, al informarme de lo que pasaba allí, inmediatamente después del 24 de febrero, me escribía: *La gente dice que, si han echado a Luis-Felipe, han hecho bien, y que lo tenía bien merecido*... Esa era, para ellos, toda la moraleja de la pieza. Pero, cuando oyeron hablar del desorden que reinaba en París, de los nuevos impuestos que se iban a establecer, de la guerra general que se temía; cuando vieron que el comercio se paralizaba y que el dinero parecía meterse bajo tierra, y, sobre todo, cuando se enteraron de que se atacaba el principio de la propiedad,

comprendieron claramente que se trataba de algo más que de Luis-Felipe.

El miedo, que se había limitado, al comienzo, a las altas capas de la sociedad, descendió entonces hasta el fondo de la clase popular, y un terror universal se apoderó de todo el país. Y en ese estado lo encontré yo, cuando llegué, hacia mediados de marzo. Me llamó la atención, inmediatamente, un espectáculo que me emocionó y me encantó. Es verdad que una cierta agitación demagógica reinaba entre los obreros de las ciudades, pero, en el campo, todos los propietarios, cualesquiera que fuesen sus orígenes, sus antecedentes, su educación, sus bienes, se habían acercado los unos a los otros, y no parecían formar más que un todo. Los antiguos odios de opinión, las antiguas rivalidades de casta y de fortuna ya no se manifestaban. Ni envidias ni orgullo entre el campesino y el rico, entre el noble y el burgués, sino una confianza mutua, unas consideraciones y una recíproca buena voluntad. La propiedad, entre todos los que gozaban de ella, se había convertido en una especie de fraternidad. Los más ricos eran los mayores; los menos acomodados, los menores; pero todos se consideraban como hermanos, con un mismo interés en defender la herencia común. Como la Revolución Francesa había extendido la posesión del suelo hasta el infinito, toda la población parecía formar parte de aquella vasta familia. Yo no había visto nada parecido, y nadie recordaba haber visto nada igual en Francia. La experiencia ha demostrado que aquella unión no era tan íntima como parecía, y que los antiguos partidos y las diferentes clases no se habían fundido, sino solamente yuxtapuesto. El miedo había actuado sobre ellos, como una presión mecánica habría podido hacerlo sobre unos cuerpos muy duros, que se ven obligados a adherirse entre sí mientras la presión se mantiene, pero que se separan en cuanto ésta se afloja.

Por lo demás, en aquel primer momento, yo no vi ni el menor indicio de lo que debe llamarse, hablando con propiedad, opiniones políticas. Se diría que el gobierno republicano se había convertido, de pronto, no sólo en el mejor, sino en el único que pudiera imaginarse para Francia; las esperanzas y las nostalgias dinásticas estaban tan bien enterradas en el fondo de las almas, que ni siquiera se veía ya el sitio que habían ocupado. La república respetaba a las personas y los bienes, y se la tenía por legítima. Lo que más me impresionó, después del espectáculo que acabo de describir, fue ver el odio universal, mezclado al universal terror

que París inspiraba por primera vez. En Francia, los provincianos tienen por París y por el poder central, cuya sede es París, unos sentimientos análogos a los que tienen los ingleses por su aristocracia, de la que se quejan, a veces, con impaciencia, y a la que ven, frecuentemente, con envidia, pero a la que, en el fondo, aman, porque siempre esperan que el poder de la aristocracia llegue a ser útil a sus propios intereses. Esta vez, París y los que hablaban en su nombre habían abusado hasta tal punto de su poder, y parecían tener tan poco en cuenta al resto del país, que la idea de sacudir el yugo y actuar, al fin, por sí solo surgía en muchos espíritus que no la habían concebido jamás. Deseos inciertos, es verdad, y tímidos, pasiones efímeras y torpes, de las que nunca creí que hubiera mucho que esperar, ni mucho que temer: esos sentimientos nuevos se transformaban entonces en ardor electoral. Se quería ir a las elecciones, y la elección de los enemigos de la demagogia parisiense se presentaba a los espíritus, menos como el uso normal de un derecho, que como el medio menos peligroso de que podían servirse para enfrentarse con el amo.

Yo me había detenido en la pequeña ciudad de Valognes, que era el centro natural de mi influencia, e, inmediatamente que hube conocido el estado del país, me ocupé de mi candidatura. Entonces, vi claramente lo que muchas veces he observado en otras mil circunstancias: que nada contribuye más al éxito que el no desearlo con demasiado afán. Yo tenía grandes deseos de ser elegido, pero, dadas las difíciles y críticas condiciones de los asuntos públicos, aceptaba fácilmente la idea de no serlo, y, en aquella apacible espera de un fracaso, encontraba yo una tranquilidad y una claridad de espíritu, un respeto de mí mismo y un desprecio de las locuras de la época, que no habría tenido en igual grado si sólo hubiera vivido dominado por la pasión de triunfar.

El país comenzaba a llenarse de candidatos ambulantes, que propalaban de feria en feria sus manifestaciones republicanas. Yo me negué a presentarme ante otro cuerpo electoral que no fuese el del lugar donde habitaba. Cada pequeña ciudad tenía su club, y cada club pedía a los candidatos explicaciones de sus puntos de vista y de sus actos, y les imponía unas fórmulas. Yo me negué a contestar a ninguno de aquellos insolentes interrogatorios. Aquellas negativas, que habrían podido parecer desdén, se interpretaron como actitudes de dignidad e independencia frente a los nuevos

soberanos, y se me apreció más por mi rebeldía que a los otros por su sometimiento.

Me limité, pues, a publicar una declaración, y a hacerla fijar en todo el departamento.

En su mayoría, los pretendientes habían vuelto a los viejos usos del 92. Se llamaba a las gentes «ciudadanos», y se las saludaba «con fraternidad». Yo nunca quise adornarme con aquellas prenderías revolucionarias. Comencé mi declaración, llamando a los electores «Señores», y la terminé testimoniándoles dignamente mi respeto. «No vengo a solicitar vuestros sufragios —les decía—, vengo solamente a ponerme a las órdenes de mi país. He pedido ser vuestro representante en tiempos apacibles y fáciles, y mi honor me impide negarme a serlo en unos tiempos que ya están llenos de agitación y que pueden llegar a estar llenos de peligros. Eso es lo que, en principio, tenía que deciros.» Añadía que había sido fiel hasta el fin al juramento que había prestado a la monarquía, pero que la república, venida sin mi concurso, tendría mi enérgico apoyo, que yo no sólo quería dejarla subsistir, sino sostenerla. Después, continuaba: «Pero, ¿de qué república se trata? Hay gentes que entienden por república una dictadura ejercida en nombre de la libertad; que piensan que la república, no sólo debe cambiar las instituciones políticas, sino transformar la propia sociedad; hay quienes creen que la república debe ser conquistadora y propagandista. Yo no soy republicano de ese modo. Si ese fuese vuestro modo de serlo, yo no podría seros útil en nada, porque no sería de vuestra opinión. Pero, si entendéis la república como yo la entiendo, podéis contar con que me dedicaré con toda mi alma a hacer triunfar una causa que es la mía tanto como la vuestra».

Los hombres que no tienen miedo en tiempo de revolución son como los príncipes en el ejército: producen grandes efectos, con la ayuda de acciones muy normales, porque la posición particular que ocupan les sitúa, naturalmente, por encima de toda rivalidad y los coloca en lugar muy visible. Mi declaración tuvo un éxito que me sorprendió incluso a mí. Me hizo, en unos días, el hombre más popular del departamento de la Mancha y atrajo sobre mí las miradas de todos. Mis antiguos adversarios políticos, los propios conservadores, los agentes del antiguo gobierno que más me habían hecho la guerra y a los que la república había destituido, vinieron en tropel a asegurarme que estaban dispuestos, no sólo a nombrarme, sino a seguir en todo mis puntos de vista.

Mientras tanto, tuvo lugar la reunión preparatoria de los electores del distrito de Valognes. Yo acudí, al igual que los otros candidatos. El foro era una nave que servía de mercado. La mesa del presidente estaba al fondo, y, al lado, se encontraba, para el candidato, una cátedra de profesor, que se había convertido en tribuna. El presidente, que era profesor de Ciencias del colegio de Valognes, me dijo, con una voz gruesa y un aire profesoral, pero en un tono muy respetuoso: «Ciudadano de Tocqueville, voy a darle a conocer las preguntas que se le dirigen y a las que usted tendrá que responder», a lo que yo repliqué, en un tono bastante desenvuelto: «Señor presidente, le escucho».

Un orador parlamentario, cuyo nombre quiero callar, me decía un día: «Mire usted, mi querido amigo, no hay más que un medio de hablar bien en la tribuna, y es el de convencerse, al subir a ella, de que se tiene más talento que todo el mundo». Eso siempre me había parecido más fácil de decir que de hacer, en presencia de nuestras grandes asambleas políticas. Pero confieso que aquí el precepto me pareció bastante fácil de seguir y que me fue muy útil ponerlo en práctica. De todos modos, no llegué a pensar que yo tuviese más talento que todo el mundo, pero me di cuenta en seguida de que era el único que conocía bien los hechos de que se trataba, e incluso el lenguaje político que se quería hablar. Es difícil mostrarse más torpe y más ignorante que mis adversarios. Me agobiaron con preguntas que ellos creían muy concisas, y que me dejaban muy libre, y, por mi parte, yo les di respuestas que, a veces, no eran muy sólidas, y que a ellos les parecieron siempre muy contundentes. El terreno en el que ellos creían, sobre todo, que podrían confundirme era el de los banquetes. Como se sabe, yo no había querido tomar parte en aquellas manifestaciones peligrosas. Mis amigos políticos me habían censurado mucho por haberles abandonado en aquella circunstancia, y algunos seguían guardándome rencor, a pesar de que la revolución me había dado la razón, o tal vez porque me la había dado demasiado claramente. «¿Por qué se separó usted de la oposición con motivo de los banquetes?», me preguntaron. Y yo respondí, audazmente: «Podría buscar un pretexto, pero prefiero decirle mi verdadero motivo. Yo no quería banquetes, porque no quería revolución, y me atrevo a decir que casi ninguno de los que se sentaron a aquellos banquetes lo habría hecho, si hubiera previsto, como lo preví yo, el acontecimiento que de ellos iba a salir. Así, pues,

la única diferencia que yo veo entre ustedes y yo, es que yo sabía lo que ustedes estaban haciendo, cuando ustedes mismos no lo sabían». Esta audaz profesión de fe antirrevolucionaria había estado precedida de una profesión de fe republicana. La sinceridad de la una había parecido probada por la sinceridad de la otra. La asamblea rió y aplaudió. Se burlaron de mis adversarios y yo salí triunfante.

Encuentro también en el acta de aquella sesión esta pregunta y esta respuesta, que reproduzco porque muestran bien la preocupación del momento y mi verdadero estado de ánimo.

Pregunta: «Si el motín retumbase en torno a la Asamblea Nacional, si las bayonetas penetrasen en su recinto, ¿jura usted que permanecería en su puesto y que moriría en él, si fuese necesario?»

Respuesta: «Mi presencia aquí es mi respuesta. Después de nueve años de trabajos constantes y de esfuerzos inútiles por llevar al gobierno que acaba de caer hacia unas vías más liberales y más honestas, mi deseo habría sido el de regresar a la vida privada y esperar a que la tormenta hubiera desaparecido. Pero mi honor me ha impedido hacerlo. Sí, yo creo, como usted, que pueden acechar peligros a quienes quieran representaros lealmente, pero con los peligros hay gloria, y es porque hay peligros y gloria por lo que yo estoy aquí.»

Había ganado a la población agrícola del departamento con mi declaración, y gané a los obreros de Cherburgo con un discurso. Éstos se habían reunido en número de dos mil en una comida llamada patriótica, y me habían invitado en términos tan corteses y tan apremiantes, que no pude menos de acudir.

Cuando llegué, vi a la cabeza de la manifestación que iba a ponerse en marcha hacia el lugar del banquete a mi antiguo colega Havin, que había venido expresamente de Saint-Lô para presidir la fiesta. Era la primera vez que le veía, después del 24 de febrero. Aquel día, le había visto dando el brazo a la duquesa de Orléans, y, al día siguiente por la mañana, me había enterado de que era comisario de la república en el departamento de la Mancha. No me había sorprendido, porque le tenía por uno de esos ambiciosos desorientados, que habían permanecido parados, durante diez años, en la oposición, creyendo, al principio, que lo que hacía era atravesarla. ¡A cuántos hombres de ésos he visto cerca de mí, atormentados por su virtud y cayendo en la desesperación, porque veían que la mejor parte de su

vida se les pasaba en criticar los vicios de los otros, sin poder gozar, al fin, un poco de los suyos, y sin tener que alimentarse más que de la imaginación de los abusos! En su mayoría, habían contraído, a lo largo de aquella prolongada abstinencia, un apetito tan grande de cargos, de honores y de dinero, que era fácil prever que, en la primera ocasión, se arrojarían sobre el poder con una especie de glotonería, sin pararse a elegir el momento ni el bocado. Havin era el prototipo de esos hombres. El gobierno provisional le había dado por asociado e incluso por jefe a otro de mis antiguos colegas de la Cámara de los diputados, M. Vieillard, que se hizo célebre después como amigo particular del príncipe Luis Napoleón. Éste se hallaba en su derecho al servir a la república, porque había sido uno de los siete u ocho republicanos que había en la Cámara durante la monarquía. Por otra parte, era uno de aquellos republicanos que habían pasado por los salones del imperio antes de llegar a la demagogia. Clásico intolerante en materia de bellas letras, volteriano en cuanto a creencias, un poco fatuo, muy amable, hombre honesto e incluso de talento, pero singularmente tonto en política. Havin había hecho de él su instrumento: cuando quería herir a uno de sus adversarios o recompensar a uno de sus amigos, nunca dejaba de poner por delante a Vieillard, que le dejaba hacer. Havin caminaba así bien protegido, al abrigo de la honestidad y del republicanismo de Vieillard, haciéndose preceder siempre por éste, como el zapador lleva delante su gavión.

Havin apenas fingió reconocerme, y no me invitó a incorporame a la manifestación. Yo me retiré, modestamente, entre la multitud, y, una vez en la sala del banquete, me senté a una mesa secundaria. En seguida se pasó a los discursos. Vieillard leyó un discurso escrito muy adecuado. Havin hizo otro discurso escrito, que gustó bastante. Yo tenía grandes deseos de hablar también, pero no estaba inscrito, y, por otra parte, no sabía muy bien cómo entrar en materia. Una frase que dijo un orador (porque todos aquellos charlatanes se llamaban oradores) acerca de la memoria del coronel Briqueville me facilitó la entrada. Pedí la palabra, y la asamblea quiso escucharme. Cuando me vi subido a lo alto de aquella tribuna, o, más bien, de aquel púlpito que se alzaba más de veinte pies sobre la gente, me sentí un poco cohibido, pero en seguida me recobré, e hice un poco de retórica oratoria que hoy me sería imposible recordar. Sólo sé que en ella había una cierta oportunidad y el calor que nunca deja de manifestarse a través del desorden de la im-

provisación, mérito muy suficiente para tener éxito ante una asamblea popular e incluso ante toda clase de asambleas, porque jamás se repetirá bastante que los discursos están hechos para ser escuchados y no para ser leídos, y que los únicos buenos son los que conmueven.

El éxito de aquél fue completo y clamoroso, y confieso que saboreé profundamente la venganza que así obtuve del abuso que mi antiguo colega había querido hacer de lo que él consideraba como los favores de la fortuna.

Si no me equivoco, es entre esa época y la de las elecciones donde debe situarse el viaje que hice a Saint-Lô, como miembro del consejo general. Se había reunido el consejo en sesión extraordinaria. Aún estaba compuesto como bajo la monarquía: los miembros que lo formaban, en su mayoría, se habían mostrado complacientes con los administradores de Luis-Felipe, y podían contarse entre los que más habían contribuido a que en nuestra región se despreciase el gobierno de aquel príncipe. Lo único que recuerdo del viaje a Saint-Lô es el singular servilismo de aquellos antiguos conservadores. No sólo no se opusieron a Havin, a quien tanto habían injuriado desde hacía diez años, sino que se condujeron como sus más atentos cortesanos. Le elogiaban con sus palabras, le justificaban con sus votos, le aprobaban dulcemente con el gesto. Hablaban bien de él, incluso entre ellos, por miedo a indiscreciones. Yo he visto muchas veces cuadros más grandes de la bajeza de los hombres, pero nunca he visto ninguno más perfecto, y creo que, a pesar de su pequeñez, merece una exposición completa. Lo iluminaré, pues, con la luz que arrojan los hechos subsiguientes, y añadiré que, unos meses después, cuando el reflujo de la oleada popular los llevó de nuevo al poder, se lanzaron inmediatamente a perseguir, otra vez, al mismo Havin con una violencia y, en ocasiones, con una injusticia inauditas. Se vio que todo su antiguo odio reaparecía en medio de los últimos temblores de su miedo, y aun pareció haberse acrecido por el recuerdo de sus servilismos.

Mientras tanto, la época de las elecciones generales se acercaba, y, cada día, el aspecto del porvenir se mostraba más siniestro. Todas las noticias que llegaban de París nos presentaban aquella gran ciudad como a punto de caer, constantemente, en manos de los socialistas armados. Se dudaba que éstos dejasen actuar libremente a los electores, o, por lo menos, que no fuesen a ejercer violencia contra la Asamblea Nacional. Ya entonces, por todas partes, se hacía jurar a los oficiales de la guardia nacional que marcharían

contra la Asamblea, si surgía un conflicto entre ésta y el pueblo. Las provincias se alarmaban cada vez más, pero también se consolidaban ante el peligro.

Yo fui a pasar los últimos días que precedieron a la lucha electoral, a mi pobre y querido Tocqueville. Era la primera vez que volvía allí, después de la revolución. ¡Acaso iba a dejarlo para siempre! Al llegar, me sentí dominado por una tristeza tan grande y tan especial, que ha dejado en mi recuerdo unas huellas que aún hoy encuentro marcadas y bien visibles, entre todos los vestigios de los acontecimientos de aquel tiempo. Llegué sin que me esperasen. Aquellas salas vacías, en las que no encontré para recibirme más que a mi viejo perro, aquellas ventanas desajustadas, aquellos muebles amontonados y polvorientos, aquellos fogones apagados, aquellos relojes parados, el aire lúgubre del sitio, la humedad de las paredes, todo me pareció anunciar el abandono y presagiar la ruina. Aquel pequeño rincón de tierra aislada y como perdido en medio de los setos y de los prados de nuestra floresta normanda, que tantas veces me había parecido la más deliciosa soledad, se me asemejaba, en el estado actual de mis pensamientos, a un desierto desolado. Pero, a través de la desolación del aspecto de ahora, yo percibía, como desde el fondo de una tumba, las imágenes más dulces y más alegres de mi vida. Me parece admirable que la imaginación del hombre sea más colorista e impresionante que la realidad. Yo acababa de ver caer la monarquía, y luego he asistido a las escenas más terribles y más sangrientas. Pues bien: declaro que ninguno de esos grandes cuadros me había causado ni me causó una emoción tan fuerte y tan profunda como la que experimenté, aquel día, a la vista de la antigua morada de mis padres y ante el recuerdo de los días apacibles y de las horas dichosas que yo había pasado allí, sin saber cuánto valían. Puedo decir que fue allí y aquel día, cuando mejor comprendí toda la amargura de las revoluciones.

La población siempre había sido benévola conmigo, pero esta vez la encontré afectuosa, y nunca me vi rodeado de más respeto que ahora, cuando la igualdad brutal estaba fijada en pasquines por todas las paredes. Teníamos que ir a votar juntos al pueblo de Saint-Pierre, a una legua de distancia de nuestro lugar. La mañana de la elección, ante la iglesia se reunieron todos los electores, es decir, toda la población masculina mayor de veinte años. Todos aquellos hombres se alinearon de dos en dos, por orden alfabético. Yo quise colocarme en el puesto que me correspondía por mi

apellido, porque sabía que, en los países y en los tiempos democráticos, hay que hacerse poner a la cabeza del pueblo, y no ponerse uno mismo. Al final de la larga fila, venían, en caballos de albardas o en carros, los débiles o los enfermos que habían querido seguirnos. No quedaban en el lugar más que los niños y las mujeres. En total, éramos ciento setenta. Al llegar a lo alto de la colina que domina Tocqueville, nos detuvimos un momento. Me dijeron que querían que yo hablase. Me subí, pues, al declive de una zanja, formaron un círculo a mi alrededor y dije algunas palabras que la ocasión me dictó. Recordé a aquellas buenas gentes la gravedad y la importancia del acto que iban a realizar, les recomendé que no se dejasen acercar ni apartar por individuos que, a nuestra llegada al pueblo, podrían tratar de engañarles, sino que caminasen sin separarse y que se mantuviesen juntos, cada uno en su sitio, hasta que se hubiese votado. «Que nadie —dije— entre en una casa para comer algo o para secarse (era un día de lluvia), antes de haber cumplido con su deber.» Gritaron que así lo harían, y así lo hicieron. Todos los votos fueron entregados al mismo tiempo, y tengo motivos para pensar que casi todos fueron para el mismo candidato.

Inmediatamente después de haber votado yo, les dije adiós, y, subiendo a un coche, me marché a París.

V

Primera reunión de la Asamblea constituyente.—
Aspecto de aquella Asamblea.

No me detuve en Valognes más que para decir adiós a algunos de mis amigos. Varios se separaron de mí con lágrimas en los ojos, porque era una creencia extendida en la provincia que los representantes iban a estar expuestos a grandes peligros en París. Algunas buenas gentes me dijeron: «Si atacan la Asamblea Nacional, iremos a defenderos». Lamento no haber visto entonces, en aquellas palabras, más que unas expresiones vacías, porque, efectivamente, vinieron todos ellos y muchos más, como luego se verá.

Hasta París, no supe que yo había tenido 110.704 sufragios, de un total aproximado de 120.000 votantes. Los colegas que se me habían dado habían pertenecido, en su mayoría, a la antigua oposición dinástica; sólo dos habían profesado opiniones republicanas antes de la revolución, y eran lo que en la jerga del momento se llamaba republicanos de antes.

Como se sabe, lo mismo ocurrió en la mayor parte de Francia.

Ha habido revolucionarios más malvados que los de 1848, pero no creo que nunca los haya habido más tontos: no supieron ni servirse del sufragio universal, ni prescindir de él. Si hubieran hecho las elecciones al día siguiente del

24 de febrero, cuando las clases altas estaban aturdidas por el golpe que acababan de recibir, y cuando el pueblo estaba más emocionado que descontento, habrían obtenido tal vez una Asamblea según sus deseos. Si hubieran optado, audazmente, por la dictadura, habrían podido conservarla algún tiempo en sus manos. Pero se entregaron a la nación, y, al propio tiempo, hicieron todo lo que podía alejarla de ellos. La amenazaron, mientras se entregaban a ella. La amedrentaron con la audacia de sus proyectos y con la violencia de su lenguaje, y la invitaron a la resistencia con la debilidad de sus actos. Adoptaron el aire de ser sus preceptores, al mismo tiempo que se sometían a ella. En lugar de abrir sus filas después de la victoria, las cerraron celosamente, y parecieron, en una palabra, haberse entregado a resolver este problema insoluble, a saber: gobernar con la mayoría, pero contra el gusto de ésta.

Siguiendo los ejemplos del pasado sin comprenderlos, se imaginaron, tontamente, que bastaba convocar a la gente a la vida política para unirla a su causa, y que, para hacer amar la república, era suficiente otorgar unos derechos sin procurar unos beneficios. Olvidaban que sus precursores, al mismo tiempo que hacían electores a todos los campesinos, destruían el feudo, proscribían la *corvée*, abolían los demás privilegios señoriales y repartían entre los antiguos siervos los bienes de los antiguos nobles, mientras que ellos no podían hacer nada semejante. Al implantar el sufragio universal, creyeron convocar al pueblo en ayuda de la revolución, y lo único que hicieron fue darle armas contra ella. Sin embargo, estoy lejos de creer que fuese imposible hacer brotar pasiones revolucionarias incluso en el campo. En Francia, todos los labradores tienen alguna porción de tierra, y, en su mayoría, tienen hipotecada su pequeña hacienda. Su enemigo ya no era el noble, sino el acreedor, y era a éste al que convenía atacar. No había que prometer la abolición del derecho de propiedad, sino la abolición de las deudas. Los demagogos de 1848 no se percataron de este medio. Se mostraron mucho más torpes que sus precursores, sin ser por ello más honestos, porque fueron tan violentos y tan inicuos en sus deseos como los otros lo habían sido en sus actos. Pero, para realizar actos de iniquidad violenta, no le basta a un gobierno con querer, ni siquiera con poder, sino que es necesario también que las costumbres, las ideas y las pasiones de la época se presten a ello.

Las elecciones fueron, pues, en su mayoría, contrarias al partido que había hecho la revolución, y tenían que serlo.

Éste, no por ello dejó de experimentar una sorpresa muy dolorosa. A medida que veía rechazados a sus candidatos, entraba en una gran tristeza y en una gran cólera, se le oía quejarse, ora tiernamente, ora duramente, de la nación, a la que trataba de ignorante, de ingrata, de insensata, enemiga de su propio bien. Me recordaba al Arnolphe de Molière, cuando dice a Agnès: «pero, en fin, *¿por qué no amarme, señora impúdica?*».

Lo que no era ridículo, sino realmente siniestro y terrible, era el aspecto de París, cuando yo llegué. Encontré en la ciudad a cien mil obreros armados, ordenados en regimientos, sin trabajo, muriendo de hambre, pero con el espíritu atiborrado de teorías huecas y de esperanzas quiméricas. Vi la sociedad partida en dos: los que no poseían nada, unidos en una común codicia, y los que poseían algo, en una común angustia. Ya no había lazos ni simpatías entre aquellas dos grandes clases: por todas partes, la idea de una lucha inevitable y próxima. Ya los burgueses y el pueblo —porque habían vuelto a emplearse estos antiguos nombres de guerra— habían llegado a las manos, con suertes contrarias, en Rouen y en Limoges. En París, no pasaba día sin que los propietarios fuesen atacados o amenazados en su capital o en sus rentas. Tan pronto se quería que diesen trabajo sin vender, como que liberasen a sus inquilinos del precio de los alquileres, cuando ellos mismos no tenían otras rentas para vivir. Y se plegaban cuanto podían a todas aquellas tiranías, a la vez que trataban de sacar partido, por lo menos, de su debilidad, haciéndola pública. En los periódicos de entonces, yo recuerdo haber leído, entre otras cosas, este anuncio, que todavía me impresiona como un modelo de vanidad, de poltronería y de estupidez, mezcladas bastante artificiosamente: «Señor redactor —se decía—, me valgo de la voz de su periódico, para comunicar a mis inquilinos que, deseando poner en práctica con ellos los principios de fraternidad que deben guiar a los verdaderos demócratas, entregaré a aquellos de mis inquilinos que la reclamen carta de pago definitiva del importe del próximo plazo».

Mientras tanto, una sombría desesperación se había apoderado de aquella burguesía tan oprimida y amenazada, y aquella desesperación se convertía, insensiblemente, en coraje. Yo siempre había creído que no se podía esperar la regulación gradual y pacífica del movimiento de la revolución de Febrero, y que no se detendría más que de repente, mediante una gran batalla que se daría en París. Lo había dicho desde el día siguiente del 24 de febrero, y lo que vi

entonces me persuadió de que aquella batalla no sólo era, efectivamente, inevitable, sino que el momento estaba próximo, y que era de desear que se aprovechase la primera ocasión para entablarla.

La Asamblea Nacional se reunió, por fin, el 4 de mayo. Hasta última hora se dudó de que pudiera hacerlo. Creo que los más ardientes de los demagogos tuvieron varias veces, en efecto, la tentación de prescindir de ella, pero no se atrevieron: estaban anonadados bajo el peso de su propio dogma de la soberanía del pueblo.

Debería tener ante mis ojos el cuadro que ofreció la Asamblea en su comienzo, pero encuentro, por el contrario, que ese recuerdo me ha quedado muy confuso. Sería erróneo creer que los acontecimientos quedan presentes en la memoria sólo en razón de su importancia o de su grandeza. Son, más bien, ciertas pequeñas particularidades que en ellos se encuentran las que los hacen penetrar profundamente en el espíritu y los unen a él, de un modo duradero. Sólo recuerdo que gritamos quince veces: «¡Viva la república!» en el curso de la sesión, haciéndonos competencia unos a otros. La historia de las asambleas está llena de incidentes análogos, y en ellas se ve constantemente cómo un partido exagera la expresión de los sentimientos que tiene para poner en apuros a su adversario, y cómo éste finge los sentimientos que no tiene para esquivar la trampa. Todos, pues, se empujaban, mediante un esfuerzo común, o bien más allá de la verdad, o bien en sentido opuesto a la verdad. Por lo demás, yo creo que, en este caso, el grito fue sincero, de una y otra parte, sólo que respondía a pensamientos distintos o incluso contrarios. Entonces, todos querían conservar la república, pero unos querían servirse de ella para atacar, y otros para defenderse. Los periódicos de la época hablaron del entusiasmo de la Asamblea y del de la multitud. Hubo mucho ruido, pero entusiasmo, no. Todos estaban demasiado preocupados del día siguiente, para dejarse apartar muy lejos de aquella idea por ningún tipo de sentimiento.

Un decreto del gobierno provisional había establecido que los representantes llevarían el traje de los convencionales, y, sobre todo, el chaleco blanco de solapas con el que siempre se presentaba a Robespierre en el teatro. Creí, al principio, que aquella bonita idea se le había ocurrido a Ledru-Rollin o a Louis Blanc, pero luego supe que se debía a la florida y literaria imaginación de Armand Marrast. Como se sabe, nadie obedeció al decreto, ni siquiera su autor: sólo

Caussidière se disfrazó de la manera indicada. Eso hizo que me fijase en él, porque yo no le conocía, como no conocía a la mayor parte de los que iban a llamarse Montañeses, siempre para ajustarse a los recuerdos del 93. Vi un cuerpo muy grande y muy gordo, sobre el que estaba colocada una cabeza triangular, muy expresiva, profundamente clavada entre los dos hombros. Le encontré una mirada astuta y mordaz, con un aire de bondad extendido por el resto de la cara. Era, en resumen, una masa de materia sumamente informe, pero en la que se agitaba un espíritu bastante sutil para saber sacar partido de su rudeza y de su ignorancia.

Al día siguiente y al otro, los miembros del gobierno provisional nos contaron, sucesivamente, lo que habían hecho desde el 24 de febrero. Cada uno habló muy bien de sí mismo e incluso bastante bien de sus colegas, aunque sería difícil encontrar a unos hombres que entre sí se odiasen más sinceramente que aquéllos. Al margen de los odios y de los celos políticos que los separaban, me pareció, además, que sentían los unos respecto a los otros esa peculiar irritación que experimentan unos viajeros que se han visto obligados a convivir en el mismo barco, durante una larga y tormentosa travesía, sin llegar a simpatizar ni a entenderse. En aquella primera sesión, vi reaparecer a casi todos los parlamentarios entre los que yo había vivido. A excepción de M. Thiers, que había fracasado; del duque de Broglie, que no se había presentado, según creo, y de los señores Guizot y Duchâtel, que habían huido, estaban allí todos los oradores célebres y la mayoría de los parlantes conocidos del antiguo mundo político, pero se encontraban como desorientados, se sentían aislados y recelosos, daban miedo y tenían miedo, dos contrarios que en política se encuentran a menudo. Entonces, no poseían nada de esa influencia que el talento y la experiencia les devolvieron en seguida. Todo el resto de la Asamblea era tan novicio como si acabásemos de salir del antiguo régimen, porque, a causa de la centralización, y como la vida pública había estado siempre encerrada en los simples límites de las Cámaras, todos los que no habían sido ni pares ni diputados apenas sabían lo que era una Asamblea, ni cómo había que conducirse y hablar en ella; ignoraban totalmente las costumbres cotidianas y los usos más corrientes; estaban distraídos en los momentos decisivos, y escuchaban muy atentamente las cosas sin importancia. Recuerdo que, el segundo día, todos aquellos recién llegados se apretujaron alrededor de la tribuna y exigieron que se hiciese un gran silencio para oír mejor la

lectura del acta de la sesión anterior, creyendo que aquella acta insignificante era una pieza capital. Estoy seguro de que novecientos campesinos ingleses o americanos, cogidos al azar, presentarían mucho mejor el aspecto de un gran cuerpo político.

En las gradas de arriba, siempre a imitación de la Convención Nacional, se habían situado los hombres que profesaban las opiniones más radicales y más revolucionarias. Allí estaban muy mal, pero así adquirían el derecho a llamarse Montañeses, y, como los hombres gustan de nutrirse de gratas fantasías, aquéllos alardeaban, muy temerariamente, de parecerse a los célebres malvados de quienes tomaban el nombre.

Aquellos Montañeses no tardaron en dividirse en dos bandos muy distintos: los revolucionarios de la vieja escuela y los socialistas, aunque los dos matices no estaban claros. Se pasaba del uno al otro, por unos tintes imperceptibles: los Montañeses propiamente dichos tenían en el cerebro, casi todos, algunas ideas socialistas, y los socialistas aceptaban muy gustosamente los procedimientos revolucionarios de los primeros, pero los unos diferían de los otros bastante profundamente para que les fuese imposible marchar siempre de acuerdo, y eso fue lo que nos salvó. Los socialistas eran los más peligrosos, porque respondían más exactamente al verdadero carácter de la revolución de Febrero y a las únicas pasiones que ésta había hecho nacer, pero eran gentes más de teoría que de acción, y, para trastornar la sociedad a su gusto, habrían necesitado la energía práctica y la ciencia de las insurrecciones que sólo sus colegas dominaban.

Desde el sitio que yo ocupaba, podía oír fácilmente lo que se decía en los bancos de la Montaña, y, sobre todo, ver lo que allí se hacía. Esto me permitió estudiar bastante minuciosamente a los hombres que se sentaban en aquella parte de la Cámara. Fue para mí como el descubrimiento de un nuevo mundo. Nos consolamos de no conocer los países extranjeros, pensando que conocemos, al menos, nuestro propio país, y nos equivocamos, porque siempre descubrimos en éste comarcas que no habíamos visitado y tipos de hombres que son nuevos para nosotros. Yo lo comprobé muy bien en aquella ocasión. Tanto me sorprendieron el idioma y las costumbres de los Montañeses, que me pareció que veía a tales hombres por primera vez. Hablaban una jerga que no era, en realidad, ni el francés de los ignorantes ni el de los letrados, pero que tenía defectos del uno y del otro, pues abundaba en grandes palabras y en expresiones

rebuscadas. De aquellos bancos de la Montaña, se oía salir un chorro continuo de apóstrofes injuriosos o joviales. Al propio tiempo, se hacían allí muchos chistes y frases, y se adoptaba, alternativamente, un tono muy impúdico y unos aires muy presuntuosos. Evidentemente, aquellos hombres no pertenecían más a la taberna que al salón. Yo creo que habían afinado sus costumbres en la zona intermedia de los cafés, y alimentado su espíritu sólo con la literatura de los periódicos. En todo caso, era la primera vez, desde el comienzo de la revolución, que aquella especie se producía en una de nuestras asambleas, en las que jamás había estado representada hasta entonces, a no ser por individuos aislados e inadvertidos, más preocupados de no dejarse ver que de exhibirse.

La Asamblea constituyente tenía otros dos aspectos que me parecieron tan nuevos como éste, aunque muy diferentes de él. Se componía de un número infinitamente mayor de grandes propietarios e incluso de gentiles-hombres, que cualquier otra de las Cámaras elegidas en los tiempos en que la condición necesaria para ser elector y para ser elegido era el dinero. Y se encontraba en ella un partido religioso más numeroso y más fuerte que bajo la propia Restauración: yo contaba en él tres obispos, algunos vicarios generales y un dominico, mientras que Luis XVIII y Carlos X nunca habían logrado hacer elegir más que a un solo abad.

La abolición de todo censo, que hacía depender de los ricos a una parte de los electores, la visión de los peligros de la propiedad, que impulsaba al pueblo a elegir como representantes a los que más interés tenían en defenderla, son las razones principales que explican la presencia de aquel gran número de propietarios. La elección de los eclesiásticos se debía a causas semejantes, y a una causa diferente y todavía más digna de ser tenida en cuenta. Esta causa era un retorno casi general y verdaderamente inesperado de una gran parte de la nación a las cosas religiosas.

La revolución del 92, al atacar a las clases altas, las había apartado de la irreligión, las había hecho tocar con el dedo, si no la verdad, al menos la utilidad social de las creencias. Esta lección se había perdido para la clase media, que quedó como su heredera política y se convirtió en su celosa rival, y que se había vuelto incluso más incrédula, a medida que la otra parecía volverse devota. La revolución de 1848 acababa de hacer, en pequeño, respecto a la burguesía, lo que la del 92 había hecho respecto a la nobleza: los mismos

reveses, los mismos terrores, el mismo retorno, era el mismo cuadro, sólo que pintado más en pequeño y con unos colores menos vivos, y, sin duda, menos duraderos. El clero había facilitado aquella conversión, al apartarse de todos los antiguos partidos políticos, volviendo al antiguo y verdadero espíritu de todo clero católico, que es el de no pertenecer más que a la Iglesia, Así, pues, profesaba, de buen grado, opiniones republicanas, a la vez que daba a los viejos intereses la garantía de sus tradiciones, de sus costumbres y de su jerarquía. Era aceptado y estimado por todos. Los sacerdotes que vinieron a la Asamblea disfrutaron siempre en ella de una consideración muy grande, y la merecieron por su buen sentido, su moderación e incluso su modestia. Algunos de ellos trataron de brillar en la tribuna, pero nunca pudieron aprender el lenguaje de la política: lo habían olvidado, desde hacía mucho tiempo, y todos sus discursos se transformaban, insensiblemente, en homilías.

Por lo demás, el sufragio universal había removido el país de arriba a abajo, sin sacar a luz a ningún hombre nuevo que mereciese ser distinguido. Yo siempre he pensado que, cualquiera que sea el procedimiento seguido en una elección general, la mayoría de los hombres notables que la nación posee llega, en fin, a ser elegida. El sistema electoral que se adopte no ejerce una gran influencia más que sobre la especie de los hombres ordinarios que componen la Asamblea y que constituyen el fondo de todo cuerpo político. Éstos pertenecen a unas categorías muy diferentes y tienen disposiciones muy diversas, según que la elección se haya efectuado por un sistema o por otro. Nada me confirmó más en esta idea, que la visión de la Asamblea constituyente. Casi todos los hombres que representaron en ella los primeros papeles me eran conocidos ya, pero el enjambre de todos los demás no se parecía a nada de lo que yo hubiera visto hasta entonces.

Debo decir que, en conjunto, aquella Asamblea valía más, en mi opinión, que cualquiera de las que había conocido. Había en ella más hombres sinceros, desinteresados, honestos y, sobre todo, valerosos, que en las Cámaras de diputados en medio de las que yo había vivido.

La Asamblea constituyente había sido elegida para afrontar la guerra civil: ése fue su mérito principal. Mientras hubo que combatir, en efecto, fue grande. No pasó a ser insignificante más que después de la victoria y cuando comprendió que se hundía, precisamente a consecuencia y como bajo el peso de aquella victoria.

Yo elegí mi sitio al lado izquierdo de la sala, en un banco desde el que se podía oír fácilmente a los oradores y dirigirse a la tribuna cuando era uno mismo el que deseaba hablar. Un gran número de mis antiguos amigos se vino a mi lado: Lanjuinais, Dufaure, Corcelle, Beaumont y algunos otros se sentaron en las proximidades.

Quiero decir algo de aquella sala en sí misma, aunque todo el mundo la conozca. Esto es necesario para la mejor inteligencia del relato, y, por otra parte, aunque ese monumento de madera y de yeso durará, probablemente, más que la república a la que sirvió de cuna, no creo que su existencia sea muy larga, y, cuando haya sido destruida, muchos de los acontecimientos que allí se han producido serán difíciles de comprender.

La sala formaba un rectángulo de enorme longitud. A un extremo, estaba adosada la mesa del presidente y la tribuna. Nueve filas de bancos se elevaban en graderías a lo largo de las otras tres paredes. En el medio, frente a la tribuna, se extendía un amplio espacio vacío que formaba como la arena de un anfiteatro, con la diferencia de que esta arena era cuadrada y no redonda. Así, pues, la mayoría de los oyentes sólo entreveía de lado al que hablaba, y los únicos que le veían de frente estaban muy lejos de él: una disposición especialmente favorable a la desatención y al desorden, porque los primeros, al ver mal al orador y al mirarse siempre los unos a los otros, estaban más ocupados en amenazarse y en apostrofarse que en escuchar, y los otros no escuchaban mucho más, porque, si bien veían perfectamente al que ocupaba la tribuna, le oían mal.

Unas grandes ventanas, situadas en lo alto de la sala, se abrían directamente al exterior, y daban paso al aire y a la luz. Sólo algunas enseñas ornaban las paredes. Afortunadamente, no se había dispuesto del tiempo necesario para reunir en ellas todas esas vulgares alegorías de cartón y de tela con que los franceses gustan de llenar sus monumentos, aunque resulten insulsas para quienes las comprenden, e incomprensibles para el pueblo. El conjunto tenía un aspecto inmenso, una fisonomía fría, grave y casi triste. Se habían preparado sitios para novecientos miembros, asamblea más numerosa que ninguna de las que se habían reunido en Francia desde hacía sesenta años.

Tuve, inmediatamente, la impresión de que la atmósfera de aquella Asamblea me convenía, y, a pesar de la gravedad de los acontecimientos, experimentaba una especie de bienestar que me era desconocido. Por primera vez, en efecto,

desde que yo había entrado en la vida pública, me encontraba unido a la corriente de una mayoría y siguiendo con ella la única dirección que mi gusto, mi razón y mi conciencia me indicaban, sensación nueva y muy dulce. Yo me decía que aquella mayoría rechazaría a los socialistas y a los Montañeses, pero querría, sinceramente, mantener y organizar la república. Yo pensaba como ella acerca de esos dos puntos principales. Yo no tenía ninguna fe monárquica, ningún afecto ni quejas respecto a ningún príncipe, ninguna causa que defender, fuera de la libertad y de la dignidad humana. Proteger las antiguas leyes de la sociedad contra los innovadores, con ayuda de la nueva fuerza que el principio republicano podía dar al gobierno; hacer triunfar la evidente voluntad del pueblo francés sobre las pasiones y los deseos de los obreros de París; vencer así la demagogia con la democracia, ése era mi único propósito. Jamás objetivo alguno me pareció, a la vez, ni más alto ni más visible. Yo no sé si el trayecto un poco azaroso que era preciso recorrer antes de alcanzarlo no me lo hacía más atractivo aún, porque tengo una inclinación natural a las *aventuras*. La visión muy próxima de un peligro muy grande me disgusta mucho. Pero una pequeña punta de peligro siempre me ha parecido el mejor aderezo que se puede dar a la mayor parte de las acciones de la vida.

VI

Mis relaciones con Lamartine.—Vacilaciones de éste.

Era el momento en que Lamartine se encontraba en el apogeo de su fama: todos aquellos a quienes la revolución había perjudicado o había infundido miedo —es decir, la gran mayoría de la nación— le consideraban como un salvador. París y once departamentos acababan de elegirle para la Asamblea Nacional. No creo que nadie haya suscitado jamás tan vivos entusiasmos como los que él suscitaba entonces; hay que haber visto el amor así aguijoneado por el miedo para saber con qué insensatos ardores pueden amar los hombres. Todos los diputados, que llegaban a París con el deseo de reprimir los excesos de la revolución y de luchar contra el partido demagógico, le consideraban de antemano como su único jefe, y esperaban que acudiese a ponerse, sin vacilaciones, a su cabeza, para atacar y abatir a los socialistas y a los demagogos. En seguida se dieron cuenta de que se equivocaban, y vieron que Lamartine no entendía de una manera tan simple el papel que le quedaba por desempeñar. Hay que reconocer que su posición era muy compleja y muy difícil. Se olvidaba entonces, pero él, precisamente, no podía olvidar que había contribuido más que nadie al éxito de la revolución de Febrero. En aquel momento, el terror borraba ese recuerdo del espíritu del pueblo, pero la seguridad pública no podía dejar de recor-

darlo muy pronto. Era fácil de prever que, en cuanto se hubiera detenido la corriente que había llevado las cosas hasta el punto en que se encontraban, se formaría una corriente contraria que impulsaría a la nación en sentido opuesto, más rápidamente y más lejos de lo que Lamartine podía ni quería ir. El éxito de los Montañeses traería su ruina inmediata, pero la derrota completa de aquellos hombres le inutilizaría y, antes o después, podía y debía hacer salir el gobierno de sus manos. Así, pues, veía para él casi tantos daños y peligros en vencer como en ser vencido.

Creo, en efecto, que, si Lamartine se hubiera puesto resueltamente, desde el primer día, a la cabeza del inmenso partido que trataba de frenar y de regular la revolución, y si hubiera logrado conducirlo a la victoria, no habría tardado en ser enterrado en su triunfo, pues no habría podido detener a tiempo su ejército, que en seguida le habría dejado atrás para entregarse a otros dirigentes.

Cualquiera que fuese la conducta que adoptase, no me parece que le fuera posible retener el poder por mucho tiempo. Creo que no le quedaba más opción que la de perderlo con gloria, salvando al país. Lamartine no era, seguramente, hombre capaz de sacrificarse de esta manera, ni de otra. No sé si he encontrado, en este mundo de ambiciones egoístas en medio del cual he vivido, un espíritu más ajeno que el suyo a la idea del bien público. En ese mundo, he visto a muchos hombres defraudar al país, por medrar: es la perversidad normal. Pero creo que Lamartine es el único que siempre me ha parecido dispuesto a trastornar el mundo, por distraerse. Tampoco he conocido jamás un espíritu menos sincero, ni que tuviera un desprecio más completo por la verdad. Cuando digo que la desprecia, digo mal: nunca la ha respetado lo suficiente para ocuparse de ella, de ningún modo. Al hablar o al escribir, se aparta de la verdad o vuelve a ella, sin preocuparse, sólo atento a un determinado efecto que quiere producir en ese instante.

No había vuelto a ver a Lamartine, desde la jornada del 24 de febrero. Le descubrí, por primera vez, la víspera de la reunión de la Asamblea, en la nueva sala adonde yo iba a elegir mi sitio, pero no le hablé. Estaba rodeado entonces de algunos de sus nuevos amigos. En cuanto me vio, fingió tener algo que hacer en el otro extremo de la sala, y se alejó de mí precipitadamente. Y en seguida me mandó decir por Champeaux (que le pertenecía, mitad como amigo, mitad como criado) que no me pareciese mal que me rehuyera, que su situación le obligaba a conducirse así respecto a los

antiguos parlamentarios, y que yo tenía un sitio, desde luego, entre los futuros dirigentes de la república, pero que era preciso esperar a que se superasen las primeras dificultades del momento, para poder entendernos directamente. Champeaux se declaró, además, encargado de preguntarme mi parecer acerca de la situación; yo se lo di, con mucho gusto, pero inútilmente. Aquello estableció ciertas relaciones indirectas entre Lamartine y yo, con Champeaux como intermediario. Éste vino a verme con frecuencia para informarme, en nombre de su patrón, de las incidencias que se preparaban, y yo fui a verle, alguna vez, a un pequeño apartamento que él ocupaba bajo las buhardillas de una casa de la calle Saint-Honoré: se retiraba allí para recibir las visitas comprometidas, aunque tenía un alojamiento en los Negocios Extranjeros.

Solía encontrarle rodeado de solicitantes, porque la mendicidad política, en Francia, es de todos los regímenes, y se acrecienta incluso con las revoluciones que se hacen para acabar con esa venalidad, porque todas las revoluciones arruinan a un cierto número de hombres, y porque, en nuestro país, un hombre arruinado nunca cuenta más que con el Estado para rehacerse. En aquella multitud de mendigos, los había de todas las especies, y todos acudían atraídos por aquel reflejo de poder con que la amistad de Lamartine iluminaba muy pasajeramente a Champeaux. Recuerdo, entre otros, a un cierto cocinero, hombre poco ilustre en su oficio, según me parecía, que quería entrar, decididamente, al servicio de Lamartine, convertido —decía él— en presidente de la república. «Pero no lo es todavía —le gritaba Champeaux—. Si todavía no lo es —replicaba el otro—, como usted asegura, lo va a ser, y tiene que preocuparse ya de su cocina.» Para desembarazarse de la obstinada ambición de aquel pinche, Champeaux le prometió colocar su nombre ante los ojos de Lamartine, en cuanto éste fuese presidente de la república, y el pobre hombre se marchó, muy satisfecho, soñando, sin duda, con las glorias absolutamente imaginarias de sus guisos.

En aquel tiempo, yo frecuentaba bastante asiduamente a Champeaux, aunque era muy vanidoso, muy hablador y muy pesado, porque, al hablar con él, yo me ponía al corriente de las ideas y de los proyectos de Lamartine, mejor de lo que habría podido hacerlo escuchando a su propio patrón. El talento de Lamartine se reflejaba en la estupidez de Champeaux como el sol en un vidrio ahumado, que nos lo hace ver sin fulgores, pero más claro que a simple vista. Yo ob-

servaba sin esfuerzo que, en aquel mundo, todos acariciaban casi las mismas quimeras que el cocinero de quien acabo de hablar, y que el propio Lamartine saboreaba ya en el fondo de su corazón las mieles de aquel poder soberano que, sin embargo, estaba escapándosele de las manos, precisamente en aquel momento. Lamartine seguía entonces el camino tortuoso que había de conducirle tan pronto a su pérdida, al esforzarse por dominar a los Montañeses sin abatirlos, y por contener el fuego revolucionario sin apagarlo, de modo que diese al país bastante seguridad para que le bendijese por ello, pero no tanta que lo olvidase. Lo que él temía, sobre todo, era dejar caer de nuevo la dirección de la Asamblea en las manos de los viejos jefes parlamentarios. Creo que ésa era entonces su pasión dominante. Se vio claramente con motivo de la discusión acerca de la constitución del poder ejecutivo; jamás los partidos mostraron mejor esa especie de hipocresía pedante que les hace ocultar sus intereses tras las teorías generales. Es el espectáculo habitual, pero, aquella vez, fue más evidente que de costumbre, porque la necesidad del momento forzó a cada partido a escudarse tras unas teorías que le eran totalmente ajenas, o incluso absolutamente contrarias. El antiguo partido realista sostuvo que la Asamblea debía gobernar por sí misma y elegir a los ministros, con lo que se acercaba a la demagogia, y los demagogos pretendieron que era necesario remitir el poder ejecutivo a una comisión permanente, la cual gobernaría y elegiría a todos los agentes de la administración, sistema que se acercaba a las ideas monárquicas. Toda aquella verborrea quería decir que unos deseaban apartar del poder a Ledru-Rollin, y los otros deseaban mantenerlo.

La nación veía entonces en Ledru-Rollin la imagen sangrienta del Terror. Veía el genio del mal en Ledru-Rollin, como en Lamartine veía el genio del bien, y se equivocaba en las dos cosas. Ledru no era más que un muchacho grande, muy sensual y muy sanguíneo, carente de principios y casi de ideas, sin verdadera audacia de espíritu ni de corazón, e incluso sin maldad, porque tenía buenos deseos, por naturaleza, para todo el mundo, y era incapaz de hacer cortar el cuello a ninguno de sus adversarios, a no ser, quizá, por reminiscencias históricas o por condescendencia con sus amigos.

El resultado del debate se mantuvo dudoso por largo tiempo: Barrot hizo que se inclinase contra nosotros, al pronunciar un bellísimo discurso en favor nuestro. He asis-

tido a muchos de estos incidentes imprevistos en la guerra parlamentaria, y he visto cómo los partidos se engañan constantemente del mismo modo, porque no piensan nunca más que en el placer que a ellos les procura la palabra de su gran orador, y jamás en la peligrosa excitación que va a producir en sus adversarios.

Cuando Lamartine, que hasta entonces se había mantenido en silencio —y yo creo que indeciso—, oyó, por primera vez desde febrero, resonar de nuevo con brillantez y con éxito la voz del antiguo jefe de la izquierda, se decidió inmediatamente y pidió la palabra. «Comprenderá usted —me dijo Champeaux, al día siguiente— que, ante todo, había que impedir que la Asamblea adoptase una resolución de acuerdo con la opinión de Barrot.» Lamartine habló, pues, y, según su costumbre, habló de una manera brillante.

La mayoría, que había entrado ya por el camino abierto por Barrot, desanduvo lo andado al escucharle (porque aquella Asamblea estaba más sometida a los fraudes de la elocuencia que ninguna otra que yo haya conocido, era lo bastante novicia y lo bastante inocente para buscar las razones de su conducta en los discursos de los oradores). Así, Lamartine ganó su causa, pero frustró su suerte, porque aquel día hizo brotar unos recelos que muy pronto se acrecentaron y le precipitaron desde la cumbre de la popularidad que ocupaba, más rápidamente de lo que había subido. Las sospechas tomaron cuerpo desde el día siguiente, cuando se le vio patrocinar a Ledru-Rollin, y forzar la mano a sus propios amigos para conseguir de ellos que le diesen a éste por colega en la comisión ejecutiva. Ante aquel espectáculo, hubo en la Asamblea y en el país una decepción, un terror y una cólera indescriptibles. Por mi parte, yo experimenté estos dos últimos sentimientos, en el más alto grado. Veía claramente que Lamartine abandonaba el gran camino que nos apartaba de la anarquía, y no podía adivinar a qué abismo iba a conducirnos al seguir los extraviados derroteros que emprendía. En efecto, ¿cómo prever adónde puede ir una imaginación siempre inquieta, a la que la razón o la virtud no ponen un límite? El buen sentido de Lamartine no me tranquilizaba más que su desinterés, y, en realidad, yo le creía capaz de todo, excepto de comportarse cobardemente y de hablar de un modo vulgar.

Confieso que las jornadas de junio modificaron un poco la opinión que entonces tenía de su manera de actuar. Aquellas jornadas me demostraron que nuestros adversarios eran

más numerosos, estaban mejor organizados y, sobre todo, eran más decididos de lo que yo creía.

Lamartine, al no haber visto, desde hacía dos meses, más que París, y al haber vivido, por así decirlo, durante aquel tiempo, en el interior mismo del partido revolucionario, exageraba naturalmente la potencia de éste y la inercia de Francia, con lo que iba más allá de la realidad. Pero yo no sé si, por mi parte, no exageraba las ideas contrarias. El camino a seguir me parecía tan bien trazado y tan evidente, que no admitía que alguien pudiera apartarse de él por error. Me parecía clarísimo que había que apresurarse a aprovechar la fuerza moral que la Asamblea poseía, para salir de las manos del pueblo y apoderarse audazmente del gobierno, y, mediante un gran esfuerzo, consolidarlo. Me parecía que todo retraso disminuiría nuestras fuerzas y acrecentaría las de nuestros adversarios.

En efecto, fue durante las seis semanas transcurridas desde la reunión de la Asamblea hasta las jornadas de junio cuando los obreros de París se decidieron a la resistencia, se animaron, se organizaron, se proporcionaron municiones y armas, y se prepararon, en fin, para la lucha. Es posible, de todos modos, que las vacilaciones de Lamartine y su semiconnivencia con el enemigo, que le perdieron a él, nos hayan salvado a nosotros, pues entretuvieron a los jefes de la Montaña y los dividieron. Los Montañeses de la vieja escuela a los que se mantenía en el gobierno se separaron de los socialistas, a los que se excluía. Si todos hubieran estado unidos por un interés común e impulsados por una misma desesperación ante nuestra victoria, como acabaron estándolo después, puede ponerse en duda que esa victoria hubiera sido alcanzada. Cuando pienso que estuvimos a punto de perecer, a pesar de que no teníamos contra nosotros más que el ejército revolucionario sin sus jefes, me pregunto cuál habría sido la suerte del combate si esos jefes se hubieran presentado y si la insurrección hubiera podido apoyarse en un tercio de la Asamblea Nacional.

Lamartine veía esos peligros desde más cerca y más claramente que yo, y hoy pienso que el temor a provocar un conflicto mortal influyó en su conducta tanto como la ambición. He debido considerarlo así, ya entonces, al escuchar a Mme. de Lamartine, cuyos terrores por la seguridad de su marido e incluso por la de la Asamblea eran excesivos. «Tened cuidado —me recomendaba, siempre que me veía— de no extremar las cosas. No conocéis las fuerzas del partido revolucionario. Si entramos en lucha con

él, pereceremos todos.» Me he reprochado frecuentemente el no haber cultivado más la relación de Mme. de Lamartine, porque siempre he encontrado en ella una auténtica virtud, pero le añadía casi todos los defectos que pueden incorporarse a la virtud y que, sin alterarla, la hacen menos amable: un carácter dominante, mucho orgullo, un espíritu recto, pero rígido y, a veces, rudo, de tal modo que no se podía ni dejar de respetarla, ni sentirse a gusto a su lado.

VII

El 15 de mayo de 1848.

El partido revolucionario no se había atrevido a oponerse a la reunión de la Asamblea, pero no quería dejarse dominar por ésta; más bien, por el contrario, aspiraba a tenerla bajo su férula y a obtener de ella, mediante la coacción, lo que la simpatía le negaba. Los clubes resonaban ya de amenazas y de injurias contra los representantes. Y, como los franceses, en sus pasiones políticas, son tan razonadores como irracionales, en el seno de aquellas asambleas populares se trabajaba sin descanso en la fabricación de los principios a los que después pudieran ajustarse los actos de violencia. Se sostenía que el pueblo, siempre superior a sus mandatarios, no enajena jamás completamente su voluntad en manos de éstos, principio verdadero del que se sacaba, muy falsamente, la consecuencia de que los obreros de París eran el pueblo francés. Una grande y vaga agitación no había dejado de reinar en la ciudad, desde nuestra primera sesión. La muchedumbre se reunía todos los días en las calles y en las plazas, y se encontraba allí sin dirección, como las olas del océano en la marejada. Los accesos de la Asamblea estaban siempre ocupados por un tropel de aquellos temibles ociosos. Un partido demagógico tiene tantas cabezas, el azar tiene siempre tanta importancia en sus actos, y la cordura tan poca, que es casi impo-

sible decir, ni antes ni después del acontecimiento, lo que ese partido quiere o lo que ha querido. Sin embargo, mi opinión entonces era, y ha seguido siendo después, que los principales demagogos no trataban de destruir la Asamblea y que no procuraban más que servirse de ella oprimiéndola. El ataque de que la hicieron objeto el 15 de mayo me pareció más bien destinado a amedrentarla que a abatirla; fue, por lo menos, una de esas empresas de carácter equívoco, tan frecuentes en los tiempos de agitación popular, cuyos promotores tienen buen cuidado de no trazar ni definir exactamente, de antemano, ni el plan, ni el objetivo, a fin de poder *detenerse* en una *demostración* pacífica o llegar hasta una revolución, según las incidencias del momento.

Se esperaba, desde hacía ocho días, algún intento de este tipo, pero la costumbre de vivir en continuas alarmas acaba haciendo a las asambleas, como a los individuos, incapaces de discernir, entre todos los signos que anuncian la llegada del peligro, el que le precede inmediatamente. Sólo se sabía que se trataba de un gran movimiento popular en favor de Polonia, lo que provocaba una vaga inquietud. Los miembros del gobierno tenían, sin duda, más informaciones y más temores que nosotros, pero ocultaban las unas y los otros, y yo me encontraba demasiado lejos de ellos para penetrar sus pensamientos secretos.

Llegué, pues, a la Asamblea, el 15 de mayo, sin prever lo que iba a pasar. La sesión comenzó, como habría comenzado cualquier otra, y —cosa extrañísima— veinte mil hombres rodeaban ya la sala, sin que ningún ruido del exterior denunciase su presencia. En la tribuna estaba Wolowski, mascullando entre dientes no sé qué lugar común sobre Polonia, cuando el pueblo manifestó, al fin, su proximidad con un grito terrible, que, penetrando de todas partes a través de las ventanas de arriba, que se habían dejado abiertas a causa del calor, cayó sobre nosotros como si hubiera venido del cielo. Yo jamás habría podido imaginar que unas voces humanas, uniéndose, fuesen capaces de producir un ruido tan inmenso, y la visión de la propia multitud, cuando invadió la Asamblea, no me pareció tan formidable como aquel primer rugido que nos hizo escuchar, antes de presentarse. Muchos representantes, cediendo a un primer impulso de curiosidad o de temor, se levantaron. Otros gritaron con fuerza: «¡Quietos!» Todos se sentaron de nuevo, permanecieron en sus bancos y se callaron. Wolowski reanudó su discurso y lo continuó durante algún

tiempo. Creo que fue la primera vez en su vida que se le haya escuchado en silencio, aunque no fuese a él a quien se escuchaba, sino a la multitud, cuyo ruido iba haciéndose, a cada instante, más distinto y más próximo.

De pronto, uno de nuestros cuestores, Degousée, sube solemnemente la escalera de la tribuna, aparta a Wolowski sin hablar, y dice: «En contra de la voluntad de los cuestores, el general Courtais acaba de ordenar a los guardias móviles que defienden la puerta de la Asamblea que envainen las bayonetas». Tras pronunciar estas pocas palabras, se calló. Aquel Degousée, que era un hombre muy bueno, tenía el aspecto más patibulario y la voz más cavernosa que puedan imaginarse. La noticia, el hombre y el sonido contribuían, pues, a causar una impresión extraña. La Asamblea se impresiona, y después se calma, inmediatamente: ya no había nada que hacer. La sala había sido forzada.

Lamartine, que había salido al primer ruido, acababa de presentarse, al fin, en la puerta, con un aire de desconcierto. Había atravesado el gran pasillo central y regresado a su banco a grandes pasos, como perseguido por un enemigo invisible para nosotros. Pero detrás de él aparecieron, casi inmediatamente, algunos hombres del pueblo, que se detuvieron en el umbral, sorprendidos a la vista de aquella inmensa asamblea sentada. En el mismo instante, como el 24 de febrero, las tribunas se abren tumultuosamente: la oleada del pueblo las inunda, las llena y en seguida las desborda. Presionados por la multitud que les sigue y les empuja sin verles, los primeros que llegaron franquean las balaustradas de las tribunas, tratan de encontrar una salida hacia la sala misma, sobre cuyo suelo no estaban a más de diez pies, se dejan colgar a lo largo de las paredes y saltan a la sala, en medio de la asamblea, desde una altura de cinco a seis pies. La caída sucesiva de cada uno de aquellos cuerpos, al golpear el piso uno tras otro, producía un estremecimiento sordo, que al principio, en medio del tumulto, yo tomé por el ruido lejano de un cañoneo. Mientras una parte del pueblo caía así en la sala, otra parte, compuesta principalmente por los jefes de los clubes, nos invadía por todas las puertas. Aquéllos llevaban consigo muchos emblemas del Terror y agitaban en el aire una multitud de banderas, algunas de las cuales estaban coronadas por el gorro rojo.

La muchedumbre llena, en un instante, el gran vacío que había en el centro de la Asamblea, allí se apiña, y en seguida, al encontrarse cerrada, sube por todos los estre-

chos caminos que entre nuestros bancos conducían a los pasillos. Se amontona cada vez más en esos pequeños espacios, sin dejar de agitarse. En medio del movimiento tumultuoso e incesante de aquella muchedumbre, el polvo se hace tan espeso y el calor tan sofocante, que yo tal vez habría salido para respirar, si no se tratase más que del interés público, pero el honor nos tenía clavados en nuestros bancos.

Algunos de los que acababan de invadirnos estaban armados, otros muchos parecían tener armas escondidas, pero de ninguno se diría que tuviese intención de golpearnos. En sus miradas había asombro y malquerencia, más que hostilidad. En muchos, una especie de burda curiosidad a punto de satisfacerse dominaba cualquier otro sentimiento, porque, aun en nuestros motines más sangrientos, se encuentra siempre una multitud de gentes, medio pícaras, medio papanatas, que toman en serio el espectáculo. Por lo demás, no había un jefe común al que pareciese que los otros obedecían; era una turbamulta y no una tropa. Vi entre ellos a hombres borrachos, pero, en su mayoría, sólo parecían dominados por una excitación febril producida por el arrebato y los gritos de fuera, por el tufo, por los apretujones y por el malestar de dentro. Hedían a sudor, aunque la naturaleza y el estado de sus ropas no debían hacerles muy molesto el calor, porque muchos estaban casi despechugados. De aquella multitud, se elevaba un ruido confuso, del que salían, a veces, frases muy amenazadoras. Vi a gentes que nos mostraban el puño, llamándonos funcionarios suyos. Repitieron muchas veces esta expresión. Desde hacía muchos días, los periódicos ultra-democráticos no llamaban a los representantes más que funcionarios del pueblo, y a aquellos pícaros les había gustado la idea. Un momento después, tuve la oportunidad de observar con qué vivacidad y con qué limpieza recibe y refleja las imágenes el espíritu del pueblo. Oí a un hombre de blusa, que decía, a mi lado, a su camarada: «¿Ves, allá, aquel buitre? Me gustaría retorcerle el cuello». Seguí el movimiento de su brazo y de sus ojos, y comprendí inmediatamente que hablaba de Lacordaire, a quien se veía sentado, con su hábito de dominico, en lo alto de las gradas de la izquierda. El deseo me pareció monstruoso, pero la comparación, admirable: el cuello largo y huesudo de aquel padre, saliendo de su capuchón blanco, su cabeza afeitada, rodeada sólo de un mechón de cabello negro, su cara estrecha, su nariz aguileña, sus ojos juntos, fijos y brillantes, le daban, en efecto,

un cierto parecido, que me sorprendió, con el pájaro de presa de que hablaban.

La Asamblea, mientras aquel desorden se producía en su seno, permanecía pasiva e inmóvil en sus bancos, sin resistir, sin plegarse, muda y firme. Algunos miembros de la Montaña fraternizaban con el pueblo, pero a escondidas y en voz baja. Raspail se había apoderado de la tribuna, y se disponía a leer la petición de los clubes. Un joven diputado, d'Adelsward, se levanta y dice: «¿Con qué derecho toma aquí la palabra el ciudadano Raspail?» Se alzan unos gritos furiosos. Unos hombres del pueblo se precipitan sobre d'Adelsward, y se consigue pararlos y contenerlos. Raspail, con gran trabajo de sus amigos, logra un momento de silencio y lee la petición o más bien la orden de los clubes, que nos conmina a pronunciarnos *inmediatamente* en favor de Polonia.

«¡De prisa, esperamos la contestación!», gritan de todas partes. La Asamblea continúa sin dar señales de vida. El pueblo, en su impaciencia y en su desorden, forma un tumulto espantoso que, por lo demás, nos dispensa de contestar. El presidente, Buchez, en quien unos han querido ver a un pícaro y otros a un santo, pero que, sin duda alguna, al menos aquel día, fue un gran animal, agita con todas sus fuerzas la campanilla para imponer silencio, como si el silencio de aquella multitud no hubiera sido más temible que sus gritos, en aquellas circunstancias.

Fue entonces cuando vi aparecer, a su vez, en la tribuna a un hombre a quien no he visto más que aquel día, pero cuyo recuerdo me ha llenado siempre de aversión y de horror. Tenía unas mejillas pálidas y ajadas, unos labios blancos, un aspecto enfermo, avieso e inmundo, una palidez sucia, la apariencia de un cuerpo enmohecido, sin ninguna ropa blanca visible, una vieja levita negra, pegada a unos miembros enjutos y descarnados; parecía haber vivido en una cloaca y se diría que acababa de salir de ella. Me dijeron que era Blanqui.

Blanqui habla algo de Polonia, y luego, centrándose en los asuntos internos, pide venganza de lo que él llamaba las matanzas de Rouen, recuerda amenazadoramente la miseria en la que se tenía al pueblo, y se queja de los primeros errores de la Asamblea respecto a éste. Después de haber animado así a su auditorio, vuelve a Polonia y reclama, como Raspail, un voto inmediato.

La Asamblea continúa inmóvil, el pueblo agitándose y lanzando mil gritos contradictorios, el presidente sacudien-

do su campanilla. Ledru-Rollin trata de conseguir de la multitud que se retire, pero nadie podía ya nada sobre ella. Ledru, casi silbado, abandona la tribuna.

El tumulto renace, crece, se engendra, por así decirlo, de sí mismo, porque el pueblo ya no era bastante dueño de sí para poder comprender siquiera la necesidad de contenerse un momento, para alcanzar el objetivo de su pasión. Pasa un largo rato. Barbès se lanza, al fin, sube a la tribuna, o, mejor, salta a ella. Era uno de esos hombres en los que el demagogo, el loco y el caballero se entremezclan de tal modo que no sabría decirse dónde acaba el uno y empieza el otro, y que no pueden surgir más que en una sociedad tan enferma y tan perturbada como la nuestra. Creo, sin embargo, que en él predominaba el loco, y su locura se volvía furiosa cuando oía la voz del pueblo. Su alma entraba en ebullición, de un modo natural, en medio de las pasiones populares, como el agua puesta al fuego. Desde que la multitud nos había invadido, yo no había quitado los ojos de él, porque le consideraba como el hombre más temible que había entre nuestros adversarios, pues era el más insensato, el más desinteresado y el más decidido de todos. Yo le había visto subir al estrado donde se sentaba el presidente y permanecer allí mucho tiempo, inmóvil, paseando sólo sus miradas agitadas sobre la Asamblea; había observado y hecho observar a mis vecinos la alteración de sus rasgos, su palidez lívida, la agitación convulsiva que a cada instante le hacía retorcer el bigote entre sus dedos: estaba allí como la imagen de la irresolución, inclinándose ya hacia una posición extrema. Esta vez, Barbès acababa de decidirse. Quería resumir, en cierto modo, las pasiones del pueblo y asegurar su victoria precisando su objetivo. «Yo demando —dijo con una voz entrecortada y jadeante— que, inmediatamente y durante la sesión, la Asamblea vote la partida de un ejército para Polonia, un impuesto de mil millones sobre los ricos, la salida de las tropas de París, y la prohibición de tocar alarma. En caso contrario, los representantes serán declarados traidores a la patria.»

Creo que habríamos estado perdidos si Barbès hubiera logrado hacer votar su moción, porque, si la Asamblea la hubiera aprobado, habría quedado sin honor y desarmada y, si la hubiera rechazado —lo que es verosímil—, habría corrido el riesgo de ser degollada. Pero tampoco Barbès pudo conseguir un momento de silencio para que pudieran ponernos en la necesidad de pronunciarnos. El colosal clamor que siguió a sus últimas palabras no se acalló, sino

que, por el contrario, prosiguió bajo mil entonaciones diversas. Barbès se agotó en esfuerzos por dominarlo, pero inútilmente, a pesar de la poderosa ayuda de la campanilla del presidente, que no dejamos de oír resonar durante todo aquel tiempo, como un repique de campanas.

Llevábamos ya dos horas de aquella sesión extraordinaria. La Asamblea resistía, con el oído atento a todos los ruidos de fuera, y esperando que viniesen en nuestra ayuda, pero París parecía una ciudad muerta. Nos esforzábamos por escuchar, inútilmente, porque no nos llegaba ningún rumor.

Aquella resistencia pasiva irritaba y desesperaba al pueblo. Era como una superficie fría y unida, sobre la que su furor resbalaba sin saber a qué agarrarse. Se agitaba y se debatía en vano, sin encontrar una salida a su acción. Mil exclamaciones diversas o contrarias llenaban el aire: «Vámonos —decían unos—... ¡La organización del trabajo!... ¡Un ministerio del trabajo!... ¡El impuesto sobre los ricos!... ¡Queremos a Louis Blanc!» —gritaban otros—. Acabaron pegándose al pie de la tribuna para saber quién subiría a ella. Cinco o seis oradores la ocupaban al mismo tiempo, y, a veces, hablaban todos juntos. Como sucede siempre en los motines, lo ridículo y lo terrible se mezclaban. El calor era tan sofocante, que muchos de los primeros invasores abandonaban la sala, pero eran inmediatamente reemplazados por otros que esperaban a las puertas el momento de entrar. Así, vi bajar, por el corredor que pasaba al lado de mi banco, a un bombero de uniforme: «¡No podemos hacerles votar!» —le gritaron—. «Esperad, esperad —respondió él—, que allá voy yo. ¡Yo les diré a ellos!» E, inmediatamente, se mete el casco, con aire decidido, se lo asegura con el barboquejo, se abre paso entre la multitud derribando todo lo que encuentra, y sube a la tribuna. Se figuraba que iba a encontrarse allí tan a gusto como en un tejado, pero, en cuanto llegó, le faltó la voz y se quedó cortado. El pueblo le gritaba: «¡Habla, bombero, venga!» Pero él no decía nada, y acabaron echándolo de la tribuna. En ese momento, algunos hombres del pueblo cogieron en sus brazos a Louis Blanc y así lo pasearon en triunfo por la sala. Le sostenían por sus cortas piernas, llevándole en hombros. Yo vi que hacía esfuerzos inútiles por escapar de ellos, se replegaba y se retorcía de todos los lados, sin poder escabullirse entre sus manos, a la vez que hablaba con una voz estrangulada y estridente: yo creía ver una serpiente a la que le pellizcan la cola. Al fin, le dejaron sobre un banco, debajo del

mío. Yo le oí gritar: «Amigos míos, el derecho que acabáis de conquistar...» El resto de sus palabras se perdió en el ruido. Me dijeron que, un poco más lejos, Sobrier era llevado de la misma manera.

Un trágico acontecimiento estuvo a punto de interrumpir aquellas saturnales: de pronto, las tribunas del fondo de la sala crujieron, se inclinaron más de un pie bajo el peso, y amenazaron con vaciar en la sala la multitud que las sobrecargaba y que las abandonó, aterrada. Aquel pavoroso incidente suspendió, por un instante, el tumulto, y entonces oí por primera vez, a lo lejos, el ruido viajero de los tambores que tocaban alarma en París. Y como yo, lo escuchó la multitud, que lanzó un largo grito de cólera y de terror. «¿Por qué tocan alarma? —gritó Barbès fuera de sí y encaramándose de nuevo a la tribuna—. ¿Quién toca alarma? ¡Que los que hacen tocar alarma sean declarados fuera de la ley!» Y gritos: «¡Nos traicionan, a las armas! ¡Al Hôtel de Ville!» —se alzan entre el pueblo.

Echan al presidente de su sillón, o, si hemos de creer la versión que él dio después, él se hace echar voluntariamente. Un jefe de club, llamado Huber, sube a la presidencia y allí enarbola una bandera coronada por un gorro rojo. Parece que aquel hombre acababa de sufrir un largo desvanecimiento epiléptico, causado, sin duda, por la excitación y por el calor, y se presentaba en el momento de salir de aquella especie de pesadilla terrible. Aún tenía sus ropas en desorden, y un aire alucinado y salvaje. Gritó dos veces: «¡En nombre del pueblo, engañado por sus representantes, declaro disuelta la Asamblea Nacional!» Su voz, que era tan estrepitosa como una trompeta, al venir así de lo alto, llenó la sala y dominó todos los demás ruidos.

La Asamblea, que ya no tenía presidencia, se dispersa. Barbès y los más audaces de los miembros de los clubes salen para dirigirse al Hôtel de Ville. Esta conclusión estaba lejos de ser del gusto de todo el mundo. Oí a mi lado a gentes del pueblo que decían entre sí, con dolor: «No, no. No es eso lo que queremos». Muchos republicanos sinceros estaban desesperados. En medio de aquel tumulto, fui abordado por Trélat, revolucionario del tipo sentimental y soñador, que había conspirado en favor de la república durante todo el tiempo de la monarquía, y, además, un gran médico, que entonces dirigía uno de los principales hospitales de locos de París, aunque se decía que él estaba un poco loco también. Me tomó de las manos, efusivamente, y, con lágrimas en los ojos, me dijo: «¡Ah, señor, qué desgra-

cia y qué extraño es pensar que son locos, verdaderos locos los que han provocado esto! Los he frecuentado o tratado a todos. Blanqui es un loco, Barbès es un loco, Sobrier es un loco, Huber, sobre todo, es un loco, todos locos, señor, que deberían estar en mi Salpêtrière, y no aquí». Y seguramente, él se habría sumado a la lista, si se conociese tan bien como conocía a sus antiguos amigos. Siempre he pensado que en las revoluciones y, sobre todo, en las revoluciones democráticas, los locos, no aquéllos a quienes se da ese nombre por metáfora, sino los verdaderos, han desempeñado un papel político muy considerable. Y, por lo menos, lo cierto es que una semilocura no viene mal en esos tiempos, y, muchas veces, incluso contribuye al éxito.

La Asamblea se había dispersado, pero, desde luego, no se consideraba disuelta. Ni siquiera vencida. La mayoría de los miembros que abandonaron la sala lo hicieron con la firme voluntad de reunirse pronto en otra parte. Así se lo decían unos a otros, y yo tengo la convicción de que, en efecto, estaban decididos a ello. En cuanto a mí, acordé quedarme, en parte, por esa curiosidad que me liga invenciblemente a los sitios donde ocurren cosas singulares, y, en parte, por la idea que tenía entonces, como el 24 de febrero, de que la fuerza de una Asamblea reside, en cierta medida, en la sala que ocupa. Me quedé, pues, y asistí a las escenas desordenadas y grotescas, pero sin interés y sin trascendencia, que luego se sucedieron. En medio de mil desórdenes y mil gritos, la muchedumbre empezó a componer un gobierno provisional. Era la parodia del 24 de febrero, como el 24 de febrero había sido la parodia de otras escenas revolucionarias. Y aquello duraba ya bastante tiempo, cuando me pareció escuchar, en medio del ruido, un sonido singular que partía del interior del palacio. Tengo muy buen oído, y no tardé en distinguir el sonido de un tambor que avanzaba tocando a la carga, porque, en nuestros tiempos de discordias civiles, todos hemos aprendido a conocer el lenguaje de estos instrumentos guerreros. Corrí inmediatamente hacia la puerta por donde iban a entrar los que se acercaban.

Era, en efecto, un tambor que precedía a unos cuarenta guardias móviles. Aquellos jóvenes penetraron entre la muchedumbre con bastante resolución, pero sin que resultase muy fácil decir, de momento, qué venían a hacer. En seguida, desaparecieron y quedaron como ahogados entre la multitud, pero, a poca distancia detrás de ellos, llegaba una densa columna de guardias nacionales. Éstos se precipitaron

en la sala, al significativo grito de: «¡Viva la Asamblea Nacional!» Coloqué mi tarjeta de representante en mi sombrero, y entré con ellos. Vaciaron inmediatamente las tribunas de cinco o seis oradores que en ellas hablaban a la vez en aquel momento, lanzándolos, sin muchas contemplaciones, sobre los peldaños de la pequeña escalera que conduce a las tribunas. Al ver aquello, los insurgentes quieren resistir, en principio, pero pronto se apodera de ellos un terror pánico. Escalan nuestros bancos vacíos, arrojándose de cabeza en los huecos, llegan a los pasillos exteriores, y, por todas las ventanas, saltan a los patios. En unos minutos, no quedaban en la sala más que los guardias nacionales, y sus gritos de: «¡Viva la Asamblea Nacional!» —estremecían las paredes.

La Asamblea estaba ausente, pero, poco a poco, los miembros dispersados por los alrededores iban regresando, estrechaban la mano a los guardias nacionales, se abrazaban y volvían a sus bancos. Los guardias nacionales gritaban: «¡Viva la Asamblea Nacional!», y los representantes: «¡Viva la guardia nacional!» y «¡Viva la república!».

Apenas se había recuperado la sala, cuando Courtais, principal culpable de nuestros peligros, tuvo la incomparable desvergüenza de presentarse allí. Los guardias nacionales le acogen con gritos de furor, le agarran, le llevan al pie de la tribuna. Yo le vi pasar junto a mí, pálido como un muerto, en medio de espadas brillantes. Creí que iban a matarle, y grité con todas mis fuerzas: «¡Arrancadle las charreteras, pero no lo matéis!», y así lo hicieron.

Entonces reapareció Lamartine. Jamás he sabido muy bien en qué había empleado su tiempo durante las tres horas en que estuvimos invadidos. Le había entrevisto, durante la primera: en aquel momento, estaba en un banco debajo del mío, y se peinaba los cabellos, pegados por el sudor, con un peinecito que había sacado del bolsillo. La muchedumbre se desplazó, y no volví a verle. Parece que se fue a las salas interiores del palacio, en las que también había penetrado el pueblo, al que él quiso arengar, siendo muy mal recibido. Al día siguiente, me contaron detalles curiosos de aquella escena, que yo contaría aquí, si no hubiese decidido no hablar más que de lo que he visto. Aseguran que luego se retiró cerca de allí, al palacio entonces en construcción, destinado a Negocios Extranjeros. Habría hecho mejor, sin duda, yendo a ponerse a la cabeza de la guardia nacional para venir a liberarnos. Yo creo que fue víctima de uno de esos desfallecimientos en que caen los

hombres más valerosos (y él lo era) cuando tienen la imaginación ágil y viva.

Cuando volvió a la sala, había recuperado su energía y su buen decir. Nos habló de que su lugar no estaba en la Asamblea, sino en la calle, y que iba a salir hacia el Hôtel de Ville, para sofocar allí la insurrección. Fue la última vez que oí que le aplaudiesen con entusiasmo. Claro que no se aplaudía sólo a él, sino por la victoria. Aquellos gritos, aquel batir de manos no eran más que un eco de las pasiones tumultuosas que agitaban aún todos los corazones. Lamartine salió. Los tambores que habían tocado a la carga, media hora antes, tocaron ahora marcha. Los guardias nacionales y los guardias móviles, que aún estaban mezclados entre nosotros, se reunieron y le siguieron. La Asamblea, todavía muy incompleta, reanudó su sesión. Eran las seis.

Volví, por un instante, a mi casa, para comer algo. Regresé inmediatamente a la Asamblea, que se había declarado en sesión permanente. En seguida supimos que los miembros del nuevo gobierno provisional estaban arrestados. Se acusó a Barbès y al viejo imbécil de Courtais, que no merecía más que una albarda. Muchos querían acusar también a Louis Blanc. Éste emprendió valerosamente su defensa. Acababa de escapar, con gran trabajo, al furor de los guardias nacionales que ocupaban la puerta, y aún traía sus ropas desgarradas, sucias de polvo y en desorden. Aquella vez, no se hizo llevar el escabel al que solía subirse para sobrepasar un poco el reborde de la tribuna (porque era casi enano). Olvidó, incluso, el efecto que quería producir, para no pensar más que en lo que tenía que decir. A pesar de eso, o más bien a causa de eso, sacó su causa adelante, por el momento. Yo jamás le he encontrado talento, más que aquel día, porque yo no llamo talento al arte de fabricar fácilmente unas frases brillantes y huecas, que son como bellos platos bien labrados, en los que no hay nada.

Por lo demás, yo estaba tan cansado de las agitaciones de la jornada, que no he conservado más que un recuerdo poco vivo e incluso poco claro de aquella sesión nocturna. Así, pues, no hablaré más de ella, porque son mis impresiones personales las que yo quiero ofrecer. Para el detalle y la sucesión de los hechos, el *Moniteur* es mejor que yo.

VIII

La fiesta de la Concordia y la preparación de las jornadas de Junio.

Los revolucionarios de 1848, que no querían o no podían imitar las locuras sanguinarias de sus predecesores, se consolaban a menudo imitando sus locuras ridículas. Así fue como habían imaginado dar al pueblo grandes fiestas alegóricas.

A pesar del pavoroso estado de las finanzas, el gobierno provisional había decidido emplear uno o dos millones para celebrar la fiesta de la Concordia en el Campo de Marte.

Según el programa, que se publicó antes y que luego se cumplió fielmente, el Campo de Marte estaría lleno de figuras destinadas a representar toda clase de personajes, de virtudes o de instituciones políticas, e incluso de servicios públicos. Francia, Alemania e Italia dándose la mano; la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad dándose la mano también; la Agricultura, el Comercio, el Ejército, la Marina y, sobre todo, la República, ésta de un tamaño colosal. Un carro debía ir tirado por dieciséis caballos de labor. Ese carro —decía el mismo programa—, de forma sencilla y rústica, llevará tres árboles —un roble, un laurel y un olivo—, símbolos de la fuerza, del honor y de la abundancia, y, además, un arado, en medio de un conjunto de espigas y de flores. Unos labradores y unas muchachas vestidas de blanco rodearían el carro, cantando himnos patrióticos. También

nos habían prometido unos bueyes con cuernos dorados, pero no nos los dieron.

La Asamblea Nacional no tenía ni el menor deseo de ver todas aquellas cosas tan hermosas: incluso tenía grandes temores de que la inmensa concurrencia del pueblo, que no podía menos de producirse en tal ocasión, provocase algún peligroso desorden.

Había retrasado, pues, lo más posible la época de la fiesta, pero, una vez hechos los preparativos, ya no se podía seguir aplazando, y hubo que fijar la fecha del 21 de mayo.

Aquel día me incorporé, temprano, a la Asamblea, que debía trasladarse en corporación y a pie al Campo de Marte. Yo había metido unas pistolas en mis bolsillos, y, hablando con mis colegas, descubrí que, en su mayoría, iban armados secretamente, igual que yo: éste había cogido un estoque, aquel otro un puñal, casi todos tenían oculto algún instrumento de defensa. Edmond Lafayette me enseñó uno, de una especie singular. Era una bola de plomo cosida a una pequeña correa de cuero, que se podía liar fácilmente al brazo; aquella arma podría llamarse un rompecabezas portátil. Lafayette me aseguró que aquella pequeña maza estaba muy extendida en la Asamblea Nacional, sobre todo desde el 15 de mayo. Y así fue como acudimos a aquella fiesta de la Concordia.

Rumores siniestros anunciaban que algún gran peligro esperaba a la Asamblea cuando atravesase el Campo de Marte, en medio de la multitud, y fuese a ocupar su lugar en el estrado que se le reservaba en la Escuela Militar. La verdad es que nada habría sido más fácil que intentar un golpe de mano contra ella en aquel largo trayecto, porque lo recorrió a pie y sin protección, por así decirlo. El recuerdo aún muy fresco de la victoria del 15 de mayo constituía su auténtica salvaguardia. Era suficiente. Los franceses, por otra parte, nunca hacen dos cosas a la vez. Su espíritu cambia de objeto a menudo, pero se entrega siempre por entero a aquello en que está ocupado, y creo que no existe precedente de que hayan hecho una insurrección en medio de una fiesta, ni siquiera de una ceremonia. Aquel día, pues, pareció que el pueblo entraba de buen grado en la ficción de su felicidad, y que dejaba a un lado, por el momento, el recuerdo de sus miserias y de sus odios, y estuvo animado sin estar turbulento. El programa había dicho que debía reinar una *confusión fraternal*. Hubo, en efecto, una confusión extremada, pero sin desorden, porque somos unas gentes extrañas: no podemos

prescindir de la policía cuando estamos en buen orden, y, en cuanto entramos en revolución, la policía nos parece inútil. El espectáculo de aquella alegría popular llenaba de contento a los republicanos moderados y sinceros, y los impulsaba a una especie de enternecimiento.

Carnot me dijo, con esa simpleza que los demócratas honestos nunca dejan de mezclar con sus virtudes: «Mi querido colega, créame: siempre hay que confiar en el pueblo». Y yo recuerdo que le respondí, bastante bruscamente: «¡Ah! ¿Por qué no me dijo eso, la víspera del 15 de mayo?» La Comisión ejecutiva ocupaba una parte del inmenso estrado que se había levantado a lo largo de la Escuela Militar, y la Asamblea Nacional, la otra. Primero, desfilaron ante nosotros todos los distintos emblemas de las naciones, en lo que se invirtió un tiempo enorme, a causa de la confusión fraternal de que había hablado el programa. Después, vino el carro, y, por último, las muchachas vestidas de blanco. Eran, por lo menos, trescientas, y llevaban su vestido virginal de un modo tan viril, que se las habría podido tomar por muchachos vestidos de muchachas. Se le había puesto a cada una en la mano un gran ramillete de flores, que ellas tuvieron la gentileza de arrojarnos al pasar. Como eran comadres que tenían unos brazos muy vigorosos, y que estaban más acostumbradas, según creo, a empujar la pala que a esparcir flores, aquellos ramilletes caían sobre nosotros como una granizada muy fuerte y muy incómoda.

Una muchacha corpulenta se apartó de sus compañeras, y, deteniéndose ante Lamartine, recitó un himno a su gloria. Poco a poco, se animó, hablando de tal modo, que cobró un aspecto espantoso y se puso a hacer unas terribles contorsiones. Jamás el entusiasmo me había parecido tan cerca de la epilepsia. Cuando acabó, el pueblo quiso, no obstante, que Lamartine la besase, y ella le presentó dos grandes mejillas chorreantes de sudor, que Lamartine besó rozándolas con sus labios y con bastante desmañada galantería.

La única parte seria de la fiesta fue el desfile. En mi vida he visto, en un solo punto, a tantos hombres armados, y creo que pocos habrán visto más. Independientemente de la innumerable multitud de curiosos reunida en el Campo de Marte, se percibía allí a todo un pueblo en armas. El *Moniteur* calculó en trescientos mil el número de los guardias nacionales y de los soldados de línea que se encontraban allí, lo que a mí me pareció exagerado, pero

no creo que su número pudiera reducirse a menos de doscientos mil.

El espectáculo de aquellas doscientas mil bayonetas no se borrará jamás de mi memoria. Como los hombres que las portaban se apretaban estrechamente los unos contra los otros, a fin de poder sostenerse en pie entre los taludes del Campo de Marte, y como, además, desde el lugar poco elevado que nosotros ocupábamos, no podíamos echar sobre ellas más que unas miradas casi horizontales, las bayonetas no formaban, a nuestros ojos, más que una superficie plana y ligeramente ondulante, que brillaba al sol, de modo que el Campo de Marte se parecía a un gran lago lleno de acero líquido.

Todos aquellos cuerpos desfilaron sucesivamente ante nosotros. Había, en aquella multitud, muchos más fusiles que uniformes.

Las legiones de los barrios ricos eran las únicas que presentaban un número muy alto de guardias nacionales vestidos de uniforme militar. Fueron los primeros en aparecer, y gritaban con entusiasmo: «¡Viva la Asamblea Nacional!» En las legiones de los suburbios, que formaban, por sí solas, grandes ejércitos, no se veían más que chaquetas o blusas, lo que no les impedía marchar con un aire muy marcial. En su mayoría, al pasar delante de nosotros, gritaban: «¡Viva la república democrática!», o cantaban *La Marsellesa* o la canción de los *Girondinos*. Vinieron en seguida las legiones de los alrededores, las cuales, compuestas por campesinos mal equipados y mal armados, y cubiertos de blusas, como los obreros de los suburbios, aportaban un espíritu totalmente contrario al suyo, y así lo hicieron ver bien, con sus gestos y con sus gritos. Los batallones de la guardia móvil lanzaron diversas exclamaciones, que nos dejaron llenos de dudas y de ansiedad acerca de las intenciones de aquellos jóvenes, o, más bien, de aquellos niños que entonces tenían, más que nadie, nuestros destinos en sus manos.

Los regimientos de línea que cerraban la marcha desfilaron en silencio.

Asistí a aquel prolongado espectáculo, con el corazón lleno de tristeza. Jamás, en ningún momento, se habían puesto tantas armas, a la vez, en manos del pueblo. Yo no compartía, desde luego, la ingenua confianza ni la tonta alegría de mi amigo Carnot. Por el contrario, yo preveía que todas aquellas bayonetas que brillaban al sol se alzarían muy pronto las unas contra las otras, y tenía la sen-

sación de que lo que acababámos de hacer no era más que pasar revista a los dos ejércitos de la guerra civil. Aún escuché, a menudo, en aquella jornada, resonar el grito de: «¡Viva Lamartine!» Pero la gran popularidad de este hombre declinaba ya. Casi se puede decir que ya había declinado. Sin embargo, en todas las multitudes, hay un gran número de individuos atrasados que se emocionan con el entusiasmo de la víspera, como esos provincianos que empiezan a seguir la moda de París, el día en que los parisienses la abandonan.

Lamartine no tardó en rehuir aquel último rayo de su sol: se retiró, mucho antes de que terminase la ceremonia. Tenía un aspecto inquieto y cansado. Muchos miembros de la Asamblea, vencidos también por la fatiga, le imitaron, y el desfile terminó ante unos bancos casi vacíos. Había comenzado muy temprano, y, cuando terminó, era noche cerrada.

Puede decirse que todo el tiempo transcurrido desde el desfile del 21 de mayo hasta las jornadas de Junio, no se llenó más que con la ansiedad que causaba la proximidad de aquellas jornadas. Todos los días, nuevas alarmas venían a poner en pie a la guardia nacional y al ejército. Los artesanos y los burgueses ya no vivían en sus casas, sino en las plazas públicas y sobre las armas. Todos deseaban ardientemente escapar a la necesidad de un conflicto, y todos sentían vagamente que aquella necesidad se hacía, por momentos, más inevitable. La Asamblea Nacional estaba tan constantemente obsesionada por aquella idea, que se diría que leía las palabras *guerra civil* escritas en las cuatro paredes de la sala.

De todos los lados se hacían allí grandes esfuerzos de prudencia y de paciencia para impedir o, por lo menos, para retrasar la crisis. Los miembros, que, en el fondo de su corazón, eran los más enemigos de la revolución, contenían cuidadosamente la expresión de su repugnancia o de su simpatía. Los antiguos oradores parlamentarios se callaban, por miedo a que sus voces despertasen suspicacias: dejaban la tribuna a los recién llegados, que tampoco la ocupaban, porque las grandes discusiones habían terminado. Según es costumbre en todas las asambleas, lo que más inquietaba el fondo de los espíritus era de lo que menos se hablaba, pero todos los días se demostraba que no se echaba en olvido. Se proponían y se discutían medidas de todo género para remediar la miseria del pueblo. Se entraba, incluso, de buen grado, en el examen de los

diferentes sistemas socialistas, y todos se esforzaban de buena fe por encontrar en ellos algo que fuese aplicable o, al menos, compatible con las antiguas leyes de la sociedad.

Durante aquel tiempo, los Talleres Nacionales seguían llenándose. Su población superaba ya los cien mil hombres. Se comprendía que no se podía vivir conservándolos, y se temía perecer, si se intentaba disolverlos. Todos los días se trataba aquella cuestión candente de los Talleres Nacionales, pero se hacía de un modo superficial y tímido; se tocaba el problema constantemente, sin atreverse a afrontarlo jamás.

Por otra parte, era evidente que, fuera de la Asamblea, los distintos partidos, aunque temiendo la lucha, se preparaban activamente para ella. Las legiones ricas de la guardia nacional daban al ejército y a la guardia móvil unos banquetes en los que se incitaban mutuamente a unirse para defenderse.

Los obreros de los suburbios, por su parte, hacían, en secreto, aquellos acopios de cartuchos, que más adelante les permitieron sostener un combate tan prolongado. En cuanto a los fusiles, el gobierno provisional había tenido buen cuidado de facilitarlos con profusión: puede decirse que no había un obrero que no tuviese, por lo menos, uno, y, a veces, varios.

El peligro se percibía, tanto de lejos como de cerca. En las provincias, se indignaban y se irritaban contra París. Por primera vez desde hacía sesenta años, se atrevían a afrontar la idea de ofrecerle resistencia. Se armaban y se alentaban a venir en socorro de la Asamblea, a la que se enviaban millares de mensajes para felicitarla por su victoria del 15 de mayo. La ruina del comercio, la guerra universal, el temor al socialismo hacían allí cada vez más odiosa la república, y aquel odio se desahogaba, sobre todo, en el secreto de las votaciones. Los electores tuvieron que reunirse de nuevo en veintiún departamentos. Eligieron, en general, a los hombres que a sus ojos representaban, bajo una forma cualquiera, la imagen de la monarquía. M. Molé fue elegido en Burdeos, y M. Thiers en Rouen.

Fue en aquella época cuando surgió, de pronto, por primera vez, el nombre de Luis Napoleón. Este príncipe fue elegido, al mismo tiempo, en París y en varios departamentos: republicanos, legitimistas, demagogos, le dieron sus votos, porque la nación estaba entonces como un rebaño asustado, que corre por todas partes, sin seguir camino alguno. Yo no sospechaba, al conocer el nombramiento de

Luis Napoleón, que un año después, día por día, sería su ministro. Confieso que vi volver a los antiguos jefes parlamentarios con muchos temores y recelos, no porque no hiciese yo justicia a sus talentos y a su habilidad, sino porque temía que su proximidad haría retroceder hacia los Montañeses a los republicanos moderados que venían hacia nosotros. Por otra parte, yo los conocía demasiado bien para no saber que, apenas recuperado su contacto con los asuntos públicos, inmediatamente querrían dirigirlos, y que les importaría poco salvar al país, si no lo dirigían ellos. Así, pues, aquella empresa me parecía prematura y peligrosa. Nuestro papel y el de ellos consistía en ayudar a los republicanos razonables a gobernar la república, sin tratar de gobernarla nosotros indirectamente y, sobre todo, sin que pareciese que lo pretendíamos.

Por mi parte, yo no dudaba que nos encontrábamos en vísperas de una lucha terrible. Sin embargo, no comprendí bien todos los peligros, sino gracias a una conversación que tuve, por aquella época, con la célebre Mme. Sand. La vi en casa de un inglés amigo mío, Milnes, miembro del Parlamento, que estaba entonces en París. Milnes era un muchacho de talento, que hacía y —lo que es más raro— que decía muchas tonterías. ¡A cuántas personas he visto en mi vida, de las que se puede afirmar que sus dos perfiles no se parecen: hombre de talento de un lado, y tonto del otro! Jamás he visto a Milnes, que no estuviese apasionado por alguien o por algo. Aquella vez, lo estaba por el brillo de Mme. Sand, y, a pesar de la gravedad de los acontecimientos, había querido ofrecerle un almuerzo literario. Yo asistí a aquel almuerzo, y la imagen de las jornadas de Junio que siguieron casi inmediatamente después, en lugar de borrar de mi espíritu su recuerdo, lo despierta.

La reunión era muy poco homogénea. Independientemente de Mme. Sand, encontré allí a una joven señora inglesa, cuyo nombre he olvidado, pero cuyo aspecto agradable y modesto me impresionó, y que debió de encontrar bastante singular la compañía que se le brindaba: algunos escritores bastante oscuros y Mérimée. Algunos convidados no se conocían entre sí, y otros se conocían demasiado. Ése era el caso, si no me equivoco, de Mme. Sand y de Mérimée. Habían tenido, poco tiempo antes, unas relaciones muy tiernas, pero muy efímeras. Se asegura incluso que habían mantenido su idilio de acuerdo con las reglas de Aristóteles, y que habían reducido toda la acción a la unidad de tiempo y de lugar. Nuestro huésped del otro lado del

Canal ignoraba aquella historia y los había reunido, muy desafortunadamente, sin prevenirles. Se encontraban, pues, impensadamente y por primera vez, desde su aventura, y como Mme. Sand odiaba profundamente a Mérimée por haber triunfado tan pronto y por haber usado tan poco de su triunfo, la situación fue, al principio, muy embarazosa por ambas partes, pero no tardaron en recobrarse, y la situación no se reprodujo en todo el resto del día.

Milnes me colocó al lado de Mme. Sand. Yo jamás había hablado con ella, y creo, incluso, que no la había visto nunca (porque yo había vivido poco en el mundo de aventureros literarios que ella frecuentaba). Un amigo mío le había preguntado, un día, qué le parecía mi libro sobre América, y ella le contestó: «Señor, yo no suelo leer más que los libros que me envían sus autores». Yo tenía grandes prejuicios contra Mme. Sand, porque detesto a las mujeres que escriben, sobre todo a las que disimulan las debilidades de su sexo por sistema, en lugar de interesarnos ofreciéndonoslas bajo sus verdaderos aspectos. A pesar de eso, me agradó. Le encontré unos rasgos bastante toscos, pero una mirada espléndida. Todo el espíritu parecía haberse concentrado en sus ojos, abandonando el resto de la cara a la materia. Lo que me impresionó, sobre todo, fue encontrar en ella algo de la actitud natural de los grandes espíritus. Tenía, en efecto, una verdadera sencillez de maneras y de lenguaje, que ella mezclaba acaso con un poco de afectación de sencillez en sus vestidos. Confieso que, más cuidada, me habría parecido aún más sencilla. Hablamos, durante una hora entera, de los asuntos públicos: no se podía hablar de otra cosa en aquel tiempo. Por otra parte, Mme. Sand era entonces una especie de hombre político, y lo que me dijo sobre el tema me impresionó mucho. Era la primera vez que yo me relacionaba, directa y familiarmente, con una persona que pudiera y quisiera decirme, en parte, lo que ocurría en el campo de nuestros adversarios. Los partidos no se conocen jamás los unos a los otros: se acercan, se acosan, se agarran, pero no se ven. Mme. Sand me describió muy detalladamente y con una singular vivacidad la situación de los obreros de París, su organización, su número, sus armas, sus preparativos, sus ideas, sus pasiones, sus terribles decisiones. Yo creí que el cuadro estaba sobrecargado, pero no lo estaba: lo que vino después lo demostró bien. Me pareció que ella misma se asustaba mucho ante el triunfo popular, y que manifestaba una compasión un poco solemne por la suerte

que nos esperaba. «Señor —me dijo—, trate de conseguir de sus amigos que no empujen al pueblo a la calle, inquietándole o irritándole. Yo también quisiera poder inspirar paciencia a los míos, porque, si se entabla el combate, créame que todos ustedes perecerán.» Tras aquellas palabras consoladoras, nos separamos, y, después, no he vuelto a verla nunca.

(Sorrento)

IX

Jornadas de Junio.

He llegado, por fin, a la insurrección de Junio, la más grande y la más singular que haya tenido lugar en nuestra historia y tal vez en cualquier otra: la más grande, porque, durante cuatro días, más de cien mil hombres tomaron parte en ella, pereciendo cinco generales; y la más singular, porque los insurgentes combatieron sin grito de guerra, sin jefes, sin banderas, y, no obstante, con una conjunción maravillosa y con una experiencia militar que asombró a los más viejos oficiales.

Lo que la distinguió, además, entre todos los acontecimientos de este género que se sucedieron desde hace sesenta años en Francia, fue que no se propuso cambiar la forma de gobierno, sino alterar el orden de la sociedad. No fue, ciertamente, una lucha política (en el sentido que hasta entonces habíamos dado a esta palabra), sino un combate de clase, una especie de guerra de esclavos. Caracterizó a la revolución de Febrero, en cuanto a los hechos, de igual modo que las teorías socialistas la habían caracterizado en cuanto a las ideas; o, más bien, surgió naturalmente de aquellas ideas, como el hijo de la madre; y no debe verse en ella más que un esfuerzo brutal y ciego, pero poderoso, de los obreros por escapar a las miserias de su condición, que le había sido descrita como una opresión

ilegítima, y por abrirse, mediante las armas, un camino hacia aquel bienestar imaginario que se les había mostrado, en la lejanía, como un derecho. Es esta mezcla de codiciosos deseos y de falsas teorías lo que hizo tan formidable a esta revolución, después de haberla originado. Se había asegurado a aquellas pobres gentes que la fortuna de los ricos era, en cierto modo, el producto de un robo cuyas víctimas eran ellos. Se les había asegurado que la desigualdad de las fortunas era tan contraria a la moral y a la sociedad como a la naturaleza. Las necesidades y las pasiones contribuyeron a que muchos lo creyesen. Aquella oscura y errónea noción del derecho, que se mezclaba con la fuerza bruta, comunicó a ésta una energía, una tenacidad y una potencia, que por sí sola no habría tenido nunca.

Hay que señalar también que esta terrible insurrección no fue la acción de un cierto número de conspiradores, sino el levantamiento de toda una población contra otra. Las mujeres participaron en ella tanto como los hombres. Mientras éstos combatían, aquéllas preparaban y acarreaban las municiones, y cuando, al fin, tuvieron que rendirse, las últimas en decidirse fueron ellas.

Puede decirse que aquellas mujeres aportaban al combate unas pasiones de amas de casa: contaban con la victoria, para el bienestar de sus maridos y para educar a sus hijos. Amaban aquella guerra, como habrían amado una lotería.

En cuanto a la ciencia estratégica de que aquella multitud dio muestras, bastan para explicarla el natural belicoso de los franceses, la prolongada experiencia de las insurrecciones y, sobre todo, la educación militar que recibe, sucesivamente, la mayor parte de los hombres del pueblo. La mitad de los obreros de París ha servido en nuestros ejércitos, y siempre vuelve a empuñar las armas, de buen grado. Los antiguos soldados abundan, por lo general, en los motines. El 24 de febrero, Lamoricière, rodeado de enemigos, debió la vida, por dos veces, a unos insurgentes que habían combatido a sus órdenes en África, y para quienes los recuerdos de los campos de batalla resultaron más fuertes que el furor de las guerras civiles.

Como se sabe, fue la dispersión de los Talleres Nacionales lo que dio motivo al levantamiento. Al no atreverse a licenciar, de un solo golpe, a aquella milicia temible, se había intentado dispersarla, enviando a los departamentos una parte de los obreros que la componían, pero éstos se negaron a partir. El 22 de junio, recorrieron París en gran-

des grupos, mientras cantaban, en una monótona cadencia: «No nos marcharemos, no nos marcharemos...». Delegaciones de ellos acudieron a formular altivas exigencias a los miembros de la Comisión del poder ejecutivo, y, tras haber recibido una negativa, se retiraron, anunciando que, al día siguiente, recurrirían a las armas.

En efecto, todo presagiaba que la crisis tan largo tiempo esperada había llegado.

Aquellas noticias, al llegar a la Asamblea, provocaron en ella una gran inquietud, como puede imaginarse. Pero no interrumpió su orden del día, y continuó la discusión de un proyecto de ley, e incluso, aunque impresionada, permaneció atenta; es verdad que se trataba de una cuestión muy importante y que se escuchaba a un eminentísimo orador.

El gobierno había propuesto la adquisición, mediante una retroventa, de todos los ferrocarriles. Montalembert se oponía. Su causa era buena, pero su discurso fue excelente. Yo no creo haberle oído hablar tan bien, ni antes ni después. Es cierto que, aquella vez, yo pensaba igual que él, pero creo que, incluso a los ojos de sus adversarios, se superó. Fue vivo en su ataque, sin ser tan áspero ni tan ofensivo como de costumbre. Un cierto temor templaba su natural insolencia y ponía límites a su humor paradójico y batallador, porque, como tantos otros oradores, Montalembert tenía mucha más temeridad de lenguaje que audacia de corazón.

La sesión terminó sin que se hablase de lo que pasaba fuera, y la Asamblea se dispersó.

El 23, cuando yo me dirigía a la Asamblea antes de la hora de costumbre, vi un gran número de ómnibus reunidos alrededor de la Madeleine. Aquello me indicó que empezaban a levantarse barricadas en las calles, lo que pude confirmar, a mi llegada al palacio. Sin embargo, se dudaba todavía que se tratase de un movimiento armado serio. Decidí ir a informarme por mí mismo del estado de cosas, y me dirigí, con Corcelles, a las proximidades del Hôtel de Ville. En todas las callejas que conducen a este edificio, encontré al pueblo ocupado en levantar barricadas. Procedía a este trabajo con la habilidad y con la regularidad de un ingeniero, no desempedrando más que lo necesario para cimentar, con la ayuda de los adoquines que así se procuraba, un muro grueso, muy sólido e incluso bastante bien terminado, en el que tenían buen cuidado, por lo general, de dejar una pequeña abertura a lo largo de

las casas, para que se pudiese circular. Impacientes por informarnos más de prisa acerca del estado de la ciudad, Corcelles y yo acordamos separarnos, yéndose él por un lado y yo por otro. Su excursión estuvo a punto de resultarle mal. Me contó después que, tras haber franqueado, al principio sin tropiezo, varias barricadas a medio construir, en la última le detuvieron. Los hombres del pueblo que la levantaban, al ver a un señor distinguido, de traje negro y camisa muy blanca, recorriendo tranquilamente las sucias calles de los alrededores del Hôtel de Ville y deteniéndose ante ellos en una actitud plácida y curiosa, pensaron sacar partido de aquel sospechoso observador. Le pidieron, en nombre de la fraternidad, que les ayudase en su obra. Corcelles era valiente como César, pero pensó, con razón, que, en aquellas circunstancias, lo mejor sería ceder sin discusiones. Empezó, pues, a arrancar adoquines y a poner unos sobre otros, lo mejor que pudo. Pero su natural torpeza y sus distracciones vinieron, afortunadamente, en su ayuda, y no tardaron en dejarle marchar, como a un obrero inútil.

A mí no me ocurrió ninguna aventura semejante. Yo recorrí las calles del barrio Saint-Martin y Saint-Denis sin encontrar barricadas, por así decirlo, pero la agitación era allí extraordinaria. Al volver, encontré en la calle de los Jeûneurs a un guardia nacional cubierto de sangre y de pedazos de sesos: estaba muy pálido y volvía a su casa. Le pregunté qué le pasaba, y me dijo que el batallón del que formaba parte acababa de recibir, a bocajarro, en la puerta Saint-Denis, un fuego asesino. Uno de sus camaradas, cuyo nombre me dijo, había caído muerto a su lado, y de aquel infortunado eran la sangre y los sesos de que él venía cubierto.

Regresé a la Asamblea, sorprendido de no haber encontrado ni a un solo soldado en todo el camino que acababa de recorrer. Sólo al llegar ante el Palais Bourbon vi, al fin, grandes columnas de infantería en marcha y seguidas de cañones.

Lamoricière, en uniforme de gala y a caballo, estaba a su cabeza. Jamás he visto una figura más resplandeciente de pasiones guerreras y casi diré de alegría, y, cualquiera que fuese la fogosidad natural de su temperamento, yo creo que no era ella sola la que en aquel momento le impulsaba, sino que con ella se mezclaba también el afán de vengarse de los peligros y de los ultrajes que le habían hecho sufrir en febrero. «¿Qué hacen ustedes? —le dije—. Se ha lucha-

do ya en la puerta Saint-Denis, y los alrededores del Hôtel de Ville se llenan de barricadas. —Paciencia —me respondió—, todo se andará. ¿Cree usted que somos tan tontos como para esparcir a nuestros soldados, en un día como éste, por las callejas de los barrios? ¡No, no! Dejamos que los insurrectos se concentren en los barrios que no podemos disputarles, y luego iremos a destruirles. Esta vez, no se nos escaparán.»

Cuando entraba en la Asamblea, sobrevino una tormenta espantosa que inundó la ciudad. Tuve una cierta esperanza de que el mal tiempo resolviese el problema, por aquel día. Y habría bastado, en efecto, para abortar un motín corriente, porque el pueblo de París necesita buen tiempo para batirse, y teme más a la lluvia que a la metralla.

Pero muy pronto perdí aquella esperanza. Las noticias iban haciéndose más inquietantes, por momentos. La Asamblea había querido reanudar sus trabajos ordinarios, pero le costaba trabajo seguirlos. Agitada, aunque todavía no vencida por la emoción del exterior, abandona su orden del día, vuelve a él, de nuevo lo abandona, y, al fin, lo deja y se entrega sólo a las preocupaciones de la guerra civil. Algunos miembros suben a la tribuna, para contar lo que han visto en París. Otros proponen la adopción de determinadas decisiones. Falloux, en nombre del comité de la asistencia pública, propone un decreto que disuelve los Talleres Nacionales, y se le aplaude. El tiempo se va consumiendo en conversaciones inútiles, en inútiles discursos. No se sabía nada concreto. Se reclamaba, a cada instante, la presencia de la Comisión ejecutiva para conocer la situación de París, pero la Comisión no aparecía. No hay nada más lamentable que la visión de una asamblea en un momento de crisis, cuando no hay gobierno. Se parece a un hombre todavía lleno de pasiones y de voluntades, pero paralizado y agitándose puerilmente en medio de la impotencia de sus órganos. Al fin, aparecen dos miembros de la Comisión ejecutiva. Anuncian que la situación es peligrosa, pero que, a pesar de ello, se espera sofocar la insurrección antes de la noche. La Asamblea se declara en sesión permanente, y se convoca para la tarde.

Al reanudarse la sesión, nos enteramos de que Lamartine ha sido recibido a tiros de fusil en todas las barricadas a las que ha tratado de acercarse. Dos de nuestros colegas, Bixio y Dornès, han sido heridos mortalmente, al querer dirigirse a los insurrectos. A Bedeau le atravesaron un muslo, a la entrada del suburbio Saint-Jacques. Muchos oficia-

les notables han sido muertos ya o están fuera de combate. Un miembro, Considérant, habla de hacer una concesión a los obreros. La Asamblea, que estaba tumultuosa e inquieta, pero que no era débil, se alza ante aquellas palabras: «¡Fuera! —se grita desde todas partes, con una especie de furor—. No se puede hablar así, hasta después de la victoria». El resto de la tarde y parte de la noche se pasan hablando vagamente, escuchando, esperando. Hacia la medianoche, se presenta Cavaignac. La Comisión ejecutiva había concentrado en sus manos, desde la tarde, todos los poderes militares. Con una voz entrecortada y breve, y con palabras sencillas y precisas, Cavaignac cuenta los principales incidentes de la jornada. Anuncia que ha dado orden a todos los regimientos situados a lo largo de las vías férreas de que marchen sobre París y de que todas las guardias nacionales de los alrededores sean advertidas. Termina diciendo que los insurgentes son rechazados hasta las rreras de las puertas, y que se espera ser, al fin, dueños de la ciudad. La Asamblea, agotada de cansancio, deja a su Mesa en sesión permanente, y se convoca para el día siguiente, a las ocho de la mañana.

Cuando, al dejar aquel recinto tumultuoso, me encontré a la una de la madrugada en el Pont Royal, y cuando desde allí vi a París envuelto en tinieblas, tranquilo como una ciudad dormida, me costó trabajo convencerme de que todo lo que yo había visto y oído desde la mañana hubiera sido realidad y no una simple creación de mi espíritu. Las plazas y las calles que atravesaba estaba absolutamente desiertas. Ni un ruido, ni un grito. Se diría un pueblo industrioso, que, fatigado de la vigilia, descansa, antes de reanudar los pacíficos trabajos del día siguiente. La serenidad de aquella noche acabó apoderándose de mí también: llegué a convencerme de que habíamos triunfado ya, y, una vez en mi casa, me dormí inmediatamente.

Me desperté tarde. El sol estaba ya desde hacía algún tiempo sobre el horizonte, porque nos hallábamos en los días más largos del año. Al abrir los ojos, escuché un sonido metálico y seco, que hizo temblar nuestros cristales y se extinguió inmediatamente, en medio del silencio de París. «¿Qué es eso?» —dije—. Y mi mujer me respondió: «Son cañonazos. Hace una hora que los estoy oyendo, pero no he querido despertarte, porque hoy necesitarás, seguramente, de todas tus fuerzas». Me vestí de prisa, y salí. El tambor comenzaba a tocar alarma, de todas partes. Verdaderamene, el día de la gran batalla había llegado. Los

guardias nacionales abandonaban sus casas, ya armados. Todos los que vi me parecieron llenos de energía, porque el ruido del cañón que hacía salir de sus casas a los valientes retenía dentro a los otros. Pero estaban desesperados: se creían, o mal dirigidos, o traicionados por la Comisión ejecutiva, y lanzaban contra ella terribles imprecaciones. Aquella desconfianza extrema de la fuerza armada respecto a sus jefes me pareció un síntoma tremendo. Proseguí mi camino, y encontré, a la entrada de la calle Saint-Honoré, a un enjambre de obreros que escuchaban con ansiedad los cañonazos. Aquellos hombres estaban todos en blusa, que es para ellos, como se sabe, el traje de combate tanto como el de trabajo. Sin embargo, no tenían armas, aunque en sus miradas se veía que estaban bien decididos a empuñarlas. Observaban con una alegría apenas contenida que el ruido de los cañonazos parecía acercarse, lo que anunciaba que la insurrección ganaba terreno. Yo auguraba, ya que toda la clase obrera estaba comprometida en la lucha, o con sus brazos, o con su corazón, y aquello me lo confirmó. El espíritu de insurrección circulaba, en efecto, de un extremo a otro de aquella vasta clase y por cada una de sus partes, como la sangre en un solo cuerpo. Aquel espíritu llenaba tanto los barrios en los que no se peleaba, como aquellos que servían de teatro a la lucha, y había penetrado en nuestras casas, alrededor, por encima, por debajo de nosotros. Los propios sitios en los que creíamos ser los dueños, hormigueaban de enemigos internos. Era como una atmósfera de guerra civil que envolvía a todo París y en medio de la cual había que vivir, cualquiera que fuese el lugar a que nos retirásemos, y, a este propósito, voy a violar la ley que me he impuesto de no hablar nunca según testimonios ajenos, para contar una anécdota que me dio a conocer, unos días después, mi colega Blanqui: aunque muy trivial, caracteriza maravillosamente la fisonomía de la época. Blanqui había traído del campo y colocado en su casa como criado al hijo de un pobre hombre cuya miseria le había impresionado. La tarde del día en que se inició la insurrección, oyó a aquel niño, que decía, al recoger la mesa, después de la comida familiar: «El domingo que viene (era jueves) seremos nosotros los que comeremos las alas del pollo», a lo que una niña que trabajaba en la casa respondió: «Y nosotras nos pondremos los bonitos vestidos de seda». ¿Quién podría dar mejor una idea exacta del estado de los espíritus, que el cuadro infantil de aquella ingenua codicia? Y lo que la completa es que Blanqui se guardó

muy bien de dar a entender que había oído a aquellos monigotes: les tenía miedo. Hasta el día siguiente de la victoria, no se atrevió a devolver a sus tugurios a aquel joven ambicioso y a aquella pequeña vanidosa.

Llegué, finalmente, a la Asamblea. Los representantes acudían en tropel, aunque no era todavía la hora fijada para la reunión. El ruido del cañón los convocaba. El palacio tenía el aspecto de una plaza fuerte: unos batallones acampaban todo alrededor, y unos cañones apuntaban a todas las avenidas que podían conducir a él.

Encontré la Asamblea muy resuelta, pero estaba muy inquieta también, y hay que confesar que había motivos para estarlo. A través de los informes contradictorios, era fácil comprender que nos hallábamos ante la insurrección más general, la mejor armada y la más airada que jamás se hubiera visto en París. Los Talleres Nacionales y algunas bandas revolucionarias que acababan de ser licenciadas les proporcionaban unos soldados ya disciplinados y aguerridos, y unos jefes. Y la insurrección seguía extendiéndose por momentos, y era difícil creer que no acabaría venciendo, al recordar que todas las grandes insurrecciones que se habían producido desde hacía sesenta años habían triunfado. A todos aquellos enemigos, nosotros no podíamos oponer más que los batallones de la burguesía, unos regimientos desarmados en febrero y veinte mil jóvenes de la guardia móvil, indisciplinados, todos los cuales eran hijos, hermanos o padres de insurgentes, y cuyas inclinaciones eran muy dudosas.

Pero lo que más nos alarmaba eran nuestros jefes. Los miembros de la Comisión ejecutiva nos inspiraban una profunda desconfianza. Acerca de esto, encontré en la Asamblea los mismos sentimientos que acababa de ver estallar en la guardia nacional. Desconfiábamos de la fidelidad de algunos y de la capacidad de todos. Además, eran muy numerosos y estaban muy divididos para poder actuar de completo acuerdo, y, por otra parte, había entre ellos demasiada gente de oratoria y de pluma para que su acción pudiese resultar eficaz, en aquellas circunstancias, suponiendo que se hubieran entendido.

Sin embargo, triunfamos de aquella insurrección tan formidable, y lo que la hacía tan terrible fue, precisamente, lo que nos salvó, y jamás puede emplearse mejor el famoso dicho: «Habríamos perecido, si no hubiéramos estado tan cerca de perecer». Si la revuelta hubiera tenido un carácter menos radical y un aspecto menos aterrador, es proba-

ble que los burgueses, en su mayor parte, se hubieran quedado en sus casas. Francia no habría corrido en nuestra ayuda. La propia Asamblea Nacional acaso hubiera cedido. Una minoría de sus miembros lo habría aconsejado, por lo menos, y la energía de la corporación se habría debilitado mucho con ello. Pero la insurrección fue de tal naturaleza, que toda transacción con ella pareció inmediatamente imposible, y, desde el primer momento, no dejó más alternativa que la de vencerla o perecer.

Esta misma razón impidió que ningún hombre importante se colocara a su cabeza. Es normal que las insurrecciones —y hablo incluso de las que triunfan— comiencen sin jefe, pero siempre acaban por encontrarlo. Aquella terminó sin descubrirlo, y alcanzó a todas las clases populares, pero nunca superó sus límites. Ni siquiera los Montañeses de la Asamblea se atrevieron a pronunciarse en su favor. Algunos se pronunciaron contra ella, pues aún no desesperaban de alcanzar sus objetivos por otra vía, y temían, en cambio, que la victoria de los obreros no tardase en resultarles fatal. Las pasiones ambiciosas, ciegas y groseras, que llevaban al pueblo a empuñar las armas, les daban miedo: pasiones casi tan temibles, en efecto, para los que simpatizan sin abandonarse enteramente a ellas, como para los que las condenan y combaten.

Los únicos hombres que habrían podido ponerse a la cabeza de los insurrectos de Junio se habían hecho prender prematuramente, como tontos, el 15 de mayo, y no oyeron el ruido del combate más que a través de los muros de la fortaleza de Vincennes.

A pesar de mi preocupación por los asuntos públicos, no dejaba yo de estar muy atormentado por la inquietud que de nuevo me causaban mis jóvenes sobrinos. Se les había mandado otra vez al pequeño seminario, y yo pensaba, con razón, que la insurrección debía de atenazar muy de cerca el lugar que ellos habitaban, suponiendo que no lo hubiesen alcanzado ya. Como sus padres no estaban en París, me decidí a ir a buscarles: recorrí, pues, de nuevo, el largo camino que separa el Palais Bourbon de la calle Notre-Dame-des-Champs. Encontré algunas barricadas levantadas durante la noche por los hijos perdidos de los insurrectos, pero habían sido abandonadas o recuperadas al amanecer.

Todos aquellos barrios resonaban de una música diabólica, mezcla de tambores y de clarines, cuyos sonidos entrechocados, discordantes y salvajes me eran descono-

cidos. En efecto, yo la oía por primera vez, y no he vuelto a oírla nunca: era la generala, que se había acordado que no se tocaría más que en peligro extremo, para llamar a las armas a todo el mundo a la vez.

Por todas partes, los guardias nacionales salían de sus casas. Por todas partes, grupos de obreros en blusa oían la generala y los cañonazos, con un aire siniestro. El combate no había llegado aún hasta la calle Notre-Dame-des-Champs, aunque ya estaba muy cerca. Cogí a mis sobrinos y volví a la Cámara.

Cuando estaba llegando y me encontraba ya en medio de las tropas, que la protegían, una vieja que conducía un coche de legumbres me cerró obstinadamente el paso. Acabé por decirle, bastante duramente, que se retirase, pero, en lugar de hacerlo, abandonó su coche y se lanzó, de pronto, sobre mí, tan frenéticamente, que me costó gran trabajo resguardarme. La expresión deforme y terrible de su cara me dio horror: hasta tal punto se reflejaban en ella el furor de las pasiones demagógicas y la rabia de las guerras civiles. Cito este pequeño hecho, porque en él vi entonces, y con razón, un gran síntoma. En los momentos de crisis violentas, incluso las acciones que no tienen relación alguna con la política adquieren un carácter singular de desorden y de cólera, que no escapa a la mirada atenta y que es un indicio segurísimo del estado general de los espíritus. Estas grandes emociones públicas forman una especie de atmósfera ardiente, en medio de la cual se caldean y hierven todas las pasiones particulares.

Encontré la Asamblea agitada por mil rumores siniestros. La insurrección ganaba terreno por todas partes. Su foco, y, por así decirlo, su cuerpo, se encontraba detrás del Hôtel de Ville. Desde allí, extendía, cada vez más, sus grandes brazos a derecha y a izquierda por los suburbios de París y amenazaba con encerrarnos muy pronto a nosotros también. El cañón se acercaba, en efecto, sensiblemente. A aquellas noticias verdaderas, se unían mil rumores falsos. Unos decían que nuestras tropas empezaban a quedarse sin municiones; otros, que una parte de ellas había abandonado las armas o se había pasado al lado de los insurgentes.

M. Thiers nos pidió a Barrot, a Dufaure, a Rémusat, a Lanjuinais y a mí que le siguiésemos a un despacho privado. Una vez allí, nos dijo: «Yo sé lo que es una insurrección, y les aseguro que ésta es la más terrible que he visto nunca. Dentro de una hora, los insurrectos pueden estar

aquí, y nos matarán, a uno tras otro. ¿No les parece que sería conveniente que nos pusiéramos de acuerdo para proponer a la Asamblea, cuando lo consideremos necesario y antes de que sea demasiado tarde, que reunamos alrededor de ellas las tropas, a fin de que, colocados en medio de ellas, salgamos todos juntos de París, para trasladar la sede de la república a un lugar donde podamos llamar al ejército y a todas las guardias nacionales de Francia en nuestra ayuda?» Dijo esto en un tono muy animado y con más emoción tal vez de la que conviene mostrar en los grandes peligros. Vi que el espectro de Febrero le perseguía. Dufaure, que tenía la imaginación menos ágil, y que, por otra parte no se decide fácilmente a asociarse con las personas que no le gustan, ni siquiera para salvarse, Dufaure —digo— explicó con una mueca y una flema un tanto burlona que aún no había llegado el momento de ocuparse de semejante plan, del cual podría hablarse más adelante, y que nuestras posibilidades no le parecían tan desesperadas como para vernos obligados a pensar en una medida tan extremada, y que el pensar en ella era ya debilitarse. Seguramente, tenía razón. Aquellas palabras pusieron fin a la conferencia. Inmediatamente, escribí unas líneas a mi mujer para decirle que el peligro aumentaba por momentos, y que París tal vez acabaría por caer enteramente en poder de la revuelta. Que, entonces, nosotros nos veríamos obligados a salir de la ciudad, para continuar la guerra civil en otra parte. Le encomendé que se trasladase, sin más tardanza, a Saint-Germain por ferrocarril, que aún estaba libre, y que esperase allí mis noticias. Encargué a mis sobrinos de llevar la carta, y regresé a la Asamblea.

Se trataba de votar un decreto que declarase el estado de sitio en París, que suspendiera los poderes de la Comisión, y que la sustituyese por una dictadura militar ejercida por el general Cavaignac.

La Asamblea sabía que eso era, precisamente, lo que ella quería. La cosa era fácil de realizar: ella presionaba, y, sin embargo, no se hacía. Pequeños incidentes, pequeñas mociones venían, a cada momento, a romper y a desviar la corriente de la voluntad general, porque las asambleas se hallan muy sujetas a ese tipo de pesadillas en las que una fuerza desconocida e invisible parece interponerse siempre, en el último instante, entre el pensamiento y la acción, impidiendo al primero que llegue jamás hasta la segunda. ¿Quién habría podido imaginar que sería Bastide

quien hubiera de decidir a la Asamblea? Y, sin embargo, fue él.

Yo le había oído decir, con mucha razón, hablando de sí mismo, que nunca encontraba más que las quince primeras palabras de un discurso. Pero, a veces, los hombres que no saben hablar —y lo he observado en otras ocasiones— producen más grandes efectos, cuando la ocasión se presta a ello, que los más cumplidos y empedernidos habladores. No aportan más que una sola idea —la del momento—, engastada en una sola frase, y la colocan, en cierto modo, sobre la tribuna, como una inscripción grabada en grandes caracteres, que todos perciben y en la que cada uno reconoce inmediatamente su propio pensamiento. Bastide nos mostró, pues, su larga, honesta y triste figura, y dijo, con aire doliente: «Ciudadanos, en nombre de la patria, os suplico que votéis lo más pronto posible. Nos anuncian que, dentro de una hora, acaso esté tomado el Hôtel de Ville». Aquellas pocas palabras pusieron fin a los debates, y el decreto se votó, en un abrir y cerrar de ojos.

Yo me levanté contra el párrafo que declaraba el estado de sitio en París, y lo hice por instinto, más que por reflexión. Siento, por naturaleza, tal desprecio y tal horror ante la tiranía militar, que esos sentimientos se alzaron tumultuosamente en mi corazón, cuando oí hablar del estado de sitio, y dominaron incluso los sentimientos que el peligro suscitaba. Con ello cometí un error que, afortunadamente, tuvo pocos imitadores.

Los amigos de la Comisión ejecutiva han dicho, con mucha acritud, que sus adversarios y los partidarios del general Cavaignac habían difundido, intencionadamente, rumores siniestros, a fin de apresurar la votación. Si éstos han empleado, en efecto, tal superchería, yo les perdono muy gustosamente, porque las medidas que así nos indujeron a tomar eran indispensables para la salvación del país.

Antes de adoptar el decreto del que acabo de hablar, la Asamblea había votado por aclamación otro, que declaraba que las familias de los que cayesen en la lucha recibirían una pensión del Tesoro, y que sus hijos serían adoptados por la República.

Se decidió que sesenta miembros de la Cámara, elegidos por las comisiones, se extendiesen por París, con el fin de anunciar a los guardias nacionales los diferentes decretos que la Asamblea acababa de dictar, y para reavivar la confianza de aquella milicia, de la que se decía que estaba insegura y desalentada.

En la comisión de que yo formaba parte, en lugar de nombrar inmediatamente a los delegados, se inició una discusión interminable sobre la inutilidad o el peligro de la resolución que acababa de adoptarse, y así se perdió mucho tiempo. Yo terminé por cortar aquella ridícula charlatanería, con una intervención: «Señores —dije—, la Asamblea puede haberse equivocado. Pero permítanme que les haga observar que, al haber sido tomada esa resolución públicamente, sería una vergüenza para la Asamblea el retroceder, y una vergüenza para nosotros el no someternos a ella».

Se votó, inmediatamente. Como esperaba, yo fui nombrado delegado por unanimidad. Me dieron por colegas a Cormenin y a Crémieux, a los que añadieron a Goudchaux. Este era menos conocido entonces, aunque, en su género, fuese el más original de los tres. Era, a la vez, radical y banquero —rara unión—, y, a fuerza de ver de cerca los negocios, había acabado por recubrir de algunas ideas razonables el fondo de su espíritu, que estaba lleno de teorías extravagantes, y del cual acababan saliendo siempre. Por su cara, no parecía judío, en absoluto, a pesar de que lo era por padre y madre, porque tenía unas mejillas redondas, unos gruesos labios rojos, un cuerpo rollizo y corto que habría hecho que se le tomase por un cocinero de buena casa. Era imposible ser más vanidoso, más irascible, más litigante, más petulante, ni más fácil de emocionar. No podía hablar de las dificultades de un presupuesto, sin derramar lágrimas. Por lo demás, era uno de los más valientes hombrecitos que pudieran encontrarse.

A causa de la intempestiva discusión de la comisión, las otras delegaciones habían partido ya, y, con ellas, los guías y la escolta que debían acompañarnos. De todos modos, nos pusimos en camino, tras habernos ceñido nuestros fajines, y nos dirigimos, solos y un poco al azar, hacia el interior de París, a lo largo de la orilla derecha del Sena. La insurrección había hecho entonces tales progresos, que se veían cañones en batería y disparando entre el puente de las Artes y el puente Nuevo. Los guardias nacionales, que nos veían pasar desde lo alto de la terraza del agua, nos miraban con ansiedad y se quitaban respetuosamente los sombreros, diciendo, a media voz, con un tono conmovido: «¡Viva la Asamblea Nacional!» Jamás una ruidosa aclamación lanzada a la vista de un rey salió, de un modo más visible, del fondo del corazón, anunciando una simpatía menos fingida. Cuando dimos la vuelta a los portillos, y nos vimos sobre el Carrousel, me di cuenta de que Cormenin

y Crémieux se iban insensiblemente hacia la derecha, es decir, del lado de las Tullerías, y escuché a uno de ellos, ya no recuerdo a cuál, que decía: «¿Adónde podemos ir? ¿Y qué cosa de utilidad podemos hacer sin guías? ¿No será lo mejor limitarnos a recorrer el jardín de las Tullerías? Allí están acampados varios batallones de reserva. Les anunciamos los decretos de la Asamblea. —Seguramente —respondía el otro—, yo creo incluso que así cumpliremos mejor que nuestros colegas las instrucciones de la Asamblea, porque, ¿qué puede decirse a unas gentes ya lanzadas a la acción? Es a las reservas a las que conviene preparar para que entren, a su vez, en línea». Siempre me ha parecido muy interesante seguir los involuntarios movimientos del miedo en las gentes de talento. Los tontos muestran su miedo groseramente, totalmente desnudo, pero los otros saben ocultarlo con un velo tan fino y tan delicadamente tejido de pequeñas mentiras verosímiles, que hay un cierto placer en contemplar ese ingenioso trabajo de la inteligencia.

Está claro que un paseo por las Tullerías no entraba en mis cálculos. Yo había salido de bastante mal humor. Pero, una vez echado el vino, como suele decirse, yo pensaba que había que beberlo. Me dirigí, pues, a Goudchaux y le hice observar el camino que emprendían nuestros colegas. «Ya lo veo —me respondió en un tono furioso—. Yo también les dejo y voy a hacer públicos, sin ellos, los decretos de la Asamblea.» Tomamos juntos el camino del portillo opuesto. Cormenin y Crémieux se unieron a nosotros en seguida, un poco avergonzados de su tentativa. Llegamos así a la calle Saint-Honoré, cuyo aspecto fue quizá lo que más me impresionó durante las jornadas de Junio. Aquella calle tan popular y tan ruidosa estaba, en aquel momento, más desierta de lo que jamás la haya visto en invierno, a las cuatro de la madrugada. Hasta donde alcanzaba la vista, no se descubría alma viviente. Las tiendas, las puertas, las ventanas estaban herméticamente cerradas. No aparecía nada, nada se removía, no se oía ni el ruido de una rueda, ni las herraduras de un caballo, ni el paso de un hombre, sino solamente la voz del cañón, que parecía resonar en una ciudad abandonada. Las casas, sin embargo, no estaban vacías, porque, a medida que avanzábamos, veíamos, al otro lado de las ventanas, a mujeres y niños que, pegados a los cristales, nos veían pasar con aire asustado.

Cerca del Palais-Royal, encontramos, al fin, grandes agrupaciones de guardias nacionales, y nuestra misión co-

menzó. Cuando Crémieux vio que no se trataba más que de hablar, se enardeció. Contó a aquellas gentes lo que acababa de ocurrir en la Asamblea Nacional, y les cantó una tonada brillante que fue muy aplaudida. Allí encontramos una escolta, y seguimos adelante. Anduvimos durante mucho tiempo a través de las callejas de aquellos barrios, hasta que llegamos frente a la gran barricada de la calle Rambuteau, que aún no estaba tomada y que nos detuvo. Desde allí, regresamos por... Todas aquellas callejas habían sido ensangrentadas por luchas recientes, y en ellas se peleaba aún, de cuando en cuando. Porque era una guerra de emboscadas, que no tenía un escenario fijo y que sin cesar volvía sobre sus pasos. En el momento en que menos lo esperabais, os disparaban desde un tragaluz, y, cuando se entraba en la casa, se encontraba el fusil, pero no al tirador, que se había escapado por una puerta trasera, mientras se echaba la puerta abajo. Los guardias nacionales también tenían la orden de hacer levantar todas las persianas que encontrasen y de disparar contra todos los que se asomasen a las ventanas, orden que ellos habían cumplido tan al pie de la letra, que estuvieron a punto de matar así a varios curiosos a quienes la vista de nuestros fajines había animado a sacar la nariz. Durante aquel trayecto, que se prolongó dos o tres horas, tuvimos que hacer, por lo menos, treinta discursos: me refiero a Crémieux y a mí, porque Goudchaux no sabía hablar más que de finanzas, y, en cuanto a Cormenin, ya se sabe que siempre ha sido mudo como un pez. La verdad es que casi todo el peso del día cayó sobre Crémieux. No diré que me llenó de admiración, pero sí de sorpresa. Janvier ha dicho de Crémieux que era un *piojo elocuente*. Lástima que no le haya visto aquel día, fatigado, despechugado, con la cara cubierta de una máscara de polvo que se le había pegado a un sudor viscoso, soplando, gritando, pero encontrando sin cesar nuevos lugares comunes, o, más bien, giros y palabras nuevos para expresar lo que antes había encontrado, poniendo tan pronto en acción lo que acababa de relatar, como relatando lo que acababa de poner en acción, y siempre elocuente, siempre fogoso, siempre aplaudido. No creo que haya habido jamás, y dudo que jamás se haya imaginado, un hombre más feo ni de palabra más fácil.

Observé que, cuando se anunciaba a los guardias nacionales que París había sido puesto en estado de sitio, ellos se mostraban contentos, y que, cuando se les decía que la Comisión ejecutiva había sido derrocada, lanzaban gritos

de alegría. Jamás pueblo alguno se mostró tan satisfecho de verse desembarazado de su libertad y de su gobierno. Y, sin embargo, en aquello había desembocado, en menos de dos meses, la popularidad de Lamartine.

Cuando habíamos acabado de hablar, aquellos hombres nos rodeaban, nos preguntaban si estábamos bien seguros de que la Comisión ejecutiva había cesado en sus funciones, y había que mostrarles el decreto para dejarles satisfechos.

Lo que yo advertí, sobre todo, fue la actitud firme de aquellos hombres. Nosotros habíamos ido para animarles, y eran ellos, más bien, quienes nos animaban a nosotros. «¡Aguantad en la Asamblea Nacional —nos gritaban—, y nosotros aguantaremos aquí! ¡Valor, y nada de transacciones con los insurrectos! Nosotros daremos cuenta de este motín. Todo esto acabará bien.» Jamás se había visto a la guardia nacional tan decidida, y creo que se equivocaría quien esperase encontrarla otra vez así, porque su coraje era el de la necesidad y el de la desesperación, y se debía a circunstancias que no pueden reproducirse.

París se asemejaba, aquel día, a esas ciudades de la antigüedad cuyas murallas defendían los vecinos como héroes, pues sabían que, si la ciudad caía, ellos se verían convertidos en esclavos. Cuando regresábamos a la Asamblea, Goudchaux nos dejó: «Ahora que hemos cumplido nuestra misión —me dijo apretando los dientes y con un acento mitad alsaciano y mitad gascón—, ahora quiero *ir a batirme un poco*». Y lo dijo con tono tan marcial y tan poco acorde con su aspecto pacífico, que yo no pude menos de sonreír.

Fue a batirse, en efecto, según me contaron, hasta el punto de que pudo hacerse agujerear en dos o tres sitios su pequeña panza, si la suerte lo hubiera querido. Volví de aquella ronda, con la confianza de que venceríamos, y lo que vi al acercarme a la Asamblea acabó de convencerme.

Por todos los caminos que los insurgentes no controlaban, entraban entonces en la ciudad millares de hombres que acudían desde todos los puntos de Francia en nuestra ayuda. Gracias a los ferrocarriles, venían ya desde cincuenta leguas, a pesar de que la lucha no había comenzado hasta la víspera por la tarde. Y vinieron de cien y de doscientas leguas, al día siguiente y en días sucesivos. Aquellos hombres pertenecían, indistintamente, a todas las clases de la sociedad, y había entre ellos muchos campesinos, muchos burgueses, muchos grandes propietarios y nobles, todos

mezclados y confundidos en las mismas filas. Estaban armados, de una manera irregular e insuficiente, pero corrían hacia París con un entusiasmo sin igual: un espectáculo tan extraño y tan nuevo en nuestros anales revolucionarios como el ofrecido por la propia insurrección. Era evidente, desde aquel momento, que nosotros acabaríamos triunfando, porque los insurgentes no recibían tropas de refresco, y nosotros teníamos como reserva a toda Francia.

En la plaza de Luis XV, encontré, en medio de los habitantes armados de su cantón, a mi pariente Lepelletier d'Aunay, que había sido vicepresidente de la Cámara de los diputados durante los últimos años de la monarquía. No llevaba uniforme ni mosquete: sólo un espadín de ceremonia, con el puño de plata, que había colgado al cinto, por encima de su traje, con ayuda de una estrecha bandolera de tela blanca.

Me emocioné hasta las lágrimas, al ver a aquel hombre respetable y de cabellos blancos, tan grotescamente vestido. «¿No quiere comer hoy en mi casa? —le dije—. —No —me respondió—. ¿Qué dirían estos valientes que me acompañan y que saben que yo tengo mucho más que perder que ellos con el triunfo de la insurrección, si me ven que les dejo así para ir a disfrutar de mis comodidades? No, yo compartiré lo que ellos coman y me acostaré aquí, en su vivac. Lo único que te pido es que aceleres un poco, si te es posible, el envío del pan de munición que nos han prometido, porque estamos sin comer desde esta mañana.»

Volví a la Asamblea, hacia las tres, creo, y ya no salí de ella.

El resto de la jornada se llenó con las descripciones de los combates, y cada instante producía su acontecimiento o su noticia. Se anunciaba la llegada de los voluntarios de un departamento, se llevaban unos prisioneros, se traían unas banderas cogidas en las barricadas. Se citaban actos de valor, frases heroicas. A cada instante, se recibía la noticia de la herida o de la muerte de alguna persona conocida. En cuanto al resultado final de la jornada, nada permitía entreverlo aún.

El presidente no reunía a la Asamblea en sesión, más que de tarde en tarde, y por poco tiempo, y tenía razón, porque las asambleas son como los niños: la ociosidad las induce a decir o a hacer muchas tonterías. En cada reanudación, venía él personalmente a darnos cuenta de todo lo que se había conocido con certeza mientras no había estado reunida la sesión. Como se sabe, el presidente era

Sénard, célebre abogado de Rouen, hombre valioso, pero que, desde su juventud, había contraído tal costumbre de la escena en las comedias cotidianas que se representan ante los tribunales, que había perdido la facultad de expresar con verdad sus verdaderas impresiones, si por un azar llegaba a tenerlas. Siempre tenía que añadir a los rasgos de valor de que nos informaba algunas exageraciones de su cosecha, y tenía que expresar la emoción que sentía realmente —creo yo—, con unos sonidos cavernosos, con unos temblores de voz y una especie de hipo trágico, que le hacía semejarse, en aquellos mismos instantes, a un actor. Jamás lo ridículo y lo sublime estuvieron tan cerca, porque lo sublime estaba en los hechos y lo ridículo en el narrador.

No nos separamos hasta muy avanzada la noche, para descansar un poco. El combate había cesado, pero para reanudarse al día siguiente. La insurrección, contenida en todas partes, no estaba aún dominada en ninguna.

X

Continuación de las jornadas de Junio.

Teníamos entonces como portero de la casa en que vivíamos, en la calle de la Madeleine, a un hombre de muy mala fama en el barrio, antiguo soldado, un poco alocado, borracho y gran holgazán, que pasaba en la taberna todo el tiempo que no empleaba en pegar a su mujer. Puede decirse que aquel hombre era socialista de nacimiento, o, mejor, de temperamento.

Los primeros éxitos de la insurrección le habían exaltado, y, en la mañana del día de que hablo, había recorrido las tabernas de los alrededores, y, entre otras malas palabras que había tenido, había dicho que me mataría por la tarde, cundo volviese a mi casa, si volvía alguna vez, e incluso había enseñado un largo cuchillo del que pensaba servirse. Una pobre mujer, que le había oído, corrió, muy alarmada, a advertir a Mme. de Tocqueville, la cual, antes de abandonar París, me hizo llegar una nota en la que, después de contarme lo sucedido, me rogaba que no volviese por la noche, sino que fuese a dormir a casa de mi padre, entonces ausente, y cuya casa estaba muy cerca. Y eso fúe lo que me propuse hacer. Pero, cuando salí de la Asamblea, hacia medianoche, no me sentí con fuerzas para seguir aquel plan. Estaba agotado de cansancio, y no sabía si encontraría una cama preparada, fuera de mi

casa. Además, creía poco en la ejecución de esos crímenes anunciados de antemano, y experimentaba, en fin, esa especie de impaciencia que sigue a las emociones prolongadas. Llamé, pues, a mi puerta, sólo después de haber tomado la precaución de armar las pistolas que, en aquellos tiempos desgraciados, era normal llevar encima. Fue mi hombre el que vino a abrirme, entré, y, mientras él, detrás de mí, echaba con gran cuidado los cerrojos, yo le pregunté si habían vuelto todos los inquilinos. Me respondió, lacónicamente, que todos habían abandonado París por la mañana, y que en la casa sólo estábamos nosotros dos. Yo habría preferido otra compañía, pero ya no había posibilidad de retroceder. Le miré, pues, a los ojos, y le ordené que caminase delante de mí, alumbrándome. Al llegar a una puerta que daba a un patio, se detiene y me dice que, al fondo de una cochera, se oye un ruido extraño, que le preocupa, y me ruega que le acompañe a ver cuál es la causa. Y, al decir aquellas palabras, emprende el camino de la cochera. Todo aquello empezaba a parecerme muy sospechoso, pero pensaba que, comprometido hasta allí, era más seguro continuar avanzando. Le seguí, pues, pero sin perder de vista ni uno solo de sus movimientos, y totalmente decidido a matarlo como un perro, al primer signo que me anunciase un mal intento. Oímos, en efecto, el extrañísimo ruido de que él me había hablado. Se parecía al sordo discurrir del agua o al ruido lejano de un coche, aunque salía, evidentemente, de un lugar muy próximo. Jamás he podido saber cuál era la causa. Es verdad que tampoco la busqué durante mucho tiempo. Volví inmediatamente a la casa, y me hice preceder por mi acompañante hasta mi piso, siempre sin quitarle ojo. Le dije que abriese mi puerta, y, una vez que la abrió, le quité de las manos la antorcha, y entré en mi casa. Sólo cuando vio que estaba a punto de desaparecer, se decidió a quitarse el sombrero y a saludarme. ¿Había tenido, en realidad, aquel hombre la intención de matarme, y, al verme prevenido, con mis dos manos en los bolsillos, pensó que yo estaba mejor armado que él y que debía renunciar a su propósito? Creí entonces que jamás lo había pensado seriamente, y lo sigo creyendo. En tiempos de revolución, la gente se vanagloria casi tanto de los supuestos crímenes que quiere cometer como, en los tiempos corrientes, de las buenas intenciones que pretende tener. Siempre he pensado que aquel miserable sólo se habría vuelto peligroso, si la suerte del combate hubiera parecido inclinarse contra nosotros, pero se

inclinaba, por el contrario, a nuestro favor, aunque de un modo indeciso todavía, y aquello bastaba para protegerme.

Al despuntar el día, oí que alguien entraba en mi casa, y desperté, sobresaltado: era mi criado, que había entrado con una llave que tenía del departamento. Aquel valiente muchacho venía del vivac (yo le había provisto, a petición suya, de un uniforme de guardia nacional y de un buen fusil), y venía a saber si yo había vuelto y si necesitaba de sus servicios. Éste no era socialista, desde luego, ni de teoría, ni de temperamento. Ni siquiera estaba atacado, en ningún grado, de la enfermedad más ordinaria del siglo, que es la inquietud del espíritu, y difícilmente se hubiera encontrado, aun en tiempos distintos de los nuestros, a un hombre más tranquilo en su posición y menos apesadumbrado de su suerte. Siempre muy contento de sí mismo y bastante satisfecho del prójimo, no codiciaba, por lo general, más que aquello que estaba a su alcance, y conseguía, o creía conseguir, fácilmente, todo lo que codiciaba, siguiendo así, sin saberlo, los preceptos que los filósofos enseñan y no observan, y gozando, como don de la naturaleza, de ese feliz equilibrio entre las facultades y los deseos, que es el único que otorga la felicidad que la filosofía promete.

«¿Qué tal, Eugenio? —le dije aquella mañana, cuando entraba en mi casa—. ¿Cómo van las cosas? —Muy bien, señor, perfectamente bien. —¿Cómo que muy bien? Yo sigo escuchando cañonazos. —Sí, todavía se pelea —respondió—, pero todo el mundo dice que esto acabará muy bien.» Dicho esto, se quitó su uniforme, me limpió las botas, cepilló mis trajes, y luego, tras haberse puesto nuevamente el uniforme, dijo: «Si el señor no me necesita y si me lo permite, ahora vuelve a la batalla». Desempeñó aquel doble oficio durante cuatro días y cuatro noches, tan sencillamente como yo lo cuento. Yo experimentaba una especie de descanso en medio de aquellas jornadas tan agitadas por la brutalidad y por el odio, cuando observaba la figura apacible y satisfecha de aquel joven.

Antes de volver a la Asamblea, donde yo no pensaba que hubiera resoluciones importantes que tomar, decidí adentrarme por los lugares donde aún se luchaba y donde oía cañonazos. No era que yo tuviese deseos *de ir a batirme un poco*, como Goudchaux, sino que quería juzgar por mí mismo acerca del estado de las *cosas*, porque, en mi total ignorancia de la guerra, no podía comprender qué era lo que prolongaba tanto el combate. Y también, por otra par-

te, quiero decir que una tremenda curiosidad iba abriéndose paso en medio de todos los sentimientos que llenaban mi espíritu, y, de cuando en cuando, los dominaba. Recorrí una gran parte de los bulevares sin encontrar huellas de la batalla, pero, a partir de la puerta de Saint-Denis, eran abundantes. Se caminaba entre los escombros dejados por la insurrección en su retirada: ventanas rotas, puertas hundidas, casas salpicadas por las balas o atravesadas por los cañonazos, árboles abatidos, adoquines amontonados, y, detrás, paja sucia de sangre y de barro, esos eran los tristes desechos.

Llegué así al Château-d'Eau, alrededor del cual se hallaba reunido un gran cuerpo de tropas de distintas armas. Bajo aquella fuente había una pieza de artillería que disparaba contra la calle Samson. Al principio, creí que los insurgentes respondían también a cañonazos, pero luego me di cuenta de que me equivocaba, a causa de un eco que repetía, con un ruido espantoso, el fragor de nuestra propia pieza. Jamás he oído otro igual: podría creerse que estábamos en medio de una gran batalla. En realidad, los insurgentes sólo respondían con un fuego de mosquetería, escaso, pero mortífero. Era un extraño combate. Como se sabe, la calle Samson no es muy larga; al final, pasa el canal Saint-Martin, y, detrás del canal, una gran casa hace frente a la calle.

La calle estaba absolutamente desierta, no se veía ni una barricada, y parecía que el cañón tiraba al blanco. Sólo de vez en cuando, una nube de humo salía de algunas ventanas de la calle y anunciaba a un enemigo presente, pero invisible. Nuestros tiradores, colocados a lo largo de las paredes, apuntaban hacia las ventanas de donde veían salir los disparos. Detrás de la fuente, Lamoricière, plantado en un gran caballo, ostentosamente, daba sus órdenes en medio de las balas. Yo le encontré más animado y más locuaz de lo que imaginaba que debía ser un general en jefe en tales circunstancias. Hablaba, gritaba con una voz ronca, gesticulaba con una especie de furia. Era fácil ver en la claridad de su pensamiento y de su expresión que, en medio de aquel aparente desorden, no perdía su sangre fría, pero aquella manera de mandar podría hacérsela perder a los otros, y yo confieso que habría admirado más su valor, si él hubiera estado más tranquilo.

Aquel combate, en el que no se veía a nadie delante de nosotros, y que no parecía dirigido más que contra unas paredes, me sorprendía extraordinariamente. Jamás me

habría imaginado la guerra bajo aquel aspecto. Como el bulevar, al otro lado del Château-d'Eau, parecía libre, yo no comprendía por qué nuestras columnas no avanzaban más, ni por qué, si había que apoderarse primero de la gran casa que hacía frente a la calle, no se la tomaba al asalto, en lugar de permanecer durante tanto tiempo expuestos a la fusilería mortífera que de ella salía. Sin embargo, nada más fácil de explicar. El bulevar que me parecía libre a partir del Château d'Eau no lo estaba: más allá de un recodo que hacía en aquel sitio, estaba, por el contrario, erizado de barricadas hasta la Bastilla. Antes de atacar las barricadas, había que hacerse dueño de las calles que se dejaban atrás, y, sobre todo, apoderarse de la casa que hacía frente a la calle Samson, y que, al dominar el bulevar, habría obstaculizado mucho nuestras comunicaciones, y, por último, no se tomaba aquella casa al asalto, porque nos separaba de ella el canal, que yo, desde el bulevar, no veía. Había que limitarse, pues, a tratar de destruirla a cañonazos, o, por lo menos, de hacerla indefendible. La realización de aquella tarea requería mucho tiempo, y, después de haberme extrañado, por la mañana, de que el combate no terminase, me preguntaba, ahora, cómo, de aquel modo, podría terminar jamás. Porque lo que yo veía con mis propios ojos en el Château-d'Eau se reproducía, en el mismo instante, bajo otras formas, en otros cien sitios de París.

Como los insurgentes no tenían cañón, la guerra carecía aquí de ese aspecto horrible que debe de tener cuando el campo de batalla es desgarrado por los cañonazos. Los hombres que eran alcanzados delante de mí parecían atravesados por un dardo invisible: se tambaleaban y caían, sin que antes se viese otra cosa que un agujerito hecho en sus ropas. En los acontecimientos de esta especie de los que fui testigo, me impresionó menos la visión del dolor físico que el cuadro de la angustia moral. Era una cosa extraña, en efecto, y espantosa, ver cómo, de repente, los rostros cambiaban, y cómo el fuego de la mirada se extinguía, de pronto, en el terror de la muerte.

Al cabo de cierto tiempo, vi que el caballo de Lamoricière se desplomaba: una bala acababa de atravesarlo. Era el tercer caballo montado por el general que le mataban desde la antevíspera. Lamoricière saltó a tierra, rápidamente, y continuó a pie su furibunda perorata.

Observé que, de nuestro lado, los menos animados eran los soldados de línea. Permanecían como apagados y entu-

mecidos en medio de los recuerdos de Febrero, y no parecían todavía muy seguros de que no pudiesen decirles, al día siguiente, que habían obrado mal. Los más vivos eran, sin duda, aquellos mismos guardias móviles de quienes nosotros tanto habíamos desconfiado, y yo digo todavía, a pesar de lo ocurrido, que con mucha razón, pues había faltado muy poco para que se decidiesen contra nosotros, en lugar de inclinarse a nuestro lado. Es verdad que, una vez decididos, hicieron prodigios. Todos pertenecían a ese género de muchachos de París que da a nuestros ejércitos los soldados más indisciplinados y los más temerarios, porque saltaban hacia el peligro. Iban a la guerra como a la fiesta. Pero resultaba fácil ver que lo que amaban era mucho más el combate que la causa misma por la que combatían. Todas aquellas tropas, por lo demás, eran muy bisoñas y muy expuestas al pánico: yo mismo fui juez de ello, y casi víctima. En la esquina de la calle Samson, justamente al lado del Château-d'Eau, se encontraba entonces en construcción una casa grande y alta. Unos insurgentes, llegados, sin duda, por detrás, a través de los patios, se habían instalado en ella, sin que nadie lo sospechase. De pronto, aparecen en lo alto del edificio y hacen una gran descarga contra las tropas que llenaban el bulevar y que estaban lejos de pensar que verían al enemigo tan bien apostado y tan próximo. El ruido de sus fusiles, al retumbar contra las casas opuestas con gran estrépito, hace creer que del otro lado se produce una sorpresa de la misma naturaleza. Inmediatamente, la confusión más espantosa se apodera de nuestra columna: artillería, infantería, caballería, se mezclan en un instante, los soldados disparan en todos los sentidos, sin saber lo que hacen, y retroceden tumultuosamente más de sesenta pasos. Este movimiento de retirada fue tan desordenado y tan impetuoso, que yo me vi arrojado contra el muro de las casas que dan frente a la calle del Faubourg-du-Temple, derribado por la caballería y estrujado de tal modo, que dejé allí mi sombrero, y a punto estuve de dejar mi persona. Fue, seguramente, el peligro más serio que corrí en las jornadas de Junio. Aquello me hizo pensar que no todo era siempre heroico en el heroico juego de la guerra. No dudo que accidentes de este tipo ocurren frecuentemente a las mejores tropas, pero nadie se jacta de ello y los boletines no lo cuentan.

El que estuvo sublime, en aquel momento, fue Lamoricière. Hasta entonces, había mantenido su espada en la vaina, pero ahora la saca, corre hacia sus soldados, con el

más espléndido furor en todas sus facciones; los detiene con su voz, los agarra con las manos, los golpea incluso con el puño de su espada, los hace volver, los conduce, y, poniéndose en cabeza, les obliga a cruzar a paso ligero bajo el fuego de la calle del Faubourg-du-Temple para tomar la casa de donde había partido la fusilería, lo que se hizo en un instante y sin el menor daño: el enemigo había desaparecido.

El combate recobró su lúgubre fisonomía y duró todavía algún tiempo, hasta que el fuego de los insurgentes se extinguió, al fin, y la calle fue ocupada. Antes de pasar a otra operación, hubo un momento de descanso. Lamoricière entró en su cuartel general, que no era más que una taberna del bulevar, próxima a la puerta Saint-Martin, y yo pude, al fin, consultarle acerca de la situación. «¿Cuánto cree usted —le dije— que durará todo esto? —¡Ah, qué sé yo! —me respondió—. Eso depende del enemigo, no de nosotros.» Entonces, me mostró en el mapa todas las calles que habían sido ya tomadas y que estaban ocupadas, y todas las que faltaban por tomar, y añadió: «Si los insurgentes quieren defenderse sobre el terreno que les queda como lo han hecho sobre el que les hemos tomado ya, podemos tener aún para ocho días, y nuestras pérdidas serán enormes, porque nosotros perderemos más que ellos. Aquí, el vencido será el primero que pierda la fuerza moral».

Yo le reproché, entonces, que se expusiese tan temerariamente, y, a mi juicio, tan inútilmente. «¿Y qué quiere que haga? —me contestó—. Diga usted a Cavaignac que me mande unos generales que sepan o quieran secundarme, y me cuidaré más, pero, cuando no se cuenta más que con uno mismo, hay que jugársela constantemente.» Entonces, llegó M. Thiers y se arrojó al cuello de Lamoricière, diciéndole que era un héroe. Yo no pude reprimir una sonrisa al ver aquella efusión, porque entre ellos no se estimaban, pero el gran peligro es como el vino: enternece a los hombres.

Dejé a Lamoricière en brazos de M. Thiers, y regresé a la Asamblea. Era tarde. Además, yo no conozco nada más tonto que un hombre que se hace romper la cabeza en la guerra, sólo por curiosidad.

El resto del día transcurrió como la víspera: la misma ansiedad en la Asamblea, la misma febril inacción, la misma firmeza.

Los voluntarios seguían llegando a París, en multitudes. A cada instante, se anunciaba algún acontecimiento trági-

co o algún muerto ilustre. Aquellas noticias entristecían, pero animaban y reafirmaban a la Asamblea. Todos los miembros que se aventuraban tímidamente a proponer mociones tendentes a un compromiso con los insurrectos eran recibidos con gritos de cólera. Hacia el atardecer, decidí acudir al Hôtel de Ville para informarme allí de las noticias más fidedignas acerca de los resultados de la jornada. Aquella insurrección, después de haberme inquietado por su violencia, me inquietaba por su duración. Porque, ¿quién podía prever el efecto que produciría en ciertas partes de Francia, y, sobre todo, en las grandes ciudades obreras como Lyon, la visión de un combate tan largo tiempo indeciso, y la de París, tan largo tiempo en suspenso? Cuando pasaba por el malecón de la Ferraille, encontré a unos guardias nacionales vecinos míos, que llevaban en camillas a algunos de sus camaradas y a dos de sus oficiales heridos. Al hablar con ellos, observé con qué espantosa rapidez, incluso en un siglo tan civilizado como el nuestro, los espíritus más pacíficos se ponen, por así decirlo, al unísono de las guerras civiles, y cómo el gusto por la violencia y el desprecio de la vida humana se extienden, de pronto, en esos tiempos infortunados. Los hombres con quienes entonces me detuve eran artesanos acomodados y apacibles, cuyas costumbres moderadas y tranquilas les mantenían más alejados aun de la crueldad que del heroísmo. Y no pensaban, sin embargo, más que en destruir y en matar. Se quejaban de que no se emplease la bomba, la zapa y la mina contra las calles insurrectas, y ya no querían dar cuartel a nadie. Hice lo que pude por calmar a aquellos corderos rabiosos. Les aseguré que, al día siguiente, se tomarían medidas más terribles. En efecto, Lamoricière me había dicho, por la mañana, que traería granadas para lanzarlas detrás de las barricadas, y yo sabía que se esperaba un regimiento de zapadores de Douai que se pensaba utilizar para barrenar las paredes y derribar con explosiones las casas asediadas. Añadí que no debía fusilarse a ningún prisionero, pero que había que matar en el acto a todo el que intentara defenderse. Dejé a mis gentes un poco más tranquilas, y, mientras continuaba mi camino, no podía menos de reflexionar sobre mí mismo, y de asombrarme por el carácter de los argumentos que acababa de utilizar y por la prontitud con que también yo me familiarizaba, en dos días, con aquellas ideas de inexorable destrucción y de rigor que por naturaleza me eran tan extrañas. Al volver a pasar ante las callejas a cuya entrada había visto, en la

antevíspera, construir barricadas tan sólidas y tan perfectas, observé que el cañón había desbaratado totalmente aquellas obras bien terminadas, pero de las que aún quedaban huellas.

Me recibió Marrast, alcalde de París, y me dijo que, en efecto, el Hôtel de Ville estaba liberado, pero que, durante la noche, acaso los insurgentes tratasen de recuperar las calles que acababan de serles arrebatadas. Le encontré menos tranquilo que sus boletines. Me condujo a una sala donde se había instalado a Bedeau, peligrosamente herido desde el primer día. Aquel puesto del Hôtel de Ville era fatal para los generales que lo mandaban. Bedeau estuvo a punto de perecer allí. Duvivier y Négrier, que le sucedieron, allí cayeron muertos. Bedeau se creía ligeramente alcanzado, y sólo se preocupaba de la situación. Sin embargo, la actividad de su espíritu me pareció de mal augurio, y me inquietó.

Hacía mucho tiempo que había anochecido, cuando dejé el Hôtel de Ville para volver a la Asamblea. Quisieron darme una escolta, que yo rechacé, creyendo que no era necesaria, pero luego, durante el camino, lo lamenté más de una vez. Para impedir que los barrios sublevados recibiesen refuerzos, municiones o noticias de las otras partes de la ciudad, donde tantos hombres estaban dispuestos a abrazar la misma causa, se había adoptado, por la mañana, con mucha razón, la medida de suspender absolutamente la circulación por todas las calles. Se detenía a todas las personas que salían de sus casas sin un salvoconducto o sin una escolta. Me detuvieron, pues, muchas veces, durante mi trayecto, y me obligaron a mostrar mi medalla. Más de diez veces me vi apuntado por soldados bisoños, que hablaban toda clase de dialectos, porque París estaba lleno de campesinos, llegados de todas las provincias, y muchos de los cuales venían por primera vez.

Cuando llegué, hacía mucho tiempo que se había levantado la sesión, pero el palacio estaba, de todos modos, muy sobresaltado. Se había extendido el rumor de que los obreros del Gros-Caillou, aprovechando la noche, iban a venir a apoderarse de él. Así, aquella Asamblea, que, después de tres días de lucha, había llevado el combate hasta el seno de los barrios ocupados por sus enemigos, temblaba por su casa. Aquello carecía de todo fundamento, pero nada revela mejor el carácter de aquella guerra en la que el enemigo podía ser siempre el vecino y en la que nunca se estaba seguro de no tener saqueada la casa propia, mientras se

triunfaba lejos de ella. Para proteger el palacio contra un golpe de mano de aquella especie, se levantaron barricadas, de prisa, por la noche, a la entrada de todas las calles que pueden conducir a él. Cuando vi que no se trataba más que de un falso rumor, me fui a acostar.

No diré nada más de los combates de Junio. Los recuerdos de los dos últimos días se entremezclan con los recuerdos de los primeros, y en ellos se pierden. Se sabe que el Faubourg Saint-Antoine, última ciudadela de la guerra civil, no depuso las armas hasta el lunes, es decir, hasta el cuarto día a partir del comienzo de la lucha; y los voluntarios de La Mancha no pudieron llegar a París hasta la mañana de ese mismo día. Se habían dado mucha prisa, pero venían de más de ochenta leguas de distancia, a través de comarcas que no tienen vías férreas. Eran unos mil quinientos. Entre ellos, reconocí, con emoción, a propietarios, abogados, médicos, agricultores, amigos y vecinos míos. Casi toda la antigua nobleza de la región había empuñado las armas en aquella ocasión, y formaba parte de la columna. Y lo mismo ocurrió en casi toda Francia. Desde el noble más encastillado en el fondo de su provincia hasta los elegantes e inútiles herederos de las grandes familias, todos recordaron, en aquel momento, que habían formado parte de una casta guerrera y reinante, y en todos los sitios dieron el ejemplo de la partida y del vigor: que tan grande es la vitalidad de esos viejos cuerpos aristocráticos. Porque conservan una marca de sí mismos, cuando ya parecen reducidos a cenizas, y se yerguen varias veces de entre las sombras de la muerte, antes de descansar para siempre en ella. Fue, precisamente, en medio de las jornadas de Junio, cuando expiró el hombre que tal vez ha conservado mejor, en nuestros días, el espíritu de las antiguas razas, M. de Chateaubriand, a quien me habían acercado tantos lazos de familia y recuerdos de infancia. Desde hacía mucho tiempo, había caído en una especie de mudo estupor que, por momentos, hacía creer que su inteligencia se había apagado. Sin embargo, en aquel estado, oyó el rumor de la revolución de Febrero y quiso saber qué pasaba. Al informarle que acababan de derrocar la monarquía de Luis-Felipe, dijo: «¡Bien hecho!», y se calló. Cuatro meses después, el fragor de las jornadas de Junio llegó también a sus oídos, y preguntó, de nuevo, qué ruido era aquel. Le respondieron que se estaba luchando en París, y que eran cañonazos. Entonces, hizo inútiles esfuerzos por levantarse,

diciendo: «Quiero ir allá», y después se calló, pero esta vez para siempre, pues se murió al otro día.

Esas fueron las jornadas de Junio, jornadas necesarias y funestas. No extinguieron en Francia el fuego revolucionario, pero pusieron fin, al menos por algún tiempo, a lo que puede llamarse el trabajo propio de la revolución de Febrero. Libraron a la nación de la opresión de los obreros de París y le devolvieron la posesión de sí misma.

Las teorías socialistas continuaron penetrando en el espíritu del pueblo, bajo la forma de las pasiones de la codicia y de la envidia, y depositando en él la simiente de revoluciones futuras, pero el partido socialista, en cuanto tal, quedó vencido e impotente. Los Montañeses, que no pertenecían a él, comprendieron en seguida que habían sido alcanzados irrevocablemente por el mismo golpe que él había sufrido. Los republicanos moderados no tardaron en ver también que aquella victoria que los había salvado los colocaba en una pendiente que podía conducirles fuera de la república, e inmediatamente hicieron esfuerzos por mantenerse, pero en vano. Yo, que detestaba a los Montañeses y no apoyaba la república, pero que adoraba la libertad, experimenté, desde el día siguiente de aquellas jornadas, grandes temores por ella. Consideré, en el acto, el combate de Junio como una crisis necesaria, pero tras la cual el temperamento de la nación habría cambiado, en algún modo. El amor a la independencia iba a ser sustituido por el temor y tal vez por el aborrecimiento de las instituciones libres; después de tal abuso de la libertad, tal retroceso era inevitable. Aquel movimiento de retracción comenzó, en efecto, el 27 de junio: al principio, muy lento y como imperceptible a simple vista; después, rápido, y, luego, impetuoso e irresistible. ¿Dónde se detendrá? Yo lo ignoro. Creo que nos costará gran trabajo no retroceder mucho más allá del punto que habíamos alcanzado antes de Febrero, y preveo que todos —socialistas, Montañeses, republicanos y liberales— caeremos en un mismo descrédito, hasta que los recuerdos particulares de la revolución de 1848 se alejen y se borren, y que el espíritu general del tiempo recobre su predominio.

(Sorrento-Marzo, 1851)

XI

Comisión constituyente.

Cambio ahora de tema, y dejo gustosamente las escenas de guerra civil para volver a los recuerdos de mi vida parlamentaria. Quiero hablar de lo que ocurrió en la Comisión constituyente de la que yo formé parte. Esto nos obligará a remontarnos un poco más atrás, porque el nombramiento y los trabajos de esta comisión son anteriores a las jornadas de Junio, pero no he querido hablar de esto antes, por temor a interrumpir el curso de los hechos que nos conducía, directa y rápidamente, hasta aquellas jornadas. Se comenzó a nombrar la Comisión constituyente el 27 de mayo. La operación fue larga, porque se había decidido que los comisarios serían elegidos por toda la Asamblea y por mayoría absoluta de votos. Yo fui elegido en la primera vuelta de la votación, con Cormenin, Marrast, Lamennais, Vivien y Dufaure. No sé cuántas votaciones hubo que hacer para completar la lista, que debía ser de dieciocho.

Aunque la comisión se nombró antes de la victoria de Junio, casi todos sus miembros pertenecían a los diferentes partidos moderados de la Asamblea. Sólo había dos representantes de la Montaña: Lamennais y Considérant. Y aun esos dos no eran más que unos soñadores quiméricos: sobre todo, Considérant, que merecería que se le internase en un manicomio, si hubiera sido sincero, pero me temo que no mereciese nada mejor.

Al contemplar la comisión en su conjunto, era fácil ver que no cabía esperar de ella una obra muy notable.

Entre sus miembros, unos habían pasado su vida dirigiendo o controlando la administración bajo el último gobierno. Jamás habían visto, ni estudiado, ni comprendido más que la monarquía. Además, en su mayoría, se habían limitado a aplicar y no a estudiar los principios, de modo que no se habían elevado por encima de la práctica de los asuntos públicos. Encargados ahora de hacer realidad unas teorías que siempre habían desconocido o combatido, y que les habían sometido sin convencerles, les resultaba muy difícil aportar a su trabajo otras ideas que no fuesen las ideas monárquicas; o, si entraban en las ideas republicanas, tenían que hacerlo tan pronto con timidez como con entusiasmo, y siempre un poco al azar, como novicios.

En cuanto a los republicanos propiamente dichos que se encontraban en la Comisión, tenían pocas ideas de cualquier género, fuera de las que habían adquirido leyendo los periódicos, o escribiéndolos, porque algunos eran periodistas. Como se sabe, Marrast había dirigido el *National* durante diez años; Dornès era entonces su director-jefe. Vaulabelle, espíritu serio, pero grosero e incluso cínico, escribía habitualmente en aquella hoja. Un mes después, él mismo se asombraba, con toda la razón, de verse convertido en ministro de Instrucción Pública y de Cultos.

Todo aquello no recordaba a los hombres, tan seguros de su objetivo y tan conocedores de los medios que habían de adoptar para alcanzarlo, que, bajo la presidencia de Washington, redactaron, hace sesenta años, la constitución de América.

Por otra parte, aunque la comisión hubiera sido capaz de cumplir bien su función, la falta de tiempo y la preocupación por lo que ocurría fuera se lo habrían impedido.

No hay nación menos adicta a quienes la gobiernan que la nación francesa, ni que menos sepa prescindir de un gobierno. En cuanto se ve obligada a marchar sola, sufre una especie de vértigo que le hace creer, a cada instante, que va a caer en un abismo. En el momento de que hablo, la nación deseaba, con una especie de frenesí, que se llevase a cabo la obra de la constitución, y que el poder alcanzase un asentamiento, ya que no sólido, al menos permanente y regular. No necesitaba tanto una buena constitución como una constitución, cualquiera que fuese. La Asamblea compartía aquel fervor, y no cesaba de aguijonearnos, aunque nosotros no teníamos necesidad de ello,

porque el recuerdo del 15 de mayo, la inquietud de las jornadas de Junio y el espectáculo de aquel gobierno dividido, abatido e incapaz que dirigía los asuntos públicos eran suficientes para empujarnos. Pero lo que quitaba, sobre todo, a la Comisión su libertad de espíritu —hay que decirlo— era el temor a lo de fuera y el arrebato del momento. No puede imaginarse el efecto que aquella presión de las ideas revolucionarias producía en los espíritus menos dispuestos a entregarse a ellas, y hasta qué punto los empujaba, casi sin que ellos se diesen cuenta, más allá de donde querían ir, cuando no los apartaba totalmente de la dirección que deseaban seguir. Seguramente, si la comisión se hubiera reunido el 27 de junio en lugar del 16 de mayo, su trabajo habría sido muy distinto.

La discusión se inició el 22 de mayo. Se trata, al principio, de saber por dónde se empieza aquella obra inmensa. Lamennais propuso que se comenzase por ordenar el estado de las comunas: él mismo había procedido así en un proyecto de constitución que acababa de publicar para asegurarse la primicia de sus descubrimientos. Después, pasó de la cuestión de prioridad a la de fondo, y se puso a hablar de la centralización administrativa, porque sus ideas no se disociaban, su espíritu estaba siempre totalmente ocupado por un solo sistema, y todas las ideas que en él se encontraban se ajustaban entre sí tan perfectamente que, cuando una salía, parecía necesario que todas las demás la siguiesen. Hizo ver, pues, con gran fuerza, que una república cuyos ciudadanos no tuvieran el espíritu y el hábito cotidiano de regirse a sí mismos era un monstruo que no podía vivir.

La Comisión, entonces, se enardeció. Barrot, que siempre se ha hecho una imagen bastante viva, aunque bastante confusa, de la ventaja de las libertades locales, apoyó con entusiasmo a Lamennais. Yo hice lo mismo. Fueron Marrast y Vivien quienes nos combatieron. Vivien estaba en su papel al defender la centralización, porque la gestión de los asuntos administrativos era su profesión, y su carácter, además, le impulsaba a ello. Tenía todo lo que constituye un jurista hábil y un excelente comentarista, pero nada de lo que es necesario al legislador y al hombre de Estado. En aquella ocasión, el peligro que él veía correr a las instituciones que le eran tan queridas le inflamaba, y se exaltó hasta pretender que la república, lejos de reducir la centralización, debía incluso acrecentarla. Se diría que aquél era el aspecto de la revolución de Febrero que le agradaba.

En cuanto a Marrast, pertenecía a la raza ordinaria de los revolucionarios franceses que por libertad del pueblo han entendido siempre el despotismo ejercido en nombre del pueblo. Aquel súbito acuerdo de Vivien y de Marrast no me sorprendió, pues, en absoluto. Yo estaba habituado a aquel espectáculo, y hacía mucho tiempo que había observado que el único medio de hacer coincidir a un conservador con un radical consistía en atacar el poder del gobierno central, no en su aplicación, sino en sus principios. Podía tenerse la seguridad de que inmediatamente se arrojarían el uno en brazos del otro.

Así, cuando se dice que entre nosotros no hay nada que se encuentre al abrigo de las revoluciones, yo afirmo que no es cierto y que la centralización se encuentra. En Francia, sólo hay una cosa que no se puede hacer —un gobierno libre—, y sólo hay una institución que no se puede destruir —la centralización—. ¿Cómo va a perecer? Los enemigos de los gobiernos la aman, y los gobernantes la adoran. Es verdad que, de cuando en cuando, aquéllos se dan cuenta de que los expone a desastres repentinos e irremediables, pero esto no los indispone con ella. El placer que les proporciona de mezclarse en todo y de tener a todos en sus manos les permite soportar sus peligros. Prefieren una vida tan agradable a una existencia más segura y más larga, y dicen como los licenciosos de la Regencia: «Corta y buena».

La cuestión no pudo decidirse aquel día, pero quedó prejuzgada al acordar que no empezaríamos ocupándonos del sistema comunal.

Al día siguiente, Lamennais presentó la dimisión. En las circunstancias en que nos encontrábamos, aquél era un acontecimiento enojoso. No podía menos de extender o de ahondar los prejuicios que existían ya contra nosotros. Inmediatamente, se realizaron gestiones muy apremiantes y bastante humildes para inducir a Lamennais a que renunciase a su decisión. Como yo había compartido su opinión, se me encargó que fuese a verle y a presionarle para que regresase. Yo lo hice, pero inútilmente. Sin embargo, Lamennais no había sido vencido más que en lo relativo a una cuestión de forma, pero aquello le llevó a la conclusión de que no sería el dueño y señor. Y fue lo suficiente para decidirle a no querer ser nada. Fue inflexible, a pesar de todo lo que le dije en beneficio, precisamente, de las ideas que nos eran comunes.

Son, sobre todo, los sacerdotes que han colgado los hábitos a los que es preciso observar, si queren os formar-

nos una idea exacta de la fuerza indestructible y, por así decirlo, infinita que el espíritu y las costumbres clericales ejercen sobre quienes una vez los han contraído. Aunque Lamennais gustaba de llevar unas medias blancas, un chaleco amarillo, una corbata abigarrada y una levita verde, no por ello dejaba de seguir siendo sacerdote por su carácter e incluso por su aspecto. Caminaba con pasos menudos y apresurados, discretos, sin volver jamás la cabeza ni mirar a nadie, y así se deslizaba entre la gente, inclinado y modesto, como recién salido de una sacristía, y, al lado de eso, con un orgullo capaz de marchar sobre la cabeza de los reyes y de hacer frente a Dios. Al no poder vencer la obstinación de Lamennais, seguimos adelante, y, para no volver a perdernos en discusiones prematuras, una subcomisión se encargó de disponer el orden de los trabajos y de proponer la materia de éstos. Desgraciadamente, la subcomisión se compuso de tal modo que Cormenin, que nos presidía, fue su dueño y señor, y, en realidad, sustituyó a la subcomisión. Aquella iniciativa permanente de que se encontró así investido, juntamente con la dirección de los debates que como presidente le pertenecía, ejercieron la más funesta influencia sobre nuestras actuaciones sucesivas, y no sé si no habrá que atribuirles, principalmente, los defectos de nuestra obra.

Al igual que Lamennais, Cormenin había elaborado y publicado una constitución de su propio cuño, y pretendía, como aquél, que nosotros la adoptásemos. Pero no sabía cómo conseguirlo. La extremada vanidad suele hacer muy audaz, a la hora de hablar, al muy tímido. La de Cormenin no le permitía abrir la boca, en cuanto tenía tres oyentes. De buena gana habría hecho como uno de mis vecinos de Normandía, gran aficionado a la polémica, pero al que el cielo había negado la serenidad para poder disputar de viva voz: cada vez que yo tenía que rebatir las opiniones de aquel hombre, él se iba a su casa, muy de prisa, y me escribía inmediatamente lo que debería haberme dicho. Cormenin desesperaba, pues, de persuadirnos, pero confió en sorprendernos. Esperó inducirnos a admitir su sistema, poco a poco, y, por así decirlo, sin que nosotros nos diéramos cuenta, presentándonos todos los días un trocito. Lo hizo tan hábilmente, que nunca pudo entablarse una discusión general sobre el conjunto de la constitución, e incluso en cada materia fue casi imposible indagar y encontrar las ideas madres. Nos llevaba, cada día, cinco o seis artículos totalmente redactados, y conducía, poco a poco

y pacientemente, a aquel pequeño terreno a todos los que querían apartarse de él. A veces, se le oponía resistencia, pero, tras una prolongada lucha, se acababa cediendo ante aquella suave y continuada coacción. La influencia de un presidente en los trabajos de una comisión es inmensa; todos los que hayan asistido a estas pequeñas asambleas me comprenderán. Hay que reconocer, sin embargo, que, si algunos de nosotros hubieran tenido la decidida voluntad de sustraerse a aquella tiranía, habrían llegado a entenderse y a conseguirlo. Pero no había tiempo para las grandes discusiones, ni deseos de sostenerlas. La inmensidad y la complicación del tema asustaban y fatigaban de antemano los ánimos: la mayoría ni siquiera había tratado de estudiar el tema, o no se había hecho más que unas ideas muy confusas; y los que se habían formado unas ideas más claras no se sentían inclinados a exponerlas. Por otra parte, existía el temor de verse envuelto en unas luchas violentas e interminables al intentar descender al fondo de las cosas, y se prefería dar la sensación de estar de acuerdo permaneciendo en la superficie. Así avanzamos hasta el fin, adoptando grandes principios, explícitamente, a propósito de pequeños detalles, y montando, poco a poco, toda la maquinaria de la gobernación, sin darnos clara cuenta de la fuerza relativa de los diferentes resortes, ni de la manera en que podrían funcionar juntos.

En los momentos de descanso que interrumpían aquel hermoso trabajo, Marrast, que era un republicano al estilo de Barras, y que siempre ha preferido el lujo, la mesa y las mujeres a la democracia pobre, contaba pequeñas aventuras galantes, mientras Vaulabelle decía palabras gruesas. Por el honor de la Comisión, deseo profundamente que nunca se publiquen las actas —por lo demás, muy mal hechas— que de sus sesiones levantó el secretario. La esterilidad del debate en medio de la fecundidad exuberante de la materia produciría, sin duda, una gran sorpresa. En cuanto a mí, declaro que jamás me he sentido más desgraciado en el seno de ninguna de las comisiones de que he formado parte.

Hubo, sin embargo, una gran discusión. Se centró en el sistema de la cámara única. En realidad, los dos bandos en que secretamente se dividía la Comisión no se enfrentaron ni se atacaron más que aquella única vez. Y no se trató tanto de las dos cámaras como del carácter general que debía darse a la nueva gobernación: ¿se deseaba perseverar en el sistema práctico y un poco complicado de los

contrapesos, y colocar a la cabeza de la república unos poderes contenidos y moderados, y, por lo tanto, prudentes y reflexivos, o se debía emprender el camino contrario y adoptar la teoría más simple, según la cual se entregan los asuntos públicos a un solo poder, homogéneo en todas sus partes, sin diques, y, por consiguiente, impetuoso en su andadura, e irresistible? Ese fue el fondo del debate. Aquella cuestión general habría podido presentarse a propósito de muchos otros artículos, pero se había centrado, mejor que en ninguna otra parte, en la cuestión particular de las dos cámaras.

La lucha fue larga, y duró dos sesiones. El resultado nunca fue dudoso, ni por un instante, pues la opinión pública se había pronunciado con una gran fuerza en favor de la cámara única, no sólo en París, sino en casi todos los departamentos. Barrot fue el primero en hablar a favor de las dos cámaras. Recogió mi tesis y la desarrolló con mucho talento, pero sin medida, porque, en la revolución de Febrero, su espíritu parecía haber perdido el equilibrio, y, después, no había podido recobrar su aplomo. Yo apoyé a Barrot, y volví a la carga varias veces. Me sorprendió un poco el oír a Dufaure pronunciarse contra nosotros, incluso con bastante vehemencia. Los abogados no pueden escapar a una de estas dos costumbres: se habitúan a defender lo que no creen, o a convencerse muy fácilmente de lo que quieren defender. Dufaure era de los segundos. La fuerza de la opinión pública, de sus propias pasiones o de su interés jamás le habría inducido a abrazar una causa que él considerase mala, pero llegaba a infundirle el deseo de encontrarla buena, y eso, muchas veces, era suficiente. Su espíritu, inseguro por naturaleza, ingenioso y sutil, le inclinaba, poco a poco, hacia ella, y, en ocasiones, acababa entregándose, no sólo creyéndola buena, sino también entusiasmándose. ¡Cuántas veces no me habré asombrado al verle defender tan vivamente unas tesis que le había visto aceptar con muchas vacilaciones!

La razón principal que hizo valer en aquella ocasión a favor de la unidad del cuerpo legislativo (y creo que era la mejor que podría encontrarse) fue la de que, entre nosotros, un poder ejecutivo ejercido por un solo hombre elegido por el pueblo llegaría, sin duda, a ser preponderante, si no se situaba a su lado más que un poder legislativo debilitado por su división en dos ramas.

Yo recuerdo que le respondí que, en efecto, aquello podría ocurrir, pero que lo que era seguro ya es que dos

grandes poderes naturalmente celosos el uno del otro y colocados en un eterno *tête-à-tête* (ésa fue mi expresión), sin tener nunca la posibilidad de recurrir al arbitraje de un tercer poder, se encontrarían inmediatamente en mala relación o en guerra, y así permanecerían constantemente hasta que uno destruyese al otro. Añadí que, si bien era cierto que un presidente elegido por el pueblo y con las inmensas prerrogativas que en Francia corresponden al jefe de la administración pública podría oprimir, a veces, a un cuerpo legislativo dividido, un presidente que se sintiese con tal origen y con tales derechos se negaría siempre a convertirse en el simple agente, y a permanecer sometido a la caprichosa y tiránica voluntad de una sola asamblea.

Las dos partes teníamos razón. El problema, así planteado, era insoluble, según diré más adelante, pero la nación lo planteaba así.

Dupin consumó nuestra derrota. Defendió la cámara única, con una inspiración sorprendente. Cualquiera diría que Dupin jamás había sido de otra opinión. Yo lo esperaba. Conocía su carácter, habitualmente interesado y cobarde, sólo de cuando en cuando sujeto a sobresaltos de valor y de honestidad. Durante diez años, yo le había visto rondar en torno a todos los partidos sin entrar en ellos, y arrojarse sobre todos los vencidos. Mitad mono y mitad chacal, siempre mordaz, gesticulador, saltarín, y siempre dispuesto a arrojarse sobre el desgraciado que caía. En la Comisión constituyente, se mostró semejante a sí mismo, o, más bien, se superó. Jamás observé en él ninguno de esos sobresaltos de que acabo de hablar: fue igualmente plano del principio al fin. Por lo general, permanecía silencioso, mientras la mayoría estaba indecisa, pero, en cuanto veía que se pronunciaba a favor de opiniones democráticas, corría impetuosamente a ponerse a su cabeza, y, frecuentemente, la superaba a gran distancia. Una vez, se dio cuenta, a mitad de camino, de que estaba equivocado y de que la mayoría no marchaba en el sentido que él había creído, e inmediatamente, con un rápido y ágil esfuerzo de la inteligencia, se detuvo, se revolvió y regresó, siempre corriendo, hacia la opinión de la cual se alejaba.

Casi todos los antiguos parlamentarios se manifestaron, pues, contra las dos cámaras. La mayoría de ellos buscó pretextos más o menos aceptables para sus votos. Unos querían encontrar en un Consejo de Estado el contrapeso que consideraban necesario, y otros se prometían someter la asamblea única a unas formas cuya lentitud la protegería

contra sus propios arrebatos y contra la sorpresa, pero acabó exponiéndose la verdadera razón. En la Comisión, teníamos a un ministro del Santo Evangelio, M. Coquerel, que, al ver que sus colegas del clero católico entraban en la Asamblea, quiso aparecer también en ella, y se equivocó: de predicador muy admirado que era, se transformó, de pronto, en orador político perfectamente ridículo. No podía hablar, sin decir, pomposamente, algunas estupideces. Aquella vez, tuvo la ingenuidad de decirnos que él seguía siendo partidario de las dos cámaras, pero que votaría, de todos modos, por la cámara única, porque la opinión pública le empujaba y él no quería *luchar contra la corriente*, según sus propias palabras. Aquella candidez fastidió notablemente a los que hacían lo mismo que él, y nos divirtió mucho a Barrot y a mí. Pero esa fue la única satisfacción que tuvimos, porque, a la hora de los votos, no reunimos más que tres.

Aquella caída en vertical me desanimó un poco en la lucha, y acabó haciendo perder su aplomo a Barrot. Ya no volvió más que de tarde en tarde y para dar muestras de impaciencia o de desdén, en lugar de opiniones.

Pasamos al poder ejecutivo. A pesar de todo lo que he dicho de las circunstancias de la época y del carácter de la Comisión, costará trabajo creer que un tema tan inmenso, tan difícil, tan nuevo, no fuese objeto de ningún debate general, ni siquiera de alguna discusión profunda.

Había unanimidad en querer confiar el poder ejecutivo a un solo hombre. Pero, ¿cómo elegir a ese hombre, qué prerrogativas y qué agentes habían de otorgársele, qué responsabilidad había de imponérsele? Está claro que ninguna de estas cuestiones podía ser tratada de una manera abstracta, que cada una de ellas tenía una relación necesaria con todas las demás, y, sobre todo, no podía resolverse más que a la vista de la especial situación de los hábitos y de las costumbres del país. Eran viejos problemas, sin duda, pero rejuvenecidos por la novedad de las circunstancias.

Cormenin abrió la discusión, como siempre, con la propuesta de un pequeño artículo totalmente redactado, según el cual, aquel jefe del poder ejecutivo, o aquel presidente, como se le denominó desde aquel momento, sería elegido directamente por el pueblo, por mayoría relativa, fijándose el mínimo de los sufragios necesarios en dos millones de votos. Creo que Marrast fue el único en oponerse. Propuso que el jefe del poder ejecutivo fuese elegido por la Asam-

blea; estaba entonces dominado por la embriaguez de su fortuna, y, por extraño que esto pueda parecer hoy, se vanagloriaba de que la elección de la Asamblea recaería sobre él. Sin embargo, por lo que yo recuerdo, el artículo propuesto por Cormenin fue adoptado sin dificultades. No obstante, hay que reconocer que la conveniencia de que el presidente fuese nombrado por el pueblo no era una verdad evidente por sí misma, y que la disposición según la cual había de ser elegido directamente era tan nueva como peligrosa. En un país sin tradiciones monárquicas, donde el poder ejecutivo siempre ha sido débil y continúa estando muy restringido, no hay nada más prudente que encomendar a la nación la elección de ese representante. Un presidente que no contase con la fuerza que tal origen le confería se convertiría en el juguete de las asambleas. Pero nuestra situación era muy distinta. Nosotros salíamos de la monarquía, y hasta los hábitos republicanos eran todavía monárquicos. La centralización, por otra parte, bastaba para hacer incomparable nuestra situación. De acuerdo con sus principios, toda la administración del país, tanto en los asuntos menores como en los más importantes, no podía corresponder más que al presidente. Los millares de funcionarios que tienen en sus manos a todo el país no podían depender más que de él: esto era así, según las leyes y también según las ideas vigentes, que el 24 de febrero había dejado subsistir, porque habíamos conservado el espíritu de la monarquía, aunque hubiera dejado de gustarnos. En tales condiciones, ¿qué podía ser un presidente elegido por el pueblo, más que un pretendiente a la Corona? La institución sólo podía convenir a los que deseaban servirse de ella para ayudar a la transformación del poder presidencial en realeza. Me parecía claro entonces, y también hoy me parece evidente, que, si se quería que el presidente pudiera ser elegido por el pueblo, sin peligro para la república, era necesario restringir enormemente el círculo de sus prerrogativas, y ni siquiera sé si esto hubiera sido suficiente, porque la esfera del poder ejecutivo, así reducida por la ley, habría conservado su dimensión, tanto en los recuerdos como en las costumbres. Si, por el contrario, se dejaban sus poderes al presidente, era necesario que no lo eligiese el pueblo. El artículo de Cormenin, inicialmente adoptado, fue después, sin embargo, objeto de muy vivos ataques, pero fue atacado por razones distintas de las que yo acabo de dar. Era el día siguiente del 4 de junio. El príncipe Luis Napoleón, en quien nadie pensaba unos días

antes, acababa de ser elegido en la Asamblea por París y tres departamentos. Se empezó a temer que muy pronto se vería colocado a la cabeza de la república, si la elección del presidente se dejaba al pueblo. Los distintos pretendientes y sus amigos se alarmaron, la cuestión fue planteada de nuevo en la Comisión, y, en la primera votación, se mantuvo la mayoría.

Recuerdo que, durante todo el tiempo que la Comisión se ocupó de aquella materia, yo me afané por descubrir de qué lado debía inclinarse habitualmente la balanza del poder en una república, como la que yo veía que se estaba haciendo, y tan pronto creía que sería del lado de la asamblea única, como del lado del presidente elegido: esta incertidumbre me causaba una gran inquietud. La verdad es que aquello era imposible de decir de antemano. La victoria del uno o del otro de aquellos dos grandes rivales dependería de las circunstancias y de las disposiciones del momento. Lo único seguro era la guerra que se harían y el hundimiento de la república, que sería su consecuencia.

De todas las ideas que acabo de exponer, en ninguna se profundizó en el seno de la Comisión; puede decirse, incluso, que no se discutió ninguna. Barrot, un día, las tocó, de paso, pero sin detenerse en ellas. Su espíritu (que estaba más adormecido que debilitado, y que podía ver incluso desde muy lejos cuando se dedicaba a mirar) las entrevió, por un momento, como entre sueños, y ya no pensó en ellas más.

Yo mismo tampoco las indiqué más que con una especie de vacilación y de reserva. Mi fracaso a propósito de las dos cámaras me dejaba con pocos ánimos para la lucha. Por otra parte, confieso que estaba más preocupado por el deseo de llegar rápidamente a colocar un jefe poderoso a la cabeza de la república, que por elaborar una constitución republicana perfecta. Estábamos entonces bajo el gobierno dividido e incierto de la Comisión ejecutiva, y el socialismo estaba a nuestras puertas, y nos acercábamos a las jornadas de Junio, no hay que olvidarlo. Más adelante, y después de aquellas jornadas, defendí enérgicamente ante la Asamblea el sistema de elección del presidente por el pueblo y contribuí, en cierta medida, a hacerlo prevalecer. La principal razón que di fue que, después de haber anunciado a la nación que se le concedería aquel derecho que ella siempre había deseado ardientemente, ya no era posible negárselo. Aquello era cierto. Sin embargo, lamento haber hablado en aquella ocasión.

Y vuelvo a la Comisión. Al no poder o no desear siquiera oponerme a la adopción del principio, traté, por lo menos, de que su aplicación no resultase tan peligrosa. Propuse, en primer lugar, reducir en varios puntos la esfera del poder ejecutivo, pero vi claramente que no había nada serio que intentar por ese lado. Me lancé entonces sobre la propia forma de la elección, e hice que se sometiese nuevamente a discusión la parte del artículo de Cormenin que se refería a ella. Aquel artículo, según he señalado más arriba, disponía que el presidente sería nombrado directamente por mayoría *relativa,* fijándose el mínimo de esa mayoría en dos millones de sufragios. Esta forma tenía varios inconvenientes muy graves.

Al ser elegido el presidente directamente por los ciudadanos, eran muy de temer el arrebato y la fascinación del pueblo, y, además, el prestigio y el poder moral que debía poseer el elegido eran mucho mayores. Al bastar la mayoría relativa para que la elección fuese válida, podía ocurrir que el presidente no representase más que las voluntades de una minoría de la nación. Pedí que el presidente no fuese nombrado directamente por los ciudadanos, sino que de esta misión se encargasen unos delegados elegidos por el pueblo.

En segundo lugar, propuse que la mayoría relativa fuese sustituida por la mayoría absoluta, y, si ésta no se conseguía en la primera vuelta, que la Asamblea se encargase de efectuar la elección. Creo que aquellas ideas eran buenas, pero no eran nuevas: yo las había tomado de la constitución de América. Creo que, si yo no lo hubiera dicho, nadie lo habría sospechado: tan escasa era la preparación de la Comisión para desempeñar su gran papel.

La primera parte de mi enmienda fue rechazada, tal como yo esperaba. Nuestros grandes hombres consideraron que aquel sistema no era suficientemente simple y lo encontraron ligeramente tocado de aristocratismo. La segunda fue admitida: es el artículo actual de la Constitución.

Beaumont propuso que el presidente no fuese reelegible. Yo le apoyé muy decididamente, y la proposición fue aprobada. En esta ocasión, los dos caímos en un gran error, que mucho me temo que tendrá consecuencias sumamente enojosas. Siempre nos había preocupado mucho el peligro que correrían la libertad y la moralidad pública a causa de un presidente reelegible, que emplearía de antemano, para hacerse reelegir, como no podía menos de suceder, los inmensos medios de coacción o de corrupción que nuestras

leyes y nuestras costumbres proporcionan al jefe del poder ejecutivo. No fuimos bastante flexibles ni bastante ágiles para revolvernos a tiempo y darnos cuenta de que, desde el momento en que se había decidido que serían los propios ciudadanos quienes elegirían directamente al presidente, el mal era irreparable, y que intentar temerariamente entorpecer al pueblo en su elección sería acrecentarlo.

Aquella votación y la gran influencia que yo tuve en ella es el recuerdo más enojoso que me ha quedado de aquel tiempo. A cada instante, íbamos a chocar contra la centralización, y, en lugar de apartar el obstáculo, tropezábamos en él. Estaba en la esencia de la república que el jefe del poder ejecutivo fuese responsable, pero, ¿responsable de qué, y en qué medida? ¿Podía hacérsele responsable de los mil detalles de la administración, de los que nuestra legislación administrativa está sobrecargada, y de los que es imposible —y sería, además, peligroso— que él cuidase por sí mismo? Habría sido injusto y ridículo. Y si él no era responsable de la administración propiamente dicha, ¿quién lo sería? Se decidió que la responsabilidad del presidente se extendería a los ministros, y que la firma de éstos sería necesaria, como en el tiempo de la monarquía. Así, el presidente era responsable, pero no era enteramente libre en sus actos ni podía tapar a sus agentes.

Se pasó a la constitución del Consejo de Estado. De ella se encargaron Cormenin y Vivien. Puede decirse que se entregaron a la tarea como gentes que trabajasen en la construcción de sus propias casas. Hicieron todo lo posible para que el Consejo de Estado se convirtiese en un tercer poder, pero sin éxito. Acabó siendo un poco más que un Consejo de administración, pero infinitamente menos que una Asamblea legislativa.

La única parte de nuestro trabajo que fue tratada con verdadero dominio, y ordenada, según creo, con sabiduría, fue la referente a la justicia. En ese campo, la comisión se recobraba a sí misma, pues sus miembros habían sido o eran todavía abogados, en su mayoría. Gracias a ellos pudimos salvar el principio de inamovilidad de los jueces, que se mantuvo, como en 1830, contra la corriente que arrastraba todo lo demás. Los republicanos de origen lo atacaron, sin embargo, y muy estúpidamente, a mi parecer, porque ese principio es mucho más favorable a la independencia de los ciudadanos que al poder de los que gobiernan. El tribunal de los conflictos, y, sobre todo, el tribunal encargado de juzgar los crímenes políticos se constituyeron,

desde el primer momento, tal como se conocen hoy (1851). Beaumont fue el redactor de la mayor parte de los artículos que se relacionan con esos dos grandes tribunales de apelación. Lo que nosotros hicimos en esas materias es muy preferible a todo lo que se había intentado hacer, con el mismo objetivo desde hacía sesenta años. Es, probablemente, la única parte de la constitución de 1848 que sobrevivirá.

A demanda de Vivien, se decidió que la constitución no podría ser revisada más que por una nueva Asamblea constituyente, lo cual era justo, pero se añadió que tal revisión sólo podría llevarse a cabo si la Asamblea Nacional lo pedía mediante una deliberación expresa, adoptada tres veces seguidas por las cuatro quintas partes de los votos, lo que hacía casi imposible toda revisión normal. Yo no participé en aquella votación. Hacía mucho tiempo que yo pensaba que, en lugar de procurar que nuestros gobiernos fuesen eternos, había que tender a que pudieran cambiarse, de una manera fácil y regular. Esto me parecía, en todo caso, menos peligroso que el sistema contrario, y, en mi opinión, convenía tratar al pueblo francés como a esos locos a los que no se debe atar, por miedo a que se pongan furiosos al verse sujetos.

Señalé, de paso, algunas opiniones singulares que se emitieron. Martin —que, no contento con ser republicano de antes, declaró, un día, ridículamente, en la tribuna, que él era republicano de *nacimiento*— propuso, sin embargo, dar al presidente el derecho a disolver la Asamblea, sin percatarse de que tal derecho habría convertido al presidente, con gran facilidad, en el dueño y señor de la república. Marrast quiso que se formase en el Consejo de Estado una sección encargada de elaborar las *ideas nuevas*, que sería la sección del Progreso. Barrot propuso remitir al jurado la decisión de todos los procesos civiles, como si semejante revolución judicial pudiera improvisarse. Por último, Dufaure propuso prohibir la sustitución y obligar a todo el mundo a cumplir personalmente el servicio militar, medida que habría destruido toda educación liberal, si no se reducía mucho el tiempo de aquel servicio, o desorganizado el ejército, si se reducía así.

Y así fue como, siempre apurados por el tiempo y mal preparados para tratar tan importantes temas, nos acercábamos al término de nuestro trabajo. Se decía: Adoptemos, de momento, los artículos que se nos proponen; ya volveremos luego sobre nuestros pasos; la visión de ese

esbozo nos permitirá fijar más fácilmente los trazos definitivos y ajustar sus partes entre sí. Pero no se volvió, y el esbozo pasó a ser el cuadro.

Nombramos a Marrast nuestro portavoz. La forma en que abordó aquella gran misión puso claramente al descubierto la pereza, la irreflexión y la desvergüenza que constituían el fondo de su carácter. Para empezar, estuvo varios días sin hacer nada, a pesar de que la Asamblea demandaba sin cesar que se le diese a conocer el resultado de nuestras deliberaciones, y que toda Francia deseaba profundamente conocerlo también. Después, realizó su trabajo en una noche, la que precedió al día en que debía informar a la Asamblea. Por la mañana, lo notificó a uno o dos colegas a los que encontró casualmente, se presentó luego audazmente en la tribuna, y allí leyó, en nombre de la Comisión, un informe del que casi ningún miembro de la misma entendió ni la primera palabra. Aquella lectura tuvo lugar el 19 de junio. El proyecto de constitución contenía ciento treinta y nueve artículos, y había sido redactado en menos de un mes. No se podía ir más de prisa, pero habría podido hacerse mejor. Habíamos adoptado muchos pequeños artículos que sucesivamente había ido aportándonos Cormenin, pero habíamos rechazado un número mayor de ellos, lo que había causado a su autor una irritación tanto más viva cuanto que jamás había podido desahogarse. Quiso que el público le consolase. Publicó o hizo publicar (ya no recuerdo cuál de las dos cosas), en todos los periódicos, un artículo en el que se contaba lo que había ocurrido en el seno de la Comisión, atribuyendo a Cormenin todo lo que ésta había hecho bien, y a sus adversarios todo lo que había hecho mal. Semejante publicación nos disgustó mucho, como puede suponerse, y decidimos comunicar a Cormenin el sentimiento que su actitud nos producía. Pero nadie quería ser el orador de la compañía. Teníamos entre nosotros a un obrero (porque entonces se metía en todo a los obreros) llamado Corbon, de espíritu bastante recto y de carácter firme. Se encargó gustosamente de la misión. Al día siguiente, pues, y cuando la sesión de la Comisión acababa de abrirse, Corbon tomó la palabra, y, con una sencillez y un laconismo un poco brutal, dijo a Cormenin lo que nosotros pensábamos. Éste se desconcertó, y buscó con la mirada, alrededor de la mesa, si alguien acudía en su ayuda. Nadie se movió. Entonces, con un tono inseguro, dijo: «De lo que acaba de pasar, ¿debo deducir que la Comisión desea que yo la abandone?» Nosotros no dijimos

ni una palabra. Cormenin cogió su sombrero y salió. Nadie le retuvo. Jamás se tragó un ultraje más grave con menos esfuerzo, y sin una mueca. Creo que, a pesar de ser enormemente vanidoso, no era muy sensible a las ofensas secretas, y que, a condición de que su amor propio se viese halagado en público, no le habría importado mucho recibir algunos bastonazos en privado.

Muchos han creído que Cormenin, desde que, siendo vizconde, se había hecho, de pronto, radical, sin dejar por ello de ser devoto, no había cesado de representar un papel y de traicionar su pensamiento. Yo no me atrevería a decir que fuese así, aunque frecuentemente he observado extrañas incoherencias entre las cosas que decía al hablar y las que escribía, y que, en realidad, siempre me ha parecido más sincero en el miedo que le inspiraban las revoluciones que en las opiniones que había tomado de ellas. Lo que sobre todo me ha impresionado siempre en él son los defectos de su carácter. Jamás autor alguno ha conservado mejor en los asuntos públicos los hábitos y las deformaciones de su oficio. Cuando había establecido una cierta relación entre las diferentes disposiciones de una ley y dado un determinado giro ingenioso y atractivo a la redacción, creía que ya lo había hecho todo: la forma, la concatenación, la simetría le absorbían. Pero lo que necesitaba, sobre todo, era lo nuevo. Las instituciones ya ensayadas en otras partes o en otros tiempos le parecían tan detestables como los lugares comunes, y el primer mérito de una ley, a sus ojos, consistía en no parecerse nada a la que la había precedido. Como se sabe, la ley por la que se había nombrado la Constituyente era obra suya. En el momento de las elecciones generales, le encontré, y me dijo, con una cierta complacencia: «¿Se ha visto jamás en el mundo nada semejante a lo que se ve hoy? ¿En qué país se ha llegado jamás a hacer votar a los criados, a los pobres, a los soldados? Reconozca usted que esto no se había imaginado nunca hasta ahora». Y añadía, frotándose las manos: «Será curiosísimo ver lo que saldrá de todo esto». Y hablaba como de una experiencia de química.



TERCERA PARTE

Mi Ministerio, 3 junio-29 octubre 1849.

Parte comenzada en Versalles, el 16 de septiembre de 1851, durante la prórroga de la Asamblea Nacional.

Para llegar pronto a esta parte de mis recuerdos, salto por encima de la época anterior que se extiende desde el fin de las jornadas de junio de 1848 hasta el 3 de junio de 1849. Volveré a ella más adelante si tengo tiempo. Me ha parecido más importante, mientras mis recuerdos están frescos todavía, traer a la memoria los cinco meses que pasé en el gobierno.

I

Regreso a Francia.—Formación del gabinete.

Mientras yo estaba así ocupado en ver representar en el escenario particular de Alemania uno de los actos del gran drama de la revolución europea, mi atención se dirigió, de pronto, hacia Francia y se fijó en nuestros asuntos públicos, a causa de inesperadas y alarmantes noticias. Supe del fracaso casi increíble de nuestro ejército bajo las defensas de Roma, de los afrentosos debates que lo siguieron en el seno de la Constituyente, de la agitación del país producida por esas dos causas, y, por último, de las elecciones generales, cuyo resultado, en contra de las previsiones de los dos partidos, daba entrada a más de ciento cincuenta Montañeses en la nueva Asamblea. Por lo demás, el viento demagógico, que había soplado, de pronto, sobre una parte de Francia, no había reinado en el departamento de la Mancha. Por el contrario, todos los antiguos diputados que se habían separado del partido conservador de la Asamblea habían sucumbido en las elecciones. De los trece representantes que componían aquel grupo, sólo cuatro habían sobrevivido. En cuanto a mí, yo había reunido más votos que todos los otros, aunque me encontraba ausente y mudo, y a pesar de que había votado ostensiblemente por Cavaignac en el mes de diciembre anterior. Pero todo el mundo me votó, no tanto por mis opiniones políticas

como por la gran consideración personal de que gozaba fuera de la política: una posición honorable, sin duda, pero difícil de mantener en medio de los partidos, y que se tornaría muy precaria el día en que los partidos se convirtiesen en exclusivos, haciéndose violentos.

Emprendí el viaje, en cuanto recibí aquellas noticias. En Bonn, una indisposición repentina obligó a Mme. de Tocqueville a detenerse, y fue ella misma quien me apremió para que la dejase y continuase mi camino. Lo hice, pero a disgusto, porque la dejaba sola en medio de un país agitado todavía por la guerra civil, y porque, además, es en los momentos de dificultades o de peligros, cuando su valor y su gran sentido me sirven de ayuda.

Llegué a París, si no me engaño, el 25 de mayo de 1849, cuatro días antes de la reunión de la Asamblea legislativa, y durante las últimas convulsiones de la Constituyente. Unas semanas habían bastado para dar al mundo político un aspecto completamente irreconocible, no tanto por los cambios que se habían producido en los hechos exteriores, como a causa de la prodigiosa revolución que se había operado en los espíritus en pocos días.

El partido que ostentaba el poder en el momento de mi marcha lo conservaba aún, y el resultado material de las elecciones debía, a mi parecer, consolidarlo en sus manos. Aquel partido, compuesto de tantos partidos distintos, que quería, ora detenerse, ora hacer retroceder a la revolución, había obtenido una enorme mayoría en los colegios: iba a sumar más de dos tercios de la nueva Asamblea. Sin embargo, yo le encontré dominado por un terror tan profundo, que no podría compararlo más que con el que siguió a Febrero, porque no hay duda de que en política es preciso razonar como en la guerra y no olvidar jamás que el efecto de los acontecimientos debe medirse menos por lo que son en sí mismos que por las impresiones que producen.

Los conservadores, que, desde hacía seis meses, habían visto cómo todas las elecciones parciales acababan, invariablemente, con ventaja para ellos, que llenaban y dominaban casi todos los consejos locales, habían puesto en el sistema del sufragio universal una confianza casi ilimitada, después de haber profesado contra él una desconfianza ilimitada también. En la elección general que acababa de celebrarse, habían esperado, no solamente vencer, sino aniquilar, por así decirlo, a sus adversarios, y, al haber quedado por debajo del triunfo que habían soñado, se mostraban tan abatidos como si realmente hubieran sido derro-

tados, y, por otra parte, los Montañeses, que se habían considerado perdidos, estaban tan ebrios de alegría y de una loca audacia como si las elecciones les hubieran asegurado la mayoría en la nueva Asamblea. ¿Por qué el resultado se había apartado así, a la vez, de las esperanzas y de los temores de los dos partidos? Es difícil contestar con certeza, porque las grandes masas de los hombres se mueven en virtud de causas casi tan desconocidas para la humanidad como las que rigen los movimientos del mar. En los dos casos, las razones del fenómeno se ocultan y se pierden, en cierto modo, en medio de la inmensidad.

Sin embargo, es lícito creer que los conservadores debieron su fracaso, principalmente, a sus propios errores. Su intolerancia, cuando se creían seguros de triunfar, respecto a los que, sin compartir todas sus ideas, les habían ayudado a combatir a los Montañeses; la conducta violenta del nuevo ministro del Interior, M. Faucher, y, más que cualquier otra cosa, el mal resultado de la expedición de Roma, indispusieron contra ellos a una parte de las poblaciones que estaban decididas a seguirlos, y las arrojaron, de pronto, en brazos de los agitadores.

Como he dicho, ciento cincuenta Montañeses acababan, pues, de ser elegidos. Una parte de los campesinos y la mayoría de los soldados habían votado por ellos: eran las dos áncoras maestras que amenazaban con romperse en medio de la tempestad. El terror era universal, y venía a enseñar, de nuevo, a los diferentes partidos monárquicos la tolerancia y la modestia, virtudes que habían practicado después de Febrero, pero que tenían muy olvidadas desde hacía seis meses. Por todas partes, se reconocía que ya no podía tratarse, en la actualidad, de salir de la república, y que no quedaba más solución que la de oponer los republicanos moderados a los Montañeses.

Se acusaba a los mismos ministros a los que se había estimulado y excitado, y se demandaba a gritos una modificación del gabinete, y el propio gabinete se reconocía insuficiente y reclamaba unos sucesores. En el momento de mi partida, yo había visto al comité de la calle de Poitiers negarse a admitir en sus listas el nombre de M. Dufaure. Ahora, encontraba todas las miradas vueltas hacia M. Dufaure y sus amigos, conjurándoles, de la manera más patética, a que salvasen a la sociedad, haciéndose cargo del poder.

En la misma tarde de mi llegada, supe que algunos de mis amigos cenaban juntos en casa de un pequeño fondista

de los Campos Elíseos. Me fui allá, y encontré, en efecto, a Dufaure, Lanjuinais, Beaumont, Corcelles, Vivien, Lamoricière, Bedeau y una o dos personas más, cuyos nombres son menos conocidos. Me pusieron al corriente de la situación en pocas palabras. Barrot, encargado por el presidente de formar un gobierno, se agotaba, desde hacía unos días, en vanos esfuerzos por conseguirlo. M. Thiers, M. Molé y sus principales amigos habían rehusado encargarse del gobierno. Sin embargo, pretendían, desde luego, seguir siendo los dueños y señores, como se verá, pero sin ser ministros. La incertidumbre del futuro, la inestabilidad de todas las cosas, las dificultades y tal vez los peligros del momento les mantenían alejados. Querían el poder, desde luego, pero no la responsabilidad. Barrot, rechazado de aquella parte, había venido a nosotros. Pero, ¿a quiénes iba a elegir entre nosotros? ¿Y qué ministerios nos entregaría? ¿Con qué colegas nos uniría? ¿Qué política común había de adoptarse? Sin embargo, habían surgido dificultades de realización, que hasta entonces habían parecido insuperables. Varias veces ya Barrot se había vuelto hacia los jefes naturales de la mayoría, y, rechazado por ellos, se había dirigido, de nuevo, a nosotros.

El tiempo pasaba, en medio de aquel trabajo estéril. Los peligros y las dificultades aumentaban. Las noticias de Italia eran cada día más alarmantes, y, de un momento a otro, el ministerio podía ser acusado por la Asamblea moribunda, pero enfurecida.

Regresé a mi casa muy preocupado, como puede imaginarse, por lo que acababa de oír. Estaba convencido de que sólo de mí y de mis amigos dependía el que nos convirtiésemos en ministros. Nosotros éramos los hombres indicados y necesarios. Yo conocía bastante a los jefes de la mayoría para estar seguro de que jamás querrían comprometerse hasta hacerse cargo de los asuntos públicos bajo un gobierno que les parecía tan efímero, y que, aun cuando tuviesen la abnegación necesaria para ello, no tendrían la audacia : su orgullo y su miedo me garantizaban su abstención. Nos bastaba, pues, mantenernos firmes en nuestro terreno, para que tuvieran que venir a buscarnos, pero, ¿era necesario que quisiéramos ser ministros? Yo me lo preguntaba muy seriamente. Y creo que seré justo si digo que no me hacía ni la menor ilusión acerca de las verdaderas dificultades de la empresa, y que percibía el futuro con una claridad de visión que no se tiene más que tomando en consideración el pasado.

En general, se esperaba una lucha en la calle. A mí también me parecía inminente. La furiosa audacia que el resultado de las elecciones había dado al partido Montañés y la oportunidad que le brindaba el asunto de Roma me parecían hacer inevitable tal acontecimiento. Sin embargo, era poco el temor que el final me inspiraba. Yo estaba convencido de que, si bien los soldados habían votado, en su mayoría, por la Montaña, el ejército combatiría, sin vacilaciones, contra ella. El soldado que vota individualmente por un candidato en unas elecciones y el soldado que actúa dentro de su unidad bajo la presión de la disciplina militar, son, en realidad, dos hombres distintos. Las ideas del primero no rigen las acciones del segundo. La guarnición de París era muy numerosa, contaba con buenos mandos, y, además, de una gran experiencia en la lucha en las calles, tenía muy fresco aún el recuerdo de las pasiones y de los ejemplos que le habían dejado las jornadas de junio. Yo estaba, pues, seguro de la victoria. Pero me preocupaba mucho su día siguiente: lo que parecía el fin de las dificultades a mí me parecía su comienzo. Consideraba aquellas dificultades casi insuperables, y creo que, en efecto, lo eran.

A cualquier lado que mirase, yo no veía para nosotros ningún punto sólido ni duradero, porque, en medio del malestar general que sentía la nación, todo el mundo quería salir de la constitución, unos por el socialismo y otros por la monarquía.

La opinión pública nos llamaba, pero habría sido una gran imprudencia contar con ella. El miedo empujaba al país hacia nosotros. Sus recuerdos, sus intereses, sus instintos y sus pasiones no podían menos de retirarle muy pronto hacia atrás, en cuanto el miedo hubiera desaparecido. Nuestro objetivo consistía en asentar, si era posible, la república, o, por lo menos, en mantenerla por algún tiempo, gobernándola de una manera regular, moderada, conservadora y totalmente constitucional, por lo que no podríamos ser populares por mucho tiempo, pues todo el mundo quería salir de la constitución. El partido de la Montaña quería más que la constitución, y los partidos monárquicos querían mucho menos.

En la Asamblea, era mucho peor aún. Las mismas causas generales se agravaban como consecuencia de los mil accidentes provocados por los intereses y por las vanidades de los jefes de partido. Éstos podían consentir, perfectamente, en dejarnos tomar el gobierno, pero, en

cuanto a dejarnos gobernar, no había que esperar tal cosa. Una vez superada la crisis, había que contar con que nos tenderían toda clase de asechanzas.

En cuanto al presidente, yo no le conocía aún, pero estaba claro que, para mantenernos en sus consejos, sólo podíamos tener a nuestro favor los celos y los odios que nuestros comunes adversarios le inspiraban. Sus simpatías tenían que estar siempre en otra parte, porque nuestros objetivos no sólo eran distintos, sino naturalmente contrarios. Nosotros queríamos hacer vivir a la república, y él quería heredarla. Nosotros no le proporcionábamos más que ministros, cuando él necesitaba cómplices.

A aquellas dificultades, que eran como inherentes a la situación, y, por lo tanto, permanentes, se unían otras pasajeras, que ya no era fácil superar: la agitación revolucionaria reavivada en una parte del país, el espíritu y los hábitos de exclusión, de violencia, extendidos y ya arraigados en la administración pública; la expedición de Roma, tan mal concebida y tan mal ejecutada, que ahora resultaba tan difícil de abandonar como de llevar hasta el fin; y, por último, toda la herencia de los errores cometidos por nuestros predecesores.

Eran muchas razones para dudar, y, en el fondo, yo no dudaba.

La idea de ocupar un cargo que a tantos infundía miedo y de sacar a la sociedad del atolladero a que la habían conducido halagaba, a la vez, mi honestidad y mi orgullo. Comprendía muy bien que debía limitarme a pasar al gobierno, sin detenerme en él, pero esperaba permanecer el tiempo suficiente para poder prestar algún servicio señalado a mi país, y para engrandecerme, en consecuencia, yo mismo. Aquello bastaba para empujarme.

Adopté, pues, inmediatamente, tres resoluciones:

la primera fue la de no rechazar el ministerio, si se presentaba una buena ocasión;

la segunda, la de no entrar en el gobierno más que con mis principales amigos, dirigiendo los principales ministerios, de modo que fuésemos siempre los dueños y señores del gabinete;

la tercera, en fin, la de comportarme cada día, mientras fuese ministro, como si tuviera que dejar de serlo al día siguiente, es decir, sin subordinar jamás a la necesidad de mantenerme la necesidad de continuar siendo yo mismo.

Los cinco o seis días que siguieron se consumieron enteramente en esfuerzos inútiles para formar un gobierno.

Las tentativas fueron tan numerosas, tan complejas, tan llenas de pequeños incidentes, grandes acontecimientos del día olvidados al día siguiente, que me cuesta trabajo encontrar su huella en mi memoria, a pesar de que, a veces, yo mismo he sido uno de los incidentes. El problema era, en efecto, muy difícil de resolver en las circunstancias en que se planteaba. El presidente quería, desde luego, modificar en apariencia su gobierno, pero pretendía conservar a los hombres a los que consideraba como sus principales amigos. Los jefes de los partidos monárquicos se negaban a encargarse ellos mismos del gobierno, pero tampoco querían que se le entregase por entero a unos hombres sobre los que ellos no tuviesen poder alguno. Si se avenían a admitirlos, era en muy pequeño número y en puestos secundarios. Nos consideraban como un remedio que tenían que tomar, necesariamente, pero que les resultaba desagradable, y no deseaban administrárselo más que en muy pequeñas dosis.

Primero, ofrecieron a Dufaure que entrase él solo y se conformase con Obras Públicas. Se negó, y pidió Interior y otros dos ministerios para sus amigos. Se le concedió, con muchas dificultades, Interior, pero se le negó lo demás. Tuve razones para creer que estuvo a punto de aceptar aquella propuesta, dejéndome otra vez de lado, como seis meses antes, no porque fuese desleal o indiferente en sus amistades, sino porque la visión de aquel gran ministerio, casi al alcance de su mano y que podía ocupar honestamente, tenía para él extraños atractivos, y no le inducía precisamente a traicionar a sus amigos, pero le apartaba de ellos y hacía que los olvidase fácilmente. Esta vez, sin embargo, resistió, y, como no podían atraerle a él sólo, hicieron la oferta de admitirme a mí con él. Yo era el más indicado, porque la nueva Asamblea legislativa acababa de nombrarme como uno de sus vicepresidentes. Pero, ¿dónde colocarme? Yo no me creía idóneo más que para ocupar el ministerio de Instrucción Pública. Desgraciadamente, este ministerio se encontraba entonces en manos de M. De Falloux, hombre necesario, al que no querían dejar marchar ni los legitimistas, pues era uno de sus jefes, ni el partido religioso, que veía en él su garantía, ni, en fin, el presidente, de quien se había hecho amigo. Me propusieron Agricultura, y rehusé. Barrot, ya desesperado, vino, al fin, a ofrecerme el ministerio de Negocios Extranjeros. Yo había hecho, precisamente, muy grandes esfuerzos para decidir a M. Rémusat a que

aceptase aquel puesto, y lo que ocurrió entre él y yo en aquella ocasión es demasiado elocuente para que no merezca ser contado. A mí me interesaba mucho que M. De Rémusat estuviese con nosotros en el gobierno. Era, a la vez, amigo de M. Thiers y hombre amable, cosa bastante rara. Sólo él podía asegurarnos, si no el apoyo, al menos la neutralidad de aquel hombre de Estado, sin infestárnos con su espíritu. Vencido por los ruegos de Barrot y por los nuestros, Rémusat, una tarde, había cedido. Se había comprometido ante nosotros, pero, al día siguiente, por la mañana, vino a retirar su palabra. Supe con seguridad que, en el intervalo, había visto a M. Thiers, y él mismo me confesó que M. Thiers, a pesar de que entonces proclamaba muy alto la necesidad de nuestra entrada en el gobierno, le había disuadido de entrar con nosotros. «Comprendí claramente —dijo— que hacerme vuestro colega no serviría para daros su apoyo, sino solamente para exponerme a estar yo también muy pronto en guerra con él.» ¡Con qué hombres íbamos a habérnoslas!

Yo jamás había pensado en el ministerio de Negocios Extranjeros, de modo que mi primera reacción fue la de rechazar la oferta. Me consideraba incapaz de cumplir una misión para la que no me había preparado, en absoluto. Entre mis papeles, encuentro la huella de aquellas vacilaciones, en una especie de conversación escrita que tuvo lugar durante una cena en que entonces nos reunimos algunos de mis amigos y yo.

Acabé decidiéndome a aceptar el ministerio de Negocios Extranjeros, pero puse como condición que Lanjuinais entrase al mismo tiempo que yo en el Consejo. Tenía varias razones muy fuertes para obrar así. En primer lugar, me parecía que nos eran indispensables tres ministerios, a fin de alcanzar en el gabinete la preponderancia que necesitábamos para desenvolvernos bien. Además, yo creía que Lanjuinais me sería muy útil para mantener, en la línea que yo quería seguir, al propio Dufaure, sobre el que yo no me sentía con bastante influencia. Y, sobre todo, quería situar a mi lado a un amigo, con el cual pudiera franquearme en todas las cuestiones: una preciosa fortuna en todo momento, pero, principalmente, en tiempos de sospechas y de deslealtades como los nuestros, y en una obra tan aventurada como la que yo emprendía.

Desde todos estos diferentes puntos de vista, Lanjuinais me resultaba sumamente conveniente, aunque nuestros ca-

racteres fuesen muy distintos, pues su temperamento era tan sereno y tan apacible como el mío era inquieto y agitado. Metódico, lento, perezoso, prudente, meticuloso incluso, sólo muy difícilmente entraba en un proyecto; pero, una vez que entraba, no retrocedía jamás, y se mostraba, hasta el fin, resuelto y obstinado como un campesino bretón. Muy reservado para expresar su opinión, y muy explícito e incluso de una franqueza muy ruda cuando la expresaba. No había que esperar de su amistad ni arrebatos, ni fervores, ni entrega, pero tampoco había que temer desfallecimientos, ni traiciones, ni intenciones ocultas. En suma, era un aliado muy seguro, y, en última instancia, el hombre más honesto que he encontrado en la vida pública, y, de todos ellos, el que me ha parecido que a su amor al bien público unía el menor número de puntos de vista particulares o interesados.

Nadie formuló objeciones al nombre de Lanjuinais, pero la dificultad consistía en encontrarle una cartera. Yo pedí para él la de Agricultura y de Comercio, que desde el 30 de diciembre tenía Buffet, amigo de Falloux y también su partidario bastante servil en el Consejo. Falloux se negó a dejar marchar a su colega. Yo insistí. El nuevo gabinete, casi formado, estuvo durante veinticuatro horas como disuelto. Para vencer mi obstinación, Falloux intentó una gestión directa. Vino a mi casa, donde yo estaba retenido en la cama, me apremió, me pidió que renunciase a Lanjuinais y que dejase a su amigo Buffet en Agricultura. Yo había adoptado mi decisión, y permanecí sordo. Despechado, pero siempre dueño de sí mismo, Falloux se levantó, al fin. Ya creía que todo estaba perdido, pero, al contrario, todo estaba ganado. «Usted lo quiere —me dijo, tendiéndome la mano con esa hermosa desenvoltura aristocrática con la que sabía recubrir, de un modo tan natural, todos sus sentimientos, incluso los más amargos—. Usted lo quiere. Soy yo quien tiene que ceder. No se dirá que una consideración particular me haya hecho romper, en tiempos tan difíciles y tan críticos, una combinación tan necesaria. Me quedaré sólo en medio de ustedes. Pero confío en que ustedes no olviden que no soy sólo su colega, sino también su prisionero.» Una hora después, el gobierno estaba formado, y Dufaure, que me lo anunció, me comprometió a tomar inmediatamente posesión de Negocios Extranjeros. Era el 2 de junio de 1849.

Ese fue el nacimiento de aquel gobierno tan laboriosamente y tan lentamente formado, y que iba a durar tan

poco. A lo largo del laborioso parto que lo precedió, el hombre más atribulado de Francia fue, seguramente, Barrot: su amor sincero por el bien público le impulsaba a desear un cambio de gobierno, y su ambición, que estaba más íntimamente y más estrechamente entrelazada con su honestidad de lo que habría podido creerse, le impulsaba a querer, con una vehemencia sin igual, permanecer a la cabeza del nuevo gabinete. Iba y venía, pues, sin cesar, de unos a otros, haciendo a cada uno súplicas y reproches muy patéticos, y, muchas veces, muy elocuentes, dirigiéndose tan pronto a los jefes de la mayoría como a nosotros, o incluso a algunos republicanos de antes, a los que él consideraba más moderados que los otros, y bastante dispuesto, por lo demás, a llevar consigo a los unos o a los otros, porque, en política, siempre ha sido tan incapaz de amistad como de odio. Su corazón es como un vaso que se vierte: no retiene nada. Cuando le veía tan azacaneado de un lado a otro para reunir un gobierno, yo no podía menos de pensar en la gallina que se afana y se agita por reunir su nidada, sin preocuparse mucho de saber si se trata de una nidada de patos o de polluelos.

II

Fisonomía del gabinete.—Sus primeras acciones, hasta después de las tentativas insurreccionales del 13 de junio.

El ministerio estaba compuesto así: Barrot, ministro de Justicia, presidente del Consejo; Passy dirigía las Finanzas; Rulhière, la Guerra; Tracy, la Marina; Lacrosse, Obras Públicas; Falloux, Instrucción Pública; Dufaure, Interior; Lanjuinais, Agricultura, y yo, el ministerio de Negocios Extranjeros. Dufaure, Lanjuinais y yo éramos los únicos ministros nuevos. Todos los demás pertenecían al gabinete anterior.

Passy era un hombre de auténtica valía, pero de una valía poco grata. Era un espíritu rígido, poco hábil, discrepante, propenso a denigrar, más ingenioso que justo, pero más justo cuando realmente había que actuar, que cuando sólo se trataba de hablar, porque le gustaba la paradoja tanto más cuanto que no estaba obligado a ejercerla. Jamás he visto a un mejor conversador, ni a un hombre que más fácilmente se consolase de los hechos adversos, exponiendo las causas que los habían producido y las consecuencias que de ellos debían de seguirse. Cuando acababa de trazar el más sombrío cuadro de la situación, terminaba con un aire sonriente y plácido, diciendo: de modo que casi no existe ningún medio de salvarnos, y debemos esperar una total subversión de la sociedad. Por lo demás, era

un ministro instruido, experimentado, de una honestidad y de un valor a toda prueba, y tan incapaz de plegarse como de traicionar. Sus ideas, sus sentimientos, su antigua amistad con Dufaure, y, sobre todo, su viva enemistad contra M. Thiers nos respondían de él.

Rulhière habría sido del partido monárquico y ultraconservador, si hubiera pertenecido a un partido, y, sobre todo, si Changarnier no hubiera estado en el mundo, pero era un soldado que no pensaba más que en seguir siendo ministro de la Guerra. Desde el primer momento, nos dimos cuenta de que los tremendos celos que sentía del comandante del ejército de París, de la relación de éste con los jefes de la mayoría y de su influencia sobre el presidente, obligaban a Rulhière a inclinarse hacia nosotros y a depender de nosotros, forzosamente.

Tracy tenía un carácter débil, que se había encontrado, al principio, como encerrado y sostenido por unas teorías muy sistemáticas y absolutas, que él debía a la educación ideológica que le había dado su padre. Pero, a la larga, el contacto con la realidad cotidiana y el choque de las revoluciones habían como gastado aquella envoltura rígida, de modo que Tracy ya no era más que una inteligencia flotante y un corazón blando, pero siempre honesto y amable.

Lacrosse era un pobre diablo, bastante desordenado en su forma y en sus costumbres, que, desde lo más denso de la antigua oposición dinástica, se había visto empujado por los azares de la revolución a la dirección de los asuntos públicos, y que no se cansaba del placer de ser ministro. Gustaba de apoyarse en nosotros, pero, al propio tiempo, trataba de asegurarse la buena voluntad del presidente de la república mediante toda clase de pequeños servicios y menudas bajezas. A decir verdad, de otro modo le habría sido difícil lograr que le estimasen, porque era de una rara nulidad y no entendía exactamente nada de nada. Nos reprochaban que hubiéramos entrado en el gabinete en compañía de ministros tan incapaces como Tracy y Lacrosse, y tenían razón. Aquello dio origen a graves problemas. Y no sólo porque administraban mal, sino también porque su notoria insuficiencia tenía siempre abierta, por así decirlo, su sucesión, lo que venía a crear una especie de crisis ministerial permanente.

En cuanto a Barrot, estaba con nosotros, naturalmente, por el fondo de sus sentimientos y de sus ideas. Sus viejas costumbres liberales, sus inclinaciones republicanas, sus recuerdos de oposición parlamentaria lo ligaban a nosotros.

Agrupado de otro modo, tal vez se habría convertido, aunque a su pesar, en adversario nuestro, pero, una vez entre nosotros, estábamos seguros de él.

Así, pues, de todo el ministerio, sólo Falloux nos era ajeno por su origen, por sus compromisos y por sus tendencias. Era el único que en el Consejo representaba a los jefes de la mayoría, o, mejor, parecía representarlos, porque, en realidad, como diré más adelante, ni allí ni en ninguna parte representaba más que a la Iglesia. Aquella situación aislada, así como los objetivos secretos de su política, le impulsaban a buscar su punto de apoyo fuera de nosotros, y se esforzaba por situarlo en la Asamblea y en el presidente, pero de un modo discreto y hábil, como lo hacía todo.

Así consituido, el gabinete adolecía de una gran debilidad: iba a gobernar con el concurso de una mayoría de coalición, sin que fuese, en realidad, un gobierno de coalición.

Pero poseía, en cambio, la fuerza extraordinaria que dan a unos ministros un origen semejante, unos instintos idénticos, unos antiguos lazos de amistad, una confianza mutua y un objetivo común.

Se me preguntará, sin duda, cuál era ese objetivo, adónde íbamos, qué era lo que queríamos. Vivimos unos tiempos tan inciertos y tan inquietantes para las conciencias, que me parecería temerario responder a esa pregunta en nombre de mis colegas, pero lo haré con mucho gusto en el mío propio. Yo no creía entonces, como no creo hoy, que el gobierno republicano fuese el más apropiado a las necesidades de Francia. Para hablar con exactitud, lo que yo entiendo por gobierno republicano es el poder ejecutivo electivo. En un pueblo en que los hábitos, la tradición, las costumbres han asegurado al poder ejecutivo un lugar tan amplio, su inestabilidad será siempre, en tiempos agitados, una causa de revolución, y, en tiempos tranquilos, de gran malestar. Por otra parte, he considerado siempre que la república era un gobierno sin contrapeso, que prometía cada vez más, pero que daba cada vez menos libertad que la monarquía constitucional. Y, sin embargo, yo quería, sinceramente, mantener la república, y aunque, por así decirlo, en Francia no hubiera republicanos, yo creía que la empresa de mantenerla no era totalmente imposible.

Yo quería mantenerla, porque no veía nada preparado, ni nada bueno para poner en su lugar. La antigua dinastía era profundamente antipática a la mayoría del país. En

medio de aquella languidez de todas las pasiones políticas producida por el cansancio de las revoluciones y por sus vanas promesas, sólo una pasión permanece viva en Francia: es el odio al antiguo régimen y la desconfianza contra las antiguas clases privilegiadas, que lo representan a los ojos del pueblo. Ese sentimiento pasa a través de las revoluciones, sin alterarse ni disolverse, como el agua de esas fuentes maravillosas que, según los antiguos, pasaba a través de las olas del mar, sin mezclarse ni desaparecer en ellas. En cuanto a la dinastía de Orléans, la experiencia que se había hecho con ella no constituía un gran estímulo para restaurarla demasiado pronto. No podía menos de despertar nuevamente la hostilidad de todas las clases superiores y del clero, y de separarse del pueblo, como lo había hecho ya, dejando el cuidado y el beneficio exclusivo del gobierno a aquellas mismas clases medias a las que yo, durante dieciocho años, había visto tan incapaces de gobernar bien a Francia. Por otra parte, no había nada dispuesto para el triunfo de aquella dinastía.

Solamente Luis Napoleón estaba preparado para ocupar el puesto de la república, porque ya tenía el poder. Pero, ¿qué podía salir de su éxito, sino una monarquía bastarda, despreciada por las clases ilustradas, enemiga de la libertad y gobernada por intrigantes, aventureros y criados? Ninguno de estos resultados valía una nueva revolución.

La república era, sin duda, muy difícil de mantener, porque los que la amaban eran, en su mayoría, incapaces o indignos de dirigirla, y los que podían consolidarla y dirigirla la detestaban. Pero también era bastante difícil de derribar. El odio que se le profesaba era un odio blando, como todas las pasiones que el país sentía entonces. Además, se condenaba su gobierno, sin que se prefiriese ningún otro. Tres partidos irreconciliables entre sí, más enemigos los unos de los otros que ninguno de ellos de la república, se disputaban su sucesión. En cuanto a mayoría, no la había, en absoluto.

Yo pensaba, pues, que el gobierno de la república, al tener a su lado la realidad y al no tener nunca por adversarios más que a unas minorías difíciles de coordinarse, podía mantenerse en medio de la inercia de la masa, si se dirigía con moderación y con prudencia. Por eso yo estaba decidido a no prestarme a las acciones que pudieran intentarse contra él, sino a defenderlo. Casi todos los miembros del Consejo pensaban lo mismo. Dufaure creía más que yo

en la bondad de las instituciones republicanas y en su futuro. Barrot se sentía menos inclinado que yo a respetarlas siempre, pero todos, en aquel momento, queríamos mantenerlas firmemente. Esta resolución común era nuestro lazo y nuestra bandera.

En cuanto el gobierno se reunió, se trasladó junto al presidente de la república para celebrar consejo. Era la primera vez que yo me acercaba al presidente. No le había visto más que en la Constituyente, de lejos. Nos recibió cortésmente. No podíamos esperar nada mejor, porque Dufaure había actuado decididamente contra él, y hablado de su candidatura en un tono casi ofensivo, no hacía más que seis meses, y yo había votado, ostensiblemente, a su competidor, al igual que Lanjuinais.

Luis Napoleón desempeñó un papel tan importante en el resto de esta historia, que merece, en mi opinión, un retrato aparte, en medio de esta multitud de contemporáneos, de los que me limito a esbozar los rasgos. Creo que, de todos sus ministros, y tal vez de todos los hombres que no han querido tomar parte en su conspiración contra la república, ha sido a mí a quien dio un trato más deferente, y yo fui quien le vio más de cerca y quien mejor pudo juzgarle.

Era muy superior a lo que su vida pasada y sus locas empresas habrían podido hacer pensar razonablemente de él. Esa fue mi primera impresión al frecuentarle. En este sentido, defraudó a sus adversarios y tal vez más aún a sus amigos, si puede darse ese nombre a los políticos que patrocinaron su candidatura. En su mayoría, le eligieron, efectivamente, no por su valor, sino por su supuesta mediocridad. Creyeren encontrar en él un instrumento que podrían utilizar a discreción, y que siempre les sería fácil romper cuando quisieran. Y se equivocaron profundamente.

Como persona privada, Luis Napoleón poseía algunas cualidades atractivas: un humor benévolo y fácil, un carácter humano, un espíritu dulce e incluso bastante tierno, sin ser delicado, mucha seguridad en las relaciones, una perfecta sencillez, una cierta modestia en cuanto a su persona en medio del inmenso orgullo que le daba su origen, y más fidelidad a la gratitud que a los agravios. Capaz de sentir afecto, también podía hacerlo surgir en quienes se le acercaban. Su conversación era rara y estéril. Carecía de todo arte para hacer hablar a los otros y para ponerse en relación íntima con ellos. No poseía facilidad alguna para expresarse, pero tenía hábitos de escritorzuelo y un

cierto amor propio de autor. Su capacidad de disimulo, notable en un hombre como él, que se pasó la vida entre complots, se apoyaba especialmente en la inmovilidad de sus rasgos y en la inexpresividad de su mirada, porque sus ojos eran poco brillantes y opacos, como esos cristales gruesos destinados a iluminar los camarotes de los barcos, que dejan pasar la luz, pero a través de los cuales no se ve nada. Muy preocupado por el peligro, tenía una gran sangre fría en los días de crisis, y, al propio tiempo —cosa bastante común—, era muy vacilante en sus propósitos. Se le vio, con frecuencia, cambiar de ruta, avanzar, dudar, retroceder, para gran daño suyo, porque la nación le había elegido para atreverse a todo, y lo que esperaba de él era la audacia y no la prudencia. Se dijo que siempre había estado muy entregado a los placeres, y que era poco delicado en la elección. La pasión por los goces vulgares y el gusto del bienestar se habían acrecentado, con las facilidades del poder. Así reblandecía, un día tras otro, su energía, y amortiguaba y rebajaba incluso su ambición. Su inteligencia era incoherente, confusa, llena de grandes ideas mal ordenadas, que él tomaba, o bien de los ejemplos de Napoleón, o bien de las teorías socialistas, y, a veces, de los recuerdos de Inglaterra, donde él había vivido: fuentes muy distintas y, a menudo, profundamente opuestas. Las había amontonado, laboriosamente, en sus meditaciones solitarias, lejos del contacto de los hechos y de los hombres, porque era naturalmente soñador y quimérico. Pero, cuando se le obligaba a salir de aquellas vagas y vastas regiones para encerrar su espíritu en los límites de un determinado asunto, resultaba capaz de precisión, a veces de agudeza y de amplitud, e incluso de una cierta profundidad, pero nunca seguro y siempre dispuesto a colocar una idea pintoresca al lado de una idea justa.

En general, era difícil aproximarse a él durante mucho tiempo y muy de cerca, sin descubrir una pequeña vena de locura, que corría así en medio de su buen sentido, y cuya observación, que sin cesar recordaba las calaveradas de su juventud, servía para explicarlas.

Puede decirse, por lo demás, que fue su locura más que su razón la que, gracias a las circunstancias, constituyó su éxito y su fuerza, porque el mundo es un extraño teatro: en él hay momentos en que las peores piezas son las que alcanzan mejores triunfos. Si Luis Napoleón hubiera sido un hombre prudente, o incluso un hombre genial, jamás habría sido presidente de la república.

Confiaba en su estrella. Se consideraba firmemente como el instrumento del destino y como el hombre necesario. Siempre he creído que él estaba realmente convencido de su derecho, y dudo que Carlos X haya estado nunca más poseído de su legitimidad, de lo que él lo estaba de la suya. Y, por lo demás, era tan incapaz como aquél de explicar su convicción, porque, si bien tenía una especie de adoración abstracta por el pueblo, sentía muy poca inclinación por la libertad. En materia política, el rasgo característico y fundamental de su espíritu era el odio y el desprecio de las asambleas. El régimen de la monarquía constitucional le parecía más intolerable incluso que el de la república. El orgullo ilimitado que le daba su nombre se inclinaba gustosamente ante la nación, pero se revolvía contra la idea de sufrir la influencia de un parlamento.

Antes de llegar al poder, había tenido tiempo de reforzar ese gusto natural que los príncipes mediocres tienen siempre por los lacayos, gracias a las costumbres de veinte años de conspiraciones, pasados en medio de aventureros de baja estofa, de hombres arruinados o corrompidos, de jóvenes viciosos, únicas personas que, durante aquel tiempo, habían podido prestarse a servirle de alcahuetes o de cómplices. A través de sus buenos modales, él mismo dejaba traslucir algo que revelaba al aventurero y al príncipe de fortuna. Seguía encontrándose a gusto en medio de aquella compañía subalterna, cuando ya no estaba obligado a vivir entre ella. Yo creo que la dificultad que tenía para expresar lo que pensaba, a no ser por escrito, le acercaba a las gentes que desde hacía mucho tiempo estaban al corriente de sus ideas y familiarizados con sus sueños, y que su inferioridad en la discusión le hacía bastante penoso, en general, el contacto con los hombres de talento. Por otra parte, deseaba, ante todo, encontrar la devoción a su persona y a su causa (como si su persona y su causa hubieran podido hacer brotar aquella devoción). El mérito le molestaba, a poco independiente que fuese. Necesitaba creyentes en su estrella y vulgares adoradores de su fortuna. Era imposible, pues, acercarse a él, a menos de atravesar un grupo de servidores íntimos y de amigos particulares, de los que el general Changarnier me decía entonces que podían definirse, casi en su totalidad, con estas dos palabras que rimaban entre sí: bribones y hampones[1]. En resu-

[1] La traducción «bribones y hampones» es una de las que en castellano nos permiten mantener la rima que en francés existe entre «escrocs et marauds». (*N. del T.*)

men, nada había más bajo que sus adictos, a no ser su familia, compuesta, en su mayor parte, por libertinos y desvergonzadas.

Ese es el hombre a quien la necesidad de un jefe y el poder de un recuerdo habían puesto a la cabeza de Francia, y con quien nosotros íbamos a tener que gobernarla.

Era difícil hacerse cargo de los asuntos en un momento más crítico. La Asamblea constituyente, antes de terminar su turbulenta existencia, había tomado una decisión (el 7 de mayo de 1849) que prohibía al gobierno atacar a Roma. Lo primero que yo supe al entrar en el gobierno fue que la orden de atacar a Roma había sido transmitida a nuestro ejército, hacía tres días. Aquella flagrante desobediencia a los mandatos de una Asamblea soberana, aquella guerra comenzada contra un pueblo en revolución, a causa de su revolución, y a pesar de los propios términos de la constitución, que ordenaba el respeto a las nacionalidades extranjeras, hacían inevitable y muy próximo el conflicto que se temía. ¿Cuál iba a ser la salida de aquella nueva lucha? Todas las cartas de los prefectos que leímos, todos los informes de la policía que nos llegaban eran, de tal naturaleza, que nos alarmaban extraordinariamente. Al final de la administración de Cavaignac, yo había visto cómo un gobierno podía ser mantenido en unas esperanzas quiméricas por la interesada complacencia de sus agentes. Esta vez, vi, y mucho más de cerca aún, cómo los mismos agentes pueden dedicarse a acrecentar el terror de quienes los utilizan; efectos contrarios producidos por la misma causa: cada uno de ellos, considerando que nosotros estábamos inquietos, quería señalarse por el descubrimiento de nuevas tramas, y proporcionarnos, a su vez, algún nuevo indicio de la conspiración que nos amenazaba. Se nos hablaba de nuestros peligros tanto más gustosamente cuanto más se creía en nuestro éxito. Es uno de los caracteres y de los peligros de ese tipo de informaciones: que se hacen más raras y menos explícitas, a medida que, al hacerse mayor el peligro, serían más necesarias. Los agentes, dudando entonces de la duración del gobierno que les paga y temiendo ya a su sucesor, no hablan como antes, o se callan totalmente. Aquella vez, hacían gran ruido. De prestarles oídos, habría que creer que estábamos en la pendiente de un abismo, y, sin embargo, yo no lo creía, en absoluto. Yo estaba entonces convencidísimo, como lo he estado después siempre, de que las correspondencias oficiales y los informes de la policía, que pueden ser buenos para

consultar cuando se trata de descubrir un complot, no sirven más que para dar nociones exageradas o incompletas, siempre falsas, cuando se quiere juzgar o prever los grandes movimientos de los partidos. En ese campo, son el aspecto del país en su totalidad, el conocimiento de sus necesidades, de sus pasiones, de sus ideas, los que pueden instruirnos, datos generales que podemos procurarnos por nosotros mismos, y que los agentes mejor situados para ver bien y los más acreditados no proporcionan nunca.

La observación de aquellos hechos generales me había inducido a creer que, en aquel momento, no era de temer una revolución armada, pero podía serlo un combate, y la expectación de la guerra civil es siempre muy cruel, sobre todo cuando viene a unir su furor a los horrores de la peste. Y París, en efecto, estaba entonces asolado por el cólera. La muerte asestaba sus golpes, esta vez, en todas las clases. Un número bastante elevado de miembros de la Constituyente habían sucumbido ya, y Bugeaud, que había consolidado el Africa, estaba muriendo.

Si yo hubiera podido dudar, por un momento, de la inminencia de la crisis, el simple aspecto de la nueva Asamblea me la habría anunciado claramente. Puede decirse que, en su recinto, se respiraba ya el aire de la guerra civil. Los discursos eran allí breves, los gestos violentos, las palabras excesivas, y los insultos, ultrajantes y directos. Momentáneamente, nos reuníamos en la antigua Cámara de los diputados. Aquella sala, preparada para cuatrocientos sesenta miembros, difícilmente acogía a setecientos cincuenta. Nos tocábamos, pues, aunque nos detestásemos; nos apretábamos los unos contra los otros, a pesar de los odios que nos alejaban; la incomodidad aumentaba la ira. Era un duelo en un tonel. ¿Cómo iban a contenerse los de la Montaña? Se veían bastante numerosos para considerarse muy fuertes en la nación y en el ejército. Pero seguían siendo muy débiles en el parlamento para poder dominar, ni siquiera ser tenidos en cuenta allí. Se les ofrecía una buena ocasión de recurrir a la fuerza. Toda Europa, agitada aún, podía, mediante un buen golpe asestado en París, verse de nuevo arrojada a la revolución. Era más de lo que necesitaban unos hombres de temperamento tan agresivo.

Podía preverse que el movimiento estallaría en el momento en que se supiese que se había dado la orden de atacar a Roma y que el ataque se había producido. Y así fue, en efecto.

La orden dada se había mantenido en secreto, pero, el 10 de junio, se extendió la noticia del primer combate.

El día 11, la Montaña estalló en furiosos discursos. Desde lo alto de la tribuna, Ledru-Rollin hizo una llamada a la guerra civil, diciendo que la constitución había sido violada y que sus amigos y él estaban dispuestos a defenderla por todos los medios, *incluso por las armas*. Se pidió el procesamiento del presidente de la república y del gabinete anterior.

El 12, la comisión de la Asamblea encargada de examinar la cuestión planteada la víspera rechazó el procesamiento y pidió a la Asamblea que se pronunciase sin demora sobre la suerte del presidente y de los ministros. La Montaña se opuso a la discusión inmediata, y reclamó una información detallada. ¿Cuál era su objetivo al aplazar así el debate? Es difícil de decir. ¿Esperaba, con ayuda de aquel retraso, acabar de enardecer los espíritus, o quería, secretamente, disponer del tiempo necesario para calmarlos? Es cierto que sus principales jefes, más habituados a hablar que a combatir y más apasionados que decididos, mostraron aquel día, en medio de la intemperancia de su lenguaje, una especie de vacilación que no habían dejado ver la víspera. Tras haber desenvainado a medias la espada, parecían querer envainarla de nuevo, pero era demasiado tarde: la señal había sido vista por sus amigos de fuera, y ahora ellos ya no dirigían, sino que eran dirigidos.

Durante aquellos dos días, mi situación fue muy difícil. Como se ha visto, yo desaprobaba totalmente la manera en que se había emprendido y desarrollado la expedición de Roma. Antes de entrar en el gobierno, yo había declarado solemnemente a Barrot que no me responsabilizaba más que del futuro, y que sólo a él incumbía la defensa de lo que hasta entonces se había hecho en Italia. Me callé, pues, en la discusión del día 11, y dejé que sólo Barrot soportase el esfuerzo de la batalla. Pero, el día 12, cuando vi a mis colegas amenazados de procesamiento, no creí que pudiera seguir absteniéndome. La demanda de nuevas informaciones me ofreció la ocasión de intervenir, sin tener que expresar mi juicio sobre el fondo de la cuestión. Y lo hice muy vivamente, pero en muy pocas palabras.

Cuando releo en el *Moniteur* aquel pequeño discurso, lo encuentro bastante insignificante y muy mal elaborado. Sin embargo, la mayoría me aplaudió mucho, porque, en los momentos de crisis en que se está al borde de la guerra

civil, lo que impresiona es el desarrollo del pensamiento y el acento de las palabras, más que su valor. Yo había atacado directamente a Ledru-Rollin. Le había acusado, con vehemencia, de no buscar más que la perturbación y de sembrar mentiras para crearla. El sentimiento que me impulsaba a hablar era enérgico, el tono decidido y agresivo, y, aunque hablase muy mal, por estar aún desorientado en mi nuevo papel, fui muy aplaudido.

Ledru me respondió y dijo a la mayoría que ella era del partido de los cosacos. Le contestaron que él era del partido de los saqueadores y de los incendiarios. Thiers, comentando aquella idea, dijo que había una relación íntima entre el hombre a quien se acababa de escuchar y los insurgentes de Junio. La Asamblea rechazó, por una gran mayoría, la demanda de procesamiento, y se levantó la sesión.

Aunque los jefes de la Montaña habían continuado mostrándose insultantes, no se habían manifestado con mucha firmeza, de modo que pudo crearse la ilusión de que el momento decisivo de la lucha aún no había llegado. Era un error. Por los informes que recibimos durante la noche, supimos que se preparaba una acción armada.

Al día siguiente, en efecto, el lenguaje de los periódicos demagógicos anunciaba que sus redactores ya no contaban con la justicia para absolverles, sino con una revolución. Todos apelaban, directa o indirectamente, a la guerra civil. La guardia nacional, las escuelas, toda la población, eran invitadas por ellos a trasladarse, sin armas, a un lugar determinado, para acudir luego en masa a presentarse ante las puertas de la Asamblea. Era un 23 de junio que se quería hacer comenzar con un 15 de mayo. De siete a ocho mil personas se reunieron, efectivamente, hacia las once, en el Château-d'Eau. Por nuestra parte, celebrábamos consejo con el presidente de la república. Este se hallaba ya vestido de uniforme y dispuesto a montar a caballo, en cuanto se le anunciase que había comenzado la batalla. Pero sólo había cambiado el traje. En lo demás, era exactamente el mismo hombre de la víspera: el mismo aspecto un poco sombrío, la palabra tan lenta y tan torpe, los ojos tan apagados. Nada de esa especie de agitación guerrera y de alegría un poco febril que suele dar la proximidad del peligro: actitud que tal vez, después de todo, no es más que la expresión de un espíritu inseguro.

Hicimos venir a Changarnier, que nos explicó sus disposiciones y respondió de la victoria. Dufaure nos dio a conocer los informes que él había recibido, y que anunciaban,

en su totalidad, una insurrección formidable. Se retiró inmediatamente al ministerio del Interior, donde estaba el centro de su acción, y, hacia mediodía, yo me trasladé a la Asamblea.

Ésta permaneció bastante tiempo sin reunirse, porque, sin consultarnos, el presidente, al disponer la víspera el orden del día, había decidido que no habría sesión pública al día siguiente, extraño desatino que en otro hombre habría parecido una traición. Mientras se acudía corriendo a avisar a sus casas a los representantes, yo me trasladé al domicilio del presidente de la Asamblea, donde estaban ya casi todos los jefes de la mayoría. Allí, en todas las caras reinaba mucha animación y ansiedad. La batalla era, a la vez, temida y deseada, y se empezaban a lanzar graves acusaciones de blandura contra el gobierno. Thiers, echado en una gran butaca, con las piernas estiradas sobre otra, se frotaba el vientre (porque sentía algunas molestias de la enfermedad reinante), y gritaba con superioridad y buen humor, y con su voz de falsete más aguda, que era muy extraño que no se pensase en declarar el estado de sitio en París. Yo le respondí, moderadamente, que se había pensado, pero que no había llegado el momento de hacerlo, puesto que la Asamblea aún no estaba reunida.

Los representantes llegaban de todas partes, más atraídos por los rumores de la ciudad que por el mensaje que se les había enviado y que, en su mayor parte, no habían recibido. A las dos, se abrió la sesión. Los bancos de la mayoría estaban llenos, y los altos de la Montaña estaban desiertos. El silencio sombrío que reinaba en aquella parte de la Asamblea era más inquietante que los gritos que de allí solían partir. Anunciaba que la discusión había terminado y que comenzaba la guerra civil.

A las tres, Dufaure vino a pedir la declaración del estado de sitio en París. Cavaignac le apoyó, con una de aquellas breves alocuciones que él hacía algunas veces y en las que su espíritu, mediocre y oscuro por naturaleza, alcanzaba la altura de su alma y se acercaba a lo sublime. En tales ocasiones, se convertía, por un momento, en el hombre más verdaderamente elocuente que yo haya oído en nuestras Asambleas, dejando atrás, muy de lejos, a todos los oradores:

«Decís —gritó, dirigiéndose al Montañés que bajaba de la tribuna— que yo he caído del poder, y yo he sido descendido. La voluntad nacional no derriba, ordena: se le obedece. Añado, y yo deseo que el partido republicano pue-

da decirlo siempre con justicia: he descendido, haciendo honor con mi conducta a mis convicciones republicanas. Habéis dicho que habíamos vivido en el terror: la historia está ahí, ella hablará. Pero lo que yo os digo, por mi parte, es que, si no habéis llegado a inspirarme un sentimiento de terror, me habéis inspirado un sentimiento de dolor profundo. ¿Queréis que os diga, en fin, algo más? Vosotros sois republicanos de antes; yo, por mi parte, no he trabajado por la república antes de su fundación, no he sufrido por ella, y lo lamento, pero la he servido abnegadamente; y he hecho más, la he gobernado. No serviré a otra cosa, oídlo bien, escribid esto, taquigrafiadlo, que quede grabado en los anales de nuestras deliberaciones: no serviré a otra cosa. Entre vosotros y nosotros —¿no es así?—, el desafío consiste en quién servirá mejor a la república.

Pues bien: lo que me duele es que vosotros la servís muy mal. Espero que, para dicha de mi país, la república no esté destinada a perecer; pero, si estuviésemos condenado a semejante infortunio, recordadlo bien, recordad que nosotros culparíamos de ello a vuestras exageraciones y a vuestros desmanes».

Poco tiempo después de la declaración del estado de sitio, se supo que la insurrección estaba sofocada. Changarnier y el presidente, al frente de la caballería, habían cortado y dispersado la columna que se dirigía hacia la Asamblea. Algunas barricadas apenas levantadas habían sido destruidas casi sin lucha. Los Montañeses, cercados en el Conservatorio de Artes y Oficios, del que habían hecho su cuartel general, eran detenidos o se habían dado a la fuga. Éramos dueños de París.

El mismo movimiento tuvo lugar en varias grandes ciudades, con más intensidad, pero no con más éxito. En Lyon, se luchó durante cinco horas con encarnizamiento, y la victoria, por un momento, estuvo dudosa. Por lo demás, vencedores ya en París, nos preocupábamos poco por las provincias, pues sabíamos que en Francia, tanto a favor como en contra del orden, París es la ley.

Así acabó la segunda insurrección de Junio, muy diferente de la primera por la violencia y por la duración, pero semejante por las causas que la hicieron fracasar. En la primera, el pueblo, impulsado menos por sus opiniones que por sus apetitos, había combatido solo, sin poder situar a sus representantes al frente. Esta vez, los representantes no habían podido lograr que el pueblo los siguiese al combate.

En junio de 1848, el ejército no tuvo jefes. En junio de 1849, los jefes no tuvieron ejército.

Los Montañeses eran unos extraños personajes: su carácter pendenciero y su orgullo se manifestaban incluso en las situaciones menos propicias. Entre los que, por sus periódicos y por ellos mismos, habían impulsado más violentamente a la guerra civil y nos habían abrumado con más ultrajes, se encontraba Considérant, el discípulo y sucesor de Fourier, autor de tantas fantasías socialistas que en otro tiempo no habrían sido más que ridículas, pero que en el nuestro eran peligrosas. Considérant, con Ledru-Rollin, logró escapar del Conservatorio y llegar a Bélgica. Yo había tenido con él, anteriormente, unas relaciones corteses, y, ya en Bruselas, me escribió: «Mi querido Tocqueville (seguía la petición de un servicio que me rogaba que le hiciese, y luego añadía): ...Cuente entonces conmigo para cualquier servicio personal; aún tienen ustedes para dos o tres meses quizá, y los *Blancos* puros que os sucedan, para seis meses, en la hipótesis más prolongada. Y lo cierto es que los unos y los otros habréis ganado perfectamente lo que os ocurrirá, sin remedio, un poco antes o un poco después. Pero no hablemos de política y respetemos el muy legal, muy leal y muy Odilón Barrótico estado de sitio.» A lo que yo respondí: «Mi querido Considérant, lo que usted desea está hecho. No quiero prevalerme de tan pequeño servicio, pero me es muy grato hacer constar, de paso, que esos odiosos opresores de la libertad a quienes se llama ministros inspiran a sus adversarios la confianza suficiente para que éstos, después de haberlos declarado fuera de la ley, no vacilen en dirigirse confiadamente a ellos para obtener lo que es justo. Esto demuestra que aún hay algo bueno en nosotros, dígase lo que se quiera. ¿Y está usted seguro de que, si los papeles se hubieran cambiado, yo podría conducirme de igual modo, no digo respecto a usted, sino respecto a este o a aquel de sus amigos políticos que yo podría nombrar? Yo creo lo contrario, y le declaro a usted, solemnemente, que, si alguna vez ellos son los dueños y si me dejan solamente mi cabeza, me tendré por satisfecho y estaré dispuesto a declarar que su virtud ha rebasado mi esperanza».

III

Gobierno interior.—Querellas internas del gabinete.—Sus dificultades con la mayoría y con el presidente.

Éramos los vencedores, y yo esperaba que nuestras verdaderas dificultades iban a presentarse ahora. Por lo demás, siempre he tenido como máxima que es después de un gran éxito cuando suelen aparecer las más peligrosas ocasiones de hundimiento. Mientras el peligro dura, no tenemos contra nosotros más que a nuestros adversarios, y se triunfa de ellos. Pero, después de la victoria, empezamos a tener que habérnoslas con nosotros mismos, con nuestra desidia, con nuestro orgullo, con la imprudente seguridad que da la victoria, y se sucumbe.

Yo no estaba expuesto a este último peligro, porque no imaginaba que hubiéramos superado nuestros principales obstáculos. Yo sabía que éstos se hallaban en los propios hombres con quienes íbamos a tener que dirigir la administración, y que la completa y rápida derrota de los Montañeses, en lugar de preservarnos de la mala disposión de aquellos hombres, nos expondría a ella inmediatamente. Habríamos sido mucho más fuertes, si hubiéramos tenido menos éxito.

La mayoría estaba formada, entonces, principalmente, de tres partidos (el partido del presidente era todavía muy

poco numeroso y tenía muy mala fama para que pudiera contar en el parlamento). De sesenta a ochenta miembros, como, máximo, trataban sinceramente, como nosotros, de instituir la república moderada: era nuestro único punto de apoyo sólido en aquella inmensa Asamblea. El resto de la mayoría se componía de legitimistas —alrededor de ciento sesenta—, y de antiguos amigos o partidarios de la monarquía de Julio, representantes, en su mayor parte, de las clases medias que habían gobernado y, sobre todo, explotado a Francia durante dieciocho años. Yo me di cuenta en seguida de que, entre aquellos dos partidos, el que más fácilmente nos ayudaría en nuestro propósito era el partido legitimista. Los legitimistas habían sido excluidos del poder en el último gobierno; no tenían, pues, ni asignaciones ni puestos que echar de menos ni que recuperar. Al ser, en su mayor parte, grandes propietarios, no tenían tampoco la misma necesidad de cargos públicos que los burgueses; o, por lo menos, su disfrute no les había acostumbrado tanto a su buen sabor. Aunque, debido a sus principios, eran más irreconciliables que otros con la república, se acomodaban mejor que casi todos a la duración de ésta, porque había destruido al destructor de ellos y les había franqueado el camino del poder. La república había servido, simultáneamente, a la ambición y a la venganza de los legitimistas, y no suscitaba contra ella más que su miedo, que era, en verdad, muy grande. Los antiguos conservadores, que formaban el grueso de la mayoría, estaban mucho más impacientes por salir de la república; pero, como el odio furioso que le profesaban se veía muy contenido por el miedo a los peligros a que se arriesgarían tratando de abolirla prematuramente, y como, por otra parte, tenían la larga costumbre de marchar detrás del poder, nos sería fácil conducirlos si podíamos conseguir el apoyo o sólo la neutralidad de sus jefes, de los que, como se sabe, los principales eran entonces M. Thiers y M. Molé.

Bien aclarada aquella situación, comprendí que era preciso subordinar todos los fines secundarios al principal, que consistía en impedir el derrocamiento de la república, y, sobre todo, en prevenir la implantación de la monarquía bastarda de Luis Napoleón: éste era, de momento, el peligro inmediato.

Yo pensé, primero, en preservarme de los errores de nuestros amigos, porque siempre he encontrado un sentido profundo en el viejo proverbio normando que dice:

«¡Dios mío, guárdame de mis amigos, que de mis enemigos me guardaré yo!»

A la cabeza de nuestros adeptos, en la Asamblea Nacional, se encontraba el general Lamoricière, a quien yo temía mucho por su petulancia, por sus imprudentes habladurías, y, sobre todo, por su ociosidad. Yo le tenía por uno de esos hombres que prefieren hacer las cosas bien a hacerlas mal, pero que prefieren hacer las cosas mal a no hacer nada en absoluto. Me propuse darle una gran embajada lejana. Rusia había reconocido la república, espontáneamente. Convenía reanudar con aquel país las relaciones diplomáticas, que casi se habían interrumpido bajo el último gobierno. Pensé en Lamoricière para encargarle de aquella misión extraordinaria y lejana. Por lo demás, era el hombre indicado para tal empleo, en el que solamente los generales —y los generales célebres— tienen éxito. Me costó algún trabajo decidirle, pero el más difícil de convencer fue el presidente de la república. Al principio, se resistió, diciéndome, con una especie de naturalidad que mostraba menos su franqueza que la torpeza de su palabra (ésta no expresaba sus pensamientos, pero, a veces, le permitía ocultarlos), que, en las grandes cortes, quería tener *embajadores de él*. No era aquél mi propósito, porque yo, que debía dirigir a los embajadores, pensaba, desde luego, no ser más que de Francia. Insistí, pues, pero habría fracasado si no me hubiese ayudado Falloux, que era entonces el único hombre del ministerio en quien el presidente tenía confianza. Falloux le decidió, mediante unas razones que ignoro, y Lamoricière marchó. Más adelante, diré lo que hizo.

Tranquilizado con su partida respecto a la conducta de nuestros amigos, pensé en ganar o en retener a nuestros aliados necesarios. Aquí, la tarea era más difícil, desde todos los puntos de vista, porque, fuera de mi departamento, yo no podía hacer nada, de no ser con el asentimiento del gabinete, del que formaban parte algunos de los espíritus más honestos que pudieran encontrarse, pero tan rígidos y tan limitados en política, que, a veces, llegué a lamentar no tener que enfrentarme con pícaros inteligentes.

En cuanto a los legitimistas, mi opinión fue que era preciso dejarles una gran influencia en la dirección de la instrucción pública. Reconozco que el sacrificio era grande, pero era el único que podía satisfacerles y facilitarnos, a cambio, su apoyo, cuando se tratase de contener al presidente y de impedirle echar abajo la constitución. Y aquél

fue el plan que se siguió. Se dejó a Falloux libertad de movimientos en su departamento, y el consejo le permitió presentar a la Asamblea el proyecto sobre instrucción pública, que luego se convirtió en la Ley de 15 de marzo de 1850. Aconsejé también a mis colegas, con todas mis fuerzas, que cuidasen individualmente de las buenas relaciones con los legitimistas más destacados. Yo mismo me atuve a ésa conducta, y muy pronto fui el miembro del gabinete que vivió en mejores términos con ellos. Acabé incluso por convertirme en el único intermediario entre ellos y nosotros.

Es cierto que mi origen y el mundo en que había sido educado me daban para ello grandes facilidades que los otros no tenían, porque, si bien la nobleza francesa ha dejado de ser una clase, ha seguido siendo una especie de masonería en la que todos los miembros continúan reconociéndose entre sí por no sé qué signos invisibles, cualesquiera que sean las opiniones particulares que los hacen extraños o incluso adversarios los unos de los otros.

Sucedió, pues, que, tras haberme opuesto a Falloux más que ningún otro antes de entrar en el gabinete, me resultó fácil ser su amigo, una vez que entré. El hombre, por lo demás, valía la pena de que se tratara de utilizarlo. Yo no sé si, en mi carrera política, habré encontrado a alguien que fuese de una especie más rara. Poseía a la vez las dos cosas más necesarias para la dirección de los partidos: una ferviente convicción que le empujaba constantemente hacia su objetivo, sin dejarse desviar por las contrariedades o por los peligros, y un espíritu poco escrupuloso, tan flexible como firme, que aplicaba una gran multiplicidad y una variedad prodigiosa de medios a la ejecución de un plan único. Honesto en el sentido de que, como él decía, no tenía en cuenta más que su causa, y no su interés particular, pero, por lo demás, muy trapacero, y de una trapacería poco común y muy eficaz, porque llegaba a mezclar, momentáneamente, en su propia creencia lo verdadero y lo falso, antes de servir aquella mezcla al espíritu de los otros: era el único secreto que podía dar las ventajas de la sinceridad a la mentira, y permitir arrastrar hacia el error que se considera beneficioso a aquellos a quienes se frecuenta o a quienes se dirige.

A pesar de todos mis esfuerzos, jamás pude establecer, no diré buenas relaciones, pero ni siquiera relaciones convenientes entre Falloux y Dufaure. Es verdad que estos dos hombres tenían, precisamente, las cualidades y los defectos

contrarios. Dufaure, que en el fondo de su corazón había seguido siendo un verdadero burgués del Oeste, enemigo de los nobles y de los sacerdotes, no podía habituarse ni a los principios ni siquiera a los bellos y refinados modales de Falloux, por agradables que a mí me pareciesen. Llegué, sin embargo, con grandes esfuerzos, a hacerle comprender que no se podía molestar a Falloux en su departamento, pero, en cuanto a permitirle que ejerciese ni la menor influencia sobre lo que ocurría en el ministerio del Interior (ni siquiera en los límites en que esto era permitido y necesario), jamás quiso ni oír hablar. Falloux tenía en su Anjou un prefecto de quien él creía tener quejas, y no pedía que se le destituyese, ni siquiera que se le negase el ascenso. Deseaba solamente que se le cambiase de lugar. Creía que su propia situación estaba comprometida mientras no se efectuase aquel cambio, que, por otra parte, era reclamado por la mayoría de la diputación de Maine-et-Loire. Desgraciadamente, aquel prefecto era un amigo declarado de la república, y eso fue suficiente para llenar a Dufaure de desconfianza y para persuadirle de que el único objetivo de Falloux era el de comprometerle, sirviéndose de él para atacar a aquellos republicanos con los que hasta entonces no se habían atrevido. Se negó, pues, el otro insistió, y Dufaure se endureció. Era una cosa bastante divertida observar cómo Falloux daba vueltas alrededor de Dufaure, caracoleando con gracia y con ingenio, sin poder encontrar ninguna brecha para penetrar en su espíritu.

Dufaure le dejaba hacer, y luego se limitaba a responderle lacónicamente, sin mirarle, o desviando, de su parte, una mirada retorcida y fría: «Me gustaría saber por qué no aprovechó usted la estancia de su amigo, monsieur Faucher, en el ministerio del Interior, para librarse de su prefecto». Falloux se contenía, aunque supongo que estaría, naturalmente, irritadísimo. Venía a darme sus quejas, y yo veía correr la hiel más amarga a través de la miel de sus palabras. Entonces, yo intervenía. Trataba de hacer entender a Dufaure que una petición de aquella especie era de las que no pueden negarse a un colega, a menos que se quiera romper con él. Y así pasé un mes entrometiéndome todos los días entre aquellos dos hombres, gastando más esfuerzos y diplomacia de los que empleaba, durante aquel tiempo, en tratar los grandes asuntos de Europa. Varias veces, el gabinete estuvo a punto de desintegrarse, por aquel desgraciado incidente. Al fin, Dufaure cedió, pero de tan mala

gana, que no se le veía nada satisfecho, de modo que entregó a su prefecto, sin ganarse a Falloux.

Pero la parte más difícil de nuestra tarea fue la conducta a seguir respecto a los antiguos conservadores que formaban el grueso de la mayoría, como ya he dicho.

Éstos tenían unas opiniones generales que imponer, y, a la vez, muchas pasiones particulares que satisfacer. Querían que se restableciese el orden con energía: en este aspecto, éramos sus hombres, pues lo queríamos igual que ellos y lo realizábamos en la medida en que ellos podían desearlo, y mejor de lo que ellos habrían podido hacerlo. Habíamos declarado el estado de sitio en Lyon y en varios departamentos próximos a esta ciudad; suspendido, en virtud del estado de sitio, seis periódicos revolucionarios de París; disuelto las tres legiones de la guardia nacional parisiense que se habían mostrado indecisas el 13 de junio; arrestado a siete representantes sorprendidos en flagrante delito, y pedido el procesamiento de otros treinta. Y medidas análogas se habían tomado en toda Francia. Unas circulares dirigidas a todos los agentes les demostraban que tenían que habérselas con un gobierno que sabía hacerse obedecer y que quería que todo se plegase ante las leyes.

Siempre que Dufaure era atacado, a causa de estas diversas medidas, por los Montañeses que habían quedado en la Asamblea, él les respondía con esa elocuencia vigorosa, nerviosa y acerada cuyo arte dominaba a la perfección, y en el tono de un hombre que lucha después de haber quemado las naves.

Los conservadores no sólo querían que se administrase con energía: pretendían que se aprovechase la victoria para hacer unas leyes represivas y preventivas. También nosotros sentíamos la necesidad de emprender ese camino, pero sin querer ir tan lejos como ellos.

En mi opinión personal, era prudente y necesario hacer grandes concesiones, en este punto, a los terrores y a los legítimos sentimientos de la nación, y el único medio que quedaba de salvar la libertad, después de una revolución tan violenta, era el de restringirla. Mis colegas eran de la misma opinión que yo, de modo que propusimos, sucesivamente, una ley que suspendía los clubes, otra que reprimía las desviaciones de la prensa con más energía de la que se había empleado incluso bajo la monarquía, y una tercera, en fin, que regulaba el estado de sitio. «¡Lo que hacéis es una ley de dictadura militar!» —nos gritaron—. «Sí —respondió Dufaure—, es una dictadura, pero

una dictadura parlamentaria. Contra el derecho imprescriptible que una sociedad tiene de salvaguardarse, no hay derechos individuales que puedan prevalecer. Hay necesidades imperiosas que son las mismas para todos los gobiernos, monarquías o repúblicas. Y esas necesidades, ¿quién las ha hecho nacer? ¿De quién nos viene esta cruel experiencia que nos ha dado dieciocho meses de agitaciones violentas, de complots incesantes, de temibles insurrecciones? Sí, indudablemente, tenéis razón; es lamentable que, después de tantas revoluciones hechas en nombre de la libertad, tengamos aún que cubrir su estatua y dotar a los poderes públicos de armas terribles. Pero, ¿de quién es la culpa, si no vuestra, y quién sirve mejor al gobierno republicano: los que fomentan las revoluciones, o los que, como nosotros, se encargan de reprimirlas?»

Aquellas medidas, aquellas leyes, aquel lenguaje agradaban a los conservadores, pero sin satisfacerles. A decir verdad, para contentarles, habría sido necesaria nada menos que la destrucción de la república. Su instinto les empujaba sin cesar en aquel sentido, aunque su prudencia y su razón venían a refrenarles.

Pero lo que necesitaban, sobre todo, era quitar los cargos a sus enemigos y recuperarlos, lo más rápidamente posible, para sus partidarios o para sus parientes. Ahí tropezábamos con todas las pasiones que habían provocado la caída de la monarquía de Julio. La revolución no las había destruido, sólo las había sitiado por el hambre. Ese fue nuestro grande y permanente escollo. También aquí, yo pensaba que había que hacer concesiones. En los cargos públicos, se encontraba todavía un número muy elevado de republicanos, o poco capaces o corrompidos, a quienes los azares de la revolución habían llevado al poder. Mi parecer era que nos desembarazásemos de ellos inmediatamente, sin esperar a que se nos exigiese su despido, de modo que inspiraríamos confianza en nuestras intenciones y alcanzaríamos el derecho a defender a todos los republicanos honestos y capaces. Pero jamás pude convencer a Dufaure. «¿Qué nos hemos propuesto? —le decía, a menudo—. ¿Salvar la república con los republicanos? No, porque la mayoría de los que llevan ese nombre nos matarían con ella, seguramente, y los que merecen llevarlo no llegan a ciento en la Asamblea. Nos hemos propuesto salvar la república con unos partidos que no la quieren. No podemos, pues, gobernar más que con ayuda de concesiones, sólo que jamás hay que ceder nada en lo sustan-

cial. En esta cuestión, todo radica en la medida. La mejor garantía, y quizá la única, que en este momento tiene la república es que nosotros nos mantengamos en el gobierno. Por lo tanto, hay que utilizar todos los medios honorables para mantenernos». A lo cual él respondía que, al luchar, como todos los días luchaba, con la mayor energía, contra el socialismo y la anarquía, tenía que satisfacer a la mayoría, como si se pudiese satisfacer nunca a los hombres no ocupándose más que de sus opiniones, y sin tener en cuenta su vanidad y sus intereses particulares. Y lo peor era que, al negarse, no sabía hacerlo con gracia, sino que la forma de sus negativas molestaba aún más que el fondo. Jamás he podido comprender que un hombre tan dueño de su expresión en la tribuna, tan hábil en el arte de elegir los argumentos y las palabras más convenientes para agradar, tan seguro de mantenerse siempre dentro de los matices que mejor podían lograr una favorable acogida a su pensamiento, estuviese tan atado, fuese tan enojoso y tan torpe en la conversación. Yo creo que esto se debía a su educación inicial.

Era un hombre de mucho ingenio, o, más bien, de talento —porque ingenio propiamente dicho no tenía—, pero de ninguna sociabilidad. Había tenido una juventud laboriosa, concentrada, casi desabrida. A los cuarenta años, se había casado. Aquella unión no hizo más que dar una nueva forma a su desabrimiento. Entonces, se había retirado a su hogar, donde ya no había vivido en soledad, sino siempre retirado. En realidad, ni la política le entusiasmaba. Se mantenía al margen, no sólo de las intrigas, sino del contacto de los partidos. Detestaba la agitación de las asambleas, temía a la tribuna, que constituía, sin embargo, su única fuerza, pero era ambicioso a su manera, aunque con una ambición mesurada y un poco subalterna, que aspiraba al manejo de los asuntos, más que a dominarlos. Sus modos de tratar a la gente como ministro eran, a veces, muy extraños. Un día, el general Castellane (un pícaro loco, desde luego, pero muy influyente), le pidió una audiencia. Es recibido, y explica ampliamente sus pretensiones y lo que él llama sus derechos. Dufaure le escucha, larga y atentamente, después se levanta, conduce al general hasta la puerta con muchas reverencias, y le deja allí plantado, sin haberle respondido ni una sola palabra. Y, reprochándole yo aquella conducta, me contestó: «No habría podido decirle más que cosas desagradables, de modo que lo más amable, ¿no era no decirle nada, en absoluto?» Se puede

creer que, después de estar con aquel hombre, se salía siempre de mal humor.

Por desgracia, se había reforzado con un jefe de despacho tan tosco como él, y, además, muy tonto, de modo que, cuando los solicitantes pasaban del despacho del ministro al del secretario, tratando de consolar un poco, se encontraban con las mismas asperezas, pero sin talento. Era como si después de atravesar una valla de espinos, se fuese a caer sobre un montón de pinchos. A pesar de sus inconvenientes, los conservadores soportaban a Dufaure porque en la tribuna los vengaba de las ofensas de los Montañeses, pero sus jefes se mantuvieron siempre inaccesibles.

Éstos, como yo había previsto acertadamente, no querían tomar el gobierno, ni dejar que nadie gobernase con independencia. No creo que, desde el 13 de junio hasta las últimas discusiones sobre Roma, es decir, a lo largo de casi toda la duración del gabinete, pasase un solo día sin que nos tendiesen emboscadas. Nunca nos combatieron en la tribuna, ciertamente, pero animaban sin cesar, de una manera secreta, a la mayoría contra nosotros, censuraban nuestras decisiones, criticaban nuestras medidas, interpretaban desfavorablemente nuestras palabras, y, sin querer derribarnos resueltamente, se las arreglaban de modo que, encontrándonos sin punto de apoyo, ellos pudiesen siempre, al menor golpe, echarnos por tierra. Después de todo, los recelos de Dufaure no siempre carecían de fundamento. Los jefes de la mayoría querían servirse de nosotros para adoptar las medidas de rigor y obtener las leyes represivas que harían más cómodo el gobierno a quienes nos sucediesen, para lo que, en aquel momento, nuestras convicciones republicanas nos señalaban como más idóneos que los conservadores. Ellos contaban, naturalmente, con despedirnos luego, y hacer subir al escenario a sus partiquinos. No sólo no querían que nosotros pudiésemos consolidar nuestra influencia en el seno de la Asamblea, sino que trabajaban sin cesar para impedirnos ganar la voluntad del presidente. Vivían aún con la ilusión de que Luis Napoleón se sentiría siempre feliz bajo su tutela, de modo que le importunaban: nosotros estábamos informados, por nuestros agentes, de que la mayor parte de ellos —pero, en especial, M. Thiers y M. Molé— le veía sin cesar, particularmente, incitándole con todas sus fuerzas a derribar la república, de acuerdo con ellos, y entrando a gastos y beneficios comunes. A partir del 13 de junio, yo viví en alarmas continuas, temiendo

siempre que fuesen a aprovechar nuestra victoria para impulsar a Luis Napoleón a alguna usurpación violenta, y que, una mañana cualquiera, como yo le decía a Barrot, le colasen el imperio de matute. Después, he sabido que nuestros temores eran aún más fundados de lo que yo mismo creía. Tras mi salida del ministerio, supe de fuente fidedigna que, hacia el mes de julio de 1849, se había organizado un complot para cambiar la constitución por la fuerza, mediante la acción combinada del presidente y de la Asamblea. Los jefes de la mayoría y Luis Napoleón estaban de acuerdo, y el golpe falló sólo porque Serryer, bien ante el temor de hacer un mal negocio, bien porque en el momento de la acción se viese dominado por el miedo, como en él era bastante corriente, negó su colaboración y la de su partido. Pero no se renunció al proyecto, sino que se aplazó, y cuando yo pienso que, en el momento en que escribo estas líneas, es decir, sólo dos años después de la época de que hablo, aquellos mismos hombres, en su mayoría, se indignan ante la sola idea de ver que el pueblo viola la constitución haciendo por Luis Napoleón precisamente lo que ellos mismos le proponían hacer entonces, me parece difícil encontrar un ejemplo más notable de la versatilidad de los hombres y de la vanidad de las grandes palabras de patriotismo y de derecho con que se cubren sus pequeñas pasiones.

Como se ve, nosotros ya no estábamos más seguros del presidente que de la mayoría. Luis Napoleón era, incluso, el mayor y el más constante peligro, tanto para nosotros como para la república.

Yo estaba convencido de ello, y, sin embargo, cuando le hube estudiado muy atentamente, no perdí las esperanzas de que pudiéramos ganar su ánimo, al menos durante algún tiempo, de una manera bastante firme. En efecto, no tardé en descubrir que, aun admitiendo sin cesar a los jefes de la mayoría junto a él, esuchando sus opiniones, siguiéndolas, a veces, y, en caso necesario, conspirando con ellos, soportaba, sin embargo, muy impacientemente su yugo, se sentía humillado por parecer que sufría su tutela, y ardía en secretos deseos de sustraerse a ella. Esto nos proporcionaba un punto de contacto con él y un asidero en cuanto a su voluntad, pues también nosotros nos hallábamos muy decididos a permanecer independientes de aquellos grandes instigadores y a mantener el poder ejecutivo fuera de su alcance.

Además, no me parecía que nos fuese imposible entrar a participar en los propósitos de Luis Napoleón, sin salir de los nuestros. Lo que siempre me había impresionado, cuando yo pensaba en la situación de aquel hombre extraordinario (no por su genio, sino por las circunstancias que habían podido llevar tan arriba su mediocridad), lo que me había impresionado —digo— era la necesidad existente de alimentar su espíritu con una esperanza cualquiera, si se quería que aquel espíritu estuviese sosegado. Que tal hombre, después de haber gobernado a Francia durante cuatro años, pudiera reintegrarse a la vida privada, me parecía muy dudoso; que él consintiese en volver a ella, pura quimera; que se lograse incluso impedirle que, durante su mandato, se arrojase a alguna empresa peligrosa, parecía muy difícil, a no ser que se descubriese para su ambición un objetivo que pudiera, ya que no seducirla, al menos contenerla. Y, por mi parte, a eso me dediqué desde el principio. «—Yo jamás os serviré —le dije— para derribar la república, pero trabajaré con mucho gusto por aseguraros un gran puesto en ella, y creo que todos mis amigos acabarán participando en el mismo propósito. La constitución puede revisarse. El artículo 45, que prohíbe la reelección del presidente, puede ser cambiado. Es un objetivo que con mucho gusto os ayudaremos a alcanzar.» Y, como las posibilidades de revisión eran dudosas, yo iba más lejos y le dejaba entrever, para el futuro, que, si él gobernaba a Francia tranquilamente, prudentemente, modestamente, limitando sus pretensiones a no ser más que el primer magistrado de la nación y no su sobornador o su dueño, sería posible que, al final de su mandato, fuese reelegido, a pesar del artículo 45, mediante un consentimiento casi unánime, pues los partidos monárquicos no verían, en la prolongación limitada de su poder, la destrucción de sus esperanzas, y el propio partido republicano vería en un gobierno como el suyo el mejor medio de habituar al país a la república y de hacérsela grata. Yo le decía estas cosas en un tono sincero, porque era sincero al decirlas. Lo que yo le aconsejaba me parecía, efectivamente, y aún me parece, lo mejor que podía hacerse en interés del país y tal vez en el suyo propio. El presidente me escuchaba, gustoso, sin dejar traslucir la impresión que mi lenguaje le producía: era su costumbre. Las palabras que se le dirigían eran como piedras arrojadas a un pozo: se oía su ruido, pero nunca se sabía lo que pasaría con ellas. De todos modos, parecía aceptarme cada vez más. Es verdad que, en todo lo que

resultaba compatible con el bien del servicio, yo hacía grandes esfuerzos por agradarle. Cuando, por casualidad, me recomendaba, para un puesto diplomático, a un hombre capaz y honesto, yo ponía un gran interés en colocarle. Incluso cuando su protegido estaba poco capacitado, si el puesto no tenía importancia, por lo general se lo daba también. Pero, con excesiva frecuencia, el presidente honraba con sus recomendaciones a gentes indeseables, que en otro tiempo se había incorporado a su partido, como desesperados, sin saber adónde ir, y a quienes él se creía obligado, o bien se proponía colocar en las grandes embajadas a los que él llamaba gentes suyas, es decir, en la mayoría de los casos, unos intrigantes o unos pícaros. En tales ocasiones, yo acudía a él, le mostraba los reglamentos que se oponían a su deseo, las razones de moral o de política que me impedían acceder a ello. Llegaba incluso, a veces, a dejarle entrever que me retiraría, antes de pasar por lo que él deseaba. Y como él no veía en mis negativas un capricho personal, ni deseo sistemático alguno de oponerle una resistencia, cedía sin guardarme rencor, o aplazaba el asunto.

Las cosas no me resultaban tan fáciles con mis amigos. Éstos eran de un ardor sin igual ante el botín. Me asediaban sin cesar con sus demandas, de un modo tan importuno y a menudo tan impertinente, que muchas veces me daban ganas de hacerlos arrojar por la ventana. Pero hacía grandes esfuerzos por contenerme. Sin embargo, una vez en que uno de ellos —un mal sujeto, verdaderamente— insistía con arrogancia, diciendo que era muy extraño que el príncipe no pudiera recompensar a los que habían sufrido por su causa, le respondí: «Señor, lo mejor que puede hacer el Presidente de la República es olvidarse de que ha sido un pretendiente, y recordar que está aquí para velar por los asuntos de Francia, y no por los de usted». La expedición de Roma, en la que, como diré más adelante, yo apoyé firmemente al presidente hasta el momento en que su política llegó a ser excesiva e irracional, acabó de ponerme en muy buenos términos con él, y de ello me dio una gran prueba, cierto día. Beaumont, durante su corta embajada en Inglaterra, a finales de 1848, había formulado sobre Luis Napoleón, entonces candidato a la presidencia, opiniones muy injuriosas, que, llegadas a conocimiento de éste, le habían causado una enorme irritación. Yo había tratado varias veces, desde que era ministro, de que Beaumont recobrase la consideración en el ánimo del presidente, pero jamás me habría atrevido a proponer que se le emplease, por muy

capaz que él fuese y por mucho que lo deseara yo. Hacia el mes de septiembre de 1849, quedó vacante la embajada de Viena. Era uno de los puestos más importantes que había entonces en nuestra diplomacia, a causa de las cuestiones de Italia y de Hungría. El presidente me dijo personalmente: «Yo os propongo que deis la embajada de Viena a M. de Beaumont. He estado muy disgustado con él, pero sé que es vuestro mejor amigo, y eso es suficiente para decidirme». Me alegré mucho. No había nadie más indicado que Beaumont para el puesto que entonces se trataba de cubrir, y nada podía serme más grato que ofrecérselo.

No todos mis colegas me imitaban en el cuidado que yo ponía en ganar la buena voluntad del presidente, sin abandonar mis opiniones ni mis deberes.

Pero Dufaure, contra todo lo que pudiera esperarse, fue siempre respecto a él, precisamente, lo que debía ser: yo creo que la sencillez de las maneras del presidente le había medio conquistado. Passy, en cambio, parecía complacerse en serle desagradable, Yo pienso que Passy había creído rebajarse al convertirse en ministro de un hombre a quien él consideraba como un aventurero, y a menudo trataba de recobrar su nivel, mediante la impertinencia. Le contrariaba todos los días, sin necesidad, rechazando a todos sus candidatos, maltratando a sus amigos, combatiendo sus opiniones con un desprecio mal disimulado: por eso era sinceramente detestado.

El ministro en quien el presidente confiaba más era Falloux. Siempre he creído que éste le había ganado por algo más sustancial que lo que ninguno de nosotros podía ni quería ofrecer.

Falloux, que era legitimista de nacimiento, de educación, de sociedad, de gusto, si se quiere, no pertenecía, en el fondo, como ya he dicho, más que a la Iglesia. No creía en el triunfo de la legitimidad a la que servía, y no buscaba, a través de nuestras revoluciones, más que un camino para restablecer a la religión católica en el poder. Si Falloux había permanecido en el ministerio, era para velar por los negocios de ésta, y, como me dijo desde el primer día, con una hábil franqueza, por consejo de su confesor. Yo estoy convencido de que, inicialmente, Falloux había entrevisto el partido que podía sacarse de Luis Napoleón para el cumplimiento de aquel propósito, y de que, al familiarizarse en seguida con la idea de ver al presidente convertirse en el heredero de la república y en el señor de Francia, Falloux no había pensado más que en utilizar en beneficio del clero

aquel hecho inevitable. Había ofrecido el apoyo de su partido, pero sin hacer nunca entrega de sí mismo.

Desde nuestra entrada en el gobierno hasta el momento de la suspensión de las sesiones de la Asamblea, que tuvo lugar el 13 de agosto, no cesamos de ganar terreno en el campo de la mayoría, a pesar de sus jefes. La mayoría veía, con sus propios ojos, cómo todos los días nos enfrentábamos con sus enemigos, y los furiosos ataques que éstos lanzaban contra nosotros, a cada instante, iban elevándonos, gradualmente, en su estimación. Pero, por el contrario, durante aquel tiempo, no hicimos progreso alguno en el ánimo del presidente, que parecía soportarnos en sus consejos, más que admitirnos en ellos.

Seis semanas después, ocurría exactamente lo contrario. Los representantes volvieron de las provincias, agriados por los clamores de sus amigos, a quienes nosotros no habíamos querido entregar la administración de los asuntos locales. Y, en cambio, el presidente de la república se había acercado a nosotros, más adelante diré por qué. Se diría que habíamos avanzado por este lado, en la proporción exacta de lo que habíamos retrocedido en el otro.

Colocado, pues, sobre dos plataformas mal articuladas entre sí y siempre vacilantes, el gabinete se apoyaba tan pronto en una como en la otra, y siempre a punto de caer entre las dos. Y fue la cuestión de Roma la que provocó su caída.

Esa era la situación cuando se reanudaron los trabajos parlamentarios, el 1 de octubre de 1849, y cuando se abordó la cuestión de Roma por segunda y última vez.

IV

Negocios Extranjeros.

No he querido interrumpir el relato de nuestras calamidades internas para hablar de las dificultades que encontrábamos fuera, y cuyo peso yo soportaba en mayor medida que cualquier otro. Vuelvo ahora sobre mis pasos, y regreso a esta parte de mi tema.

Cuando me instalé en el ministerio de Negocios Extranjeros y me pusieron ante los ojos el estado de los asuntos, me asusté ante el número y la magnitud de las dificultades que observaba, pero lo que me inquietaba más que todo el resto era yo mismo.

Por naturaleza, yo tengo muy poca confianza en mí mismo. Los nueve años que había consumido, bastante lamentablemente, en las últimas asambleas de la monarquía habían aumentado mucho aquella inseguridad natural, y, aunque la forma en que acababa de soportar la prueba de la revolución de Febrero me hubiera acreditado un poco más ante mis propios ojos, yo no había aceptado, sin embargo, un cargo tan importante, en unos tiempos como aquellos, más que con muchas vacilaciones, de modo que, cuando me incorporé a él, lo hice con mucho miedo.

No tardé en realizar un cierto número de observaciones que, si no me tranquilizaron totalmente, me animaron, desde luego. Advertí, para empezar, que los asuntos no

siempre se hacían más difíciles al hacerse más grandes, como podría parecer desde lejos: lo cierto es más bien lo contrario. Sus complicaciones no aumentan con su importancia. Ocurre incluso, muchas veces, que adquieren un aspecto más sencillo, a medida que sus consecuencias pueden ser más amplias y más temibles. Por otra parte, aquél cuya voluntad influye en el destino de todo un pueblo encuentra siempre a su disposición a más hombres que pueden alumbrarle, ayudarle, descargarle de los detalles, más decididos a animarle, a defenderle, de los que podrían encontrarse en las obras secundarias y en las categorías subalternas. Por último, la grandeza misma del objetivo que se persigue sobreexcita hasta tal punto todas las fuerzas del espíritu, que, si bien la tarea es un poco más difícil, el obrero es mucho mejor.

Yo me había sentido perplejo, lleno de desaliento y de inquietud, ante responsabilidades pequeñas. Pero experimenté una tranquilidad de espíritu y una calma singular, cuando me vi ante las más grandes. Jamás he sabido enardecerme a voluntad. La sensación de la importancia de las cosas que tenía entonces me elevó inmediatamente a su nivel y me mantuvo allí. La idea de un fracaso me había parecido hasta entonces intolerable. La perspectiva de una caída estrepitosa en uno de los más grandes teatros del mundo a los que yo hubiera subido no me inquietaba, lo cual me hizo ver claramente que mi espíritu se sentía mucho más orgulloso que tímido. Tampoco tardé en darme cuenta de que, en política, como en muchas otras materias, tal vez en todas, la viveza de las impresiones recibidas no estaba en razón de la importancia del hecho que la producía, sino de la repetición más o menos frecuente de éste. Un hombre que se turba y se altera en la gestión de un asunto menor, del único del que casualmente se ha encargado, acaba encontrando su aplomo en medio de los asuntos más importantes, si éstos se le presentan todos los días: su efecto se torna como insensible, a causa de esa frecuencia. Ya he dicho cuántos enemigos me había hecho, en otro tiempo, por mantenerme apartado de unas gentes que no atraían mi atención por ningún mérito, y cómo muchas veces se había achacado a altanería el fastidio que me causaban. Tenía mucho miedo a este escollo en el gran viaje que iba a emprender. Pero pronto advertí que, si la insolencia crece en ciertas personas en la misma proporción que la mejoría de sus fortunas, conmigo no pasaba igual, y que me resultaba mucho más fácil mostrarme obsequioso

e incluso solícito cuando me sentía sin rivales, que entre la multitud. Esto se debía a que, siendo ministro, no tenía que preocuparme de ir en busca de la gente, ni el temor a ser recibido con frialdad, porque los hombres sienten la necesidad de acercarse, por sí mismos, a los que ocupan esa clase de cargos, y porque son bastante simples para atribuir una gran importancia a sus menores palabras. Y se debía también a que, como ministro, ya no sólo tenía que ver con las ideas de los tontos, sino también con sus intereses, que siempre deparan un tema de conversación fácil y oportuno.

Comprendí, pues, que era menos inadecuado de lo que había temido el papel que me proponía representar, y aquella experiencia me estimuló, no sólo para aquel momento, sino para el resto de mi vida; y, si se me pregunta qué gané en aquel ministerio tan desconcertante, tan frustrado y tan breve que no pude más que iniciar los asuntos sin acabar ninguno, responderé que gané un bien muy grande, tal vez el más grande de los bienes de este mundo: la confianza en mí mismo.

Tanto en el exterior como en el interior, nuestros mayores obstáculos procedían menos de la dificultad de los asuntos que de quienes debían administrarlos con nosotros. Lo vi inmediatamente. En su mayoría, nuestros agentes, paniaguados de la monarquía, detestaban furiosamente, en el fondo de su corazón, al gobierno al que servían, y, en nombre de la Francia democrática y republicana, preconizaban la restauración de las viejas aristocracias, y trabajaban secretamente por el restablecimiento de todas las monarquías absolutas de Europa. Otros, a quienes la revolución de Febrero había sacado de una oscuridad en la que habrían debido vivir siempre, apoyaban, por el contrario, bajo mano, a los partidos demagógicos que el gobierno francés combatía. Pero el vicio del mayor número era la timidez. Nuestros enviados, en su mayoría, tenían miedo de ligarse a ninguna política en los países donde nos representaban, y temían también manifestar a su propio gobierno unas opiniones de las que luego hubieran podido ser acusados. Así, pues, tenían buen cuidado de mantenerse ocultos y bien cubiertos entre un batiburrillo de hechos menudos, con los que llenaban sus correspondencias (porque en diplomacia siempre hay que escribir, aunque no se sepa nada o no se quiera decir nada). Se guardaban bien de manifestar lo que pensaban acerca de los acontecimientos a

que hacían referencia, y más aún de indicar lo que nosotros debíamos sacar en conclusión.

Aquella nulidad voluntaria a la que nuestros agentes se reducían, y que, ciertamente, en la mayoría de ellos, no era más que un perfeccionamiento artificial de su naturaleza, me indujo, en cuanto los hube reconocido, a emplear en las grandes cortes a hombres nuevos.

De buena gana me habría desembarazado también de los jefes de la mayoría, pero, como no me era posible, me propuse vivir en buena inteligencia con ellos, y no perdí incluso la esperanza de resultarles grato, aunque manteniéndome independiente de su influencia. La empresa era difícil, pero tuve éxito en ella, porque, de todo el gabinete, fui el ministro que más se oponía a su política, y el único que, sin embargo, me mantenía en buenos términos con ellos. Mi secreto —ya que tengo que decirlo— consistió en halagar su amor propio, a la vez que hacía caso omiso de sus opiniones.

Yo había hecho, en los pequeños asuntos, una observación que consideraba muy aplicable a los grandes. Había descubierto que es con la vanidad de los hombres con lo que se puede sostener el negocio más ventajoso, porque de ella se obtienen, a menudo, cosas muy sustanciales, dando a cambio muy poca sustancia. Es verdad que, para tratar ventajosamente con la vanidad de los otros, hay que dejar totalmente a un lado la propia, y no ocuparse más que del éxito de nuestros propósitos: eso es lo que siempre hará difícil este tipo de comercio. Yo lo practiqué muy afortunadamente en aquella circunstancia, y obtuve grandes beneficios. Por la categoría que habían alcanzado en otro tiempo, eran tres, sobre todo, los hombres que se creían con derecho a dirigir nuestra política extranjera: M. de Broglie, M. Molé y M. Thiers. Yo colmé de atenciones a los tres. Les hice venir, frecuentemente, a mi despacho, y fui, a veces, a verlos, para consultarles, y no dejé de pedirles, con modestia, consejos, de los que casi nunca me serví, lo que no impidió que aquellos hombres se mostrasen sumamente satisfechos. Les complacía más pidiéndoles su parecer, sin seguirlo, que si lo siguiera, sin pedírselo. Aquel tratamiento me dio un maravilloso resultado, sobre todo con M. Thiers. Rémusat, que, sin pretensiones personales, deseaba sinceramente la duración del gabinete, y a quien una práctica de veinticinco años había familiarizado con todas las debilidades de M. Thiers, me había dicho un día: «La gente conoce mal a M. Thiers. Tiene más vanidad que

ambición. Estima las consideraciones más aún que la obediencia, y las apariencias del poder más que el poder mismo. Consúltele mucho, y haga después lo que a usted le parezca. A él le importarán más sus atenciones que sus actos.» Así lo hice, y con gran éxito. En las dos cuestiones principales que tuve que afrontar durante mi ministerio —la del Piamonte y la de Turquía—, hice exactamente lo contrario de lo que M. Thiers quería, lo que no impidió que continuásemos siendo bastante buenos amigos hasta el fin.

En cuanto al presidente, es sobre todo en el tratamiento de los negocios extranjeros donde ponía de manifiesto hasta qué punto estaba todavía mal preparado para el gran papel que la ciega fortuna le había asignado. Yo no tardé en darme cuenta de que aquel hombre, cuyo orgullo aspiraba a dirigirlo todo, aún no había acertado a tomar ninguna medida para estar al corriente de nada. Fui yo quien le propuse que ordenase hacer, diariamente, un análisis de todas las comunicaciones oficiales, para que luego se lo pasasen. Antes, no conocía lo que sucedía en el mundo más que de oídas, y no sabía más que lo que el ministro de Negocios Extranjeros quería que supiese. Así, pues, las operaciones de su espíritu estaban siempre faltas del sólido terreno de los hechos, y era fácil observarlo en todas las fantasías de que aquel espíritu estaba lleno.

A veces, me asustaba, al darme cuenta de todo lo que había de vagaroso, de quimérico, de poco escrupuloso y de confuso en sus proyectos. Es cierto que, al explicarle el verdadero estado de cosas, me resultaba fácil hacerle reconocer las dificultades que presentaban, porque el debate no era su fuerte. Se callaba, pero no se rendía. Una de sus quimeras era una alianza pactada con una de las dos grandes potencias de Alemania, de la que confiaba en servirse para rehacer el mapa de Europa y borrar los límites que los tratados de 1815 habían trazado a Francia. Cuando vio que yo no creía que se pudiese encontrar ni una ni otra de aquellas potencias, dispuesta a establecer tal alianza y a fijarle aquel objetivo, decidió sondear personalmente a los embajadores de aquellas potencias en París. Un día, vino uno de ellos, demudado, a decirme que el presidente de la república le había preguntado si, mediante algunas compensaciones, su corte consentiría en que Francia se apoderase de Saboya. Otra vez, concibió la idea de enviar a un agente particular —un hombre suyo, como él le llamaba— para entenderse directamente con los príncipes de Alema-

nia. Eligió a Persigny, y me pidió que le acreditase, cosa que hice, convencido de que nada podía salir de tal negociación. Yo creo que Persigny tenía una doble misión: se trataba de facilitar la usurpación en el interior y una ampliación del territorio en el exterior. Se trasladó primero a Berlín y luego a Viena. Tal como yo esperaba, fue bien recibido, obsequiado y despedido.

Pero basta ya de ocuparme de las personas. Vayamos a las cuestiones.

En el momento en que yo entré en el ministerio, Europa estaba como en llamas, aunque en algunos países el incendio se había extinguido ya.

Sicilia estaba vencida y sojuzgada. Los napolitanos habían vuelto a la obediencia e incluso a la servidumbre. Se había reñido la batalla de Novara, y se había perdido. Los austríacos, vencedores, negociaban con el hijo de Carlos Alberto, ahora rey del Piamonte por abdicación de su padre; sus ejércitos, saliendo de los límites de la Lombardía, ocupaban una parte de los Estados de la Iglesia, Parma, Plasencia, incluso la Toscana, donde habían entrado sin ser llamados, y a pesar de que el gran duque había sido repuesto por sus propios súbditos, bien mal pagados, después, por su fidelidad y por su celo. Pero Venecia resistía aún, y Roma, tras haber rechazado nuestro primer ataque, pedía ayuda a todos los demagogos de Italia y agitaba a Europa entera con sus clamores. Después de Febrero, Alemania tal vez no había aparecido nunca más dividida ni más turbulenta. Aunque la quimera de la unidad alemana se hubiera desvanecido, la realidad de la antigua organización germánica no había recuperado aún su puesto. La Asamblea Nacional, que hasta entonces había tratado de crear aquella unidad, reducida a un pequeño número de miembros, huía de Francfort, paseando de ciudad en ciudad su impotencia y el espectáculo de sus ridículos furores. Pero su caída no restablecía el orden. Por el contrario, dejaba un campo más libre a la anarquía.

Los revolucionarios moderados —y puede decirse inocentes—, que se habían jactado de poder llevar, apaciblemente, a los pueblos y príncipes de Alemania, mediante razonamientos y decretos, a someterse a un gobierno unitario, habían fracasado y se retiraban de escena, desalentados, dejando el sitio a los revolucionarios violentos, que siempre habían asegurado que Alemania no podía alcanzar la unidad, más que mediante la completa destrucción de todos sus antiguos gobiernos y la total abolición del viejo

orden social. A las discusiones parlamentarias, sucedían, pues, motines por todas partes. Las rivalidades políticas desembocaban en guerra de clases; los odios y las envidias naturales del pobre contra el rico se convertían en teorías socialistas en muchos sitios, pero, sobre todo, en los pequeños Estados de la Alemania central y en el gran valle del Rin. Wurtemberg estaba agitado. Sajonia acababa de sufrir una terrible insurrección, de la que no se había podido triunfar más que con la ayuda de los socorros de Prusia. Otras insurrecciones habían inquietado Westfalia. El Palatinado estaba en plena insurrección, y los badenses acababan de expulsar a su gran duque y de nombrar un gobierno provisional. Y, sin embargo, la victoria definitiva de los príncipes, que yo había presagiado un mes antes, cuando atravesaba Alemania, ya no era dudosa: aquellas mismas violencias la precipitaban. Las grandes monarquías habían reconquistado sus capitales y sus ejércitos. Sus jefes aún tenían dificultades que vencer, pero ya no peligros; y, dueños de sus propios países, o a punto de serlo, no podían menos de erigirse también muy pronto en señores de los Estados secundarios. Al perturbar tan violentamente el orden público, se les daba el deseo, la ocasión y el derecho a intervenir.

Prusia había comenzado ya a hacerlo. Los prusianos acababan de sofocar, con las armas en la mano, la insurrección de Sajonia: entraban en el Palatinado del Rin, ofrecían su intervención en Wurtemberg e iban a invadir el gran ducado de Baden, ocupando así, con sus soldados o con su influencia, casi toda Alemania.

Austria había salido de la terrible crisis que había amenazado su existencia, pero tenía aún graves problemas. Sus ejércitos, victoriosos en Italia, eran batidos en Hungría.

Desesperando de imponerse por sí sola a sus súbditos, había pedido ayuda a Rusia, y el zar, mediante un manifiesto del 13 de mayo, acababa de anunciar a Europa que marchaba contra los húngaros.

Hasta entonces, el emperador Nicolás había permanecido tranquilo, en su indiscutida potencia. Había visto, desde lejos, con seguridad, pero no con indiferencia, las agitaciones de los pueblos. De ahora en adelante, era el único entre los grandes gobiernos que representaba la vieja sociedad y el antiguo principio tradicional de la autoridad en Europa. Y no era sólo su representante, sino que se consideraba como su paladín. Sus teorías políticas, sus creencias religiosas, su ambición y su conciencia le impulsaban también a

desempeñar aquella función. En consecuencia, el zar se había hecho de la causa de la autoridad en el mundo algo así como un segundo imperio, más vasto aún que el primero, estimulando con sus cartas y recompensando con honores a todos los que, en cualquier rincón de Europa, alcanzaban victorias sobre la anarquía o incluso sobre la libertad, como si hubieran sido súbditos suyos y hubieran contribuido a consolidar su propio poder. Así, acababa de enviar al extremo meridional de Europa una de sus condecoraciones a Filangieri, vencedor de los sicilianos, a la vez que le escribía una carta autógrafa para manifestarle que estaba satisfecho de la conducta observada por aquel general. Desde la posición superior que ocupaba y desde la que él consideraba en paz los diversos incidentes de la lucha que agitaba a Europa, el emperador juzgaba libremente y seguía con un cierto desdén tranquilo, no solamente las locuras de los revolucionarios a los que él perseguía, sino también los vicios y los errores de los partidos y de los príncipes a los que prestaba ayuda. A este respecto, se expresaba sencillamente, según la ocasión, sin apresurarse a manifestar su pensamiento, y sin preocuparse de ocultarlo.

«El zar me ha dicho esta mañana —me escribía, el 11 de agosto de 1849, Lamoricière, en un despacho secreto—: 'General, usted cree que sus partidos dinásticos serían capaces de unirse a los radicales para derrocar una dinastía que no les gustase, con la esperanza de colocar la suya en su lugar; y yo estoy seguro. Su partido legitimista, sobre todo, no dejaría de hacerlo. Hace mucho tiempo que pienso que son los legitimistas los que hacen imposible la rama mayor de los Borbón. Es una de las razones por las que he reconocido la república, y también porque me parece que hay en vuestra nación un cierto buen sentido, del que carecen los alemanes.' Más adelante, el emperador me ha dicho también: 'El rey de Prusia, mi cuñado, al que me unía una estrecha amistad, ha hecho caso omiso de mis consejos. Nuestras relaciones políticas se han enfriado por ello, notablemente, hasta el punto de que han repercutido incluso en nuestras relaciones de familia. Vea usted cuál ha sido su conducta: ¿no se ha puesto a la cabeza de esos locos que sueñan con la unidad de Alemania? Ahora que ha roto con el parlamento de Francfort, ¿no acaba de comprometerse a combatir, si fuera necesario, él mismo, contra las tropas de los ducados de Schleswig y de Holstein, que se habían organizado bajo su patrocinio? ¿Se puede imaginar nada más vergonzoso? ¿Y ahora, quién sabe adónde va con sus

proyectos de constitución?' Y añadió: 'No crea usted que, porque intervengo en Hungría, quiero justificar la conducta de Austria en esta cuestión. Ha acumulado, unos sobre otros, los más graves errores, las mayores locuras, pero, en fin de cuentas, había dejado invadir el país por doctrinas subversivas. El gobierno había caído en manos de los hombres del desorden, y eso no se podía tolerar.' Hablando de los asuntos de Italia: 'Nosotros, griegos —dijo—, no entendemos nada de esas funciones temporales cumplidas en Roma por los eclesiásticos, pero nos importa poco la forma en que se las arreglen esos clericales, siempre que se haga algo que se sostenga y que ustedes constituyan allí el poder de modo que sea capaz de mantenerse'.» Y como Lamoricière, herido por aquel tono ligero que traslucía un poco al autócrata y dejaba ver una especie de rivalidad de Papa a Papa, se creyese obligado a defender las instituciones del catolicismo, el emperador le dijo, para terminar: «¡Está bien, está bien! Que Francia sea todo lo católica que quiera, pero que se defienda contra las teorías y las pasiones insensatas de los innovadores».

Austero y duro en el ejercicio de su poder, el zar era sencillo y casi burgués en sus costumbres, no conservando del poder soberano más que la sustancia, y rechazando la pompa y las molestias. «El emperador está aquí desde el día 12 —me escribía desde Varsovia el agente francés en San Petersburgo, el 17 de julio—. Ha llegado de improviso, sin séquito alguno, y en una silla de posta (su coche se rompió a sesenta leguas de aquí), para asistir a la fiesta de la emperatriz, que acaba de celebrarse. Ha hecho el viaje en dos días y medio, a una velocidad extraordinaria, y se marcha mañana. Aquí ha impresionado este contraste de sencillez y de poder, a la vista de este soberano que, después de haber lanzado a ciento veinte mil hombres a un campo de batalla, recorre los caminos como un correo, para no faltar a la fiesta de su mujer. Nada está más de acuerdo con el espíritu de los eslavos, entre quienes puede decirse que el principal elemento de la civilización es el espíritu de familia.»

Sería un gran error, en efecto, creer que el inmenso poder del zar no estuviese basado más que en la fuerza. Se fundaba, sobre todo, en las voluntades y en las ardientes simpatías de los rusos. Porque el principio de la soberanía del pueblo reside en el fondo de todos los gobiernos, dígase lo que se quiera, y se oculta bajo las instituciones menos libres. La nobleza rusa había adoptado los principios y,

sobre todo, los vicios de Europa, pero el pueblo no tenía contacto con nuestro Occidente, ni con el espíritu nuevo que lo anima. En el emperador veía no solamente al príncipe legítimo, sino al enviado de Dios y casi a Dios mismo.

En medio de esa Europa que acabo de describir, la situación de Francia era embarazosa y débil. La revolución no había conseguido fundar, en ningún sitio, una libertad regular y estable. Por todas partes, los antiguos poderes estaban a punto de levantarse, de nuevo, de entre las ruinas que la revolución había causado, y, aunque ya no serían como cuando habían caído, serían, de todos modos, muy semejantes. Nosotros no podíamos ayudar a éstos a consolidarse, ni a asegurar su victoria, porque el régimen que ellos establecían era antipático, no diré sólo a las instituciones que la revolución de Febrero había creado, sino al fondo mismo de nuestras ideas, a lo que hay de más permanente y de más invencible en nuestras nuevas costumbres. Además, ellos recelaban de nosotros, y con razón. Así, pues, el gran papel de restauradores del orden general en Europa no nos correspondía. Por otra parte, de ese papel ya se había hecho cargo otro: pertenecía por derecho a Rusia, y sólo nos habría quedado el segundo. En cuanto a colocar a Francia a la cabeza de los innovadores, era aún más imposible pensar en ello, por dos razones: la primera, porque habría sido absolutamente imposible aconsejar a éstos y vanagloriarse de dirigirlos, a causa de su extravagancia y de su detestable impericia; y la segunda, porque no se podía apoyarlos en el exterior sin caer bajo sus golpes en el interior. El contacto de sus pasiones y de sus doctrinas habría incendiado muy pronto a Francia, porque las cuestiones de la revolución predominarían entonces sobre todas las demás. Por lo tanto, no podíamos unirnos a los pueblos que nos acusaban de haberlos sobreexcitado y traicionado, ni a los príncipes que nos reprochaban que los habíamos hecho bambolear. Estábamos reducidos a la buena voluntad estéril de los ingleses. Era el mismo aislamiento de antes de Febrero, con el continente más enemigo e Inglaterra más indiferente. Había, pues, que reducirse a vivir pobremente, al día, como entonces, pero aun esto era difícil. La nación francesa, que había ocupado y ocupaba aún, en ciertos sentidos, un lugar tan destacado en el mundo, se revolvía contra aquella necesidad de la época, aunque la veía. Había seguido siendo soberbia, cuando había dejado de ser preponderante, temía actuar y quería

hablar fuerte, y exigía también a su gobierno que fuese orgulloso, pero sin permitirle los riesgos de tal papel.

Triste situación la de un ministro de Negocios Extranjeros en tal país y en semejante época.

Las miradas jamás se habían dirigido hacia Francia con más ansiedad que en el momento en que acababa de formarse el gabinete. La victoria tan fácil y tan completa que alcanzamos el 13 de junio en París tuvo efectos extraordinarios para toda Europa. Por lo general, se esperaba una nueva insurrección en Francia. Los revolucionarios, medio destruidos, ya no contaban más que con ese acontecimiento para restablecerse, y redoblaban sus esfuerzos para estar en condiciones de aprovecharse de él. Los gobiernos, vencedores a medias, temían verse sorprendidos por aquella crisis, y se detenían, antes de asestar sus últimos golpes. La jornada del 13 de junio hizo lanzar gritos de dolor y de alegría de un extremo del continente al otro. Aquella jornada decidió, de pronto, la fortuna, y la inclinó del lado del Rin.

El ejército prusiano, ya dueño del Palatinado, del Rin, penetró inmediatamente en el Gran Ducado de Baden, dispersó a los insurgentes y ocupó todo el país, a excepción de Rastadt, que resistió algunas semanas.

Los revolucionarios del Gran Ducado se refugiaron en Suiza. A este país llegaban entonces hombres de Italia, de Francia, y, en realidad, de todos los rincones de Europa, porque toda Europa, excepto Rusia, acababa de estar o estaba aún en revolución. Su número se elevó muy pronto a diez o doce mil. Era un ejército siempre dispuesto a caer sobre los Estados vecinos. Todos los gobiernos se impresionaron.

Austria y, sobre todo, Prusia, que ya habían tenido que quejarse de la Confederación, y la propia Rusia, a la que aquello no concernía, hablaban de invadir militarmente el territorio helvético e imponer el orden en él, en nombre de todos los gobiernos amenazados. Y eso era lo que nosotros no podíamos tolerar.

Yo traté, al principio, de hacer entrar en razón a los suizos y de convencerles de que no esperasen a que se les amenazara, sino que expulsaran, por sí mismos, de su territorio, de acuerdo con el derecho de gentes, a todos los principales instigadores que amenazaban abiertamente la tranquilidad de los pueblos vecinos. «Si ustedes se adelantan así a lo que pueden pedirles con justicia —repetía yo sin cesar al representante de la Confederación en París—,

cuenten con Francia para defenderles contra todas las pretensiones injustas o exageradas de las potencias. Afrontaremos incluso la guerra, antes de permitir que les opriman o les humillen. Pero si ustedes no ponen primero la razón de su parte, no cuenten más que con ustedes mismos, y defiéndanse solos contra toda Europa.» Este lenguaje producía poco efecto, porque nada iguala el orgullo y la presunción de los suizos. No hay uno solo de sus campesinos que no crea firmemente que su país puede enfrentarse con todos los príncipes y con todos los pueblos de la tierra. Yo recurrí entonces a otro procedimiento, que me resultó mejor. Fue el de aconsejar a los gobiernos extranjeros, que, por lo demás, estaban perfectamente dispuestos a ello, que no concediesen, durante algún tiempo, ninguna amnistía a aquellos de sus súbditos que se habían refugiado en Suiza, y que negasen a todos, cualquiera que fuese su culpabilidad, el permiso para regresar a su patria. Por nuestra parte, cerramos nuestras fronteras a todos los que, después de haberse refugiado en Suiza, querían atravesar Francia para dirigirse a Inglaterra o a América, tanto si se trataba de la multitud de refugiados inofensivos como de los instigadores. Así se cerraban todas las salidas, y Suiza quedó sobrecargada con aquellos diez o doce mil aventureros, las gentes más turbulentas y menos ordenadas de Europa. Tuvieron que alimentarlos, albergarlos e incluso pagarles un jornal, para que no perjudicasen al país. Esto reveló, de pronto, a los suizos los inconvenientes del derecho de asilo. Y se las habrían arreglado bien para conservar entre ellos, indefinidamente, a algunos jefes ilustres, a pesar del peligro que éstos representaban para los vecinos, pero el ejército revolucionario les resultaba muy gravoso. Los cantones más radicales fueron los primeros en demandar a grandes gritos que se les liberase, lo más rápidamente posible, de aquellos huéspedes incómodos y costosos. Y como era imposible conseguir que los gobiernos extranjeros abriesen sus territorios a la multitud de los refugiados inofensivos que podían y querían abandonar Suiza, sin haber antes expulsado a los jefes que de buena gana se hubieran quedado, se acabó expulsando a éstos. Después de haber estado a punto de enfrentarse con toda Europa antes de arrojar a aquellos hombres de su territorio, los suizos les expulsaron voluntariamente para evitar una molestia momentánea y un gasto nada extraordinario. Jamás se vio mejor la naturaleza de las democracias, que, por lo general, sólo tienen unas ideas muy confusas o muy

erróneas acerca de sus negocios extranjeros, y que no resuelven las cuestiones de fuera más que en virtud de razones del interior.

Mientras en Suiza ocurrían estas cosas, los asuntos generales de Alemania cambiaban de aspecto. A la lucha de los pueblos contra los gobiernos, sucedían las querellas de los príncipes entre sí. Yo seguí con una mirada muy atenta y con ánimo perplejo aquella nueva fase de la revolución.

La revolución en Alemania no había procedido de una causa simple, como en el resto de Europa. Había sido producida, a la vez, por el espíritu general del tiempo y por las ideas unitarias, peculiares de los alemanes. Hoy, la demagogia estaba vencida, pero el pensamiento de la unidad de Alemania no estaba destruido: las necesidades, los recuerdos, las pasiones que la habían inspirado, seguían subsistiendo. El rey de Prusia decidió apoderarse de aquella idea y servirse de ella. Aquel príncipe, hombre de ingenio, pero de poco sentido, vacilaba, desde hacía un año, entre el miedo que le causaba la revolución y el deseo que tenía de sacar partido de ella. Luchaba todo lo que podía o se atrevía contra el espíritu liberal y democrático del siglo, pero favorecía el espíritu unitario de Alemania, juego de embrollo en el que, si se hubiera atrevido a llegar hasta el fin de sus deseos, habría arriesgado su corona y su vida. Porque, para vencer las resistencias que las instituciones existentes y el interés de los príncipes no podían menos de oponer a la implantación de un poder central, habría tenido que pedir ayuda a las pasiones revolucionarias de los pueblos, de las que Federico Guillermo no habría podido servirse, sin ser, muy pronto, también él destruido por ellas.

Mientras el Parlamento de Francfort conservó su prestigio y su poder, el rey de Prusia lo manejó y se esforzó en que éste le pusiera a la cabeza del nuevo imperio. Cuando el Parlamento de Francfort cayó en el descrédito y en la impotencia, el rey cambió de conducta sin cambiar de propósito. Trató de heredar de aquella Asamblea y de realizar, para combatir la revolución, la quimera de la unidad alemana, de la que los demócratas se habían servido para debilitar todos los tronos. A este fin, invitó a los príncipes alemanes a entenderse con él para formar una nueva confederación, más estrecha que la de 1815, y a confiarle a él su dirección. A este precio, él se encargaba de restaurarles o de consolidarles en sus Estados. Aquellos príncipes, que detestaban a Prusia, pero que temblaban ante la revolución, aceptaron, en su mayor parte, el nego-

cio usurario que se les proponía. Austria, que por el éxito de aquella empresa se vería expulsada de Alemania, protestó, porque aún no podía hacer nada mejor. Las dos monarquías principales del sur, Baviera y Wurtemberg, imitaron su ejemplo, pero todo el norte y todo el centro de Alemania entraron en aquella efímera confederación, que se concluyó el 26 de mayo de 1849 y que recibe en la historia el nombre de la Unión de los Tres Reyes.

Prusia pasó así, de pronto, a alzarse con el predominio en una vasta área que se extendía desde Memel hasta Basilea, y vio, por un momento, marchar bajo sus órdenes a veintiséis o veintisiete millones de alemanes. Todo aquello acababa de realizarse, poco después de mi llegada a Negocios Extranjeros.

Confieso que, a la vista de aquel singular espectáculo, se me ocurrieron, al principio, ideas extrañas, y que, por un momento, estuve tentado a creer que el presidente no estaba tan loco en su política exterior como me había parecido al principio. Aquella unión de las cortes del Norte, que durante tanto tiempo había pesado sobre nosotros, estaba rota. Dos de las grandes monarquías del continente, Prusia y Austria, estaban enfrentadas y casi en guerra. ¿No había llegado para nosotros el momento de pactar una de aquellas alianzas íntimas y fructuosas, de las que carecíamos desde hacía sesenta años, y tal vez de reparar, en parte, nuestros desastres de 1815? Francia, ayudando a Federico Guillermo en su empresa, a la que Inglaterra no se oponía, podía compartir Europa y suscitar una de esas grandes crisis que originan el reajuste de los territorios.

El momento parecía acomodarse a aquellas ideas, hasta el punto de que estaban también en la imaginación de muchos de los propios príncipes alemanes. Los más poderosos sólo soñaban cambios de fronteras y acrecentamiento de poder a expensas de sus vecinos. La enfermedad revolucionaria de los pueblos parecía haber alcanzado a los gobiernos. «—No hay confederación posible con treinta y ocho Estados —decía el primer ministro de Baviera, M. Von der Pfordten, a nuestro embajador—. Es necesario mediatizar a un gran número de ellos. Por ejemplo, ¿cómo puede esperarse restablecer nunca el orden en un país como el Gran Ducado de Baden, a menos de repartirlo entre unos soberanos suficientemente fuertes para hacerse obedecer allí? Llegado el caso —añadía—, el valle del Neckar volvería a nosotros, de un modo natural.»

Por mi parte, yo no tardé en arrojar de mi espíritu, como quimeras, cualesquiera ideas de aquella especie.

Comprendí en seguida que Prusia no podía ni quería darnos nada importante a cambio de nuestros buenos oficios; que su poder sobre los otros Estados germánicos era muy precario y sería efímero; que no debía asentarse nada sobre su rey, que, al primer obstáculo, nos fallaría, porque se fallaría a sí mismo, y, sobre todo, que tan grandes y tan amplios designios no se correspondían con una sociedad tan insegura, con unos tiempos tan turbulentos y tan peligrosos como los nuestros, ni con unos poderes pasajeros, como el que por azar se encontraba en mis manos.

Una pregunta más seria que yo me formulé fue la que ahora recuerdo aquí, porque debe replantearse constantemente: ¿conviene a Francia que el lazo de la Confederación germánica se fortalezca o se debilite? En otras palabras: ¿debemos desear que Alemania llegue a ser, en ciertos aspectos, una sola nación, o que siga siendo un conjunto mal articulado de pueblos y de príncipes desunidos? Es una antigua tradición de nuestra diplomacia la tendencia a que Alemania permanezca dividida entre un gran número de potencias independientes, y eso era evidente, en efecto, cuando detrás de Alemania no se encontraban aún más que Polonia y una Rusia medio bárbara, pero ¿sigue siéndolo en nuestros días? La respuesta que debe darse a esta pregunta depende de la respuesta que se dé a esta otra: ¿cuál es, verdaderamente, en nuestro tiempo, el peligro que Rusia representa para la independencia de Europa? En cuanto a mí, que pienso que nuestro Occidente está amenazado con caer, antes o después, bajo el yugo, o, por lo menos, bajo la influencia directa e irresistible de los zares, creo que nuestro primer interés consiste en favorecer la unión de todas las razas germánicas, a fin de oponerse a éstos. La situación del mundo es nueva. Tenemos que cambiar nuestras viejas máximas y no temer el fortalecimiento de nuestros vecinos para que un día puedan rechazar, unidos a nosotros, al enemigo común.

El emperador de Rusia comprende bien, por su parte, el obstáculo que le opondría una Alemania unitaria. En una de sus cartas particulares, Lamoricière me comunicaba que, un día, el emperador, con su franqueza y su altivez habituales, le dijo: «Si la unidad de Alemania, que ustedes, indudablemente, no desean más que yo, llegara a ser realidad, sería necesario, además, para manejarla, un hombre capaz de llevar a cabo lo que no pudo ni el propio Napo-

león, y, si ese hombre apareciese y esa masa en armas se tornase amenazadora, ya sería asunto nuestro, de ustedes y mío».

Pero, cuando yo me formulaba aquellas preguntas, no había llegado el momento de resolverlas, ni siquiera de debatirlas, porque Alemania volvía por sí sola e irresistiblemente hacia su antigua constitución y hacia la antigua anarquía de sus poderes. La tentativa unitaria de la asamblea de Francfort había fracasado. La del rey de Prusia iba a correr la misma suerte.

Era el miedo a la revolución el único que había empujado a los príncipes alemanes a los brazos de Federico Guillermo. A medida que, gracias a los esfuerzos de los prusianos, la revolución, reprimida en todas partes, dejaba de hacerse temer, los aliados —casi podría decirse los nuevos súbditos de Prusia— aspiraban a recuperar su independencia. La empresa del rey de Prusia era de ese género infortunado en que hasta los éxitos son perjudiciales para el triunfo, y, si se quisieran comparar las grandes cosas con las menores, yo diría que su historia era un poco la nuestra, y, como nosotros, él tenía que fracasar cuando hubiera establecido el orden y precisamente porque lo habría establecido. Los príncipes, que se habían adherido a lo que se llamaba la hegemonía prusiana, no tardaron, pues, en buscar una ocasión de renunciar a ella. Austria se la facilitó, cuando, vencedora de los húngaros, pudo reaparecer en el teatro de los asuntos alemanes con su potencia material y con la de los recuerdos unidos a su nombre. Eso fue lo que ocurrió en septiembre de 1849. Cuando el rey de Prusia se vio, de nuevo, ante aquel poderoso rival, tras el que descubría a Rusia, el corazón le falló de repente, como yo esperaba, y volvió, poco a poco, a su antiguo papel. La constitución germánica de 1815 recuperó su vigencia, y la Dieta reanudó sus sesiones. Y, muy pronto, de todo aquel gran movimiento de 1848, no quedaron en Alemania más que dos huellas visibles: una mayor dependencia de los pequeños Estados respecto a las grandes monarquías, y un daño irreparable causado a todo lo que quedaba de las instituciones feudales, cuya destrucción, consumada por los pueblos, fue sancionada por los príncipes. De un extremo al otro de Alemania, la perpetuidad de las rentas de la tierra, los diezmos de los señores, las prestaciones de servicios, los derechos de mutación, de caza, de justicia, que constituían una gran parte de la riqueza de los nobles,

fueron abolidos. Los reyes eran restaurados, pero las aristocracias no volvieron a levantarse.

Habiéndome convencido muy pronto de que no teníamos ningún papel que representar en aquella crisis interior de Alemania, no me preocupé más que de vivir en buena inteligencia con las distintas partes contendientes. Sobre todo, mantuve relaciones de amistad con Austria, cuya colaboración nos era necesaria, como diré más adelante, en el asunto de Roma. Me esforcé, primero, por llevar a buen término las negociaciones pendientes desde hacía mucho tiempo entre ella y el Piamonte. Puse en ello tanto más cuidado, cuanto que estaba persuadido de que, mientras aquella cuestión no se resolviese y en aquella zona no se estableciese una paz sólida, Europa no estaría tranquila y podía verse lanzada, en cualquier instante, a grandes aventuras.

El Piamonte negociaba inútilmente con Austria, después de la batalla de Novara. Austria había querido imponer, primero, unas condiciones inaceptables. El Piamonte, por su parte, mantenía unas pretensiones que su suerte ya no autorizaba. Las negociaciones, varias veces interrumpidas, acababan de ser reanudadas cuando yo llegué al ministerio. Nosotros teníamos muchas y poderosas razones para desear que aquella paz se hiciese sin tardanza. Nada estaba definitivamente asentado en Europa, mientras no se alcanzase. De aquel pequeño rincón del continente podía salir, en cualquier momento, la guerra general. El Piamonte, además, estaba demasiado cerca de nosotros para que pudiésemos tolerar que perdiera su independencia, que lo separaba de Austria, ni las instituciones constitucionales recientemente conquistadas, que lo acercaban a nosotros: dos bienes que corrían, sin embargo, los mayores peligros, si se recurría, de nuevo, a las armas.

Intervine, pues, muy decididamente, en nombre de Francia, entre las dos partes, empleando con cada una de ellas el lenguaje que yo creía más adecuado para convencerla.

Hacía notar a Austria hasta qué punto era urgente asegurar la paz general de Europa mediante aquella paz particular, y me esforzaba por demostrarle que sus demandas eran excesivas.

Al Piamonte le indicaba los puntos en que me parecía que el honor y el interés le permitían ceder. Me preocupaba, sobre todo, por adelantar a su gobierno unas ideas claras y precisas sobre lo que podía esperar de nosotros, para que no le fuese posible concebir o fingir que había

abrigado ilusiones peligrosas. No entraré en el detalle de las condiciones debatidas, punto que hoy carece de interés. Me limitaré a decir que, al final, pareció que estaban dispuestos a entenderse, y no se difería más que en una cuestión de dinero. En ello se estaba, y Austria, por medio de su embajador en París, nos daba seguridades de sus disposiciones conciliadoras. Yo creía ya hecha la paz, cuando supe, de pronto, que el plenipotenciario austríaco, cambiando repentinamente de actitud y de lenguaje, había formulado el 19 de julio, en los términos más duros, un ultimátum muy riguroso, y no había dado más que cuatro días para responder. Al cabo de esos cuatro días, se denunciaría el armisticio y se reanudaría la guerra. El mariscal Radetzky concentraba ya su ejército y se preparaba a entrar de nuevo en campaña. Estas noticias, tan contrarias a las seguridades pacíficas que nos habían dado, me sorprendieron extraordinariamente y me indignaron. Unas demandas tan exageradas, presentadas con formas tan altivas y tan violentas, parecían anunciar que la paz no era el único objetivo de Austria, sino que se trataba de frustrar la independencia del Piamonte, y tal vez también sus instituciones representativas, porque, en cuanto haya libertad en un rincón de Italia, Austria se siente incómoda en todo el resto.

Yo pensé inmediatamente que a ningún precio se podía permitir que se oprimiese a un vecino tan próximo, ni entregar a los ejércitos austríacos un territorio que cubría nuestras fronteras, ni tolerar que se destruyese la libertad política en el único país en el que, desde 1848, se había mostrado moderada. Consideré, además, que el procedimiento de Austria respecto a nosotros indicaba, o bien la intención de engañarnos, o bien el deseo de probar hasta dónde podía llegar nuestra tolerancia, o, como vulgarmente se dice, de tantearnos.

Comprendí que aquélla era una de esas circunstancias extremas que yo había previsto, en las que convenía arriesgar no sólo mi cartera —lo que, ciertamente, no era arriesgar gran cosa—, sino la suerte de Francia. Me dirigí al Consejo, y expuse la cuestión.

El presidente y todos mis colegas estuvieron de acuerdo en que era necesario actuar. Se dieron órdenes telegráficas, inmediatamente, para concentrar el ejército de Lyon al pie de los Alpes, y, de regreso en mi casa, escribí personalmente (porque el estilo insulso de la diplomacia no era el apropiado para la ocasión) la siguiente carta:

«Si el gobierno austríaco persistiese en las exigencias

que indica vuestro despacho telegráfico de ayer, y si, abandonando el círculo de las discusiones diplomáticas, denunciase el armisticio y se decidiese, como él dice, a ir a dictar la paz a Turín, el Piamonte podría estar seguro de que nosotros no le abandonaríamos. La situación ya no sería la misma que aquella en la que se había colocado antes de la batalla de Novara, cuando de nuevo empuñaba espontáneamente las armas y reanudaba la guerra, a pesar de nuestros consejos. Aquí, sería Austria la que tomaría la iniciativa sin haber sido provocada; el carácter de sus exigencias y la violencia de sus procedimientos nos inducirían a creer que no actúa sólo en aras de la paz, sino que amenaza la integridad del territorio piamontés, o, por lo menos, la independencia del gobierno sardo.

No permitiremos que, a nuestras puertas, se lleven a cabo tales designios. Si, en esas condiciones, el Piamonte es atacado, nosotros lo defenderemos.»

Creí, además, que debía hacer venir a mi despacho al representante de Austria, pequeño diplomático muy parecido al zorro por el aspecto y también por el carácter, y, persuadido de que en el partido que tomábamos el acaloramiento era prudencia, me aproveché de que los hábitos de la reserva diplomática debían resultarme todavía poco familiares para expresarle nuestra sorpresa y nuestro disgusto de una manera tan ruda, que él me confesó después que nunca en su vida había sido tan mal recibido.

Antes de que el despacho del que acabo de citar unos párrafos hubiera llegado a Turín, había tenido lugar el acuerdo entre las dos potencias. Se habían entendido en la cuestión del dinero, que se resolvió aproximadamente en los términos que nosotros habíamos indicado con anterioridad.

El gobierno austríaco sólo había querido valerse del miedo para precipitar las negociaciones, y, en cuanto a las condiciones, se mostró muy accesible.

El príncipe de Schwartenberg me hizo llegar toda clase de explicaciones justificativas y de excusas, y la paz se firmó definitivamente el 6 de agosto: una paz inesperada para el Piamonte, después de tantos errores y desgracias, pues le supuso más ventajas de las que en principio se había atrevido a reclamar.

Aquella cuestión reveló muy claramente las costumbres de la diplomacia inglesa, y, en especial, las de lord Palmerston que la dirigía. Merece citarse lo sucedido. Desde el comienzo de la negociación, el gobierno inglés no había

cesado de mostrar mucha animosidad contra Austria y de animar en extremo a los piamonteses para que no se sometiesen a las condiciones que aquella quería imponerles, lo que había sido bien acogido en Turín. Tras haber adoptado las resoluciones que acabo de indicar, mi primer cuidado fue el de dárselas a conocer a Inglaterra, induciéndola a que emprendiese el mismo camino. Así, pues, envié mi despacho a Drouyn de Lhuys, que era entonces embajador en Londres, y le encargué que diese lectura del mismo a lord Palmerston y que se informase de las intenciones de este ministro. «Mientras yo informaba a lord Palmerston de sus resoluciones y de las instrucciones que usted había transmitido a M. Boislecomte —me respondió Drouyn de Lhuys—, él me escuchaba con las más vivas muestras de asentimiento, pero cuando le dije: 'ya ve usted, mylord, hasta dónde queremos ir; ¿puede decirme hasta dónde irán ustedes?', lord Palmerston me contestó inmediatamente: 'El gobierno británico, cuyo interés en este asunto no es igual que el de ustedes, no prestará al gobierno piamontés más que una asistencia diplomática y un apoyo moral'.» ¿No es característico?

Inglaterra, al abrigo de la enfermedad revolucionaria de los pueblos por la sabiduría de sus leyes y por la fuerza de sus antiguas costumbres, y de la cólera de los príncipes por su potencia y por su aislamiento en medio de nosotros, gusta de desempeñar, en los asuntos internos del continente, el papel de abogado de la libertad y de la justicia. Es aficionada a censurar e incluso a insultar a los fuertes, a justificar y a estimular a los débiles, pero no parece que se trate, para ella, más que de adoptar unas buenas maneras y de discutir una teoría honesta. Cuando sus protegidos llegan a necesitarla, ella les ofrece su apoyo moral.

Añado, para terminar el capítulo, que esto le resultó muy bien. Los piamonteses quedaron convencidos de que sólo Inglaterra los había defendido, y de que nosotros casi los habíamos abandonado. Inglaterra siguió siendo muy popular en Turín, y Francia, muy dudosa. Porque las naciones son como los hombres: gustan más del ruido que se hace por ellas, que de los servicios reales que se les prestan.

Apenas salidos de aquel mal trance, caímos inmediatamente en otro peor. Habíamos visto con pesar y con temor lo que pasaba en Hungría. Los infortunios de aquel desgraciado pueblo despertaban nuestras simpatías. La intervención de los rusos, que subordinaba Austria al zar, por

algún tiempo, y hacía penetrar cada vez más la mano de éste en la gestión de los asuntos generales de Europa, no podía gustarnos. Pero todos aquellos acontecimientos se producían fuera de nuestro alcance, y nada podíamos hacer. «No necesito decirle —escribí en las instrucciones dadas a Lamoricière (el 24 de julio de 1849)— con qué vivo y doloroso interés estamos siguiendo los acontecimientos de Hungría. Desgraciadamente, en esta cuestión, nuestro papel, de momento, no puede ser más que pasivo. Ni la letra ni el espíritu de los tratados nos dan derecho alguno a intervenir, y, por otra parte, el alejamiento en que nos encontramos del teatro de la guerra bastaría para imponer, en el estado actual de nuestros asuntos y de los de Europa, una cierta reserva. Al no poder hablar y actuar con eficacia, nuestra propia dignidad no nos permite mostrar, respecto a esta cuestión, una agitación estéril y una buena voluntad impotente. Nuestro deber, en cuanto a los acontecimientos de Hungría, tiene, pues, que limitarse a observar bien lo que pasa y a indagar lo que va a pasar.»

Como se sabe, los húngaros, muy inferiores en número, fueron vencidos o se rindieron, y sus principales jefes, así como algunos generales polacos que se habían unido a su causa, cruzaron el Danubio, a finales del mes de agosto, y llegaron a Widdin, poniéndose en manos de los turcos. Desde allí, los dos más importantes de ellos, Dembinski y Kossuth, escribieron a nuestro embajador en Constantinopla. Los hábitos y el espíritu particular de aquellos dos jefes se revelaban en sus cartas. La del hombre de guerra era breve y sencilla. La del abogado y orador era larga y atildada. Yo recuerdo una de sus frases, entre otras, en la que decía: «Como buen cristiano, he elegido el indecible dolor del destierro, en lugar de la tranquilidad de la muerte.» Las dos cartas acababan pidiendo la protección de Francia.

Mientras los proscritos imploraban el apoyo de Francia, los embajadores de Austria y de Rusia se presentaban ante el Diván para demandar que se los entregasen. Austria fundaba su demanda en el tratado de Belgrado, que no establecía, en absoluto, tal derecho, y Rusia la suya en el tratado de Kainardji (10 de julio de 1774), cuyo sentido era, por lo menos, muy oscuro. Pero, en el fondo, no se estaba apelando al derecho internacional, sino a un derecho mejor conocido y más practicado, el del más fuerte. Allí se mostró bien, en los hechos y en las palabras. Los dos embajadores aclararon, desde el primer día, que se trataba

de una cuestión de paz o de guerra. Sin acceder a discutir siquiera, exigían una respuesta de sí o de no, declarando que, si la respuesta era negativa, cesarían inmediatamente toda relación diplomática con Turquía.

A tales violencias, los ministros turcos respondían, con serenidad, que Turquía era un país neutral, que el derecho de gentes les prohibía entregar a los proscritos que se habían refugiado en su territorio, y que, muchas veces, los austríacos y los rusos les habían opuesto aquel mismo derecho, cuando unos musulmanes rebeldes habían acudido a buscar asilo en Hungría, en Transilvania o en Besarabia. Ellos se imaginaban, modestamente, que lo que estaba permitido en la orilla izquierda del Danubio parecía que debería estarlo también en la orilla derecha. Aseguraban, en fin, que lo que se les pedía era contrario a su honor y a su religión, que ellos se encargarían gustosamente de internar a los refugiados e incluso de colocarlos en lugares donde no pudiesen hacer daño, pero que no podían consentir en entregarlos al verdugo.

El joven sultán —me comunicaba nuestro embajador— ha respondido ayer al enviado de Austria que, si bien desaprobando lo que habían hecho los rebeldes húngaros, ya no podía ver en ellos más que a unos desgraciados que trataban de escapar de la muerte, y que la humanidad le prohibía entregarlos. Por su parte, el gran visir Rechid-Pacha —añadía nuestro enviado— me ha dicho: «Si por esto pierdo el poder, estaré orgulloso de ello», y agregó, en un tono conmovido: «En nuestra religión, todo hombre que pida misericordia debe obtenerla». Eso era hablar como gentes civilizadas y como cristianos. Los embajadores se limitaron a responder como verdaderos turcos, que era necesario entregar a los fugitivos o sufrir las consecuencias de una ruptura, que probablemente llegaría hasta la guerra.

La población musulmana estaba impresionada también, aprobaba y apoyaba a su gobierno, y el muftí fue a agradecer a nuestro embajador el apoyo que prestaba a la causa de la humanidad y del buen derecho.

Desde el origen del debate, el Diván se había dirigido a los embajadores de Francia y de Inglaterra. Había apelado a la opinión pública de los dos grandes países que ellos representaban, solicitando su consejo y pidiendo su ayuda, para el caso de que las potencias del Norte cumpliesen sus amenazas. Los embajadores habían respondido inmediatamente que, a su parecer, Austria y Rusia rebasaban el de-

recho, y habían estimulado al gobierno turco en su resistencia.

Mientras tanto, se presentó en Constantinopla un ayuda de campo del zar. Llevaba una carta que aquel príncipe se había tomado el trabajo de escribir de su puño y letra al sultán, para reclamar la extradición de los polacos que durante la guerra de Hungría, o incluso antes, habían servido contra los ejércitos rusos. Aquella gestión, que carecía de grandeza y que excedía infinitamente del objetivo que se deseaba alcanzar, a menos que aquel objetivo fuese la guerra, parecerá muy extraña, si no se tienen en cuenta las razones particulares que impulsaron a actuar al zar en aquella circunstancia. Este pasaje de una carta de Lamoricière las indica con mucha sagacidad, y demuestra hasta qué punto la opinión pública es temida en aquel extremo de Europa, donde parece que no tiene ni órgano ni poder.

«La guerra de Hungría, como usted sabe —me escribía—, hecha para apoyar a Austria, a la que se odia como pueblo y no se estima como gobierno, era muy impopular. No ha reportado nada, y ha costado ochenta y cuatro millones de francos. Como premio a los sacrificios de la campaña, los rusos esperaban apoderarse de Bem, Dembinski y los otros polacos prisioneros en Polonia. En el ejército sobre todo, hay una verdadera rabia contra esos hombres. El deseo de aquella satisfacción del amor propio nacional, aunque un poco salvaje, era exaltado en los soldados y en el pueblo. El emperador, a pesar de su omnipotencia, está obligado a tener muy en cuenta el espíritu de las masas en que se apoya, y que constituye su verdadera fuerza. No se trata sólo de una cuestión de amor propio individual: está en juego el sentimiento nacional del país y del ejército.»

Son éstas, sin duda, las consideraciones que indujeron al zar a la aventurada gestión de que acabo de hablar. El príncipe Radziwill presentó su carta y no consiguió nada. Partió inmediatamente, rechazando con arrogancia una nueva audiencia que se le ofrecía para despedirse, y los embajadores de Rusia y de Austria declararon oficialmente que habían cesado todas las relaciones diplomáticas entre sus señores y el Diván.

Este actúa, en aquella circunstancia crítica, con una firmeza y, al mismo tiempo, con una prudencia consumada, que no habrían desmerecido de los gabinetes más experimentados de Europa. Al propio tiempo que el sultán se negaba

a acceder a las demandas, o, más bien, a las órdenes de los dos emperadores, escribía al zar para decirle que no quería discutir con él la cuestión de derecho que la interpretación de los tratados suscitaba, sino que se dirigía a su amistad y apelaba a su honor, rogándole que aceptase que el gobierno turco no adoptara una medida que le haría perder la estimación del mundo. Por lo demás, se ofrecía, de nuevo, a colocar a los refugiados en una situación en la que no pudieran hacer daño. Abdul-Medjid encargó a uno de los hombres más hábiles y más prudentes que había en su imperio, Fuad-Effendi, de llevar aquella carta a San Petersburgo. Una carta análoga fue escrita a Viena, pero ésta tuvo que ser remitida al emperador de Austria por el enviado turco residente en aquella corte, lo que revelaba, mediante un matiz bien visible, el diferente valor que se asignaba al asentimiento de los dos príncipes. Recibí aquellas noticias, a finales de septiembre. Mi primer cuidado fue el de hacerlas llegar a Inglaterra. Al propio tiempo, escribí a nuestro embajador una carta particular, en que le decía:

«La conducta que adopte Inglaterra, más interesada que nosotros en este asunto y menos expuesta en el conflicto que de él pueda surgir, tendrá una gran influencia sobre la nuestra. Es necesario que el gabinete inglés diga, clara y categóricamente, *hasta dónde* piensa llegar. Yo no he olvidado la cuestión del Piamonte. Si quieren algo de nosotros, que pongan los puntos sobre las íes. Es posible que entonces nos encuentren muy decididos; en otro caso, no. Es muy importante también que se asegure usted de las disposiciones en que esos acontecimientos encontrarían a los *tories* de distintos matices, porque, en un gobierno parlamentario, y por consiguiente móvil, el apoyo del partido dominante no siempre es una garantía suficiente.»

A pesar de la gravedad de las circunstancias, los ministros ingleses, entonces dispersos a causa de las vacaciones del parlamento, tardaron bastante en reunirse, porque, en aquel país, el único en el mundo en que la aristocracia sigue gobernando, los ministros, en su mayor parte, son, al mismo tiempo, grandes propietarios, y, por lo general, grandes señores. En aquel momento, descansaban en sus tierras de las fatigas y de los engorros de los asuntos públicos, y no se dieron demasiada prisa en salir de ellas. Durante aquel intervalo, toda la prensa inglesa, sin distinción de partido, se enardeció. Se alzó contra los dos emperadores, e inflamó a la opinión pública en favor de

Turquía. Aguijoneado así, el gobierno inglés tomó partido inmediatamente. Declaró que se trataba no sólo del sultán, sino de la influencia de Inglaterra en el mundo. En consecuencia, decidió: 1.°, que se amonestaría a Rusia y a Austria; 2.°, que la escuadra inglesa del Mediterráneo se dirigiría hacia los Dardanelos, para inspirar confianza al sultán, y para defender Constantinopla, si fuese necesario. Se nos invitaba a hacer lo mismo y a actuar en común. Aquella misma tarde, se dio la orden de que se pusiera en marcha la flota inglesa.

La noticia de aquellas resoluciones decisivas me causó una gran inquietud. Yo no dudaba que había que aprobar la generosa conducta observada por nuestro embajador y acudir en ayuda del sultán, pero, en cuanto a la actitud belicosa, yo no pensaba que fuese prudente adoptarla todavía. Los ingleses nos invitaban a actuar como ellos, pero nuestra situación no se asemejaba a la suya. Al defender a Turquía con las armas en la mano, Inglaterra arriesgaba su flota, y nosotros, nuestra existencia. Los ministros ingleses podían contar con que, llegados a aquel extremo, el parlamento y la nación les apoyarían, mientras que nosotros estábamos casi seguros de ser abandonados por la Asamblea y también por el país, si las cosas desembocaban en la guerra. Porque las calamidades y los peligros del interior hacían a los espíritus, en aquel momento, insensibles a todo lo demás. Por otra parte, yo estaba convencido de que, en aquella cuestión, la amenaza, en lugar de servir a nuestros designios, los perjudicaba. Si Rusia, porque sólo de ella se trataba —yo no atribuía a Austria más papel que el de satélite—, quería, por ventura, plantear la cuestión del reparto de Oriente mediante la invasión de Turquía, lo que me resultaba difícil de creer, el envío de nuestras flotas no impediría aquella crisis, y si no se trataba más que de vengarse de los polacos, como era verosímil, la crisis se agravaría a causa de tal envío, pues dificultaría la retirada del zar y empujaría a su vanidad en apoyo de sus resentimientos. Con esta predisposición acudí al Consejo, donde me di cuenta, inmediatamente, de que el presidente estaba ya decidido e incluso comprometido, como él mismo nos declaró. Aquella resolución le había sido inspirada por el embajador inglés, lord Normanby, diplomático estilo siglo XVIII, que contaba con todas las simpatías de Luis Napoleón, pues vivía e incluso hacía vivir a su mujer en compañía de miss Howard, amante de éste, o, para hablar con más propiedad, su favorita, porque siempre tenía va-

rias amantes a la vez. Al igual que él, casi todos mis colegas pensaron que había que entrar, sin vacilaciones, en la acción común a la que nos invitaban los ingleses, y enviar, como ellos, nuestra flota a los Dardanelos.

Al no poder conseguir el aplazamiento de una medida que me parecía prematura, pedí que, al menos, antes de ejecutarla, se consultase a Falloux, a quien su estado de salud había obligado a abandonar París, momentáneamente, y a retirarse al campo. Con este fin, Lanjuinais se trasladó donde estaba, le expuso la cuestión, y volvió a comunicarnos que Falloux había opinado, sin vacilación alguna, que partiese la flota. Se dio la orden inmediatamente. Pero Falloux había actuado sin consultar a los jefes de la mayoría, sus amigos, e incluso sin percatarse bien de las consecuencias de su acto; había cedido a un movimiento irreflexivo, lo que le ocurría algunas veces, porque la naturaleza le había hecho ligero y atolondrado, antes de que la educación y el hábito lo hubieran hecho calculador hasta la doblez. Es probable que, después de haber hablado con Lanjuinais, recibiese consejos o hiciera, por sí solo, reflexiones contrarias a la opinión que había emitido. Entonces, me escribió una carta muy larga y muy embarullada, en la que pretendía no haber comprendido bien a Lanjuinais (lo que no era posible, al ser Lanjuinais el más claro y el más transparente de los hombres, tanto en sus palabras como en sus actos, y al no prestarse, además, la cuestión a ningún equívoco). Volvía sobre su opinión y trataba de salvar su responsabilidad. Yo le respondí inmediatamente, con esta nota:

«Querido colega, la resolución del Consejo está tomada, y, a estas horas, ya no hay nada que hacer, más que esperar acontecimientos. Por lo demás, en esta materia, la responsabilidad de todo el Consejo es una sola. No hay responsabilidad individual. Yo no era partidario de la medida, pero, una vez adoptada, estoy dispuesto a defenderla ante todos y contra todos.»

Aunque así daba una lección a Falloux, no por ello dejaba yo de estar muy inquieto y muy contrariado por mi papel. No era que me preocupase lo que iba a pasar en Viena. Pero, ¿qué haría el zar, que se había comprometido tan irreflexivamente y, en apariencia, tan irrevocablemente ante el sultán, y cuyo orgullo era sometido a tan dura prueba por nuestras amenazas? Afortunadamente, yo tenía entonces en San Petersburgo y en Viena a dos agentes hábiles, con quienes podía explicarme abiertamen-

te. «Tratad el asunto con la máxima delicadeza —les encargué—, cuidad de no poner contra nosotros el amor propio de nuestros adversarios, evitad una intimidad demasiado grande y demasiado ostensible con los embajadores ingleses, cuyo gobierno es aborrecido en las cortes en que estáis, aunque conservando, de todos modos, buenas relaciones con esos embajadores. Para tener éxito, adoptad el tono de la amistad, y no tratéis de infundir miedo. Mostrad nuestra situación tal como es: nosotros no queremos la guerra, la detestamos, la tememos, pero no podemos deshonrarnos. No podemos aconsejar a la Puerta, que nos pide opinión, que cometa una cobardía, y, cuando el valor que ella ha mostrado y que nosotros hemos aprobado le acarrea peligros, no podemos tampoco negarle una ayuda que nos demanda. Es necesario, pues, que se nos prepare una salida. ¿Vale una guerra general la piel de Kossuth? ¿Conviene a las potencias que la cuestión de Oriente se plantee en este momento y de este modo? ¿No se puede encontrar una vía que salve el honor de todos? ¿Qué se desea, en fin? ¿Sólo se pretende la entrega de unos pobres diablos? Eso no merece, evidentemente, tan grandes querellas. Pero si eso no fuera más que un pretexto, si en el fondo de este asunto se encontrase el afán de asestar un golpe, realmente, al imperio otomano, lo que se querría, entonces, sería, decididamente, la guerra general, porque, tan ultrapacíficos como somos, jamás dejaríamos caer Constantinopla sin sacar la espada.»

El asunto estaba felizmente terminado cuando mis instrucciones llegaron a San Petersburgo. Lamoricière se había ajustado a ellas, sin conocerlas. Había actuado, en aquella ocasión, con una prudencia y una mesura que sorprendieron a quienes no le conocían, pero que a mí no me extrañaron. Yo sabía que su temperamento era impetuoso, pero que su espíritu, formado en la escuela de la diplomacia árabe —la más sabia de todas las diplomacias—, era circunspecto y fino hasta el artificio.

Lamoricière, cuando le llegó el rumor del conflicto por la vía directa de Rusia, se apresuró a manifestar muy vivamente, aunque en un tono amistoso, que él condenaba lo que acababa de pasar en Constantinopla, pero se abstuvo de hacer amonestaciones oficiales, y, mucho menos, amenazadoras. Aunque de acuerdo con el embajador de Inglaterra, tuvo buen cuidado de no comprometerse con él en actitudes comunes, y, cuando llegó Fuad-Effendi con la carta de Abdul-Medjid, le mandó decir secretamente que

él no iría a verle, a fin de no comprometer el éxito de la negociación, pero que Turquía podía contar con Francia.

Se vio maravillosamente ayudado por aquel enviado del Gran Señor, que, bajo su piel de turco, ocultaba una inteligencia muy ágil y muy sutil. Aunque el sultán hubiese reclamado el apoyo de Francia y de Inglaterra, Fuad, al llegar a San Petersburgo, ni siquiera intentó visitar a los representantes de aquellas dos potencias. Se negó a ver a nadie, antes de hablar con el zar, pues sólo de la libre voluntad de éste esperaba, según decía, el éxito de su misión.

El zar debió de experimentar un amargo disgusto, al ver el poco éxito que habían tenido sus amenazas y el giro imprevisto que tomaban las cosas, pero tuvo la fuerza necesaria para contenerse. En el fondo, no quería plantear la cuestión de Oriente, aunque, poco tiempo antes, había llegado a decir: «El imperio otomano ha muerto. Ya no queda más que disponer el orden de sus funerales».

Hacer la guerra para forzar al sultán a entregar a unos refugiados y violar el derecho de gentes era muy difícil. Se habría visto ayudado en ello por las pasiones elementales de su pueblo, pero la opinión de todo el mundo civilizado le habría rechazado. Ya sabía lo que pasaba en Inglaterra y en Francia, y resolvió ceder antes de que hubiera tiempo de amenazarle. Así, pues, el gran emperador reculó, con profunda sorpresa de sus súbditos y también de los extranjeros. Recibió a Fuad, y desistió de la demanda que había formulado al sultán. Austria se apresuró a seguir su ejemplo. Cuando la nota de lord Palmerston llegó a San Petersburgo, todo había terminado. Lo mejor habría sido no decir ya nada más, pero, mientras nosotros, en aquel asunto, no habíamos perseguido más que el buen resultado, el gabinete inglés había buscado, además, el ruido. Lo necesitaba para responder a la excitación del país. El embajador inglés, lord Bloomfield, al día siguiente mismo de conocerse la resolución del emperador, se presentó, pues, en casa del conde de Nesselrode, que le recibió muy secamente, y le leyó la nota en la que lord Palmerston demandaba, de una manera cortés, pero apremiante, que no se forzase al sultán a devolver a los refugiados. El ruso contestó que no comprendía ni la finalidad ni el objeto de aquella demanda, que el asunto del cual, sin duda, se quería hablar ya estaba arreglado, y que, por otra parte, Inglaterra no tenía nada que ver en él. Lord Bloomfield preguntó cómo estaban las cosas. El conde de Nesselrode

se negó, con arrogancia, a darle ninguna explicación, «porque eso sería —dijo— reconocer el derecho de Inglaterra a inmiscuirse en un asunto que no le concierne». Y como el embajador inglés insistiese en dejar, por lo menos, copia de la nota en manos del conde de Nesselrode, éste, después de haber empezado rechazándola, acabó recibiéndola, con evidente disgusto, y le despidió, diciéndole displicentemente que iba a responder a aquella nota, que era terriblemente larga y que sería muy fastidioso. «Francia —añadió el canciller— ya me ha comunicado las mismas cosas, pero me las ha comunicado antes y mejor.»

En el momento en que teníamos noticia del fin de aquella peligrosa disputa, el gabinete, después de haber visto terminarse así, felizmente, las dos grandes cuestiones extranjeras que tenían aún en suspenso la paz del mundo —la guerra del Piamonte y la de Hungría—, el gabinete iba a caer.

APENDICES

A las cuatro notas publicadas en la primera edición y reproducidas en la segunda, se han añadido otras tres notas, encontradas por André Sardin en los papeles de Tocqueville, e inéditas las tres. La primera (IV), que da una idea de lo que habría sido esta parte de los *Recuerdos* que se extiende desde las jornadas de Junio hasta la modificación del gabinete Odilon Barrot (junio de 1849), si Tocqueville la hubiera escrito; la segunda (V), que es el plan de la parte titulada *Mi ministerio* y que Tocqueville ha desarrollado en los cuatro capítulos de esta tercera y última parte; la tercera (VI), que es la relación de una conversación de Tocqueville con el Príncipe-Presidente.

(L. R. Z.)

I

El 24 de febrero, según G. De Beaumont.

Hoy (24 de octubre de 1850), he tenido con Beaumont una conversación que merece ser registrada. He aquí su relato:

El 24 de febrero, a las siete de la mañana, Jules Lasteyrie y otro (he olvidado el nombre que me ha dicho Beaumont) vinieron a buscarme para llevarme a casa de M. Thiers, donde debían encontrarse Barrot, Duvergier y algunos otros.

D.—¿Saben ustedes lo que había pasado, por la noche, entre Thiers y el rey?

B.—Me ha contado Thiers, y, sobre todo, Duvergier, que había tomado nota inmediatamente del relato de Thiers, que éste había sido llamado hacia la una, y que había encontrado indeciso al rey. Que le había dicho, antes de nada, que no podía entrar más que con Barrot y con Duvergier, y que el rey, tras algunas objeciones, había parecido ceder. Que había citado a Thiers para la mañana, y que, sin embargo, al despedirle, le había dicho que aún no había compromiso alguno, ni de una parte ni de la otra. (Evidentemente, el rey se reservaba el intentar otra combinación antes del amanecer.)

Aquí —continúa Beaumont—, tengo que incluir una anécdota curiosa. ¿Saben ustedes en qué se ocupaba Bugeaud durante aquella noche decisiva, en las propias Tullerías,

donde se le acababa de entregar el mando general? Pues verán: la ambición y la esperanza de Bugeaud consistían en llegar a ser ministro de la Guerra, cuando Thiers llegase al poder. Las cosas giraban de tal manera, que él veía claramente que aquello era imposible, pero lo que le preocupaba era asegurar, por lo menos, la influencia predominante en el ministerio, si él no lo dirigía. En consecuencia, durante la noche del 24 de febrero, hacia el amanecer, Bugeaud escribió desde el castillo, de su puño y letra, a Thiers, una carta de cuatro páginas que, en sustancia, decía: Comprendo las dificultades que le impiden a usted tomarme como ministro de la Guerra. Sin embargo, siempre he sentido predilección por usted, y estoy seguro de que un día gobernaremos juntos, aunque, en fin, comprendo las razones presentes y me rindo ante ellas, pero le ruego que, por lo menos, dé a M. Magne, que me es adicto, el puesto de subsecretario de Estado del ministerio de la Guerra.

Beaumont, volviendo al relato general, continúa:

—Cuando llegué a la plaza de Saint-Georges, Thiers y sus amigos habían salido ya para las Tullerías. Me di prisa, y llegué al mismo tiempo que ellos. El aspecto de París era ya terrible, pero el rey nos recibió como en él era habitual, con la misma locuacidad y con las mismas maneras que usted conoce. Antes de verle (yo creo, por lo menos, que Beaumont coloca aquí este incidente), hablamos entre nosotros de la situación. Yo insistí vivamente en que se despidiese a Bugeaud: Si se quiere luchar por la fuerza contra el movimiento público —decía yo—, son necesarios, desde luego, el nombre y la audacia de Bugeaud, pero si se quiere intentar la conciliación y se suspenden las hostilidades... el nombre de Bugeaud es un contrasentido. Los otros me apoyaban, y Thiers se rindió, aunque vacilante y renuente. Se adoptó la decisión que usted conoce: Bugeaud conservaría nominalmente el mando general, y Lamoricière se pondría a la cabeza de la guardia nacional. Thiers y Barrot entraron en el gabinete del rey, y yo no sé lo que pasó allí. Se había ordenado, por todas partes, a las tropas el alto el fuego y que se replegasen al castillo, para dejar la plaza a la guardia nacional. Yo mismo redacté, a toda prisa, con Rémusat, una proclama que daba a conocer aquellas órdenes y las explicaba a la población. Hacia las nueve, se acordó que Thiers y Barrot intentasen una gestión personal cerca del pueblo. Se detuvo a Thiers en la escalera, y se le obligó a volver a subir, aunque debo decir que costó trabajo. Marchó Barrot solo, y yo le seguí. (Aquí, el relato

de Beaumont es idéntico al de Barrot.) Barrot estuvo admirable en todo aquel recorrido, dice Beaumont. Me costó trabajo hacerle regresar, aunque, llegados a la barricada de la puerta Saint-Denis, fue imposible ir más lejos. Nuestro regreso empeoró la situación. Traíamos detrás de nosotros y abríamos paso a una población más hostil que la que habíamos atravesado a la ida. Llegados a la plaza Vendôme, Barrot tuvo miedo de tomar al asalto, a pesar de él, las Tullerías, con la multitud que le seguía. Se zafó y volvió a su casa. Yo regresé al castillo. La situación me parecía muy grave, pero estaba lejos de ser desesperada, y me sorprendió mucho ver el desorden que se había apoderado de todos los espíritus durante mi ausencia y la terrible confusión que reinaba ya en las Tullerías. No pude comprender bien lo que había pasado, ni saber las noticias que se habían recibido y que habían acabado con toda la serenidad. Yo me moría de cansancio y de hambre. Me acerqué a una mesa, y comí algo, de prisa. Durante aquel almuerzo de tres o cuatro minutos, se me acercó diez veces un ayuda de campo del rey o un príncipe, hablándome en un lenguaje confuso y alejándose sin haber comprendido mi respuesta. Me reuní en seguida con Thiers, con Rémusat, con Duvergier y con una o dos personas más, que debían componer el nuevo gobierno. Juntos, nos trasladamos al gabinete del rey: es el único consejo al que he asistido. Thiers tomó la palabra y comenzó una gran reflexión moral sobre los deberes del rey y del padre de familia. —Es decir, que usted me aconseja que abdique —dijo el rey, un tanto impresionado por la parte sensible del discurso, y yendo al grano. Thiers dijo que sí y expuso sus razones. Duvergier le apoyó muy vivamente. Como yo no estaba prevenido, manifesté mi sorpresa y grité que no todo estaba perdido. Thiers pareció muy contrariado por mi exclamación, y yo no pude menos de pensar que, desde el principio, el objetivo secreto de Thiers y de Duvergier había sido el de desembarazarse del rey, con el que no podían contar jamás, y gobernar bajo el nombre del duque de Nemours o de la duquesa de Orléans, después de haber forzado al rey a abdicar. Éste, que me había parecido muy firme hasta cierto momento, me pareció, hacia el final, abandonarse totalmente. Aquí, hay una laguna de recuerdo, para mí, en el relato de Beaumont; la llenaré con otra conversación. Llego a la escena de abdicación que tuvo lugar un poco después.

En el intervalo, mientras los acontecimientos y las no-

ticias se agravaban y el pánico se extendía, Thiers había declarado que él ya no era posible, lo que tal vez fuese cierto, y que Barrot casi tampoco. Entonces, desapareció. Al menos, yo no volví a verle en los últimos instantes, lo que fue un gran error, porque, aun declinando el encargo de formar gobierno, no debía abandonar, en un momento tan crítico, a los príncipes, y debía, por el contrario, seguir siendo su consejero, aunque no fuese ya su ministro. Yo asistí a la escena final de la abdicación. El duque de Montpensier rogaba a su padre que escribiese y le apremiaba con tal vehemencia, que éste, deteniéndose, le dijo: «Pero, bueno, yo no puedo ir más de prisa». La reina estaba desesperada y heroica: como sabía que yo me había opuesto a la abdicación en el Consejo, me cogió las manos y me dijo que no se podía dejar consumar una cobardía semejante, que había que defenderse, y que a ella tendrían que matarla delante del rey antes de que pudieran llegar hasta él. De todos modos, la abdicación se firmó, y el duque de Nemours me pidió que corriese a anunciar al mariscal Gérard, que estaba en el extremo del Carrousel, que yo había visto firmar al rey, para que él pudiese anunciar al pueblo, oficialmente, que el rey había abdicado. Yo corrí allá, y regresé. Todas las habitaciones estaban vacías. Iba de una a otra, sin encontrar a nadie. Bajé al jardín. Encontré a Barrot, que, procedente del ministerio del Interior, acababa de realizar la misma búsqueda inútil. El rey se había ido por la gran alameda, y parece que la duquesa de Orléans iba por el paseo subterráneo del borde del agua. Nada les obligaba a abandonar el castillo, que entonces estaba perfectamente seguro, y en el que el pueblo no entró hasta una hora después de que ellos lo habían abandonado. Barrot quería socorrer a la duquesa, a toda costa. Mandó preparar, a toda prisa, unos caballos para ella, para el joven príncipe y para nosotros, y quería que nos arrojásemos todos juntos en medio del pueblo: una oportunidad que nos quedaba, en efecto, pero una oportunidad muy precaria. Al no poder recuperar a la duquesa, salimos para el ministerio del Interior. Usted nos encontró en el camino. Lo demás ya lo sabe usted.

II

**Conversación con Barrot (10 octubre 1850).—
El 24 de febrero, según su versión.**

Yo creo que M. Molé no rechazó el gobierno hasta después del tiroteo del Bulevard. Thiers me ha dicho que él había sido llamado a la una de la madrugada, y que me había pedido al rey como al hombre necesario, que el rey se había resistido, para ceder después, y que, por último, había fijado para las nueve de la mañana nuestra reunión con él.

A las cinco, Thiers vino a mi casa, a despertarme. Hablamos, y él regresó a su casa, adonde yo no acudí hasta las ocho. Le encontré haciéndose la barba, tranquilamente. Es una gran desgracia que el rey y M. Thiers hayan perdido así el tiempo transcurrido desde la una hasta las ocho. Terminada la barba, nos dirigimos al castillo. La población estaba ya muy agitada. Se levantaban barricadas e incluso se habían disparado ya algunos tiros de fusil desde las casas vecinas contra las Tullerías. Sin embargo, encontramos al rey todavía muy tranquilo y con su talante habitual. Me dirigió las frases triviales que usted puede imaginar. En aquel momento, Bugeaud era todavía general en jefe. Yo exhorté insistentemente a Thiers a que no se hiciese cargo del gobierno con el color de aquel nombre, y a que lo corrigiese, al menos, dando el mando de la guardia nacional a Lamoricière, que estaba allí. Thiers estuvo de

acuerdo con aquel ajuste, que fue aceptado por el rey y por el propio Bugeaud. Yo propuse luego al rey la disolución de la Cámara de los diputados. «¡Jamás! ¡Jamás!» —dijo él—. Se irritó y se retiró, dándonos a Thiers y a mí con la puerta en las narices. Era evidente que nosotros no le interesábamos más que para salvar el primer momento, y que pensaba derribarnos, con la ayuda del parlamento, después de habernos comprometido con el pueblo. De modo que, en circunstancias normales, yo me habría retirado inmediatamente, pero la gravedad de la situación me obligó a quedarme, y propuse que yo me presentaría al pueblo, para darle cuenta, personalmente, de la creación del nuevo gobierno, y para calmarle. En la imposibilidad en que nos encontrábamos de mandar imprimir nada y sin tiempo para fijar carteles, yo me consideré como un hombre-cartel. Debo hacer justicia a Thiers, que quiso acompañarme, y señalar que fui yo quien me negué, por temor al mal efecto de su presencia. Así, pues, partí. Avancé, sin armas, ante cada barricada. Los fusiles se bajaban y las barricadas se abrían. Gritaban: «¡Viva la reforma! ¡Viva Barrot!» Caminamos así hasta la puerta Saint-Denis, donde nos encontramos con una barricada de dos pisos de alta y ocupada por hombres que no respondieron con ninguna señal de adhesión a mis palabras, ni parecieron dispuestos a dejar atravesar la barricada, de modo que tuve que volver sobre mis pasos. A mi regreso, encontré al pueblo más enardecido que a la ida, pero no oí ni un solo grito sedicioso, nada que anunciase una revolución inmediata. La única frase grave que escuché fue de Étienne Arago. Avanzó hacia mí y me dijo: «Si el rey no abdica, tendremos una revolución antes de las ocho de la tarde». Así llegué a la plaza Vendôme. Miles de hombres me seguían, gritando: «¡A las Tullerías! ¡A las Tullerías!» Me pregunté qué debía hacer. Ir a las Tullerías a la cabeza de aquella multitud era hacerme dueño absoluto de la situación, pero mediante una acción que habría podido parecer revolucionaria y violenta. Si hubiera sabido lo que pasaba en aquel momento en las Tullerías, no habría vacilado, pero todavía no estaba nada inquieto. La actitud del pueblo no me parecía decidida aún. Yo sabía que todas las tropas se replegaban hacia el castillo, que el gobierno y los generales estaban allí. Por lo tanto, no podía imaginar el pánico que, poco después, pondría las Tullerías en manos de la multitud. Giré hacia la derecha y me fui a mi casa, a descansar un poco: aún no había comido, y estaba agotado. Al cabo de unos instantes, Malleville envió

a decirme, desde el ministerio del Interior, que era urgente que fuese para firmar unos despachos telegráficos a los departamentos. Fui en mi coche, entre las aclamaciones del pueblo, y de allí salí para el castillo. Ignoraba aún todo lo que pasaba. Ya en el malecón, frente al jardín, vi un regimiento de dragones que regresaba al cuartel. El coronel me dijo: «El rey ha abdicado. Todas las tropas se retiran». Eché a correr. Al llegar a los postigos, me costó mucho trabajo entrar en el patio, porque todas las tropas salían impetuosamente por todas las puertas. Al fin, llegué al patio, que encontré ya casi vacío. Estaba el duque de Nemours, a quien pregunté con insistencia dónde se encontraba la duquesa de Orléans. Me respondió que no lo sabía, pero que creía que, en aquel momento, estaba en el pabellón del borde del agua. Corrí hacia allí, y me dijeron que la duquesa no estaba. Forcé la puerta, recorrí las habitaciones, que, efectivamente, estaban vacías. Abandoné las Tullerías, recomendando a Havin, a quien dejé allí, que, si se encontraba a la duquesa, que no fuese con ella a la Cámara, asamblea donde no se podía hacer nada. Mi intención, de haber encontrado a la duquesa y a su hijo, había sido la de ponerlos a caballo y lanzarme con ellos entre el pueblo. Incluso había hecho preparar ya los caballos. Al no encontrar a la princesa, regresé al ministerio del Interior, y en el camino le encontré a usted. Y usted sabe lo que ocurrió en el ministerio. Vinieron a buscarme, a toda prisa, para ir a la Cámara. Apenas entré allí, los jefes de la extrema izquierda me rodearon y me llevaron, casi a la fuerza, hasta el primer despacho, donde me suplicaron que propusiese a la Asamblea el nombramiento de un gobierno provisional, del que yo formaría parte. Les mandé a paseo, y regresé a la Cámara. Lo demás ya lo sabe usted.

III

Secuelas del 24 de febrero de 1848.—Esfuerzos de M. Dufaure y de sus amigos por impedir la revolución de Febrero.—Responsabilidad de M. Thiers, que los redujo a la impotencia.

Hoy (19 de octubre de 1850), Rivet recuerda y comprueba conmigo las circunstancias de un incidente muy digno de conservar en la memoria.

En la semana que precedió a la del derrocamiento de la monarquía, un cierto número de diputados conservadores mostró unas inquietudes que el ministerio y sus colegas no compartían. Pensaron que era preferible derribar el gobierno, siempre que fuese sin violencia, a correr la aventura de los banquetes. Uno de ellos, M. Sallandrouze, se dirigió a M. Billault y le propuso que, como el banquete debía celebrarse el martes 22, M. Dufaure y sus amigos presentarían, en la jornada del 21, un orden del día razonado, cuya redacción se convendría con Sallandrouze y con los hombres a quienes representaba, cuyos nombres dio, y que eran cuarenta. Ellos votarían el orden del día, a condición de que la oposición, por su parte, renunciase al banquete y contuviese al pueblo.

El domingo, 20 de febrero, nos reunimos en casa de Rivet para discutir aquella propuesta. Que yo recuerde, estaban presentes Dufaure, Billault, Lanjuinais, Corcelles, Ferdinad Barrot, Talabot, Rivet y yo.

La propuesta de Sallandrouze nos fue explicada por

Billault. La aceptamos inmediatamente, y redactamos un orden del día en consecuencia. Fui yo quien lo redacté, y aquella redacción, tras haber sido modificada, fue aceptada por mis amigos. Los términos, que he olvidado, eran muy moderados, pero la adopción de aquel orden del día acarreaba, forzosamente, la retirada del gobierno.

Quedaba por cumplir la condición del voto de los conservadores, es decir, la renuncia al banquete. Nosotros nos habíamos mantenido ajenos a aquel movimiento, de modo que no éramos quienes podíamos detenerlo. Se acordó que uno de nosotros iría a ver, inmediatamente, a Duvergier de Hauranne y a Barrot, para proponerles que actuasen de acuerdo con la condición exigida. Fue elegido Rivet para aquella negociación, y nos citamos para la tarde, a fin de saber lo que había conseguido.

Por la tarde, vino, en efecto, a darnos cuenta de lo ocurrido, que era esto:

Barrot había entrado en el planteamiento, con entusiasmo. Había cogido con efusión las manos del que se lo había expuesto, y se había declarado decidido a hacer todo lo que se exigiese de él en el sentido indicado. Parecía aliviado de un gran peso, al entrever la posibilidad de escapar a la responsabilidad del banquete. Pero añadió que él no era el único comprometido en aquella empresa, y que era necesario entenderse con sus amigos, sin los cuales él no haría nada. ¡Demasiado lo sabíamos nosotros!

Rivet se dirigió a casa de Duvergier. Éste se hallaba en el Conservatorio de música, pero debía regresar a casa antes de cenar. Rivet le esperó. Duvergier regresó. Rivet le dio cuenta de la propuesta de los conservadores y de nuestro orden del día. Duvergier recibió la comunicación, bastante desdeñosamente. Habían avanzado mucho —dijo—, para retroceder. Los conservadores se arrepentían demasiado tarde. Él, Duvergier, y sus amigos no podían, sin perder su popularidad y tal vez toda su influencia sobre las masas, intentar que éstas renunciasen a la manifestación proyectada. Por lo demás —añadió—, yo no le estoy dando aquí más que mi impresión instantánea y personal, pero voy a cenar a casa de Thiers, y esta noche le enviaré una nota comunicándole nuestra última palabra.

La nota llegó, efectivamente, cuando nosotros estábamos reunidos. Decía, en pocas palabras, que la opinión expresada por Duvergier, antes de la cena, era también la de Thiers, y que había que renunciar a la operación de que

se había hablado. Nos separamos inmediatamente: ¡la suerte estaba echada!

Yo no dudo que, entre los motivos de la negativa de Duvergier y de Thiers, se encontraba, en primer lugar, éste, que no se expuso: al caer el gobierno sin lucha, por el efecto común de una parte de los conservadores y por los nuestros y con un orden del día presentado por nosotros, el poder venía a nuestras manos y no iba a las de quienes habían montado toda aquella gran maquinaria de los banquetes para conquistarlo.

Conducta de Dufaure, el 24 de febrero de 1848

Rivet me decía hoy (19 de octubre de 1850) que él jamás había hablado con Dufaure de lo que había ocurrido a éste el 24 de febrero, pero que, por la conversación de personas de su familia o de su intimidad, había llegado a esta conclusión:

Hacia las seis y cuarto, el 23 de febrero, M. Molé, tras haber llegado a un acuerdo con M. de Montalivet, envió a rogar a Dufaure que pasara por su casa. Éste, al ir hacia la casa de M. Molé, entró en la de Rivet y le rogó que le esperase, pues tenía el propósito de volver a casa de Rivet, al salir de la de M. Molé. Dufaure no volvió, y Rivet no le vio de nuevo hasta bastante tiempo después, pero cree saber que, llegado a casa de Molé, y después de una conversación bastante larga, Dufaure se retiró, declarando que él no quería formar parte del nuevo gabinete, y que, en su opinión, las circunstancias requerían a los hombres que habían dirigido el movimiento, es decir, a Thiers y a Barrot.

Regresó a su casa, muy asustado por el aspecto de París, encontró a su suegra y a su mujer más asustadas aún, y, a las cinco de la mañana del 24, partió con ellas y las llevó a Vanves. Dufaure volvió. Yo le vi hacia las ocho o las nueve, y no recuerdo que me dijese que había hecho aquel viaje matinal. Yo había ido a su casa con Lanjuinais y con Corcelles. Nos separamos muy pronto, citándonos para mediodía, en la Cámara de los diputados. Dufaure no vino. Parece que, en efecto, había tomado aquel camino, y que llegó hasta el palacio de la Asamblea, que, sin duda, en aquel momento, estaba invadido. Lo cierto es que siguió más allá y fue a reunirse con su familia en Vanves.

IV

Notas para los *Recuerdos* desde el mes de junio de 1848 hasta el mes de junio de 1849. (Abril de 1851.)—*Nota sobre la parte que debe extenderse desde las jornadas de Junio hasta mi ministerio.*

Cavaignac en el poder. Su retrato. Discusión de la Constitución. Mis dos discursos. Tienen éxito los dos. Me encuentro con más facilidad para hablar en esta gran asamblea inexperta, pero impresionable, y preocupada más sinceramente por los grandes intereses del país, y afrontando las más vastas cuestiones en los tiempos más críticos, de la que jamás había tenido en medio de nuestras antiguas Cámaras y en el seno de aquella pequeña guerra de emboscadas y de matices que en ellas se hacían los partidos. Carácter de la discusión. Tendencias generales de la Asamblea (revisar la discusión, al menos la parte sustancial que se encuentra unida al código anotado). Mi voto en favor de las dos Cámaras, que parece separarme de mis principales amigos. Voto casi unánime de la Constitución. Cavaignac, que en principio no había querido gobernar más que con los republicanos viejos, comprende la imposibilidad de administrar con ellos solos los asuntos públicos, y la obligación en que se encuentra de llamar a su gabinete a antiguos parlamentarios. Negociaciones para hacer entrar a Dufaure. Éste quiere llevar a dos de sus amigos. Designa a Vi-

vien y a mí, a uno en Obras Públicas, al otro en Instrucción Pública; Corcelles intermediario. Cavaignac no quería más que a Dufaure. Cede respecto a Vivien, pero impulsado, o, más bien, apoyado por Marie y ..., que declaran que ellos se retiran si yo entro, se mantiene firme contra mí. Dufaure me abandona, y Vivien me anuncia que entra él solo, pero que ha puesto como condición que yo me encargue de la negociación entablada con Inglaterra y con Austria para las cuestiones italianas. Mi descontento. Yo acepto con dudas; no veía nada serio en aquellas negociaciones, y, en efecto, no condujeron a nada.

Mis votos a la Constitución, en los que me había separado de mis amigos, el abandono a que me había condenado Dufaure y el resentimiento que se me suponía, hacen creer a M. Thiers que ha llegado el momento de captarme y de alistarme; apertura indirecta de Rémusat; opinión que, según él, M. Thiers expresa acerca de mí: un espíritu superior. Recibo estos elogios con grandes demostraciones de reconocimiento; acepto volver a casa de M. Thiers, donde no había puesto los pies desde el Comercio, y acercarme a él, pero totalmente decidido, por lo demás, a continuar en buenos términos y a evitar todo lazo. Esta aproximación me permite ver a M. Thiers más de cerca y más claramente de lo que yo le había visto hasta entonces. Mi juicio completo sobre él; merece un verdadero retrato; los errores del público en muchos puntos y mis propios errores acerca de él; tal vez no mejor, pero distinto de lo que yo le suponía.

El movimiento de reacción provocado por las jornadas de Junio continúa impetuosamente en la nación; todas las elecciones lo atestiguan, y se percibe en mil signos diversos; el propio gobierno, aunque observa este movimiento con temor, se ve arrastrado, en cierta medida, por él. Los partidos monárquicos recobran la esperanza y se unen. Por otra parte, muchos republicanos que hasta entonces habían estado con nosotros comienzan a retirarse hacia la Montaña. Este movimiento, cada vez más sensible, incluso bajo la administración de Cavaignac, se generaliza, a medida que la nación los abandona, y, sobre todo, cuando Cavaignac deja el poder.

Sin querer dejarme llevar a los partidos monárquicos, voto con ellos, sin vacilaciones, todas las medidas que tienden a restablecer el orden y la disciplina en la sociedad, y a abatir el partido revolucionario y socialista.

Candidatura de Luis Napoleón. El carácter de la revolución de Febrero continúa mostrándose en esto; el pueblo

propiamente dicho, el principal actor, los acontecimientos que se producen como por sí solos, sin que los hombres destacados, ni siquiera las clases elevadas y medias, parezcan hacer nada en ellos. Sorpresa de la candidatura y de su éxito; lo que eso significa. Desde el primer momento, considero segura la elección de Luis Napoleón y la derrota de Cavaignac. Advertí de ello a Desessarts. Mi conversación con él, al día siguiente de las jornadas de Junio: vamos hacia un Estado menos libre que la monarquía. Yo me decido, sin embargo, a adherirme a Cavaignac; mis motivos: Luis Napoleón me parece el *peor* fin de la república, y yo no quería ser cómplice de aquello; creía que, habiendo aceptado una función pública de Cavaignac, había una cierta indignidad en pasarme a su rival. Me mantengo, pues, firme en su partido, a pesar de los gritos y de las amenazas de mis electores, pero yo no me lanzo hacia adelante en una causa que daba por perdida de antemano. Opinión contraria de sus principales amigos; ilusión de los ministros, que me dan una lección que no olvidaré jamás; cálculos matemáticos de Lamoricière; informes de los prefectos a Dufaure; Cavaignac triunfante de todos sus adversarios en la Asamblea, aplastándolos con su defensa; Dufaure despreciando a Luis Napoleón con su fría ironía. A medida que el movimiento popular se pronuncia en favor de Luis Napoleón, arrastra a los jefes parlamentarios; manera en que se atrae a Barrot; motivos de vanidad y de ambición, que alejan a Molé y a Thiers de Cavaignac, y los impulsan al campo contrario. Thiers empieza estando violentamente en contra, y luego violentamente a favor. Los legitimistas vacilan hasta el final; en su mayoría, acaban por ceder ante el torrente; la cola de la sociedad arrastra definitivamente a la cabeza. Sólo las clases medias permanecen, en general, con Cavaignac; la guardia nacional de París está, en su mayoría, por él; manifestación por la tarde, en la calle de Varennes; historia del 10 de diciembre; actitud de Cavaignac y de sus ministros. Sesión de la entrega de poderes; la más grande sesión parlamentaria que yo haya visto, y, seguramente, una de las más grandes que recuerda la historia. Entusiasmo por el nuevo elegido; primer desfile, yo le veo de lejos, vestido de general; mi profunda tristeza; creo ver desaparecer la libertad de mi país en una monarquía bastarda y ridícula. Tal vez habría podido derribar la república en aquel primer momento. En efecto, sus amigos particulares le empujan a ello: carta de Persigny. Presento mi dimisión de plenipotenciario; aunque no tengo por qué

seguir a Cavaignac, me pareció más digno dejar el cargo con él. Caigo enfermo; permanezco muy ajeno a lo que ocurre en la Cámara, durante los primeros meses de 1849. A finales de abril, salgo para las orillas del Rhin, con el fin de reponerme. Antes, mi conversación con Barrot, la víspera de la expedición a Roma; mis observaciones. Mi viaje a Alemania, mi estancia en Francfort, durante los últimos momentos de la Asamblea Nacional alemana; carácter pedagógico y revolucionario de aquella Asamblea. Continúo firmemente convencido, y escribo a todos mis amigos acerca de dos cosas: 1) que Alemania tiene una enfermedad revolucionaria que puede suspenderse, pero no curarse, y que está a punto de destruir allí, irremediablemente, la vieja sociedad; 2) que la fase inmediata es el triunfo completo de los príncipes y del poder militar. En Francfort recibo las noticias de los reveses de la expedición de Roma, de las últimas convulsiones de la Asamblea, y, finalmente, de las elecciones generales (resultado de estos dos últimos hechos) que me sorprenden y me asustan. Aunque ausente y mudo, soy el primero en la lista de la Mancha. Me apresuro a volver a Francia; encuentro al partido moderado en un estupor extraordinario, después de la exagerada fe en el éxito, en una actitud de derrota, porque el éxito, aunque obtenido, era menos completo de lo que se había pensado; estaban desconcertados; el terror, más fuerte que el odio e incluso que la vanidad, empuja a los jefes de partido parlamentarios a llamar a grandes gritos a Dufaure y a sus amigos al gobierno con Barrot; encuentro iniciada la crisis ministerial.

Al hacer el relato de mi viaje a Alemania, describir bien el estado de Alemania en aquel momento.

Ayudarme para esto: 1) de las notas del cuadernito, una entre otras en que se me hace el cuadro de las opiniones por regiones; 2) recuperar las cartas escritas en aquella época a Corcelles y a Beaumont, si las tienen todavía.

Acabar el capítulo con las noticias de Francia, y una cita de la carta de Rivet, probablemente el trozo en que pinta la *comida.*

Transcribir quizá algunas líneas que comienzan el primer capítulo del libro del Ministerio.

V

Diversas notas sobre la parte que me queda por escribir de los *Recuerdos* (abril de 1851, en ruta, para volver).

Mayo de 1849.

Mi viaje a Alemania y mi estancia en Francfort, hacia el fin de la Dieta, cuando ya muchos miembros se habían retirado.

Mi impresión: país profundamente alcanzado por el espíritu revolucionario; vieja sociedad herida de muerte; triunfo inmediato de los príncipes.

Tengo noticia de las elecciones y de los inesperados éxitos de los Rojos. Vuelvo a toda prisa. La nueva asamblea debía abrirse el 28 ó el 29 de mayo. Aspecto del país: terror exagerado que sucede a una confianza exagerada. Dos ideas en todos los espíritus: una crisis próxima e inevitable; necesidad de un gobierno que ligue a los republicanos moderados con el poder, para luchar contra ella y dejar aislado al partido revolucionario propiamente dicho. Todas las miradas vueltas hacia Dufaure y sus amigos, como ministros necesarios.

Tentativas multiplicadas de Barrot para hacernos entrar con él: a nosotros sólo escasamente nos preocupa la toma

del poder; a mí sobre todo. Jamás he visto el futuro con más claridad: una crisis interior que atravesar; responsabilizarse de las cuestiones de Roma; sin la esperanza de ningún apoyo sólido, ni del presidente, ni de los jefes de partido; cogidos por los unos y por los otros para ayudarse a cruzar un desfiladero peligroso, con la secreta decisión de desembarazarse de nosotros, una vez pasado el peligro; incluso nuestra victoria debía, sin duda, provocar nuestra caída. Inútiles en cuanto hubiéramos restablecido el orden, y molestos.

En resumen, vamos a representar en el poder la idea de la república moderada y razonable, que casi nadie quiere, pues todos desean más, menos, u otra cosa.

Yo veo todo esto. Sin embargo, en el fondo, deseo entrar; mezcla de ambición y de deseo de salvar de la crisis al país.

Formación del gabinete

Dificultades de todo género. Yo soy una de ellas (como con ocasión de la entrada de Dufaure bajo Cavaignac). El presidente quería, a toda costa, conservar a Falloux (éste había ganado su confianza y era, en efecto, necesario para contar con los legitimistas, sin quienes no se podía ir adelante, de lo cual yo no me daba cuenta suficientemente entonces). Ahora bien, se había convenido que... imposible encargarse de los asuntos en un momento más crítico.

La orden de atacar a Roma había sido dada desde hacía tres días, a pesar del voto de la Asamblea constituyente. Esta noticia comenzaba a difundirse; agitación revolucionaria en París; reunión de la nueva Asamblea en la antigua sala de los diputados; actitud *guerrera* e *inconstitucional* adoptada inmediatamente por la Montaña, enloquecida por el éxito inesperado que acaba de alcanzar en las elecciones, y al encontrar en el asunto de Roma un buen texto *(sic)* de revolución; demanda de procesamiento de los ministros; mi situación terriblemente embarazosa: yo no quería cargar con la responsabilidad del *pasado* de la cuestión romana. (Se lo había declarado a Barrot antes de entrar.) Pero, a pesar de ello, tampoco quería abandonarle. Aprovecho el pretexto de las exageraciones, de las falsas noticias y de los ataques lanzados por Ledru desde la tribuna, para tomar la iniciativa y atacar a éste, con energía; apoyos frenéticos de la mayoría, aquel día implanté mi

popularidad en ella, y seguí siendo, hasta el final, con algunos eclipses, el miembro del gabinete más grato a la mayoría.

La calle absorbe toda nuestra atención; se prepara una tentativa de revolución, evidentemente; informes de los departamentos; informes de la policía de París; su exageración. En eso observo claramente cómo los gobiernos se ven empujados fuera de la realidad, y cómo, después de todo, sigue siendo más seguro juzgar por las visiones de conjunto que por el conocimiento de pequeños detalles falsos o exagerados. Aunque el peligro fuese infinitamente mayor, según los informes de la policía, que según mi opinión personal acerca de la situación, yo me mantuve siempre firme en ésta, y tuve razón. Sin embargo, experimentaba un malestar inevitable.

Jornada del 13 de junio. Carácter de este día: un año antes, el ejército sin el estado mayor; esta vez, el estado mayor sin el ejército. Agitación de Thiers; miedo de la insurrección y del cólera; tendido en un sillón de la presidencia de la Asamblea, frotándose el vientre y reclamando con humor la declaración del estado de sitio en París, que el gobierno aún no había pedido, impaciencia de la Asamblea en el mismo sentido. Voy a ver a Dufaure al ministerio del Interior, para pedirle que venga a hacer aquella demanda. A las tres, él se traslada a la Asamblea. Se declara el estado de sitio en París; dispersión del motín; arresto de algunos de los jefes. Hasta el día 13 de junio, no empezamos realmente a ocuparnos de nuestra situación y del gobierno.

Mis observaciones sobre mí mismo y sobre mi aptitud para mi nueva función. Me encuentro más capaz de tener éxito en los grandes asuntos que en los pequeños; menos turbado ante las grandes responsabilidades que ante las menores. En cierto modo, la grandeza de la situación y de los hechos me sostiene. Imperceptiblemente voy recobrando una confianza en mí mismo, de la que comenzaba a desesperar. Descubro también que los asuntos no son difíciles en la proporción en que son importantes, y que no es tan embarazoso el dirigirlos como parece desde lejos. Gustosamente invertiría, respecto a mí, el famoso verso, y diría: hay quien brilla en la primera fila y se eclipsa en la segunda.

Asuntos interiores de Francia; estado en que los encuentro; situación de Europa; todos los antiguos poderes que de nuevo se alzan en medio de las ruinas; la revolución de Fe-

brero no ha llegado en ninguna parte a implantar una libertad razonable y estable; los revolucionarios locos en todos los sitios; casi nada ha cambiado en la situación política de Francia; ningún papel para ella; los antiguos poderes desconfían de ella, y, por otra parte, profesan unos principios que repugnan a nuestro nuevo espíritu y a nuestras nuevas instituciones, y en cuya defensa, además, nosotros nunca podemos desempeñar el primer papel, que corresponde a Rusia. El partido enemigo de estos poderes, revolucionario extravagante, imposible de controlar: 1) porque no cabe esperar orientarlo y volverlo razonable; 2) porque sus pasiones y sus excesos no tardarían en trastornar a la propia Francia.

Por otra parte, la misma imposibilidad para Francia de emprender grandes cosas en el exterior; todo gran movimiento fuera, probabilidades casi seguras de ruina dentro. El gobierno ya no tenía, inmediatamente, más apoyo que el del partido demagógico; además, equilibrio de fuerzas cambiado en contra del interés de Francia. En suma, triste espectáculo y triste situación la de un ministro de Negocios Extranjeros que ha de conducir los asuntos de una nación que conserva la idea de una influencia que ya no puede tener, que es orgullosa sin ser fuerte y quiere que su gobierno hable siempre muy alto, pero que se disgustaría mucho si la llevaran hasta el punto de forzarla a sacar la espada.

Yo había entrevisto todo esto, desde lejos; lo veo en el detalle. Esto me induce a creer que habíamos atacado demasiado al gobierno de Luis Felipe en cuanto a los asuntos exteriores (aunque aquel gobierno careciese, en efecto, de vergüenza y de sentimiento nacional, pero sus dificultades eran, verdaderamente, muy grandes también).

Me doy cuenta de que no hay nada grande que intentar, que hay que esperar acontecimientos, conservar el carácter de una potencia liberal moderada; no agitarse, permanecer en los mejores términos posibles con Inglaterra, realmente la única potencia simpática; mantenerse firme, sin altanería; nada de jactancia; decir lo que le es debido a Francia; demandarlo, y, si no se le quiere conceder, arriesgar el todo por el todo o retirarse, antes que dejar el país humillado por mis manos.

Complicación particular en medio de estas dificultades generales, originada por la cuestión de Roma. Dificultades interiores de esta cuestión; yo me decido a subordinar todos los demás asuntos a éste, por algún tiempo.

Aunque Europa me cause algunas preocupaciones, las que nacen del interior son mucho mayores.

Como nosotros deseábamos sinceramente abatir al partido demagógico y devolver su vigor a la ley y al gobierno, habríamos podido vivir en buena inteligencia con la mayoría, durante un tiempo bastante largo (digo un tiempo, porque, en el fondo, ella quería más: necesitaba los cargos, el poder, un verdadero retorno hacia la monarquía), pero lo que tornaba peligrosa nuestra situación desde el primer momento y tan pronto como hubo pasado el 13 de junio, era la detestable vanidad de los jefes de partido que no querían encargarse del gobierno, pero tampoco querían tolerar que se gobernase sin contar con ellos. Y veían claramente que nosotros podíamos ser sus amigos, pero que no seríamos nunca sus agentes. De ahí una pequeña guerra sorda e incesante; intriga permanente; un esfuerzo constante de dominar al gobierno por medio del presidente. Están de acuerdo con él en derribar la república; son los legitimistas quienes lo impiden.

Habríamos podido complacerles totalmente, pero Dufaure les exasperaba con sus maneras rudas y frías. Yo emprendo un camino completamente distinto, y me encuentro muy bien. Concedo toda cuanta influencia aparente puede satisfacer su vanidad, reservándome cuidadosamente el verdadero poder. Hago, en las pequeñas cosas, y, en cuanto a las personas, en la medida en que me es posible, lo que puede serles agradable.

Sobre todo, les pido sus consejos y les escucho muy atentamente, o voy a su casa a consultarles, o les hago venir frecuentemente; es extraño cómo conservo su buena disposición, sin hacer lo que ellos quieren en las grandes cuestiones; con Thiers, sobre todo, hago lo contrario de lo que él quiere en la cuestión del Piamonte, en la de los refugiados húngaros, y, en parte, también en la de Roma, y seguimos, sin embargo, siendo buenos amigos.

Tensiones y dificultades internas en el gabinete.

Todos los miembros homogéneos, excepto Falloux; entre los primeros, una confianza y una simpatía reales, una estimación recíproca (al decir de los antiguos ministros, más de lo que se había visto en ningún gabinete); Falloux, elemento extraño. ¿Qué era Falloux? Ante todo, un representante de la Iglesia, mucho más que el de un partido político. Percibo la secuela de antiguas querellas, anteriores a mi llegada, entre él y Barrot; pero la antipatía natural que está a punto de romper inmediatamente el gabinete,

entre Dufaure y Falloux; relaciones de estos dos hombres; dificultades para hacerlos convivir; sólo yo puedo encargarme de esa misión, querido y estimado por Dufaure; de la misma madera que Falloux; mis esfuerzos.

Por último, la mayor de todas las dificultades, el presidente. Mi juicio acerca de él: muy inferior a lo que habrían querido sus partidarios, muy superior a lo que creían sus adversarios e incluso quienes le han hecho nombrar, pensando dominarle y desentenderse de él cuando les conviniese. Mi punto de vista acerca de él, desde el principio, que era necesario darle un futuro *regular*, para que él no burcarse uno irregular, porque lo que no se podía soñar era que él se limitase a una presidencia temporal; trato de inculcar esta idea a mis amigos del ministerio. Hablo en el mismo sentido al propio presidente: «Yo no os ayudaría a derribar la república —le decía muchas veces—, pero sí, gustosamente, a obtener un gran puesto permanente en la república». Mi manera de ser no tarda en colocarme en buenos términos con él, mejor que a ningún otro, exceptuado Falloux. Sin embargo, me veo obligado a contrariarle por sus decisiones, pues constantemente las propone deplorables; pero yo le combato con buenas razones, con el sincero deseo de resultarle agradable cuando la cosa es posible.

Su círculo inmediato: bribones, hampones, según la expresión de Changarnier, siempre muy hostiles al gabinete, siempre en complicidad con los jefes de la mayoría; en el fondo, su gran agravio consistía en que no les dejábamos poner la mano en todos los cargos.

Los antiguos amigos o los amigos electorales del presidente.

Rigidez de Dufaure contra él; mala disposición y rudeza agresiva de Passy.

Desarrollo de los hechos.

Interior: tempestad creciente en el seno de la mayoría contra nosotros, a causa de la *roideur* de Dufaure y de la permanencia en sus cargos de los hombres que la mayoría rechaza; imposibilidad de satisfacer a ésta, pero manera de hacerla menos hostil mediante las concesiones secundarias y las *formas*.

Negocios Extranjeros

Tratar todos los asuntos del margen, después de haber leído los expedientes y cerrar con la cuestión de Roma. Esta cuestión produjo el nacimiento y la caída del gabinete. Contarla de un extremo al otro, y llevarla hasta nuestra salida del gobierno, con un pequeño epílogo que dé a conocer cómo, después de habernos derribado porque no mostrábamos energía, se cedió todo, no sólo en Roma, sino en toda Italia.

Si, en lugar de esta larga exposición del comienzo, pudiese mezclar las ideas, en parte, con la narración, sería mejor, más natural y más interesante, como, por ejemplo, en el caso de las querellas de Dufaure con Falloux.

VI

Conversación que yo tuve con el presidente de la República el 15 de mayo de 1851. (Le veía por primera vez, desde mi regreso de Italia.)

El 13 de mayo, recibí una nota del ayudante de campo de servicio, que me hacía saber que el presidente deseaba verme al otro día, a la una. Y allí acudí. Tras los primeros saludos, el presidente me preguntó, de pronto, qué pensaba yo acerca de los asuntos públicos:

Yo.—¿Me permitís que os hable sin ambages?

El presidente.—Naturalmente.

Yo.—Pues bien. Creo que la situación ha empeorado mucho, empeorado para todo el mundo, para Francia y para vos.

Durante unos momentos, nos estudiamos. Después, me decidí y dije:

«Hay que ver más de cerca las cuestiones. He aquí mi manera de ver vuestra situación, ya que vos me lo preguntáis. Hay para vos tres maneras de salir de la constitución: o con la ayuda de la Asamblea, o con la del pueblo, o con vuestras propias fuerzas, aquéllas de que dispone el poder ejecutivo. En cuanto a este último medio, estoy convencido de que, si recurrís a él, no sólo arrojaréis al país a una gran crisis, sino que vos mismo os lanzaréis a una aventura en la que probablemente sucumbiréis.

En cuanto a salir de la constitución con el apoyo de la Asamblea, ha habido momentos en que la cosa era practicable, pero yo creo que ahora hay que renunciar a esa esperanza, y no persuadiros de que la mayoría, que llegará hasta decir que la constitución debe ser revisada, os seguirá hasta violar la constitución en vuestro beneficio. Todos los que os digan que, cambiando vuestros ministros y tomando otros, alcanzaréis ese resultado, se equivocan.» (Yo creía que esto era verdad y útil para demostrarle que el objeto de mi conversación no era el de pedirle el ministerio.)

El Presidente hizo un gesto de asentimiento.

«Queda la tercera posibilidad: salir de la constitución con el apoyo del pueblo. Yo entiendo por ello el ser reelegido, a pesar de la constitución, con lo que entonces el propio pueblo se encarga de dar el golpe de Estado. Es la solución menos violenta, la menos ilegal de todas. Yo aún la considero posible. Pero actuando de un modo distinto que vos...

...1. Vuestra administración interior es incómoda, provocativa, violenta, hecha en beneficio de ciertas ambiciones o de ciertos rencores locales. Todos estos vicios se exagerarán todavía bajo la dirección de Faucher. Esa manera de gobernar no sólo os enajena amigos constantemente, sino que empuja hacia los Rojos a los hombres de matices intermedios y amenaza con llevarnos a una elección revolucionaria.

2. Vuestro gobierno parece apoyarse demasiado en el clero, arrojarse en brazos de los ultracatólicos y de los sacerdotes. Esto no sólo es peligroso para vos, sino peligroso para la religión, y puede incluso empujar hacia los rojos a todos los neutrales.»

La conversación cobró todavía otro sesgo, hacia la Ley del 31 de mayo. «Considero esa ley como una gran desgracia —dije—, casi como un crimen. Nos ha quitado la única fuerza que la sociedad posee hoy, la potencia moral del sufragio universal, sin quitarnos los peligros inherentes a ese sufragio. Nos ha dejado ante una multitud, pero ante una multitud *no autorizada.*» El P. me pareció tan enemigo como yo de la Ley del 31 de mayo. «Pero no se puede negar —dijo— que esta Ley ha producido algunos efectos excelentes. Sin embargo, yo no soy como Faucher y Baroche, que la consideran como el arca santa. Habrá que cambiarla, pero poco antes de la elección. ¿Cree usted que, después de haber sido elegido por seis millones de votos,

me gustaría un sistema electoral que sólo me diese cuatro millones?»

Después de tres cuartos de hora de conversación, nos separamos. Lejos de molestarse conmigo por la manera un poco cruda en que le había hablado, me dio las gracias y me pidió efusivamente que volviese a verle de vez en cuando.

Nada más difícil que penetrar aquel espíritu a través de la superficie inmóvil del rostro, jamás se pueden sacar más que *impresiones* de una conversación con él.

Mis impresiones son:

1.° Que *casi* ha renunciado (no completamente) a alcanzar su objetivo por medio de la Asamblea.

2.° Que está lejos de haber renunciado a dar un golpe de Estado por sí solo.

3.° Que considera bastante gustosamente el golpe de Estado popular de su reelección, y cree que es una de las mejores soluciones, pero sin querer adoptar, en absoluto, el desarrollo que yo indicaba, que, en fin, su idea de romper la Ley del 31 de mayo está bien decidida, pero que desea hacerlo en el último momento, como una especie de apelación al pueblo y como un golpe asestado a la Asamblea.

VII

Revisión de la Constitución.—Conversación que tuve con Berryer, el 21 de junio de 1851, en una cita que yo le había dado en mi casa. Los dos éramos miembros de la Comisión de Revisión.

Yo le abordé así: Dejemos de lado, entre nosotros, las apariencias. Usted no hace una campaña revisionista, usted hace una campaña electoral. Y él me respondió: Es verdad. Usted lo ha comprendido bien. Perfectamente —le dije—. Veremos en seguida si tiene usted razón. Lo que debo decirle, ante todo, es que yo no puedo entrar en una maniobra que no tenga más finalidad que la de salvar, en las próximas elecciones, sólo una porción del partido moderado, dejando fuera de la operación a muchas otras, y, especialmente, a la porción de que yo formo parte. O presentáis a los republicanos moderados una razón honesta para votar la revisión, dando a ésta un carácter republicano, o contad con que nosotros haremos todo lo que podamos para desmontar vuestras baterías. Él estuvo de acuerdo, pero opuso las dificultades que provocaban las pasiones y los prejuicios de su partido. Discutimos, durante algún tiempo, lo que había que hacer, y llegamos, por fin, al fondo de las cosas, a la política misma que él seguía.

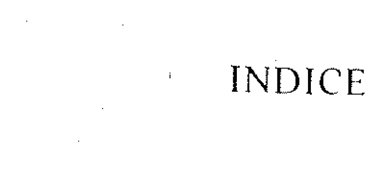
He querido guardar, sobre todo, memoria de lo que le dije a este respecto.

Le dije: Berryer, nos arrastra usted a todos, a pesar de

nosotros, a una situación cuya única responsabilidad será de usted, sépalo. Si los legitimistas se hubieran unido a los que querían luchar contra el presidente, acaso la lucha sería posible aún. Usted ha lanzado a su propio partido, un poco a pesar de éste, por una vía contraria. Desde entonces, toda resistencia nos es imposible. Nosotros no podemos quedarnos solos con los Montañeses. Vamos, pues, a plegarnos, puesto que ustedes se pliegan, pero, ¿cuál será la consecuencia? Yo veo su idea, está clara: usted cree que las circunstancias hacen irresistible el ascendiente del presidente, e invencible el movimінto que lleva al país hacia él. Al no poder luchar contra esa corriente, usted se arroja a ella, con el peligro de que así la hace más violenta aún, pero con la esperanza de que ella les llevará —a usted y a sus amigos y a diversas porciones del partido del orden, poco simpático al presidente— hasta la próxima Asamblea. Usted cree que sólo allí podrá encontrar un punto de apoyo sólido para ofrecerle resistencia, y, actuando hoy a su favor, cree usted que conservará, en la próxima Asamblea, un núcleo de hombres capaz de hacerle frente. Luchar contra la ola que en este momento le impulsa es hacerse impopular e inelegible, es entregar el partido a los socialistas y a los bonapartistas, a los que usted no quiere ver triunfar, ni a los unos ni a los otros, ¡muy bien! Este plan tiene aspectos plausibles, pero adolece de un fallo principal, que es éste. Yo le comprendería a usted, si la elección fuese a celebrarse mañana y si usted hubiera de recoger inmediatamente el fruto de su maniobra, como ocurrió en la elección de diciembre, pero de las elecciones nos separa todavía casi un año. Usted no conseguirá que se celebren antes de la primavera próxima, si lo consigue. Hasta entonces, ¿cree usted que el movimiento bonapartista, ayudado, precipitado por usted, va a detenerse? ¿No ve que, después de haberles pedido a ustedes la revisión, la opinión, excitada por todos los agentes del poder y llevada por nuestra propia debilidad, nos pedirá otra cosa, y luego otra, hasta que nos veamos reducidos a favorecer ostensiblemente la ilegal reelección del Presidente, y a sacarle, pura y simplemente, las castañas del fuego? ¿Puede usted llegar a eso? Y si usted lo quiere, ¿lo querrá su partido? No. Usted llegará, pues, a un momento en el que habrá que detenerse, afirmarse en su terreno, resistir al esfuerzo combinado de la nación y del poder ejecutivo, es decir, de una parte, hacerse impopular, y, de otra, perder ese apoyo, o, por lo menos, esa neutralidad electoral

del gobierno que usted quiere. Se habrá esclavizado usted, habrá acrecentado inmensamente las fuerzas que le son hostiles, y nada más. Se lo predigo: o usted pasa completamente y hasta el fin bajo las horcas caudinas del Presidente, o perderá usted, en el momento de recogerlo, todo el fruto de la maniobra que está haciendo, y se habrá quedado usted, ante sí mismo y ante el país, sólo con la responsabilidad de haber contribuido a levantar ese poder, que será tal vez —a pesar de la mediocridad del hombre, pero por la fuerza extraordinaria de las circunstancias— el heredero de la revolución y nuestro amo.

Me pareció que Berryer quedaba impresionado, y, llegada la hora de separarnos, nos despedimos.



INDICE